

BORDES, NOVIEMBRE DE 2021-ENERO DE 2022
AÑO 6 NÚMERO 23, ISSN 2524-9290

bordes

Revista de Política, Derecho y Sociedad



| DERECHAS | DEUDA | NEOLIBERALISMO |
| 19 Y 20 DE DICIEMBRE |

© 2022, Universidad Nacional de José C. Paz. Leandro N. Alem 4731 -
José C. Paz, Pcia. de Buenos Aires
© 2022, EDUNPAZ, Editorial Universitaria



Rector: Darío Exequiel Kusinsky
Vicerrectora: Silvia Storino
Secretaria General: María Soledad Cadierno
Directora General de Gestión de la Información y
Sistema de Bibliotecas: Bárbara Poey Sowerby
Jefa de Departamento Editorial: Blanca Soledad Fernández
Diseño y arte: Jorge Otermin
Maquetación integral: Mariana Aurora Zárate

staff

Revista Bordes
Noviembre de 2021-Enero de 2022, Año 6 Número 23, ISSN 2524-9290
<http://revistabordes.com.ar>

Director: Diego Conno
Consejo Editorial: Romina Smiraglia, Dolores Amat,
Bárbara Ohanian, Mariana Percovich

Publicación electrónica - distribución gratuita
Portal EDUNPAZ <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/>



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc) Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre. Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de esta publicación ni de la Universidad Nacional de José C. Paz.

¿QUIÉNES SOMOS?

Bordes es una revista digital de la **Universidad Nacional de José C. Paz**, que pretende generar un espacio de reflexión crítica sobre temas de derecho, política y sociedad. Estos temas no se encuentran separados o aislados los unos de los otros, cuanto mucho los divide un borde, que les da forma, pero que a su vez puede ser forzado a establecer otras.

Llamamos a esta revista bordes, porque buscamos un pensamiento experimental en ese terreno intermedio que se ubica entre espacios nunca consolidados y en disputa. Buscamos formas intersticiales del lenguaje, que habiliten a explorar los bordes entre las disciplinas y los oficios, entre las miradas coyunturales y las reflexiones académicas.

Los bordes son figuras espaciales, que permiten pensar las líneas o umbrales que separan, pero que también unen aquello que se encuentra en los márgenes o desplazado del centro, y que al mismo tiempo reclama un lugar propio de constitución. Bordes entre pensamiento y acción o entre teoría y praxis, entre individual y colectivo, entre lo propio y lo común; bordes que conectan con otros bordes, bordes que constituyen identidades y dislocan otras. Los bordes son siempre figuras móviles y contingentes, cambiantes e inestables, reversibles.

Así, los bordes son los contornos que trazan una imagen, un perfil, un objeto. Y asumir la idea del borde como forma de la reflexión crítica es un modo de empujar al pensamiento so-

bre sí mismo, para expandir los límites de lo decible y lo pensable, para diseñar los contornos de una nueva figura.

Sabemos que el borde expone también un abismo, un límite que no puede pasarse sin caer ciegamente en lo desconocido: todo pensamiento, toda práctica y todo acto se encuentra con esa frontera, que invita a la osadía, pero también a la prudencia y a la responsabilidad.

No queremos decir con esto que escribimos en o desde los bordes. En todo caso, nuestra apuesta ético-política consiste en abrir un lugar de enunciación otro, que circule en torno a las diversas configuraciones de lo social, que se mueva entre las tramas por donde transitan los hilos del poder. Nos proponemos así, imaginar nuevas formaciones político-sociales, formas más justas, libres e igualitarias de componer la vida en común.

Finalmente, postulamos cierta afinidad electiva entre pensamiento y democracia. Una afinidad entre un pensar colectivo y común, que excede los modos habituales, los estilos, los usos, los lenguajes más transitados y una práctica política que se anima a imaginar otras formas de vida posible.

ÍNDICE

La derecha casta

Alejandro Campos (UBA)

5 de noviembre de 2021

9

¿Crisis de la biopolítica?

Luis Blengino (UBA/CONICET)

16 de noviembre de 2021

17

Gobernar mediante la desigualdad

Iván Gabriel Dalmau (CONICET/UBA/UNSAM)

19 de noviembre de 2021

23

¿Para quiénes producimos textos?

Mercedes Bruno (UBA)

24 de noviembre de 2021

37

Sonata entre la vida y la muerte

Silvana Vignale (UNLa/CONICET)

26 de noviembre de 2021

45

Poner la deuda en el centro <i>Lucía Cavallero (UBA)</i> 30 de noviembre de 2021	51
La manifestación como cosa pública <i>Eduardo Rinesi (UNGS)</i> 7 de diciembre de 2021	59
Recordar, ese problema <i>María Pía López (UBA/UNDAV)</i> 9 de diciembre de 2021	65
Un OVNI en la noche de la nostalgia <i>Diego Sztulwark (blog Lobo Suelto)</i> 11 de diciembre de 2021	71
El 2001: herencia maldita del país burgués (de posdictadura) <i>Mariano Pacheco (Instituto Generosa Frattasi)</i> 14 de diciembre de 2021	79
Narrar lo inaceptable y lo futuro <i>Carolina Ramallo (UBA/UNAHUR)</i> 16 de diciembre de 2021	87
Pensar en democracia: afectos y conocimiento pos 2001 <i>Roque Farrán (CONICET/UNC)</i> 17 de diciembre de 2021	95
“A toda opresión se opone una rebeldía”: 20 años de luchas feministas <i>María Alicia Gutiérrez (FSOC/UBA) y Viviana Norman (IIGG/UBA)</i> 18 de diciembre de 2021	101
2001, pero 28 de diciembre: “Fuera la Corte Suprema” <i>Mauro Benente (UNPAZ/UBA)</i> 21 de diciembre de 2021	109

El sentido de lo político. A 20 años del 2001

Camila Cuello (UNGS-CONICET)

22 de diciembre de 2021

121

De vuelta a la revuelta. Reflexiones urgentes a 20 años

Germán J. Pérez (UNMDP)

23 de diciembre de 2021

127

El 2001 en el cambio social

Julián Rebón (IIGG/FSOC/UBA-CONICET)

24 de diciembre de 2021

135

La palmera. Herencia e invención

Sebastián Russo (UBA/UNPAZ/UMSA)

25 de diciembre de 2021

145

temporalidades.

María Pozzio (UNLP/UNAJ-CONICET)

26 de diciembre de 2021

151

La democracia y la cuestión intelectual. Los desafíos del presente a la luz del 2001

Sabrina Morán (UNPAZ/UBA-CONICET)

27 de diciembre de 2021

157

El Medio justifica el fin político: la experiencia *Indymedia*

Marilina Winik (UBA/Hekht/CRIA)

27 de diciembre de 2021

165

La república reencontrada

Gabriela Rodríguez Rial (UBA/IIGG-CONICET)

28 de diciembre de 2021

173

Fue un quilombo

Mariana Cané Pastorutti (UNSAM-CONICET)

28 de diciembre de 2021

181

Vaffanculo

Rocco Carbone (UNGS-CONICET)

29 de diciembre de 2021

187

Revuelta. Una mirada en suspenso

Natalia Taccetta (UBA/CONICET/SEGAP-UNAJ)

y Daniela Losiggio (UBA/CONICET/SEGAP-UNAJ)

29 de diciembre de 2021

195

Significante 2001

Alejandro Kaufman (UBA/UNQ)

29 de diciembre de 2021

205

EPÍLOGO. Para seguir narrando

Bárbara I. Ohanian (IIGG/UBA/UNPAZ) y Diego Conno (UNPAZ/UBA/UNAJ)

30 de diciembre de 2021

211

**Narrar la asamblea. Una historia de los
“tiempos extraordinarios”**

Bárbara I. Ohanian (IIGG/UBA/UNPAZ)

30 de diciembre de 2021

213

Yo también he llegado tarde

Diego Conno (UNPAZ/UBA/UNAJ)

30 de diciembre de 2021

221

Gestación por sustitución, la necesidad de una regulación

Entrevista a Marisa Herrera por Antonella Vitelli (UNR) y Pilar Martínez (UNR)

4 de enero de 2022

229



La derecha casta

ALEJANDRO CAMPOS (UBA)
5 DE NOVIEMBRE DE 2021

Durante la última década, la mayoría de los países occidentales ha vivido un proceso de radicalización de su tablero político. Tras la crisis económica mundial desatada en 2008, una nueva fase contractiva del capitalismo generó las condiciones para una reacción contra la prédica globalista y liberal que signó los años 90 tras la caída del Muro de Berlín, y dio lugar a la reemergencia de discursos nacionalistas de diversa índole. En Europa, cobró particular impulso una ultraderecha anti-europeísta hasta entonces relativamente marginal que se anotó su triunfo más resonante en oportunidad del Brexit y que se encuentra diseminada por todo el viejo continente. En Estados Unidos, la radicalización se expresó en 2016 sin romper el bipartidismo, pero empujando tanto al partido republicano como al demócrata hacia un *outsider* como Donald Trump y un pre-candidato

“revelación” como Bernie Sanders. En tanto, América Latina no constituyó la excepción, recibiendo los coletazos de esta tendencia mundial en casi todos los países, encontrando en Brasil un caso emblemático, con la asunción a la presidencia de un personaje político hasta entonces menor, que cumple con todos los requisitos de la ultraderecha mundial: racista, misógino, homofóbico y xenófobo.

Sin embargo, el aterrizaje en la región de estas corrientes adopta ciertas particularidades. Si en Estados Unidos y Europa las derechas movilizan un discurso que tiene aristas anti-liberales (en Europa se expresa, como decíamos, en el sentido de un rechazo al proyecto de la UE; en tanto en Estados Unidos se expresó con Trump a partir de medidas proteccionistas y una tensión permanente con instituciones como la OMC o la OMS), en América Latina exhiben un discurso que es al mismo tiempo conservador en lo moral pero profundamente liberal en lo económico, próximo a las matrices ideológicas de las dictaduras que asolaron el continente en las décadas del 70 y parte de los ochenta. Estas derechas regionales difieren en su articulación respecto al contorno de la figura del enemigo que construyen. La arenga xenofóbica que agitan los líderes europeos (tal como lo era la de Donald Trump) es sustituida acá por un discurso que encuentra al enemigo en el interior de las identidades políticas nacionales. La movilización del odio en estos casos traza cortes menos ligados a la pertenencia nacional que a la afinidad política, apelando al gastado fantasma del “comunismo” o a su variante espectral autóctona, el resbaladizo concepto de “populismo”. Esta adaptación al contexto regional solo puede comprenderse relevando la historia política reciente de varios países del continente, gobernados durante el inicio del siglo XXI por proyectos populares.

En el caso de Argentina, después de cuatro años de gobierno macrista, la niebla neoliberal –la oscuridad neoliberal no es una penumbra, sino más bien una blancura y asepsia técnicas, neutrales– no se disipó. La amenaza va tomando otros tonos, otra coloración, ya insinuada hacia el final del período macrista. Durante ese lapso, en el último tramo de la campaña por la reelección, la derecha consolidó un fuerte proceso de movilización. Aun cuando eso no le bastó para dar vuelta el resultado adverso de las primarias, funcionó como una instancia de cohesión para los sectores conservadores de la sociedad, y les inyectó una buena dosis de autoestima. Una noción autoperceptiva que nucleaba a aquellos seguidores del gobierno era la de “rebelión de los mansos”, concepción que les

sirvió para autodenominar su proceso de politización callejera. Paradójicamente, tras esa efímera pero intensa expedición por las calles, y aun cuando fue derrotada en las urnas, la derecha salió fortalecida. Este ensayo tardío de una suerte de “bolsonarización” del macrismo fue parte de una estrategia para evitar un progresivo goteo de votos hacia opciones electorales de ultraderecha que arrastraban un proceso de crecimiento. La estrategia fue relativamente exitosa –el macrismo cosechó dos millones de votos más en dos meses– y la mayor representante de la corriente “neofascista” del macrismo canalizó ese éxito, siendo elegida para presidir el partido una vez que este abandonó el poder. Se trata de la ministra que no renegó del mote de “Bolsonaro con pollera”, Patricia Bullrich Julieta Luro Pueyrredón.

La Nación amarilla

Para seguir el rastro de este proceso de “ultraderechización” es oportuno analizar el proceso mediante el cual las derechas ultra van obligando a las más “moderadas” a acercarse a posiciones extremas, no solamente en la esfera política sino también en la periodística. Uno de los síntomas de esta radicalización puede constatarse en los virajes del ecosistema informativo en Argentina. El caso más evidente es el del grupo La Nación, especialmente en su faceta televisiva, el canal de noticias La Nación +. La señal ha dado un giro en su estrategia político-mercantil, abandonando la estética etérea y el aura de distanciamiento que le infundía el blanco y adoptando un estilo más rudo y masculino, semejante al de FOX NEWS, en una apuesta por configurar una suerte de conservadurismo de índole menos elitista, marcado por una retórica y una semiótica más llana y directa. Apunta así al estilo de una derecha más “taxi”, hacia un destinatario “taxi driver”, haciendo fichajes de periodistas con discursos neofascistas, que manejan un estilo radical.

En la mutación de este canal tradicionalmente elitista podemos observar el influjo contaminante que provocan las redes en los medios más bien tradicionales. Estos van moldeando sus propuestas, aproximándolas a un estilo troll. Los rasgos propios de la madriguera cibernética (que despiertan en los usuarios las denominadas “shitstorms”) ahora son emulados por los canales de noticias, que de este modo consolidan esas tendencias, otorgándoles la formalidad y el alcance propios de los medios tradicionales. Este giro

es sintomático también del progresivo aislamiento y disgregación social, ya que revela cierta reconfiguración del nicho televidente, al que se lo supone más propenso al influjo de ideas radicales.

Ultraderecha y masculinidad hegemónica

Estas expresiones reaccionarias se articulan con una suerte de supremacismo blanco y heterosexual. Esta ligazón, más nítida en las construcciones que giran en torno a personajes como Jair Bolsonaro, Santiago Abascal de Vox —o como fue el caso de Trump—, es más tenue en otras figuras menores como Javier Milei, espécimen autóctono de una suerte de liberalismo reaccionario. Sin embargo, buceando un poco en las corrientes afectivas de las que se alimenta la extrema derecha local, vamos a encontrar similitudes con aquéllas otras expresiones. Una reacción masculinista pareciera ser uno de los insumos micropolíticos indispensables del que se sirven estas construcciones políticas.

El haz defensivo por el que se encuentra atravesada la masculinidad hegemónica hoy puede intuirse en ciertas prácticas de consumo y estilos de vida. Desde la proliferación de peluquerías masculinas hasta el nombre de restaurantes o carnicerías con nombre de impacto como “Carne” o “Res”. Muchas de aquéllas, ahora llamadas “barberías”, han devenido en auténticos salones de belleza masculinos en los que el carácter rudo parece ser exaltado como compensación a una práctica asociada con la feminidad (dedicar tanto tiempo al aspecto físico). Ese investimento en la propia imagen parece justificarse si la imagen producida es la de, por ejemplo, “un rufián”, ícono utilizado por muchos de estos salones. O si el tiempo invertido en la propia imagen es a la vez aprovechado para tomarse una cerveza. La estandarizada semiótica de estos espacios, el cuidado decorado que configura el ambiente parece ser proporcional a la fragilidad de las subjetividades que circulan por ellos. Con una marcada impronta retro, brindan a sus clientes un intervalo de tiempo durante el cual pueden habitar una escenografía supuestamente más estable y segura, tras lo cual vuelven a salir a la vida cotidiana portando una apariencia afín al escenario atravesado. Espacios que funcionan como eficaces reguladores, habilitando a los jóvenes (y no tan jóvenes) hombres urbanos a conciliar su sentido de

masculinidad con las exigencias de una sociedad en la que la cuidada apariencia se ha tornado un imperativo.

También algunas extendidas empresas del rubro gastronómico se hacen eco de estas tendencias, apelando a una política nominal agresiva que disimula mal su carácter verdaderamente reactivo. Algunos acompañan esos nombres con imágenes de inspiración anatomista que muestran el mapa seccionado del cuerpo de las vacas. “Carne”, “Res”, nombres que destacan por una literalidad que parece enrostrar la afirmación del ímpetu carnívoro de la sociedad, en el contexto de un creciente protagonismo de los activismos ecologistas que ponen en cuestión esta tradición cárnica y sus consecuencias sobre el medio ambiente. Acaso en la literalidad y en el carácter impetuoso de estos nombres se pueda perseguir el rastro ansioso de subjetividades que a toda costa buscan atrincherar sus hábitos y costumbres en momentos en que estas tambalean.

Crisis de lo simbólico y emergencia de liderazgos tiránicos

El filósofo esloveno Slavoj Žižek, en su libro “El espinoso sujeto”,¹ ofrece una sugestiva explicación al fenómeno de re-emergencia de liderazgos con estilo sádico y tiránico. Apelando a los conceptos freudianos de “Tótem y Tabú”, sugiere que podemos ver en estos líderes la aparición del “padre primordial”. En contraposición a la función simbólico – fantasmática del padre asesinado que retorna como “fantasma” en forma de Tótem – que sirve de punto de referencia e identificación con la comunidad –, el padre primordial es la figura del padre antes del parricidio, el padre que monopoliza las relaciones sexuales de la comunidad, cuyo comportamiento tiránico va a despertar el odio que llevará a sus hijos al parricidio.

Esta singular interpretación permite colocar el elemento de lo simbólico en el centro de la crisis actual. El arrasamiento y la desertificación de la tierra son rasgos centrales de la depredación neoliberal, no menos que el empobrecimiento de relieves que la semiótica empresarial produce sobre la riqueza de nuestro lenguaje. La falta de puntos de anclaje y de referencialidad –o bien la referencialidad puramente icónica y pragmática en torno

1 Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós, p. 331.

a signos del capital— es una de las características de este sistema de producción de bienes y subjetividades, que empuja a la progresiva literalidad en el uso del lenguaje. De este modo, las estrategias identitarias propenden a ser cada vez menos reflexivas y simbólicas, más reducidas a sus elementos rituales, aferrándose a prácticas e íconos que funcionan como territorios insulares que garantizan momentáneas certezas en la abierta intemperie del océano referencial.

Pero esta ausencia generalizada de referencialidad y esta progresiva literalidad pragmática del lenguaje —de tan anglosajona inspiración— lejos de desembocar en una política auténticamente libertaria, fumiga el suelo para la aparición de figuras sin autoridad, es decir, autoritarias. Son personajes a través de los cuales convive una destitución de lo político y la escenificación de una suerte de arbitrariedad soberana, en donde la política queda reducida a gestos desmesurados, muchas veces con connotaciones bélicas, como el saludo-disparo de Bolsonaro o la muletilla trumpista “*you are fired!*”. Escenificaciones bélicas que traducen en el plano gestual una suerte de tendencia a favorecer un estado de barbarie, una guerra de todos contra todos, una instancia pre-simbólica y pre-contratual. Pero también a realzar la expresividad viril, anudando la teatralización de la soberanía con una performance masculina, que resulta reivindicatoria de una masculinidad hegemónica, es decir blanca y heterosexual. Este lazo entre soberanía y masculinidad hegemónica expresa la torsión moral de algunas ultra derechas, que colocan en el centro de su retórica la defensa de la familia tradicional, reponiendo un imaginario de heterosexualidad obligatoria y ligando la soberanía a la reproducción.

Economía libertaria

Uno de los rasgos más llamativos de las corrientes libertarias es su capacidad para dar consistencia a la narrativa que los sitúa como la encarnación epocal de lo políticamente incorrecto. No detectan sus seguidores —y omiten sus líderes— que la rebeldía anti-estatal que esgrimen esconde el absoluto servilismo y la triste inclinación frente a las leyes del mercado, aquellas que efectivamente gobiernan el mundo. Sus estrategias discursivas se sostienen en el trazado de una hipérbole: la idea de progresismos cuya influencia sobre las agendas gubernamentales sería prácticamente ilimitada.

El personaje más resonante de esta corriente en Argentina es Javier Milei, el candidato a diputado porteño que cosechó el nada magro 13% de los votos en las elecciones primarias (PASO) del 14 de septiembre pasado. Con una estética capilar que tiene algo de animé y dotado de un histrionismo grotesco, despierta simpatías y admiración en un espectro de perfiles no tan heterogéneos, entre los que destacan mayormente hombres jóvenes y adolescentes. Un relevamiento de los perfiles profesionales de sus seguidores arroja un abanico solo un poco más amplio: *gamers*, deportistas, inversores en criptomonedas, comerciantes, economistas, *coachs* motivacionales, gastronómicos, desarrolladores *web*, un puñado de artistas estilo *performers*... perfiles que poseen un denominador común: una marcada tendencia competitiva que convive con un fuerte sesgo antisocial.

Las derivas icónicas de esta corriente libertaria nos permiten asomarnos a los elásticos contornos autopercptivos de los seguidores de Milei. Elasticidad tan generosa que puede abarcar, en su referencialidad zoológica, tanto a una oveja como a un león. La clásica imagen de la “oveja negra” –posteadá por el propio Milei– permite dar forma al sentimiento de “ir contra la corriente”, al tiempo que re-significa positivamente la situación de aislamiento y relativa desintegración (muchos aluden a sentirse “incomprendidos” por su entorno) que muchos seguidores del economista esgrimen. Sin embargo, esa plasticidad icónica parece haber hallado cierta estabilidad en torno a la figura del león, acompañada en el último tramo de la campaña por la encendida arenga del candidato, que pareció querer aclarar a sus seguidores el carácter más bien circense –y no pastoral– de su liderazgo, al decirles: “Yo no me metí acá para estar guiando corderos, yo me metí para despertar leones”, insinuando, quizás involuntariamente, la tendencia un tanto dormilona de la manada.

Un posteo acaso algo más escatológico (que posiblemente hubiese deleitado a Wilhelm Reich) puede darnos otro atisbo de la orientación económica de estas corrientes libertarias. Ya no de su economía política, sino de su economía libidinal, en la que parece predominar, pese al pretendido carácter no pastoral de su líder, una tendencia a la castidad. La publicación provoca una cascada de comentarios irónicos, autorreferenciales, de una abrumadora mayoría de hombres jóvenes y sugiere la siguiente fórmula: “Liberal en lo económico, sin actividad en lo sexual”. Las asociaciones que despierta el posteo nos acercan a intuir el caldo de frustración e impotencia en el que se cocina esa expresividad

eufórica, con la estridencia furiosa funcionando como revés de la depresión. Tal como propone uno de los usuarios, “este celibato involuntario es lo que nos hace violentos”, “el secreto de la Milei Rage”, acota otro. Estas asociaciones económico-sexuales de los pubertarios –neologismo sugerido en el posteo de referencia– nos revelan las afecciones que atraviesan estas tendencias, pero no debieran distraernos de otra arista que nos señala. Hay en los intercambios una buena dosis de mordacidad, una proliferación de códigos y de ingeniosos neologismos que dan cuenta de la eficacia de una ultraderecha que ha logrado tocar las fibras íntimas de una parte de la juventud. Es comprensible que estos “pubertarios” se sientan atraídos por la figura de un candidato que juega a imitar la mirada maliciosamente seductora de Alex de Large, protagonista de “La naranja mecánica”, el famoso líder de una pandilla juvenil, un sociópata que combina la exquisitez de su gusto por la música clásica –de la que también presume Milei– con el goce de la violencia extrema.

Tal como suelen hacer las empresas que buscan copar el mercado, simulando diferencias estéticas en productos que son propiedad de las mismas marcas, las derechas parecen estar encontrando en algunos países una forma de ampliar su electorado, ofertando distintas opciones electorales. Ya sea en su aspecto de mansedumbre corderil o de furia leonina, tras la paleta de semblantes que exhibe la derecha pueden hallarse muchas más similitudes que diferencias. Así quedó demostrado por el abrazo en el que se fundieron, días después de las elecciones, la “Bolsonaro con pollera” y el líder político-circense Javier Milei.



¿Crisis de la biopolítica?

LUIS BLENGINO (UBA/CONICET)
16 DE NOVIEMBRE DE 2021

¿Puede hablarse de crisis de la biopolítica o simplemente se trata de una crisis biopolítica, radical, por cierto, pero solo una crisis interna a la biopolítica misma? Si bien la pandemia aún no finalizó, parece que finalmente la ansiada nueva normalidad está más cerca. Ya a casi dos años puede comenzar a analizarse el fenómeno con mayor distancia respecto de la incertidumbre inicial. Cabe preguntarse entonces qué ocurrió durante la pandemia en cada una de las esferas sociales, pero también qué ocurrió a nivel de la historia política del gobierno de las sociedades con un acontecimiento que puede ser caracterizado como una crisis biopolítica que es signo de una crisis de la biopolítica misma. La crisis que signa nuestro presente.

Por lo tanto, en un primer momento hay que considerar en qué medida la pandemia constituyó una amenaza al orden biopolítico. Si la cuestión biopolítica es garantizar la vida y la calidad de vida del mayor número posible, podríamos dudar de tomar al neoliberalismo como un proyecto biopolítico, puesto que se podía frenar el régimen de producción y de consumo, y a su vez aumentar la asistencia económica y el gasto en salud sin que el daño económico sea irreversible; en cambio, si la cuestión biopolítica fuera la mera supervivencia de la especie, bastaría con “dejar hacer” al virus y que murieran quienes tengan que morir, y así salvar la economía y el neoliberalismo constituiría una gubernamentalidad biopolítica.

Sin embargo, ningún país occidental, ya sea que haya optado por cuidar la vida o la economía o incluso ambas, ha logrado evitar ni la masividad de las muertes ni la caída de la economía, la concentración de la riqueza y la caída de amplios y nuevos fragmentos poblacionales en la pobreza y/o el desempleo y la indigencia. Si el dispositivo económico-sanitario de seguridad tiene por objetivo mantener una población normalizada en torno a índices de pobreza y mortalidad estabilizados, se entiende que el acontecimiento pandemia cortó el hilo de esa normalidad, produciendo simultáneamente una caída del trabajo, la producción y el consumo y una suba del desempleo, la pobreza, la asistencia y la mortalidad. Era lógica la ansiedad por conocer los parámetros de la nueva normalidad a la que nos acostumbraremos, es decir, los nuevos niveles de consumo, producción, empleo y las nuevas tasas normalizadas de mortalidad por Covid, así como la nueva cifra de expectativa de vida. Más allá de estos dos años de crisis biopolítica, pareciera que la gubernamentalidad occidental más allá de haber y no haber podido cuidar la vida y la economía, logró mantener a flote la nave durante la tormenta y ahora llegaría el tiempo de trabajar en las reparaciones asumiendo que esta es la nueva normalidad de nuestra embarcación.

Sin embargo, la idea que propongo debatir es si esta crisis biopolítica, que la gubernamentalidad biopolítica logró sortear, mostró no obstante el límite de dicha gubernamentalidad y estamos ante la crisis de la biopolítica misma. ¿Por qué una crisis de la biopolítica misma? No solo porque se trató de un fenómeno global que afectó a la especie toda, sino sobre todo por su causa y su efecto. Su causa: lo incontrolable de la interacción creciente del humano con el medio ambiente. Su efecto: eminentemente económico. En

efecto, pareciera que para salir de la crisis hay que crear trabajo y expandir la producción para aumentar el consumo y, por lo tanto, solo con mayor explotación de los recursos naturales y mayor generación de residuos, contaminación, calentamiento global, etc. se podría sortear esta coyuntura. Sin embargo, es dicha explotación la que parece jaquear la biopolítica misma.

En este sentido, parece que estamos ante una crisis de la biopolítica porque la especie llegó a un punto en el cual solo puede garantizar su supervivencia y reproducción a través de un sistema de producción, trabajo y consumo que la expone crecientemente a incontables modificaciones de un medio cada vez más inestable e impredecible. El problema señalado por Foucault en torno al comportamiento de aquellos individuos y sectores sometidos a esperar la nueva estabilización de los índices de normalidad de la población es de suma actualidad.

Para pensar esto es preciso exponer lo que a nuestro juicio debería caracterizarse como la crisis de la biopolítica y de la ecuación que mantenía cierto equilibrio entre seguridad y libertad en el gobierno poblacional. Si la biopolítica tiene por finalidad administrar la población de forma tal que el hacer vivir y dejar morir se mantenga estable dentro de determinados parámetros de normalidad, el dispositivo de seguridad - libertad ya no es capaz de responder ante un acontecimiento que lo desafía radicalmente. El hacer vivir quedó reducido a la expectativa de que a nadie le faltase un lugar en el sistema de salud; mientras que el dejar morir o abandonar a su suerte crece en amplias franjas de la población.

Sin embargo, para comprender la crisis de la biopolítica no solo hay que referirse a una crisis de tecnología gubernamental, ya que la colisión y cruce entre las diversas demandas de seguridad y libertad tienen una causa también en la profunda reestructuración de la interacción social y de las relaciones económicas. La crisis sanitaria y económica actual reside en la imposibilidad de restituir precisamente cierto equilibrio poblacional y estabilidad entre las demandas de salud y economía, seguridad y libertad. Es de esperar, y quizás entusiasmarse con, una futura nueva configuración poblacional estabilizada en torno a nuevos índices de normalidad en un nuevo régimen económico (seguramente capitalista) capaz de organizar la fuerza laboral, el consumo y la producción en sinergia

con las nuevas formas de interacción y vida social que se expandieron en la pandemia. El entusiasmo con una nueva normalidad por venir y el anhelo del retorno de la normalidad anterior son dos caras de un mismo público espectador. Sin embargo, nuestro problema presente parece más profundo si es que estamos ante una crisis de la biopolítica misma en la que el costo por “hacer vivir” a franjas cada vez mayores de población, conlleva una relación con la naturaleza que somete a esa misma población a riesgos ambientales crecientes e inexorables exponiéndola a la muerte y a nuevas crisis económicas.

Tres cuestiones se anudan en nuestra actualidad política: la cuestión de que gobernar es crear trabajo, la cuestión de la eliminación de la indigencia y la reducción de la pobreza (asistencialismo), la cuestión del crecimiento o reducción de los sectores medios, según se amplíe el mercado de trabajo y el consumo de los sectores trabajadores, o se lo reduzca a través de salarios bajos. La cuestión medioambiental puso en jaque tanto la idea de crecimiento económico indefinido como la de redistribución más equitativa de la riqueza, puesto que el régimen trabajo - consumo parece haber sido el que colapsó. Un aumento de la producción, el trabajo y el consumo tal como existen hoy aceleraría el colapso ambiental; no aumentarlos y asumir de hecho el fin del objetivo de ampliar los sectores medios, implicaría asumir que desde ahora se tratará de gobernar una sociedad de trabajadores empobrecidos y de desocupados con suerte asistidos. Si en Argentina asumir esta alternativa pareciera ser una cuestión eminentemente política; asumirla en China, en India o en Brasil tiene alcances biopolíticos y ambientales de dimensiones inéditas de las que la pandemia solo mostró la punta del ovillo. La crisis de la biopolítica parece ser la crisis del juego del crecimiento económico y la explotación ineficiente de los recursos naturales que produjo un desequilibrio entre población mundial y medio que solo puede ser abordado como un problema común, más allá del interés nacional o económico. Preguntarse por la crisis de la biopolítica, por lo tanto, es preguntarse acerca de si nuestras sociedades aprenderán a vivir de una forma más austera y más ociosa y en un mayor equilibrio con el medio, o, por el contrario, acelerarán la explotación de los recursos naturales para sortear crisis recurrentes en medio de un entorno ambiental cada vez más hostil.

Para concluir, quizás cabe retornar al comienzo de todo, es decir, a Platón. Cuando Platón en la *Republica* describe la ciudad de los cerdos, el punto clave es el equilibrio

bio-zoo-mesopolítico entre población y recursos naturales. Dicha organización le parece demasiado austera a sus interlocutores, ya que hay fuera de Grecia un mundo por conquistar y comercial. Es bajo el supuesto de la expansión del consumo y la producción que hay que desarrollar el comercio internacional y el ejército regular. Este camino del crecimiento indefinido y el desequilibrio entre recursos y población es el seguido por la Atlántida, la cual colapsa, luego de perder la guerra con la Atenas arcaica y verse obligada a replegarse en su territorio exhausto. La Atenas arcaica también colapsa ante el movimiento azaroso del receptáculo natural. Sin embargo, ambos colapsos, el artificial y autoproducido por el crecimiento y el natural efecto de una naturaleza cambiante y azarosa, son colapsos biopolíticos parciales, territorialmente acotados, y por eso el antiguo Egipto funciona como el lugar de la memoria y la continuidad civilizacional, pues no se trata del cataclismo universal del que Platón nos habla en las *Leyes*. Tal cataclismo tampoco es absoluto, pues de lo contrario no habría humanidad luego de él, sin embargo, la purga es de dimensiones tales que debe hablarse de un cambio de era y una regeneración de la humanidad. Quizás nuestro presente puede pensarse como la universalización del modelo de la Atlántida que nos está introduciendo en un nuevo cataclismo universal y quizás esto sea lo que podamos caracterizar como la crisis de la biopolítica.

Cabe entonces preguntarse si es posible fundar una nueva ciudad global de cerdos o si hay que resignarse a esperar una extinción masiva. Parece que el planeta ya no soporta la concentración poblacional urbana, la expansión del consumo y de las clases medias, pero también parece que las poblaciones urbanas tampoco aceptarán dócilmente abandonar sus aspiraciones al ascenso social y el aumento de su consumo. Tampoco parece que en la actualidad, tanto como en la Grecia clásica, la solución voluntarista platónica de un comunismo frugal al estilo de la Grecia arcaica o la sofocracia ideal sea un camino transitable, pues para ello, no solo habría que adecuar el cálculo económico a la ecuación entre población, consumo y recursos naturales, sino, ante todo, controlar la tasa de natalidad y, esto, como bien señaló Aristóteles, es lo más complejo de lograr, pues supone intervenir autoritaria o veladamente en la organización familiar de nuestras sociedades. ¿Pueden imaginarse estrategias de un consejo biopolítico nocturno que siguiera las recomendaciones platónicas del *Timeo*, según las cuales se trataría de “que los gobernantes, hombres y mujeres, debían engañarlos [a los gobernados] en las uniones matrimoniales”

con el fin de que se unieran convenientemente, aunque siguieran “convencidos de que el azar era la causa de su unión”¹ y no la programación biopolítica para un estado sustentable? ¿Puede imaginarse un bombardeo propagandístico y publicitario o una campaña global para fomentar nuevos modelos de relaciones sexuales y de convivencia centrados en la no reproducción biológica, así como el fomento de nuevos estilos de vida amigables ecológicamente o legislaciones tendientes a desestimular la natalidad? Se podría. Sin embargo, pareciera ser parte de la crisis de la biopolítica una aceleración tal de los problemas económicos, ambientales y poblacionales que no parecen suficientes los medios biopolíticos de propaganda, que a través de la intervención sobre el medio, pretenden afectar las conductas de la población para fomentar paulatinos cambios estadísticos en su composición.



Gobernar mediante la desigualdad

IVÁN GABRIEL DALMAU (CONICET/UBA/UNSAM)
19 DE NOVIEMBRE DE 2021

Punto de partida: hacia una problematización del neoliberalismo como racionalidad de gobierno antidemocrática

En un registro que podríamos denominar socioeconómico y jurídico-político, resulta ostensible que las políticas de orientación neoliberal implican un debilitamiento de la democracia, en la medida en que su implementación acarrea –al mismo tiempo– una pérdida de derechos y un aumento de la desigualdad (por medio de la precarización laboral y los recortes presupuestarios en salud, educación, seguridad social, etc.), que acompañados de la promoción cultural de cierta “apatía política”, reducen el carácter democrático del régimen político a su más descarnado formalismo. Por otra parte, en una perspectiva histórica, no puede desconocerse que en el Cono Sur la ofensiva neoliberal

sobre las condiciones de vida de la clase obrera y el conjunto de los sectores populares fue desplegada en el marco de la perpetración de prácticas genocidas por parte de dictaduras cívico-militares. Asimismo, al poner en consideración la dimensión internacional de la política, es decir las reconfiguraciones de las estrategias de dominación imperialista, no puede soslayarse la manera en que los organismos multilaterales de crédito –como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial– se valen del endeudamiento externo no solo en términos estrictamente económicos, esto es de acumulación financiera, sino además como táctica injerencista en la orientación de la política económica, laboral, educativa y de seguridad social de los Estados endeudados. Nos referimos a las famosas “condiciones” que imponen dichos organismos, sea para el otorgamiento y desembolso de créditos o para la refinanciación de la deuda previamente contraída por parte de los Estados miembro.

Sin borrar con el codo lo que acabamos de escribir con la mano, a continuación colocaremos el foco de miras en otra arista, ya que nos proponemos problematizar el carácter antidemocrático del neoliberalismo abordado en términos de racionalidad de gobierno. En ese sentido, parafraseando al filósofo francés Michel Foucault, podríamos decir que si bien acabamos de hacer algunas referencias a la manera en que “se ha gobernado”, el blanco de nuestro trabajo lo constituye “la forma en que se ha reflexionado acerca de cómo gobernar”.¹ De este modo, interrogar al neoliberalismo como racionalidad gubernamental implica desplazarnos desde el registro disciplinar de las ciencias sociales hacia la filosofía política.

Antes de dar paso a los siguientes apartados, querríamos destacar que retomar la propuesta foucaultiana de criticar el neoliberalismo como racionalidad política, o sea trazar su arqueogenealogía, bajo ningún punto de vista implica algo así como la búsqueda de un “origen” prístino e incontaminado que, a modo de punto fontanal, pudiera ubicarse por fuera de la historia; presunto origen al que deberíamos remitirnos en tanto que teleológicamente daría sentido al devenir histórico. Por el contrario, de lo que se trata es de indagar la historia efectiva de ciertas prácticas, de modo tal de reconstruir la filial compleja de la procedencia y de reponer las condiciones de posibilidad del surgimiento

1 Foucault, M. (2000). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-79*. Paris: Éditions Gallimard SEUIL, p. 4.

del neoliberalismo como forma de racionalización del ejercicio del gobierno en el marco de la soberanía política.

La crítica enarbolada desde el prisma del discurso fundacional del neoliberalismo europeo

En agosto de 1938 se desarrolla en París el Coloquio Walter Lippmann, en honor al periodista y pensador político estadounidense, evento que puede ser considerado simbólicamente como el “acta de nacimiento” del neoliberalismo (en tanto antecedente de la fundación de la Sociedad Mont-Pèlerin en abril de 1947). En dicho evento participaron renombradas figuras del campo de la economía, el derecho, la epistemología de las ciencias sociales y la filosofía política, como los franceses Louis Rougier y Jacques Rueff, los alemanes Wilhelm Röpke y Alexander Rustöw, y los austríacos Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek (que luego emigrarían a los Estados Unidos, razón por la que habitualmente son denominados como economistas “austro-americanos”).²

En un escenario signado por la crisis del `29, la implementación del *New Deal* en los Estados Unidos, la consolidación del stalinismo en la Unión Soviética y el ascenso del fascismo en Europa, el “lugar común” que atraviesa el naciente discurso neoliberal se constituye en torno a la búsqueda de una “tercera vía” entre el liberalismo naturalista decimonónico y lo que caracterizan como “dirigismo económico”. Tal como lo señalaran Pierre Dardot y Christian Laval,³ la “letra chica” de la forma en que debía configurarse dicha renovación del liberalismo será objeto de furibundas disputas entre los ordoliberales alemanes y los economistas austríacos, ya que los primeros veían a los segundos como “piezas de museo” (es decir, “demasiado apegados” al *laissez-faire* del liberalismo clásico, al capitalismo manchesteriano); en contraposición, los austríacos consideraban que la propuesta ordoliberal implicaba una incitación a la intervención estatal que quedaba presa del “dirigismo” que se proponían combatir. Sin embargo, sin desconocer la relevancia de la reconstrucción detallada de dicha discusión, cabe destacar que su tratamien-

2 Dardot, P. y Laval, C. (2009). *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société néolibérale*. Paris: Éditions La Découverte, pp. 157- 186.

3 *Ibid.*

to excede los objetivos del presente escrito. Puesto que, en sentido estricto, consideramos oportuno detenernos en la trama formada por el ejercicio de la crítica desde un encuadre “Estado-céntrico” –que acarrea un diagnóstico que promueve la “Estado-fobia”–, y el programa de sociedad que se propone como contracara.

En primer lugar, en lo que respecta al ejercicio de una crítica “Estado-céntrica”, promotora de la fobia al Estado, cabe enfatizar que el diagnóstico de los neoliberales europeos se erige, como lo señalara tempranamente Michel Foucault, tomando al nazismo como campo de adversidad.⁴ Táctica discursiva que se configura en torno al planteo de que el régimen nazi es el punto de coalescencia en el que convergen las distintas formas de “intervencionismo estatal sobre la economía”, desde las políticas socialistas de redistribución progresiva del ingreso hasta la planificación y el dirigismo de cuño keynesiano. Así, el discurso fundacional del neoliberalismo europeo promueve una visión conspirativa en la que el Estado, cual monstruo frío, avanza sobre la sociedad y en la que, por lo tanto, la especificidad de los acontecimientos resulta aplanada (políticas harto disímiles son agrupadas en tanto presuntamente constituirían una “invariante anti-liberal”). Este aplanamiento de la especificidad de los acontecimientos, articulado teleológicamente por una lógica de “descalificación general por lo peor”, habilita una de forma de problematización en la que la seguridad social del denominado Estado de Bienestar (que se consolidaría tras la Segunda Guerra Mundial), resulta susceptible de ser criticada en tanto “invasión del Estado sobre las distintas esferas de la sociedad civil”, lo que constituiría una suerte de “antesala” del totalitarismo nazi.

Ahora bien, frente a este diagnóstico la pregunta sería, ¿cómo cortar de raíz el “anti-liberalismo” que conduce al totalitarismo? ¿Cómo lidiar con el inconveniente de que las masas se movilizan y exigen a los Estados políticas de distribución del ingreso y reducción de la desigualdad? ¿Cómo desterrar la vinculación entre las exigencias de los sindicatos y la definición de la agenda de las políticas públicas? ¿Cómo combatir el “atavismo” de las masas que las vuelve inadaptadas para vivir en una sociedad de mercado y que se traduce frecuentemente en una inclinación hacia el marxismo? Movilización de las masas, políticas de reducción de la desigualdad, “atavismo colectivista”, devenir totalitario, consti-

4 Foucault, M. (2000), *op. cit.*, pp. 191-220.

tuyen una cadena, una trama... Evitar el devenir totalitario requerirá desmontar aquello que es señalado como su condición de posibilidad, esto es el acoplamiento entre la movilización de las masas y la configuración de un conjunto de intervenciones estatales sobre la economía tendientes a reducir la desigualdad (lo que hacia finales de la Segunda Guerra Mundial comenzaría a denominarse como Estado de Bienestar).⁵

El programa neoliberal: sociedad de empresa y democracia limitada

A continuación nos detendremos, entonces, en la contracara programática del diagnóstico precedente, que de manera sucinta –retomando la profundización de la arqueogenealogía foucaultiana elaborada por Dardot y Laval– podríamos presentar como el proyecto de una sociedad de empresa y una democracia limitada. Por lo tanto, a partir de la puesta en cuestión de los universales sobre la que se configura la grilla de la gubernamentalidad, en lugar de tomar el Estado, el mercado y la sociedad civil como puntos de partida, la pregunta sería qué forma de problematización del Estado, el mercado y la sociedad civil se configura desde el prisma de la racionalidad de gobierno neoliberal. En torno a lo cual, recordamos una vez más, que el discurso neoliberal no constituye en absoluto una totalidad coherente, carente de tensiones, fisuras y líneas de crítica interna, pero el tratamiento detallado de los matices que separan y, en sus propios términos, oponen a las distintas vertientes, queda por fuera de los objetivos del presente escrito.

Si la crítica neoliberal señalaba que la amenaza del totalitarismo hundía sus raíces en la secuencia formada por la intervención estatal sobre la economía de cuño “dirigista”, la canalización de las demandas de las masas movilizadas (organizadas a partir de sindicatos fuertes), y el objetivo de reducción de la desigualdad, a través medidas “bienestaristas” que redistribuyeran los ingresos de manera progresiva, la solución propuesta será por medio del desmantelamiento de esa forma de articulación estratégica entre Estado, sociedad civil y economía. Desterrar el fantasma totalitario requería romper el señalado anudamiento, de modo tal de minar por la base aquel modo de gobierno que, en tanto

⁵ Esta forma de ejercicio de la crítica encontrará su formulación más resonante con la publicación de *Camino de servidumbre* por parte Friedrich von Hayek en 1944. Ver Hayek, F. (2006). *The Road to Serfdom*. Londres y Nueva York: Routledge.

busca reducir la desigualdad, “distorsiona el mecanismo de los precios”, bloqueando la dinámica competitiva sobre la que debe conformarse el mercado. En dicho contexto, el discurso neoliberal sostendrá que resulta fundamental no solo que el Estado abandone sus intervenciones que, en pos de la reducción de la desigualdad y la consecución de una sociedad con pleno empleo, “distorsionan el funcionamiento del mercado” –y la información que los precios transmiten a los consumidores– sino que, además, intervenga activamente para multiplicar la desigualdad y promover, así, la empresarialización de las relaciones sociales.

Habida cuenta de la problematización de la competencia como fundamento sobre el que se sostiene el mercado en tanto principio formal, desde la grilla neoliberal no se trata solamente, entonces, de que el Estado se desentienda de las exigencias de las masas y abandone las políticas de reducción de la desigualdad, sino de que intervenga activamente para promoverla. De este modo, la desigualdad no es un mero daño colateral producido como fruto de que el Estado “deje de distorsionar el mecanismo de los precios”, sino un objetivo programático en tanto dispositivo que permite desproletarizar y desmasificar al convertir los distintos aspectos de la vida social en una situación de mercado y alentar que los sujetos se vinculen consigo mismos y con los otros como empresas en competencia constante. Podría decirse, entonces, que la implementación de medidas que favorezcan la multiplicación de la desigualdad opera (en el seno de esta racionalidad), como una escopeta que, con sus perdigonadas, permite “matar dos pájaros de un tiro”.

Por un lado, promover la desigualdad a través de intervenciones activas sobre las condiciones de posibilidad del mercado –sobre su marco jurídico, por ejemplo– para consolidar el mecanismo de la competencia que opera como base del funcionamiento adecuado del mercado, en lugar de buscar reducir la desigualdad por medio de intervenciones que “distorsionan el mecanismo de los precios” (a través de subsidios o del monopolio de determinados servicios por parte del Estado), permite “sanear” el vínculo entre el Estado y la economía; al dar lugar a un Estado que promueve, en lugar de obstruir, al mercado. Por el otro, convertir las distintas esferas de la vida social en situaciones de mercado, esto es sometidas al principio de la competencia y basadas en la lógica del “aseguramiento individual” frente a los riesgos (en salud, educación, pensiones, etc.), permite desarticular al sujeto proletario que engrosa la sociedad de masas y se organiza sindicalmente para exigir por sus

condiciones de vida ante el Estado frente al empresariado. Si todas/os somos empresarios, que debemos invertir y hacernos cargo del resultado de nuestras inversiones –por ejemplo, una mala inversión educativa puede acarrear un déficit en términos de “empleabilidad”– se diluyen las formas de solidaridad y organización colectiva de las/os trabajadoras/os y resulta eludido el conflicto entre trabajo y capital. No hay un enemigo de clase, el capital, ni solidaridad intracase, sino que el/la otrora compañero/a emerge como el competidor en esta sociedad poblada de empresas sometidas a su “propio riesgo”.

Si tenemos presente el antimarxismo desembozado que articula el discurso fundacional del neoliberalismo europeo, no resulta exagerado sostener que el dispositivo de la competencia, basado en la desigualdad, fue el “remedio” contra la lucha de clases y la exigencia de, al menos, reducción de la desigualdad. Enfatizamos, una vez más, que el aumento de la desigualdad no es un daño colateral y que las políticas que la promueven no propenden solamente a la recuperación de una porción de la riqueza que, aun con las limitaciones impuestas por el capitalismo, la clase obrera organizada había logrado arrebatarse al capital, sino un dispositivo gubernamental desproletarizador / desmasificador. En otros términos, estamos ante una racionalidad de gobierno que se ejerce mediante la desigualdad y que, estratégicamente, desarma (en el doble sentido de “desmontar” y “des-armar”, esto es “quitar las armas” en tanto “herramientas de combate”) a la clase obrera y al conjunto de los sectores populares, al atomizarlos y transformarlos en empresas que compiten entre sí.

Por último, resta decir que –en términos de organización política– se destaca la apuesta por una democracia limitada, esto es un régimen democrático en el que el electorado se limitara a definir a sus gobernantes, pero no tuviera incidencia en cómo gobernarán; ya que se propone que el ejercicio del gobierno esté sometido a un marco normativo fuerte que impida que el programa de sociedad neoliberal pueda ser puesto en entredicho por el “gobierno de turno”. De este modo, se busca cerrar la puerta a la posibilidad de que la democracia devenga “ilimitada”, y que al apelar a la “soberanía popular” los gobiernos puedan cuestionar ni más ni menos que el derecho de propiedad. El mencionado fortalecimiento del marco normativo resulta, entonces, clave en términos estratégicos, ya que el “empoderamiento” del Poder Judicial, en tanto garante del Estado de Derecho, es problematizado como el dispositivo que permitiría bloquear las virtuales “extralimitaciones”

de los gobiernos, como así también las exigencias de los “grupos de presión”, como los sindicatos, cuyo accionar es señalado como motor de las aludidas “ilimitaciones” gubernamentales.⁶ En torno a lo cual, resulta insoslayable la manera en que esta racionalidad ha impregnado el proyecto de refundación alemana en la segunda posguerra, es decir la constitución de un Estado radicalmente económico que funda su legitimidad política en el respeto a la libertad económica.

Pervivencia del carácter antidemocrático del neoliberalismo en el pasaje desde programa opositor a *mainstream* en el pensamiento político

La década de 1980 resulta crucial para la consolidación hegemónica del neoliberalismo, en tanto se abre con la avanzada neoliberal en Estados Unidos y Gran Bretaña de la mano de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. En ese sentido, sin desconocer la influencia ordoliberal en la constitución de la Comunidad Europea (antecedente de la actual Unión), como lo señalaran Dardot y Laval al revisar las bases del Tratado de Roma rubricado en 1957,⁷ ni la reconstrucción foucaultiana de la orientación neoliberal de la política francesa bajo el gobierno de Valéry Giscard d'Estaing en los años '70;⁸ resulta ineludible la relevancia a nivel global de la consolidación del neoliberalismo ni más menos que en Gran Bretaña, caso emblemático del *welfarismo* de la segunda posguerra, y en Estados Unidos, principal potencia imperialista del bloque occidental.

En primer lugar, querríamos enfatizar lo siguiente: al comienzo de este artículo hemos hecho referencia a que en el Cono Sur el neoliberalismo fue implantado por medio de dictaduras cívico-militares que, articuladas por la Doctrina de Seguridad Nacional

6 Tal como lo destacarán Dardot y Laval, si bien es en el discurso de Hayek donde cobrará más resonancia esta forma de crítica, la misma se inscribe en el marco de las críticas elitistas a la democracia formuladas por el propio Walter Lippmann y por uno de los participantes franceses del aludido Coloquio, es decir Louis Rougier. Este filósofo francés dictaría, el año anterior al desarrollo del Coloquio, un curso universitario en Ginebra articulado en torno a la pregunta acerca de “cómo se pasa de las democracias liberales a los Estados totalitarios”. Curso en el que se detendría particularmente en aquellas doctrinas económicas “carentes de fundamento empírico y racional”, que son fruto del prejuicio, el sentimiento y la pasión, y que se despliegan por medio de ciertas “pseudo-demonstraciones científicas” (lo que da lugar a distintas “místicas económicas”). Ver Rougier, L. (1938). *Les Mystiques Économiques. Comment l'on passe des démocraties libérales aux États totalitaires*. Paris: Librairie de Médecis.

7 Dardot, P. y Laval, C. (2009), *op. cit.*, pp. 328-352.

8 Foucault, M. (2000), *op. cit.*, pp. 191-220.

propalada por el imperialismo estadounidense, se valieron de la figura del “enemigo interno” para legitimar la represión. Sin ánimos de realizar comparaciones forzadas, consideramos crucial recordar que dicha figura no fue un patrimonio exclusivo de las citadas dictaduras, sino que bajo dicha lógica fue problematizado el sindicalismo británico, cuyo caso resonante lo constituyen los mineros, tal como lo documentaran y analizaran los sociólogos británicos Philip Corrigan y Derek Sayer. Al respecto, los investigadores colocan como epígrafe en la “Introducción” de su libro sobre la formación del Estado inglés un extracto del editorial del *Times* del 2 de agosto de 1984, en el que explícitamente se caracteriza al líder sindical de los mineros –y a quienes participaban de la huelga– como “el enemigo” que se alza contra la autoridad legítima y el conjunto de la sociedad, generando una situación de “guerra civil no declarada”, al desplegar una política “extraparlamentaria”, intimidar a la ciudadanía y conspirar contra la implementación, por parte del gobierno, de los “cambios necesarios” del orden económico.⁹

En el modo en que el thatcherismo problematiza la huelga, que no se limita a la criminalización sino que, valiéndose de la lógica de la guerra civil y la figura del “enemigo interno”, eyecta a los huelguistas a una zona gris en la que se funde lo criminal con lo belicoso (dejándolos por fuera de la comunidad política), se advierte un claro eco del proyecto de democracia limitada articulado por la racionalidad neoliberal. En otros términos, para que las reformas neoliberales pudieran implementarse, era necesario dislocar un eje de articulación característico del *welfarismo*: el sindicalismo fuerte capaz de incidir sobre la agenda gubernamental. Parfraseando a Thatcher, si “no hay alternativa” (el *Times* hablaba de “cambios necesarios”) para poder hacer de la economía el método para conseguir el objetivo de “transformar el alma”, se tornaba fundamental combatir al “enemigo interno”, “más peligroso que el externo derrotado en Malvinas”, como condición de posibilidad de la constitución de una sociedad de mercado. De forma un tanto esquemática, podría decirse que limitar la democracia fue el requisito para promover la empresarialización de las relaciones sociales. Gobernar mediante la desigualdad requirió destruir la fortaleza de los sindicatos, “principal legado de Thatcher”, de modo tal de

9 Corrigan, P. y Sayer, D. (1985). *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Basic Blackwell, p. 1.

desertificar la “política extraparlamentaria”, terreno en el que los sindicatos lograban instalar sus demandas distribucionistas / igualitaristas ante el Estado durante el *welfarismo*.

Antes de dar cierre al presente trabajo, quisiéramos puntualizar algunas cuestiones. Tal como Michel Foucault lo señalara, las crisis de gubernamentalidad no pueden ser reducidas sin más a epifenómenos de las crisis del capitalismo; sin embargo, esto no debe ser interpretado de manera dicotómica, negando la relevancia que la situación de crisis del capitalismo puede tener respecto del aumento del conflicto social y la emergencia de una crisis de la racionalidad gubernamental. Cabría recordar que la racionalidad neoliberal emerge como crítica ante el escenario abierto por la crisis del '29 (crack de *Wall Street*) y deviene *mainstream* tras la crisis del petróleo de 1973. Ahora bien, para trazar la filial compleja de la procedencia del mencionado devenir *mainstream* del neoliberalismo, en cuya superficie de emergencia deben mencionarse, además de la citada crisis, problemas tales como el estancamiento económico y el aumento de la inflación (cuestión frente a la que se consolida el monetarismo friedmaniano como herramienta de crítica a la políticas expansivas del gasto público propias del bienestarismo keynesiano), no puede soslayarse que “el centro de gravedad” de la producción teórica del neoliberalismo migra, como los economistas austríacos Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, de Europa a los Estados Unidos.

Desde los años sesenta, la Escuela de Chicago se irá consolidando como referente fundamental. En su seno, Gary Becker desarrollará la denominada teoría del capital humano,¹⁰ caracterizada en la lectura foucaultiana como una radicalización de la racionalidad neoliberal, consistente en aplicación de la grilla economicista de cálculo de “costo-beneficio” a la totalidad de las prácticas sociales, incluso aquellas consideradas habitualmente como “no económicas” (como la dieta, el acceso a la salud y la educación, las relaciones familiares, el consumo de drogas, etc.). La economía se consolidará, de la mano de estos desarrollos conceptuales, como la ciencia que estudia las respuestas sistemáticas a las transformaciones aleatorias de las variables del medio, visibilizando a los sujetos como

10 De 1964 es la primera edición de su clásico libro, cuya tercera edición es posterior a la obtención del Premio Nobel de Economía en 1992: Becker, G. S. (1993). *Human Capital. A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

gobernables en tanto “se dejen afectar por la realidad”, configurando así lo que Foucault denominaba como prácticas de gobierno ambiental.

En otros términos, la racionalidad empresarial –atravesada por la lógica del cálculo estratégico de asignación de recursos limitados hacia fines mutuamente excluyentes– resulta analizada como “la manera” en que los sujetos se vinculan consigo mismos y con los otros. En tanto y en cuanto que el capital humano es definido como la conjunción de aptitudes innatas y adquiridas, el proyecto fundacional del neoliberalismo de que nos conduzcamos como empresas se radicaliza ya que, desde esta grilla, hagamos lo que hagamos somos empresarios, en tanto titulares de cierto capital. La desproletarización de las/os trabajadoras/es se consumará en tanto estos son, como todas/os nosotras/os, titulares de un capital que invierten al estudiar (para mejorar su “empleabilidad”, esto es la competitividad de sí en tanto empresa), trabajar (como inversión que apunta a un retorno monetario, es decir una ganancia,) o consumir (como inversión que apunta a obtener una satisfacción).¹¹ Inversiones que pueden ser exitosas o dar lugar a rotundos fracasos, pero... en tanto que libres, inobjetables. O sea, si una inversión puede salir bien o mal, “como todas/os sabemos” al momento de realizarla, nadie puede –bajo el pretexto de “auxiliar al fracasado”– tomar medidas que “castiguen al exitoso”. En la misma dirección, el Estado no debe implementar intervenciones que apunten a la redistribución del ingreso, ya que volvería menos razonable el invertir tiempo y esfuerzo en ir a trabajar y, además, para sostener dicha política debería castigar impositivamente al “exitoso”. “Premiar a fracasados y holgazanes, y castigar a quienes se esfuerzan y con su éxito generan riqueza”, no parece una inversión razonable por parte del Estado en este programa de sociedad cuya divisa sería, en un tono abiertamente social-darwinista, “sálvese quien pueda”. Esta forma de problematizar “lo humano” en tanto capital, nos permite captar con toda la seriedad del caso la mencionada consigna thatcherista, “la economía es el método, el objetivo es el alma”, en lugar de reducir la crítica al señalamiento de su presunto carácter ideológico.

11 Becker comienza el *Prefacio* a la tercera edición destacando que en la campaña presidencial de 1992, en la que se enfrentaron quien resultara electo –Bill Clinton– y quien viera frustrado su intento de reelección –George Bush (padre)–, ambos candidatos coincidieron en la importancia de mejorar la educación y las aptitudes de los trabajadores norteamericanos por medio de la “inversión en capital humano”. Cuestión que, según el economista, mostraría la relevancia no solo académica sino también a nivel de las políticas públicas que había adquirido dicha noción; lo que, según su óptica, era impensable apenas una docena de años antes...

Hemos mencionado que el centro de gravedad de la producción teórica del neoliberalismo migra de Europa a los Estados Unidos, en dicho marco acabamos de enfatizar la relevancia de la Escuela de Chicago debido al desarrollo de la teoría del capital humano, y también destacamos la importancia del escenario abierto por la crisis del petróleo de 1973. Por lo tanto, en función del objetivo de nuestro artículo, no podemos dejar de aludir a una serie de trabajos, cuya relevancia para la arqueo-genealogía del neoliberalismo fuera destacada por Dardot y Laval. Nos referimos al desarrollo del enfoque del *Public Choice* desplegado en el seno de la Escuela Virginia y del informe de la Comisión Trilateral sobre la crisis de la democracia (cuyo firmante por Estados Unidos fue ni más ni menos que Samuel P. Huntington). Si los trabajos de Gordon Tullock y James Buchanan enfocaban la crítica en el “círculo vicioso” presuntamente formado entre la ampliación de las demandas colectivas y la expansión de la burocracia estatal (con la consecuente “sobrecarga presupuestaria”),¹² en el capítulo dedicado a Estados Unidos del Informe de la Comisión Trilateral,¹³ Huntington “alertaba” sobre la incompatibilidad entre la democracia política y la movilización de amplios sectores de la sociedad, dada la imposibilidad de atender a la multiplicación de las demandas.¹⁴ En términos huntingtonianos, el funcionamiento del régimen democrático requería del desinterés y el no involucramiento político de grandes franjas de población; a lo que agregaba que el grado de movilización de distintos grupos marginales que reclamaban por sus derechos, como por ejemplo “los negros”, sobrecargaba de demandas al sistema y socavaba la autoridad.¹⁵ En otros términos, los reclamos igualitaristas de los grupos marginados tornaban ingobernables a las democracias occidentales. Ante esta crisis de gubernamentalidad, el programa neoliberal devendrá –finalmente– *mainstream*.

12 Respecto de esta crítica economicista de la burocracia estatal, remitimos a la reconstrucción propuesta por Dardot y Laval. Ver Dardot, P. y Laval, C. (2009), *op. cit.* pp. 377-384.

13 La Comisión Trilateral, por medio de la que se buscó aglutinar a las grandes potencias del bloque capitalista, fue fundada en 1973 bajo el auspicio de la Fundación Rockefeller. Su informe de 1975 sobre la crisis de la democracia se realizó con la participación conjunta de un representante por cada área geográfica dentro de la Comisión, el francés Michel Crozier (Europa occidental), el estadounidense Samuel P. Huntington (América del Norte) y el japonés Joji Watanuki (Asia-Pacífico): Crozier, M.; Huntington, S. P. y Watanuki, J. (1975). *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. Nueva York: New York University Press.

14 Huntington, S. P. (1975). The United States. En M. Crozier; S. P. Huntington y J. Watanuki, *op. cit.*, pp. 59-118.

15 *Ibid.*, p. 114

Palabras finales: acerca de la relevancia de la analítica de la gubernamentalidad

Retomando la lectura propuesta en los apartados precedentes, consideramos que la pertinencia de este enfoque radica en que nos ha permitido mostrar el carácter antidemocrático de la racionalidad de gobierno neoliberal al centrar el análisis en su discurso, entendido como conjunto de prácticas. Así, frente a la crítica de la ideología, que apuntaría a mostrar que el discurso neoliberal esconde determinados intereses y que, en “en el fondo”, es contrario a la democracia; la analítica de la gubernamentalidad ha permitido señalar cómo en la crítica neoliberal, y en el programa de sociedad propuesto como contrapartida, resulta palpable “en la superficie” misma de los discursos su carácter antidemocrático.

En la misma dirección, el enfoque gubernamental resulta mucho más apropiado para el ejercicio de la crítica que la caracterización del neoliberalismo como una mera teoría económica que se traduce en un conjunto de recetas, ya que dicho encuadre no solo invisibiliza el carácter político del discurso económico sino que, además, deja el terreno libre para que las/os propagandistas del credo neoliberal puedan “correr el arco” de la crítica socio-histórica, al señalar que los sobrados ejemplos que en ese campo permiten objetar al neoliberalismo son meramente “malas aplicaciones del modelo”. En otros términos, si la crítica no se elabora a partir de la analítica de la gubernamentalidad, el ataque a la democracia y la promoción de la desigualdad que, como lo hemos indicado a lo largo del presente artículo, constituyen dos caras de la misma moneda dentro del programa urdido desde las cloacas de la racionalidad neoliberal, pueden ser reducidos a “daños colaterales”, de forma tal de invisibilizar su carácter programático.

Enfatizamos, una vez más, que resulta ostensible que criticar al neoliberalismo como racionalidad de gobierno permite sostener que la pérdida de derechos, el aumento de la desigualdad y el deterioro de la democracia no constituyen meros daños colaterales. Puesto que, el ataque a la democracia y el aliento de la desigualdad tienen un carácter programático, bajo la forma del par constituido por la democracia limitada y la sociedad de empresa. Gobernar mediante la desigualdad, esa es la cuestión.



¿Para quiénes producimos textos?

MERCEDES BRUNO (UBA)
24 DE NOVIEMBRE DE 2021

En este artículo nos proponemos pensar cómo los usos específicos del lenguaje en el ámbito profesional y/o laboral transparentan una concepción ideológica sobre el rol como especialistas de un área de conocimiento. Específicamente, trabajaremos sobre el uso del lenguaje en el ámbito jurídico. Problematizaremos la concepción del circuito de la comunicación de Roman Jakobson, autor insoslayable a la hora de pensar la comunicación, con el aporte de otras teorías posteriores sobre esta temática.

Nuestro objetivo es concientizar que el uso del lenguaje no es inocente, sino que, como toda actividad humana, implica un posicionamiento ideológico. La idea que tenemos sobre nuestra *praxis* y la concepción de los/las otros/as condicionan tanto nuestras prác-

ticas de lectura y como nuestras prácticas de escritura. Nos preguntamos, entonces, qué otros significados producimos mientras hablamos o escribimos.

Los orígenes

La preocupación por el lenguaje y sus usos no es novedosa. La Retórica es el área del estudio del lenguaje que se dedica a diseñar y enseñar múltiples estrategias para comunicar algo de manera eficiente y persuasiva.

Roland Barthes¹ sitúa el surgimiento de *La Retórica* en el 485 a.C. cuando dos tiranos sicilianos, Gelón y Hieron, decretaron deportaciones, traslados y expropiaciones para poblar Siracusa y adjudicaron lotes de tierra a los mercenarios. Cuando los tiranos fueron destituidos, el orden democrático quiso volver a la instancia previa; entonces se desencadenaron numerosos procesos judiciales que convocaban a grandes jurados populares ante quienes había que hablar con elocuencia. Esta capacidad de usar el lenguaje para convencer se comenzó a enseñar. Entonces, se inició la Retórica como objeto de enseñanza.

En el siglo IV a. C., *La Retórica* de Aristóteles fue la piedra fundamental de todos los estudios posteriores; esta obra se divide en tres libros: El libro I está dedicado al emisor del mensaje, es “el libro del orador”. El libro II está dedicado al receptor del mensaje, es “el libro del público”. El libro III está dedicado a la constitución y la ejecución del mensaje.

Es interesante que desde el siglo IV a.C. se considerara al receptor a la hora de pensar un discurso y que, muchos años después, el orden jurídico lo haya desplazado a un lugar menor. Podríamos proponer algunas hipótesis para explicar el desplazamiento realizado por los agentes jurídicos a la hora de tener en cuenta a sus interlocutores y qué compromiso social evidencian en el ejercicio de su profesión. Frente a la complejidad del tema, discurriremos sobre dos aspectos: la opacidad del discurso jurídico y el camino hacia el lenguaje claro.

La opacidad² del discurso jurídico

Las motivaciones que hacen opaco al discurso jurídico son múltiples. Van desde la idea que el ejercicio del derecho se vincula con letrados/as, que manejan un caudal cultural distinto al de las personas ajenas a la práctica jurídica; hasta la vastedad y heterogeneidad del ordenamiento jurídico que lo convierte en inabarcable. Leemos a Cárcova, sobre los problemas de incomprensión del derecho:

La no comprensión, que tiene que ver con la profusión de normativa, con las complejidades técnicas de los institutos, con factores socio-estructurales, con mecanismos de manipulación y ocultamiento que juegan un papel en la constitución y en la reproducción de las hegemonías sociales [...] la variedad y el cruce de pautas culturales que constituyen visiones sociales fragmentadas de nuestras grandes urbes de fin de siglo, etc.³

El autor referido ejemplifica su postura con la causa “Boumbicci Nelly s/apelación de clausura”, que tramitó ante el Juzgado Nacional en lo Penal Económico N°2, a cargo del Dr. J. Cruciani. Este juez, especialista en derecho tributario, y su secretario desconocían la resolución que obligaba a un pago que la Sra. Boumbicci no había cumplido. Es decir, que ni los especialistas, ni la persona a quien se le hacía el reclamo conocían la resolución que estaban incumpliendo. Por lo tanto, el juez dictó un fallo muy innovador; a través del cual reconoció que el principio de que el derecho se presume conocido por todos se puede aplicar cuando son leyes del Congreso, que implican una difusión pertinente; pero “cuando es una resolución que no cumple con los requisitos de publicidad y discusión [...] alegar desconocimiento [...] sirve como elemento de defensa y es eximente de responsabilidad...”⁴

2 Utilizaremos el concepto de opacidad del derecho del texto de Cárcova, C. (1998). *La opacidad del derecho*. Madrid: Trotta.

3 Cárcova, C. (1998), *op. cit.* p. 43.

4 Cárcova, C. (1998), *op. cit.* p. 44.

Entonces, la opacidad del discurso jurídico no se remite únicamente a un uso específico del lenguaje, sino a la inmensidad de leyes y resoluciones que integran el ejercicio de la vida de un/a ciudadano/a común.

El camino hacia el lenguaje claro

Destacamos que las ciencias jurídicas se hacen cargo de la opacidad de su discurso y hace años que reflexionan sobre sus prácticas. La opacidad del lenguaje no es una característica exclusiva del discurso jurídico; sin embargo es una de las pocas áreas académicas profesionales que hace tiempo revisa la forma en la que se comunica.

La corriente de lenguaje claro o llano (*Plain English Campaign*) tiene una tradición importante en el mundo; se inició en los años 70. Este movimiento se extendió por países anglosajones y países francófonos. En los países de habla hispana, la preocupación por el lenguaje claro es más reciente. En nuestro país, la Red Argentina de Lenguaje Claro funciona desde el 2018. Se promueve el uso del lenguaje claro en los organismos del Estado para garantizar la transparencia de los actos de gobierno, el derecho a entender y el acceso a la información pública.

Para usar el lenguaje claro, es preciso que desterremos la idea que sostiene que producir texto de manera sencilla va en detrimento de la calidad o la profundidad de aquello que se produce. Como dice Cristina Carretero: “la simplificación y aclaración del lenguaje no significa vulgarizarlo, ni infantilizarlo, sino, más bien al contrario, requiere de gran esfuerzo mental de síntesis y de explicación sin perder precisión”.⁵

Teoría sobre la comunicación

La investigación comunicacional empezó como investigación de la comunicación de masas después de la Primera Guerra Mundial. El postulado de estas teorías es que los

5 Carretero, C. (2017). Lenguaje claro, reto de la sociedad del Siglo XX. En XII Seminario Internacional de Lengua y Periodismo. Recuperado de <https://i1.wp.com/www.lenguajejuridico.com/wp-content/uploads/2017/05/FullSizeRender26.jpg?ssl=1>

medios “inyectan” una información cuyo contenido se da por cierto y verídico, y la audiencia reacciona en consecuencia. Estas teorías de comunicación de masas conciben al mensaje como estímulo del emisor y destinado a generar una conducta en el receptor. Es decir, que quien “emite” tiene un rol determinadamente activo y que quien “recibe” tiene un rol desmedidamente pasivo. Los estudios de lingüística y el circuito de la comunicación, que Roman Jakobson desarrolló en su libro *Lingüística y Poética* (1981), evidencian la idea de una linealidad conductista entre los roles del circuito. Ese aspecto es propio de las teorías de esa época, llamadas de la aguja hipodérmica.

La falta de problematización del rol “receptor” y del “medio” a través del cual se emite un mensaje conlleva olvidos u omisiones, que provocan oscuridad en los usos del lenguaje. Especialmente, en el lenguaje jurídico, que por un lado es nuestro objeto de estudio y, por otro lado, tiene consecuencias concretas en la vida de las personas.

El medio es más que una herramienta

Cuando hablamos del medio pensamos en qué sustento material utilizamos para vehicular un mensaje. Marshall McLuhan abordó el tema del “medio” en su polémico libro *El medio es el mensaje* (1967). El título de la obra jugó con un error de edición, porque se publicó como *El medio es el masaje*. McLuhan hablaba sobre la necesidad de tener en cuenta el medio como un dispositivo que produce significado, en lugar de considerarlo únicamente como la herramienta de transmitir ese mensaje. La idea del “masaje” se refiere a generar condiciones óptimas para vehicular un contenido específico y también considerar “al medio” como un dispositivo de persuasión.

Las premisas de McLuhan no solo continúan vigentes, sino que nuestro presente ha multiplicado la cantidad de soportes materiales posibles para un texto y, por lo tanto, la discusión sobre el medio se ha hecho determinante a la hora de producir un texto. Todos/as sabemos que no es lo mismo producir para Instagram, donde habrá preponderancia de la imagen; para Twitter que condiciona la enunciación en una cantidad determinada de caracteres; o para una revista académica, como la que nos convoca.

Actualmente, algunos agentes jurídicos utilizan distintos medios “no tradicionales” para vehiculizar de manera óptima su mensaje y reforzar su compromiso con la comunidad. Por ejemplo, el Juzgado de Garantías N°1 de Lomas de Zamora, a cargo del juez Jorge W. López y su equipo hace un gran trabajo de difusión a través de redes sociales. Ellos usan un blog, Facebook e Instagram para interactuar con el público, sin mediaciones, y facilitar el acceso del público a la información.

Otro ejemplo es el de la Dra. Mariana Rey Galindo, jueza de Familia y Sucesiones en Tucumán. La Dra. y su equipo, cuando concluyeron un proceso de adopción, decidieron enviar un diploma que reconociera el amor de la familia y su nuevo estado. Junto con el documento legal de la sentencia, enviaron el diploma impreso en colores brillantes, también adjuntaron una tirilla con fotos de la familia que posee un imán, como los suvenires que se obsequian en los cumpleaños, según informaron a un diario local.⁶ La sentencia de la magistrada está escrita con lenguaje técnico y claro; para la confección del diploma intervinieron profesionales de la psicología y del diseño gráfico. Rey Galindo y su equipo buscaron que el diploma simbolizara la sentencia, porque en el contexto de la pandemia todo el material jurídico había estado digitalizado y la familia esperaba que salieran “los papeles”. Entonces, con el diploma que se entregó en mano e impreso a colores, no solo se finalizó un proceso jurídico, sino también simbólico.

Un receptor desactualizado

El ejemplo referido marca la importancia de pensar en quién recibirá el mensaje que enviamos. Hablamos de la necesidad de volver a pensar la figura del receptor, dado que pensar la comunicación como un hecho unilateral es una mirada sesgada. La comunicación resulta de la interacción y si no se tiene en consideración a quién se dirige un discurso es poco probable que pueda diseñar la mejor estrategia comunicativa para transmitir aquello que se busca verbalizar.

⁶ El Tucumano (2021). “Ha sido muy movilizante”: el amor de una familia que se volvió un diploma. Recuperado de <https://www.eltucumano.com/noticia/libre/275833/ha-sido-muy-movilizante-el-amor-de-una-familia-que-se-volvio-diploma>

El autor Dominique Maingueneau, que sigue al lingüista Anotine Culioli, cambia la noción tradicional de “emisor” y “receptor” por la idea de la coenunciación. Este autor parte de que el discurso es interacción entre dos personas como mínimo, entonces es difícil llamar “destinatario” al interlocutor, porque el discurso es dinámico y los roles (emisor / receptor) se actualizan constantemente. La enunciación no se remite a un destinatario pasivo sino a un coenunciador. La condición del discurso es que se remita a alguien y, por lo tanto, la construcción es dialéctica y polifónica. Agrega Maingueneau: “El discurso sólo adquiere sentido en el interior de un universo de otros discursos a través del cual debe abrirse camino”.⁷

Es inminente tener en cuenta la complejidad del proceso de comunicación en el ámbito jurídico, porque las personas que trabajan en un juzgado tienen que producir textos para auditorios muy distintos como los jueces y las distintas personas involucradas en los procesos, a veces al mismo tiempo.

Esta historia de complejidad y opacidad en la escritura jurídica tiene como consecuencia una tradición de lectura. Cuando alguien se enfrenta a un formulario necesario para cualquier trámite, tanto en la gestión pública como privada, se sabe de antemano que mucho de lo escrito responde a necesidades internas en primer lugar y, en segundo lugar, se dirige a los/as interesados/as. Consecuentemente, la persona que lee sabe que tiene que “saltar” lo que no le sirve y centrarse en lo que le piden para poder cumplimentar su trámite. Muchos de estos trámites quedan inconclusos por lo que, inicialmente, fue un problema de lectura. Se evidencia la urgencia de pensar y escribir como coenunciadores. Retomamos nuestra pregunta inicial ¿Para quién producimos textos?

A modo de ejemplo, referiremos otro caso abordado por la Dra. Mariana Rey Galindo en un caso de filiación múltiple de una menor. En su sentencia dictó un apartado en un texto que pudiera entender la niña de nueve años, que era la protagonista del proceso. El texto comienza con una cita del libro *El Principito* que señala que “solo se ve bien con el corazón” y que “lo esencial es invisible a los ojos”. Las partes dedicadas a la nena están configuradas en una tipografía distinta al resto del fallo.

7 Maingueneau, D. (2009). *Análisis de textos de comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 45.

La jueza ratifica su obligación de ser entendida por los/as destinatarios/as de sus decisiones. “Las veces que chicos o chicas me preguntaron ‘qué quiere decir eso’ me di cuenta de que estábamos hablando mal, es decir, que no nos estábamos ajustando a su lenguaje”,⁸ señaló la magistrada al diario *Página/12*.

En conclusión

Somos seres sociales y como tales nos constituimos en relación a quienes nos rodean. Nuestro quehacer profesional es una tarea social, de nada sirve producir textos barrocos si no cumplen con el objetivo para los cuales fueron concebidos. Detrás de cada papel, cada formulario, cada ley o resolución hay personas que aguardan resolver aspectos de su vida: divorcios, sociedades, impuestos, jubilaciones, licencias, etc., etc.

Frente a esto, promovemos escuchar los consejos de Daniel Cassany:

Si no tienes a tu oyente delante, conviene que lo guardes en el recuerdo, en el pensamiento. Escribe para él o ella y facilítale la tarea de comprenderte. Usa palabras que compartas contigo, explícale bien y poco a poco lo que sea difícil –¡tal como harías en una conversación!–, anticipale lo que le contarás, resúmeselo al final. Asegúrate de que te entenderá. Si le abandonas tú, mientras escribes, te abandonará él cuando te lea.⁹

La ley de lenguaje claro en el sector público en la provincia de Buenos Aires es de septiembre de 2020, pero no está reglamentada aún. ¿Qué podemos hacer en el “mientras tanto”? Proponemos pensar las puntas del circuito de la comunicación como coenunciadores; favorecer relaciones más simétricas y construir el discurso desde esa interacción y así, en términos de Cassany, evitaremos más abandonos

8 Bermejo, L. (2020). Fallo inédito en Tucumán: una niña tiene dos padres, uno biológico y otro de crianza Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/248236-fallo-inedito-en-tucuman-una-nina-tiene-dos-padres-uno-bio>

9 Cassany, D. (1995). *La cocina de la escritura*. Barcelona: Anagrama, p. 239.



Sonata entre la vida y la muerte

SILVANA VIGNALE (UNLA/CONICET)
26 DE NOVIEMBRE DE 2021

Acerca de si queremos o no normalidad (sobre intentos de suicidios en adolescentes y jóvenes en instituciones educativas)

Lo que sigue es una reflexión en varios movimientos: en torno a intentos de suicidios en adolescentes y jóvenes en instituciones educativas en los últimos meses, en torno a artículos que nos han interpelado sobre el aumento de las estrategias y talleres de coaching ontológico en las universidades, y en torno a la escucha de las chicas y los chicos, cuando realmente pueden hablar de lo que les pasa y piden un tratamiento desde la salud mental. Lo que sigue no es hablar en nombre de ellas y de ellos: se trata de llamar la atención sobre algo que nos concierne. Lo que sigue no es, tampoco, ciencia; no es otra cosa más que una perspectiva situada de quien aquí escribe, de percepciones y registro de algo

que se manifiesta sotto voce, en voz baja, a veces silenciosamente, y que de todas formas tenemos la responsabilidad de oír.

En el primer movimiento de una sonata entre la vida y la muerte aparece uno de los conceptos que se ha instalado en los últimos dos años de pandemia por COVID-19, el concepto de “nueva normalidad” (y sobre lo que había escrito hace unos meses, cobrando ahora cierta materialidad en el entretrejo de esta escritura). ¿De qué hablamos cuando hablamos de “nueva normalidad”? ¿Qué significa volver a las aulas en la nueva normalidad, con presencia plena de estudiantes, profesores, preceptores, como sucedió aquí en los últimos meses, casi “como si nada hubiera pasado”? ¿Qué significa para las autoridades y funcionarixs de la eficacia y del emprendedurismo decir que hay que recuperar el tiempo perdido? Como si el tiempo se perdiera, como si estos dos años de pandemia no nos hubieran expuesto a marcas de las que tendremos noticias dentro de mucho tiempo –no solamente en los divanes–, como si no se hubiera aprendido nada. No han sido escuchadas durante la pandemia nuestras voces –las voces de quienes enseñamos–, diciendo que sí ha habido clases, que en todo caso no ha habido presencialidad (con todo lo que esa nueva tristeza nos ha implicado, a estudiantes y a profesores...).

Hace algunos meses (comienza un segundo movimiento), ocurrió un hecho de gran conmoción para las chicas y chicos de la escuela a la que asiste mi hijo, escuela donde fui profesora hace muchos años también. Asistí a la asamblea que realizaron al día siguiente, porque las autoridades no habían querido suspender las clases del turno tarde, y donde la situación claramente desmadró la cotidianidad, y se presentó el quiebre de la “normalidad” (la normalidad de la “norma”, la que normaliza; y la normalidad del curso “normal” de la institución, del “no pasa nada”, del “todo como antes”).

Las chicas y los chicos se hicieron escuchar: fueron ellxs quienes pidieron no disfrazar de accidente aquello de lo que habían sido testigxs en el patio de la escuela. Fueron ellxs quienes solicitaron hablar de salud mental en las escuelas, de prevención del suicidio adolescente, de acompañamiento tanto a quienes se encuentran atravesando situaciones de estrés y de angustia, como a quienes son sus amigxs y compañerxs. Se piden entre sí no callarse: aquello de lo que no se habla, se repite en acto. Reclaman

a la institución escolar otro tipo de funcionamiento, y no más la normalidad: “nadie va a acudir a los gabinetes psicopedagógicos, cuando todxs sabemos que son mecanismos disciplinantes”, se oía entre las chicas y los chicos que hablaban. Y mecanismos patologizantes –agrego yo–, pues disciplina y patologización inevitablemente van de la mano. Lo que se escuchaba es que se sienten exigidxs, estresadxs, que sienten ansiedad al retornar a la escuela llena de gente. También dijeron que les causaba mucha incertidumbre el futuro, y que en todo caso sus certezas eran que en este mundo no había mucho lugar para ellxs: que sabían que nunca tendrían una casa y que sobrevivir y trabajar sería algo muy difícil de conseguir.

No podía dejar de recordar la descripción en los textos de Laval y Dardot sobre esa fábrica de sujetos emprendedores, donde la forma empresa se vuelve matriz de subjetividad, y se encuentra caracterizada fundamentalmente por la competitividad y la adaptación a la incertidumbre (los adalides del coaching ontológico también la engloban en lo que llaman “resiliencia”, palabra que se ha filtrado con un valor positivo en el ámbito pedagógico y talleres escolares). Cada unx es responsable por su propio éxito y fracaso, la política y la historia se desdibujan en los discursos del éxito, donde se borran las condiciones materiales de vida, las clases sociales, las biografías.

Para un tercer movimiento de la sonata triste: el intercambio con un colega de España, y el artículo de una colega sobre la gestión de las emociones en los talleres de coaching.

Hoy pude leer un post de un colega, Jordi, de la Universidad de Granada, España, quien conversando con sus estudiantes a partir de lo que está ocurriendo con la filosofía, de los planes para adelgazar el currículum de la materia en la secundaria, inmediatamente y sin que transcurriera mucho tiempo, comenzaron a hablar de suicidio (más allá de cualquier relación romántica entre la filosofía y la angustia o la muerte, lo cierto es que se evidencia una verdadera toma de la palabra; lo que incita a hablar no es un determinado tema, sino el espacio que el/la profesor/a propicia con lxs estudiantes). De cómo les cuesta encontrar una salida. De cómo se sienten presionadxs por las notas, por la competitividad, exhaustxs. De cómo tienen incluso problemas para encontrar espacios para hablar sinceramente y abiertamente de sus problemas. A Jordi le pareció que eran muy conscientes de muchas cosas que van mal en la sociedad, pero que al mismo tiempo

sentían que no podían sacar fuerzas de sí mismxs. Me llamó la atención la coincidencia de lo que yo misma había escuchado de lxs chicxs en estas latitudes. Se trata entonces también de algo pandémico, pero invisibilizado. Coincidimos en que hay mucha conciencia entre lxs jóvenes de la importancia de que la salud mental sea considerada como un problema público.

Recientemente, Valentina Arias en su artículo “¿Será que la felicidad puede convertirse también en un mandato insoportable?”,¹ advertía que “la UNCuyo organiza talleres para aprender a gestionar las emociones, con ‘DJs en vivo, sorteos y foodtrucks’, que luego tiene que suspender y reprogramar porque sus jóvenes se lanzan al vacío, atiborrados de angustia y sin palabras”. Se preguntaba a propósito de las charlas y talleres de “gestión de las emociones” (que proliferan hoy en las instituciones educativas, acordes con los discursos sobre la resiliencia, la eficacia y la constitución de sujetos empresarios de sí mismos del neoliberalismo), si será que lo reprimido siempre encuentra vías para volver y que la vida no se domestica en talleres de gestión, si será que la universidad debería mantenerse al margen de discursos meritocráticos, individualistas y empresariales y dejar pasar, por fin, otras preguntas, otras ideas, otras sensibilidades...

Lo cierto es que hay un hecho innegable: es llamativo que muchos intentos de suicidio en adolescentes y jóvenes se realicen en las mismas instituciones educativas, en las escuelas y en las facultades, en el mismo ámbito de la universidad. No hay estadísticas, pero quienes trabajan en salud mental advierten el incremento de casos en el área de los hospitales que los reciben y de que muchos de esos hechos ocurren en las mismas escuelas. El pasaje del ámbito de la domesticidad al de la institución pública debe llamarnos la atención, en cuanto evidencia algo que –de cualquier manera– va de suyo: se trata de un asunto político. La institución hospedando el arrojito de sus jóvenes expresa este carácter político e institucional de la angustia y un síntoma de época, aunque habría que determinar también y hasta qué punto, de pospandemia. Las palabras –cuando aparecen– son un termómetro. Ellas y ellos convertidxs en an-

1 Arias, V. (noviembre de 2021). ¿Será que la felicidad puede convertirse también en un mandato insoportable?. *Agencia Paco Urondo*. Recuperado de <https://www.agenciapacourondo.com.ar/opinion/sera-que-la-felicidad-puede-convertirse-tambien-en-un-mandato-insoportable?fbclid=IwARIHUhSPddoSUNUX-eYCDexRvmj-Vqu-1LAbS7X1ZxjJryodlNYTmYZ3rj4>

tenas, en artefactos de un mundo que no los aloja, recepcionando la incertidumbre y la competitividad de la forma-empresa, el carácter desarticulado con una humanidad que se enorgullece de sí misma, al tiempo que arroja a jóvenes, niñas y niños, mujeres, criminalizadxs, pauperizadxs, (ni hablar de otros vivientes) al espantoso abismo donde unos están destinados a producir y sobrevivir bajo sus reglas, y otros a morir o dejarse morir, como se pueda.



Poner la deuda en el centro

LUCÍA CAVALLERO (UBA)
30 DE NOVIEMBRE DE 2021

Apuntes para el análisis del endeudamiento desde una perspectiva feminista

El debate sobre el endeudamiento externo se metió por la ventana de la campaña electoral, volviendo insoslayable la discusión pública sobre su impacto, su origen y su legitimidad. Pero, ¿qué expresa esa obligación de hablar sobre la deuda? ¿Qué experiencia de lo social la vuelve inevitable? ¿Por qué el tiempo *de las deudas* marca la vida cotidiana de amplias mayorías de la población? ¿Cuál es el vínculo entre deuda externa y deudas privadas? La deuda se mete en las casas, no solo como discusión mediática sino también como experiencia concreta de estar endeudadx para vivir. En este artículo, propongo dar cuenta de claves metodológicas y políticas aportadas desde la

reflexión feminista, para comprender la espacialidad y el impacto del endeudamiento sobre nuestras vidas, postulando que estas reflexiones son clave en la democratización de la discusión sobre el mundo financiero.

Empezar por casa

Los feminismos han desordenado los binarismos clásicos que estructuran el imaginario económico. Así, se ha cuestionado la oposición entre lo productivo y lo doméstico y la división entre lo que cuenta como “público” y lo que cuenta como “privado”. Esto ha implicado una ruptura epistemológica en el modo de abordar los problemas económicos, al ubicar la vida cotidiana, el espacio doméstico y el trabajo comunitario como lugares estratégicos donde hay explotación pero también resistencia. En este proceso de redefinición de categorías económicas y, por ende políticas, el análisis del proceso de financiarización de la vida cotidiana no ha quedado exento.

En ese sentido, la perspectiva feminista hizo un aporte a la *pedagogía contra de la deuda* externa que generalmente estuvo asociada a *enseñar* sobre sus efectos macroeconómicos, de una manera des-generizada, des-racializada y sin referencias concretas a la vida cotidiana. Esto está relacionado a lo que la historiadora y filósofa feminista Silvia Federici ha conceptualizado como la histórica devaluación del espacio doméstico en tanto lugar donde se despliega el trabajo de las mujeres y cuerpos feminizados y con la producción de este espacio como espacio privado, por fuera de una visibilidad pública. Al mismo tiempo, el espacio doméstico ha sido abordado incluso desde perspectivas de la economía feminista haciendo énfasis en su carácter desmercantilizado, es decir alejado del mundo financiero. Mi perspectiva problematiza esta doble invisibilización, lo que nos permite recorrer la dirección contraria a la lógica financiera, la cual pretende que la deuda permanezca abstracta, que se invisibilicen los trabajos de los que se nutre, que borre su génesis violenta *también* en los hogares para producir un efecto de lejanía con cualquier cotidianidad. En ese sentido, mi propuesta es profundizar en la caracterización

de este espacio doméstico tanto como espacialidad concreta del impacto de la deuda externa como también como un espacio donde “*se producen deudas*”.¹

Juntos por el endeudamiento

En nuestra “Lectura feminista de la deuda”² hemos investigado cómo el endeudamiento con el Fondo Monetario Internacional realizado durante el gobierno de Mauricio Macri, se tradujo en políticas de ajuste que se derramaron en los hogares como deuda doméstica. Así, producto de la inflación y la consecuente pérdida de poder adquisitivo de subsidios y salarios y de la dolarización de alimentos y medicamentos, se produjo una realidad en la cual se volvió necesario el endeudamiento para acceder a los bienes más básicos. Esto es lo que hemos llamado “colonización financiera de la reproducción social”.³ La particularidad de este fenómeno es que el endeudamiento aparece no ya asociado al consumo puntual de un bien o servicio, sino que se transformó en una forma permanente de completar los ingresos. Aquí entonces un hallazgo importante: hay un cambio cualitativo en lo que significa la deuda en las casas cuando aparece como mandato de endeudarse para vivir. Esto constituye un aporte realizado desde una lectura feminista de la deuda partiendo de investigar sus efectos en la vida cotidiana y centrando el análisis en quienes sostienen las economías domésticas en momentos de crisis. Endeudarse para vivir, entonces, tiene impactos subjetivos que reorganizan la cotidianidad y la domesticidad e intensifican los mandatos de género ahora asociados al pago de las deudas. La presencia cotidiana del endeudamiento pone la *deuda en el centro*, dirigiendo todas las energías y esfuerzos a evitar el atraso, incluso recurriendo a préstamos familiares y ayudas que también pueden significar poner en riesgo vínculos cercanos y barriales.

Por ello, es necesario pensar cómo el endeudamiento externo, en los últimos años se vivió además como experiencia concreta de endeudamiento en la vida cotidiana. Así,

1 Cavallero, L. (2020). Deuda, violencia y trabajo reproductivo: un análisis del endeudamiento de las economías populares feminizadas en Buenos Aires (2012-2019). (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires.

2 Cavallero, L. y Gago, V. (2019). *Una lectura feminista de la deuda. Vivas, libres y desendeudadas nos queremos*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

3 *Ibíd.*

como mencionaba, la deuda externa monumental negociada en el apuro electoral del gobierno de Mauricio Macri dio un salto cualitativo: se tradujo con una velocidad inédita en la experiencia cotidiana de estar endeudadas para vivir, mientras se devaluaba la moneda y se fugaban divisas.

Esta realidad afectó en particular a las mujeres quienes se endeudaron principalmente a través de subsidios como la Asignación Universal por Hijo. Este fenómeno se ratifica de forma muy elocuente en datos del Centro de Economía Política Argentina (CEPA)⁴ sobre el endeudamiento de los hogares pobres: la cantidad de créditos otorgados a las beneficiarias de AUH llegó al 92 por ciento de las asignaciones existentes entre 2016 y 2019. En relación a los subsidios sociales, un estudio del Observatorio del Derecho Social de la CTA-Autónoma⁵ muestra cómo el valor de la Asignación Universal por Hijo (AUH) se fue despreciando durante todo el período, transformándose en una mera garantía para endeudarse.

Otra particularidad que vale señalar son las modalidades principales de endeudamiento. En los sectores populares, se verifica una diversidad de oferentes de deuda (con distinto marco legal cada una) que, en las economías domésticas, se superponen y se encadenan. Por ello, en una misma unidad doméstica confluyeron distintas formas de deuda. Una porción importante del endeudamiento se da a través de “nuevas entidades o marcas” denominadas “oferentes no bancarios”, algo que ya había sido señalado por estudios previos.⁶ Según un informe del Banco Central de la República Argentina⁷ (6), a octubre del 2020 la cantidad de deudores asistidos por los OPNFC (Otros Proveedores no Financieros de Crédito) supera los 6.1 millones, un 45% del universo total de deudores en todas las entidades. Estas entidades financieras no bancarias y las entidades no financieras ofrecen préstamos a tasas sustancialmente más elevadas que el sistema de crédito formal, incrementando las desigualdades entre sectores sociales.

4 Recuperado de <https://centrocepa.com.ar/informes/230losimpactosdelajusteeconomicoenlaspoliticadeninezyadolescencia20162019.html>

5 Recuperado de <https://ctanacional.org/dev/fuerte-deterioro-de-la-asignacion-universal-por-hijo-y-la-jubilacion-minima/>

6 Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

7 Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/media/10751/file/Desaf%C3%ADos%20de%20las%20pol%C3%ADticas%20p%C3%ABlicas%20frente%20a%20la%20crisi>

Las casas devinieron así un espacio de sobreendeudamiento que hace que la *espacialidad doméstica* se vuelva estratégica para la politización de la deuda: en tanto lugar concreto de impacto del endeudamiento externo y como espacio de conexión entre endeudamiento externo y endeudamiento privado.

La pandemia: más trabajo de cuidado y más endeudamiento

Como fenómeno general durante la pandemia de Covid ha habido una diversificación e incremento del endeudamiento, donde las deudas “no bancarias” por atrasos en impuestos, servicios de luz, agua, gas, crecieron a ritmo acelerado. En nuestra investigación,⁸ que constó de un trabajo cualitativo en la Villa 31 y 31 Bis durante el mes de abril y mayo del 2020 hemos detectado un incremento en deudas por alquileres informales que han acelerado los desalojos durante la pandemia. Como señalé, estas deudas coexisten con otras fuentes de endeudamiento como los préstamos familiares y préstamos con financieras barriales. Hemos también detectado e investigado la aparición de endeudamiento mediante empresas *fintech*. Las *fintech* son una tecnología novedosa, en pleno momento de expansión en Argentina y, en particular, ante la crisis que la coyuntura de la pandemia global ha desatado, lo cual está llevando el proceso de bancarización y digitalización monetarias a niveles mucho más intensos.

Todo este fenómeno toma una velocidad y una escala impensada frente a las restricciones presenciales impuestas por la pandemia y, a su vez, se convierte en un medio particularmente ágil para acelerar el endeudamiento debido a la profundización de la crisis de ingresos para estos sectores que ven reducidas sus posibilidades laborales. Este avance de las tecnologías financieras se desprende no solo del hecho que se han convertido en la vía de llegada predilecta de los subsidios de emergencia a la población no bancarizada sino, también que trabajan sobre una población bancarizada que tiene cajas de ahorro gratuitas en pesos, cuyo 62% pertenecen a beneficiarios de planes sociales y un 28% a beneficios previsionales, según datos del Informe de Inclusión Financiera del BCRA.⁹

8 Cavallero, L y Gago, V. (2020). Extender la cuarentena a las finanzas. Recuperado de <https://thetricontinental.org/argentina/fp-cavalleroygago/>

9 Recuperado de <http://www.bcr.gov.ar/Pdfs/PublicacionesEstadisticas/iif0119.pdf>

Al mismo tiempo, para relevar la situación de una población con mayores niveles de acceso al trabajo formal y con contratos formales de alquiler, hemos trabajado de manera conjunta en una encuesta con la organización Inquilinos Agrupados para relevar los datos de endeudamiento. Los datos más recientes, de septiembre de 2021, señalan que aproximadamente el 50% de los hogares que alquilan poseen deudas,¹⁰ evidenciando que el endeudamiento para acceder a bienes básicos se extiende a porciones de la clase media.

Una dimensión importante en relación al estudio del endeudamiento doméstico es entender su relación con los trabajos no remunerados, mayoritariamente feminizados. Esta propuesta es una clave metodológica que agrega nuestra *perspectiva feminista de la deuda* y que resultó fundamental para comprender el impacto de la pandemia en la espacialidad doméstica.

Así, la necesidad de endeudarse para vivir se hace aún más fuerte en los hogares monomarentales, con mujeres a cargo de niños y niñas, convirtiendo al endeudamiento en otra de las formas de intensificación de las desigualdades de género.

En ese sentido, durante la crisis del COVID-19 se dio un incremento de las labores de cuidado, que afectaron las posibilidades de mujeres, y sobre todo de mujeres jefas de hogar con hijas/os a cargo, de participar en el mercado laboral. Una investigación realizada por la Dirección de Economía y Género del Min. de Economía y UNICEF¹¹ sobre la base de la EPH del primer semestre de 2020, muestra que la pobreza en los hogares monomarentales alcanzó el 68,3%. El mismo estudio muestra además, que hubo una caída del 14 % de la tasa de actividad para las mujeres jefas de hogar con niñas y adolescentes a cargo, casi 4 puntos más que la caída de la tasa de actividad general para el mismo período.

En ese sentido, la mayor dificultad de participar en el mercado laboral, junto con el incremento de tareas de cuidado, ha originado la aparición de nuevas deudas asociadas a la gestión de la vida cotidiana. El espacio doméstico que las masivas movilizaciones feministas habían señalado como espacio donde se combinan formas de explotación y opresión, fue señalado en la pandemia como lugar de refugio frente a la posibilidad

10 Recuperado de <https://federacioninquilinosnacional.com.ar/estadisticas/>

11 Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de sueños.

del contagio. La paradoja reside en que ese espacio “seguro” devino, al mismo tiempo, territorio de conquista para el capital financiero (el incremento de la deuda por alquileres es elocuente en ese sentido).

De este modo, el sobreendeudamiento interviene con una función eminentemente política: opera produciendo una domesticidad atada al pago de la deuda. Esto es así porque las mujeres realizan múltiples actividades para asegurar el cumplimiento de las obligaciones financieras, lo cual se traduce en una sobreexplotación de trabajos históricamente desvalorizados. De este modo, lo doméstico es ese espacio donde se combinan, de forma más evidente, mandatos de género y obligación financiera. Porque la deuda aprovecha el mandato que recae sobre las mujeres de sostener las economías domésticas en situaciones de crisis y, a su vez, activa el incremento de los trabajos reproductivos y desvalorizados.

Otro aspecto a destacar es lo que ha significado la pandemia en términos de aceleración de formas de inclusión financiera para cobrar subsidios como el Ingreso Familiar de Emergencia. En un informe previo, sintetizamos otro punto que, a nuestro entender, deberían ser objeto de debate de esta nueva ola de inclusión: la bancarización de esta población para cobrar subsidios de emergencia aun cuando se sabe de la corta duración de esta transferencia monetaria (o sea: la cuenta bancaria quedará, el subsidio no). Así, concluimos que “el carácter circunstancial de esta medida no garantiza de por sí la continuidad virtuosa en el sistema financiero”. Por tanto, si esta permanencia no se corresponde con la provisión de servicios públicos gratuitos y de calidad, y políticas de transferencias de ingresos mayores que la dinámica inflacionaria, la inscripción en el sistema financiero de una población sin ingresos o con ingresos intermitentes e insuficientes puede convertirse en un mero vehículo para la toma de nuevas deudas personales.

Zona de promesas: endeudamiento y campaña electoral

Como recuerda Jason Moore, citando los *Grundrisse* de Marx, el capital financiero busca crear un mundo donde la velocidad de los flujos de capital se acelere constantemente,

dando como resultado *el privilegio del tiempo sobre el espacio*.¹² Podríamos extrapolar este razonamiento para pensar cuál es el espacio que existió para la contienda electoral, en el *tiempo de las deudas*. Por un lado, *la deuda externa aparece como un límite para cualquier promesa de futuro* y, a la vez, *una población cada vez más endeudada ve el futuro plagado de obligaciones financieras*. La deuda (externa y doméstica) se metió en cada casa y es un elemento central en la gestión de la crisis y por ende en la producción de subjetividades. Necesitamos avanzar en la confrontación de estos poderes opacos, oponiéndoles una discusión pública, colectiva y democrática sobre los efectos del endeudamiento que empiece por la vida cotidiana.

12 Cavallero, L.; Gago, V. y Perosino, C. (s/f). Inclusión financiera. Notas para una perspectiva crítica. Recuperado de <http://genero.institutos.filo.uba.ar/sites/genero.institutos.filo.uba.ar/files/Inclusio%CC%81nFinanciera%20%281%29%20PDF.pdf>



La manifestación como cosa pública

EDUARDO RINESI (UNGS)
7 DE DICIEMBRE DE 2021

Dos décadas después del acontecimiento que sacudió la escena política argentina y abrió un nuevo tiempo en nuestra historia nacional a fines del primer año de este siglo, Camila Cuello nos propone, en el precioso libro que acaba de ver la luz a través del sello editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento¹, una sutil discusión acerca del mejor modo de interpretar aquellas manifestaciones, que desde el momento en que se produjeron y hasta estos mismos días que pasan y que corren, han sido objeto de distintas exégesis y elucidaciones, de distintas estrategias narrativas, inspiradas en matrices teóricas y políticas diferentes y a veces contrapuestas. Esa pluralidad de perspectivas ha

1 Cuello, C. (2021). *¡Que se vayan todos! El sentido político de las manifestaciones del 19 y el 20 de diciembre de 2001*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.

permitido identificar, como lo hace la propia Cuello, dos grandes tipos de abordajes sobre aquellas circunstancias de dos décadas atrás: el que engloba las lecturas que caracterizan las movilizaciones del 19 y el 20 de diciembre de 2001 como manifestaciones de naturaleza *política* y el que preside el conjunto de interpretaciones que subrayan, al revés, su carácter *anti-político*. Pertenecen al primer grupo, nos dice Cuello, el tipo de abordaje que pensó las jornadas de diciembre como un movimiento *destituyente* llevado adelante por una multitud polimorfa y plural frente a las instituciones del sistema representativo, la lectura de la izquierda partidaria que las conceptualizó como un momento de la lucha de la clase obrera contra la articulación estatal de la dominación capitalista, los estudios sociológicos que las interpretaron como la expresión de una acumulación de combates contra las políticas económicamente neoliberales y políticamente desestimulantes de la participación popular en los asuntos públicos que se venían desplegando desde el gobierno del Estado y las miradas teórico-políticas que las entendieron como un resultado de la crisis de representación de las dirigencias políticas. En todos los casos, lo que define el carácter político de las manifestaciones en análisis es su *negatividad* (un valor cuya importancia para la política –señala Cuello– nos había enseñado el viejo Maquiavelo) frente a las instituciones en las que se organiza el poder de los que mandan. Pertenecen en cambio al segundo grupo, de acuerdo con la autora, las miradas –propias de la politicología más institucionalista– que advierten también el valor de impugnación de esas instituciones de las movilizaciones decembrinas, pero que, en la medida en que identifican con esas instituciones a *la política misma*, califican como *anti-políticas* a esas movilizaciones que las cuestionaban. El enfrentamiento al sistema institucional era lo que hacía *político* el acontecimiento para unos, y lo que lo volvía *antipolítico* para los otros.

El problema es que la mirada sobre la política que está en la base de estas caracterizaciones peca, nos dice Cuello, de un conjunto de vicios y prejuicios que no habría que aceptar tan rápido: imagina las instituciones (a las que justo por eso les da una importancia tan grande) como el instrumento fundamental para el ejercicio de la dominación de unos hombres o de unos grupos sobre otros, supone que las acciones que los sujetos realizan sobre el mundo responden a una *voluntad* y a un *objetivo*, y cree que por lo tanto esas acciones pueden ser juzgadas como exitosas o como fallidas de acuerdo a si consiguieron o no para el sujeto que las pergeñó y las llevó adelante ese objetivo que

se había propuesto. *Contra* esta mirada instrumentalista, teleológica e institucionalista sobre la política, Cuello busca recuperar un modo de pensar las cosas (las cosas en general, las movilizaciones de diciembre de 2001 en particular) que, inspirado en la obra de Hannah Arendt y en la lectura de la obra de Arendt propuesta por el filósofo francés Étienne Tassin, podríamos tal vez caracterizar como *filosóficamente fenomenológico* y *políticamente republicano*. Filosóficamente fenomenológico: porque no se separa de la acción ni del discurso para considerarlos desde afuera sino que empieza a pensar a partir de la materialidad de esa acción y ese discurso a través de los cuales el sujeto se revela, se presenta, ante sí mismo y ante los demás. No hay un actor que, motivo por una voluntad o un objetivo, lleva adelante sobre el mundo una acción para alcanzarlo; hay actor como consecuencia o como resultado de la acción o del discurso con el que ese actor se constituye a sí mismo revelándose ante los demás. Y políticamente republicano: porque es en el espacio *público*, en la esfera pública (que por supuesto que no es una esfera libre de tensiones, sino, al contrario, una llena de intereses enfrentados y de conflictos de diverso tipo) que se produce esa *aparición*, esa *revelación* o *presentación*, ese —en un sentido decisivo— *nacimiento* del actor político. La capacidad reveladora de la acción y del discurso se consume, dice Cuello retomando a Arendt, a la luz de lo público. El sujeto, individual o colectivo, se *manifiesta* en público, a la luz pública, en el espacio o en la esfera de lo público. Este es el sentido profundo de la idea de *manifestación* (usual en nuestro lenguaje político corriente) en el modo en que la emplea Tassin. La manifestación es la forma de presentificación ante sí mismo y ante los demás de un actor colectivo que se hace posible gracias a la visibilidad característica de ese espacio público en cuyo seno *aparece*, “nace”, inquietando o sacudiendo o rompiendo los marcos mismos que lo organizaban.

La fenomenología de la acción política que nos proponen Arendt, Tassin y Cuello nos conduce necesariamente, así, a un pensamiento sobre el conflicto, en la medida en que *lo político* de una manifestación es la irrupción del actor que a través de ella se revela, aparece o surge en una trama pre-existente de relaciones que esa misma irrupción, ese mismo surgimiento, viene a sacudir y a cuestionar. El espacio público es el espacio en el que una visibilidad compartida hace posible el permanente surgimiento de lo nuevo, la permanente re-definición del propio marco de lo común, y es, por lo tanto, un espacio constitutivamente conflictivo. O aporético: es necesario que haya un espacio público de

visibilidad compartida para que en su seno puedan manifestarse nuevos actores colectivos por medio de acciones y de discursos que al producirse reactivan y, por así decir, rediseñan ese mismo espacio. El espacio público se nutre de las luchas que no cesan de reinventarlo todo el tiempo: la institución misma de lo común no puede sino ser puesta en tela de juicio todo el tiempo y ser reactualizada por las acciones que ella hace posible y que al mismo tiempo la cuestionan. Estamos en el corazón de la dialéctica entre lo instituido y lo instituyente, del *conflicto* permanente entre el espacio público establecido y la acción política que en él irrumpe para desacomodarlo o impugnarlo. Lo común no es –como querría un pensamiento conservador largamente dominante– lo exento de conflicto: es el resultado de los conflictos que lo instituyen. Es lo que nos enseñó, a lo largo de su obra, el bueno de Claude Lefort, oportunamente convocado por Cuello en este punto de su razonamiento: pensar la política en términos fenomenológicos, republicanos y conflictivistas es pensar la tensión entre *lo político*, entendido como el principio mismo de organización de la vida común, y *la política*, entendida como el permanente proceso de su refundación. Si, como subraya Cuello, esos dos campos no definen esferas diferentes y separadas, sino las dos hebras con las que se trama un único tejido, el resultado de estas elucubraciones es que ya no podemos pensar (ni para condenar al modo temeroso de la *political science* más institucionalista ni para celebrar al modo entusiasta de las distintas formas del pensamiento anti-sistema) las manifestaciones políticas *contra* las instituciones de la democracia, sino que se trata de pensar las manifestaciones políticas como los modos en los que se expresa la tensión, constitutiva de la política misma, entre las instituciones y las prácticas que se les oponen, entre el orden y el conflicto, entre el sistema y la revolución. Esa tensión, nos dice Cuello, la permanente *actualización* de esa tensión, *es*, sin más, la política.

Con estas herramientas aborda entonces Cuello su propia interpretación de los acontecimientos del 19 y el 20 de diciembre de 2001. En la comprensión de la decisión y energía con la que se produjo, en la noche del primero de esos días y durante todo el segundo, la fuerte movilización contra el gobierno nacional, Cuello da gran importancia a la declaración por parte del presidente del estado de sitio, que limitaba la libertad de los ciudadanos y las ciudadanas de aparecer en el espacio público y construir un ámbito común con los demás. Desde el comienzo, pues, las manifestaciones del 19 y 20 de

diciembre tienen un marcado sentido *político*, en la medida en que son manifestaciones en pos de la libertad, que la declaración del estado amenazaba cercenar. La salida del ámbito privado del hogar al espacio público de las calles y las plazas cuestiona la clausura impuesta por el gobierno, construye un espacio de encuentro y hace posible la experiencia de una comunidad política: de una comunidad plural de actores forjada a la luz pública. No es por caso, destaca Cuello, que la represión estatal apuntara precisamente a disputar a esos actores el dominio de ese espacio público, a *desalojar* las plazas, a *vaciar* las calles: el espacio o los espacios físicos en los que se materializaban los encuentros actuaban, para los manifestantes y para sus represores, como metáfora o como emblema del espacio simbólico de lo común en el que se hacía posible la libertad de acción y de discurso y con ella la emergencia de la novedad que impugnaba el orden instituido, a esa altura apenas sostenido por la fuerza de las armas. Es la capacidad de los manifestantes de esos dos días de diciembre para constituir, con sus cuerpos y con sus palabras, ese espacio público y común lo que permite caracterizar a esas manifestaciones como políticas. Si al comienzo de su libro Cuello había contrapuesto a quienes caracterizaban a esas manifestaciones como políticas porque se oponían a la lógica de las instituciones y a quienes las caracterizaban como anti-políticas exactamente por la misma razón, lo que su argumento le permite y nos permite concluir es que las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001 configuran un acontecimiento *político* por el modo en que expresan la tensión, constitutiva de la política, entre orden y conflicto: por el modo en que irrumpen en una trama de relaciones y crean en ella, en medio de ella y *contra* ella, una novedad. No porque en ellas un sujeto se haya opuesto a las instituciones o se haya levantado (con éxito o sin él) contra el poder o contra el sistema, sino porque en ellas pudo constituirse un nuevo actor colectivo capaz de luchar por su libertad por medio de su acción y su palabra.



Recordar, ese problema

MARÍA PÍA LÓPEZ (UBA-UNDAV)
9 DE DICIEMBRE DE 2021

1. 19 y 20 a la vuelta de la esquina y a la vez tan lejanos. Corrió mucha agua bajo el puente de la historia, pero bien creíamos que en las horas de esos días se condensaban, se apretujaban cual fuelle de bandoneón, los sentidos del quehacer colectivo, las desdichas vividas y una apertura temblorosa del porvenir. Digo, tan lejanos, porque entre esos acontecimientos y nuestra actualidad se reconfiguró la escena política, que desde 2003 para acá tuvo como centro neurálgico el kirchnerismo. En el tórrido diciembre de 2001 a pocas personas el apellido del que se derivaría el nombre colectivo le decía algo distintivo. Y sin embargo, no podríamos considerar esa experiencia política sin su transcurrir en un hueco que había producido el estallido. Un pintor –decía Deleuze que pensaba Bacon– no se enfrenta a la superficie en blanco sino a una tela llena de lugares comunes,

de imágenes cristalizadas, a la que debe blanquear, vaciar, conjurar. Del mismo modo, una acción histórica política fundante debe instaurar una oquedad allí donde había un pleno de instituciones, rutinas, oprobio, para instaurar en ese hueco otros modos del hacer colectivo. Destituir como condición del instituir. La experiencia del kirchnerismo se desplegó en esa tierra nutricia de la rebelión popular, en el hueco abierto por la insurrección.

2. Por eso, tan lejos y tan a la vuelta de la esquina. El último libro de Juan Forn se llama *Yo recordaré por ustedes* y es una extraordinaria revisión de historias y travesías biográficas que solo podían darse en la intensa modernidad del siglo XX: vidas de exilios, campos de concentración, revoluciones, vanguardias, alcoholismo, arte. Si conocíamos esas historias narradas en las contratapas de los viernes en *Página 12*, leídas en esta nueva costura conforman una obra integral. Me interesa traer acá el título y la atmósfera: se trata de recordar porque algo ya no nos pertenece, porque ha transcurrido y puede ser objeto de musealización melancólica o de transmisión pedagógica. Pero al mismo tiempo, ese juego yo-ustedes, sitúa una trama comunitaria: recordaré yo porque es necesario que alguien lo haga, pero de estas historias, si escarbaran un poquito, encontrarían plagada su memoria y comprometidos sus afectos.

3. Narrar es parte de nuestro precario quehacer con el tiempo pasado, modos de disponerlo para que se vincule a otras temporalidades, incida cual tajo anacrónico en la coyuntura. Narramos, tantas veces, el 19 y 20, también porque fuimos atravesados por la fuerza de ese estallido, una desmesura que abría el aire para respirar. Algo del orden de una tormenta: los meses anteriores la presión alta, el clima hostil, la calle brava, la hostilidad, y cuando ocurre, el fervor, el alivio, la apertura. Abrir las ventanas para que el aire de lluvia y el viento sur refresquen la casa. Eso sentía en los días del estallido. No se podía más y al final ocurrió.

4. Cada vez que acontece la aparición de la multitud nos preguntamos cómo se amasó, en que ríos mojó sus pies y en qué fogatas hizo arder su bronca. ¿Quiénes eran esxs que combatieron a la policía montada en la 9 de julio, quiénes agitaron en los barrios que era tiempo de salir una noche inesperada, quiénes corearon “qué boludos, qué boludos, al estado de sitio se lo meten en el culo” y días después “piquete y cacerola, la lucha es una

sola”? Cómo no entusiasmarse en esos cantos bravíos, en el coro de la muchedumbre, en el ir y venir de las masas por el centro porteño, pero también en las barriadas alrededor de neumáticos quemados. Si en esos cantos se cifraba el festejo socarrón del fin de la dictadura –solo porque habíamos dejado de temer podíamos creer que era de boludos tratar de imponer un estado de sitio y a la vez una ensoñada alianza, la de las peleas amasadas en las situaciones de mayor desposesión y aquellas que agitaba una airada clase media. Claro que confluían, porque irrumpe la política cuando se desacomodan los estantes en los que una cosa está con sus semejantes, y las calles nos deparan alianzas insólitas. Quizás años después las personas que atronaban chapas en las puertas de los bancos y hacían sonar sus cacerolas, hicieron de ese enojo la base de un comportamiento electoral a favor de las derechas, traduciendo el “que se vayan todos” en un conservador “que nos gobiernen los empresarios”. Esa traducción o ese pasaje estaba en un hilo de los propios acontecimientos insurreccionales, pero a la vez se entramaba con otros, atravesado por resonancias mutuas, y desvelos comunes.

5. Multitud es la experiencia de lo que no existía previamente de ese modo: no alcanza con el dato sociológico y a la vez ese dato es fundamental, nos dice sobre la pertenencia social y sobre los humores políticos. Pero no prevé la multitud desobediente, nada lo hace, porque lo que se puede predecir se vincula a la capacidad de formatear subordinación, gustos apegados a lo establecido, adecuación a la norma. La insurrección chisporrotea, traza algo en el aire, aparece. Si nos maravilla es porque podría no haber acontecido: ¡tantas veces las condiciones de vida son insoportables! En 2001, para que ocurra, sucedió de todo: una caída económica en picada, y aún más en picada la legitimidad del gobierno. No era sencillo advertir su sentido, pero sabíamos que nuestro hartazgo y nuestro dolor tenían su lugar allí.

6. El 19 de diciembre, en el local de la librería Gandhi, en Corrientes y Callao, se presentaba la reedición de *Isidro Velázquez. Las formas prerrevolucionarias de la violencia*, de Roberto Carri. Un libro que narra la violencia delictiva, la figura del gaucho contra la ley, y su significación como rebeldía antiestatal. Para Carri, el bandolero estaba identificado con la masa popular, era “el hombre del pueblo obligado a abandonarlo que vuelve al mismo en busca de protección”. Se mezcla entre los suyos, como pez en el agua, retribuye el apoyo de los desposeídos. Velázquez y su compañero Gauna son abatidos

en diciembre de 1967. Unos meses antes, el Che había caído en La Higuera, mientras trataba de fundar una guerrilla rural y sin haber podido lograr confundirse con el entorno campesino ni logrado la complicidad silenciosa. Eso está en el trasfondo de este libro de Carri, agitado por la pregunta de cómo se despierta la voluntad popular y cómo se transmuta la furia en motivo revolucionario. El sociólogo señala: “en las ciudades no se ha alcanzado todavía un estado de absoluta negación de los valores morales aceptados históricamente, tal como ocurre en los pueblos rurales que viven en un régimen de tipo colonial.” Las ciudades son pensadas, tal como lo había hecho Sarmiento, como ámbito de una experiencia de adhesión al imaginario burgués, pero también de expansión de algunos derechos, que la dureza de la persistencia colonial impide en la vida rural. El bandidismo y su apoyo social tienen el carácter de “rebeldía contra el sistema de opresión política y social imperante”.

7. Albertina Carri hizo un film precioso, *Cuaterros*, sobre este libro y sobre la historia y las memorias. Ese 19 de diciembre el libro, editado por Colihue en la colección Puñaladas, que dirigía Horacio González, se presentaba en Gandhi. Había un puñado de personas asistiendo a la mesa, que transcurrió a puertas cerradas. Entre nuestra casa, en Once, y la librería, solo se escuchaban rumores asustados: los comerciantes apresurados en cerrar porque se venían los saqueos desde el conurbano, arrebatos colectivos que ya venían sacudiendo los barrios los días previos. Hordas de saqueadorxs en camiones, decían. Personas que vendrían de otro lugar, tan exterior a la ciudad para el desvelo porteño, como la ruralidad de Velázquez y Gauna. Se sabe: en esta ciudad cuando se dice “conurbano”, se encierran en la misma palabra un conjunto de alertas políticas y culturales: ¡la forma prerrevolucionaria de la violencia! O lo otro del imaginario burgués. Creo que en esos meses crecía y crecía la cantidad de personas cartoneando pero no recuerdo los camiones cargados de cartón que ahora sí pueblan el Once. La derrota de la sublevación quizás se sintiese en reconvertir esa amenaza en trabajo necesario para la propia urbanidad.

8. Pizza, birra y mesa redonda, se mantienen aun en el estado de incertidumbre social. Aquella noche, un televisor encendido en Güerrín iba dando las noticias. Un presidente balbuceante anunciaba el estado de sitio. Recuerdo con cierta nitidez la conversación. O las posiciones. Las diferencias (generacionales) entre quienes percibían con temor algo del orden de un golpe institucional y quienes sentíamos que se abrían otras posibilidades

frente a la insomne repetición. Conversamos, discutimos, salimos a la noche poblada por el rítmico sonido de las ollas. Llegamos a Congreso. Muchas noches de ese diciembre caminaríamos del Congreso a Plaza de Mayo, munidos de instrumentos hogareños. En alguna de ellas hubo gases y corridas. Pisábamos una y otra vez las plazas de nuestras multitudes políticas. Éramos parte de una multitud histórica. Cuando ocurre una experiencia de esa índole, sus significados no son unívocos, porque la masa no lo es, en ella se funden motivos diferentes, pasiones y razones que podrán ser organizados en distintos programas. Un par de años después, en la misma colección de Colihue, se editaba *Gramática de la multitud*, de Paolo Virno, donde iríamos a pescar la idea de ambivalencia de la multitud para pensar estas cuestiones. Y en 2002 se había editado *La eternidad por los astros*, de Louis Blanqui, con varios prólogos, entre ellos uno de Jacques Rancière en el que brillaba la idea de bifurcación afortunada. Ambivalencia y bifurcación. Estos libros se leían y alimentaban nuestras interpretaciones políticas.

9. Las bifurcaciones afortunadas son escasas, pocas veces ocurre ese desvío de la repetición. A aquella multitud quiero pensarla en relación con una multitud más cercana: la que se congregó un 3 de junio de 2015, produciendo una masividad inesperada para las luchas feministas. Así como hay quienes pueden juzgar diciembre de 2001 como antesala de una destitución de la política en la que florecerían las derechas empresariales; hay quienes ven en junio de 2015 la habilitación de una reacción punitiva. No digo que esos motivos no estén, pero sí creo que no son los que le dieron el tono a esos acontecimientos, que fueron instancias de reconfiguración del sujeto plebeyo, irrupción de lo inesperado porque aún no estaba codificado.

10. El kirchnerismo se desplegó sobre esa trama abierta por la insurrección del 2001, y encontró su fuerza transformadora en ella. Supimos, en esas jornadas, que las clases populares habían sido poderosamente modificadas y que el sujeto al que apelaban los sindicatos y partidos políticos era pura resquebrajadura. Los movimientos de desocupados, lxs piqueterxs, venían a encarnar otro momento que no resultaba poco temible para el orden político. El presidente que asume en 2003 dice, a la vez, que viene a reabrir los juicios contra el terrorismo de estado y que es intolerable que se criminalice la protesta social. Kostecki y Santillán eran los mártires del momento que se abría y ese Estado cuyas fuerzas policiales los habían asesinado, debía construir una nueva legitimidad para

su accionar. La encontró en ese límite antirrepresivo, en las políticas de reparación del daño social y en las de memoria, verdad y justicia.

11. En 2015 ese sujeto volvería a ser sacudido y su emergencia pública feminizada y diversa. No pocas veces nos sorprendemos ante textos, imágenes políticas, interpretaciones, previas a ese año, por su escasa reflexión sobre los feminismos. Quizás por lo mismo, porque el sujeto político no había tomado esa encarnadura, esa aparición pública, hoy para todxs evidente. El gobierno que asumió en 2019, buscó en esta experiencia una nueva legitimidad, a la vez que no se tomó en serio la fuerza de ruptura con el neoliberalismo de los feminismos populares. Pero eso es otra discusión, la que nos interesa aquí tiene que ver con lo que sucede cuando ocurre un acontecimiento: ¿no llamamos así a la aparición de un sujeto que reclama que su voz sea comprendida como voz política y no ser reducido a objeto de estadísticas, controles o articulación heterónoma? Y, al hacerlo, produce una modificación del entero escenario político. Las interpretaciones posteriores, la disputa por el sentido, se juegan también en relación a alimentar esa aparición, de expandir el modo en que afecta el orden preexistente.

12. 2001, la odisea plebeya. La transitamos aferradxs a algún mástil para no dejar de escuchar todo canto, incluso el de las sirenas. Memorias del 2001 es memorias de esos sentimientos, del subsuelo de la patria sublevado, del arte callejero –unos días antes el GAC había arrojado muñequitos con paracaídas enfrente a la Bolsa de Comercio, en los meses posteriores recuerda Marcela Fuentes que una familia se había instalado con reposeras en un banco, para protestar que no podía vacacionar porque sus ahorros habían quedado acorralados–, de la alegría de haber volteado a un gobierno impopular, de la bronca porque ese gobierno se había ido con poderes asesinos. Lejos, tan lejos, de esos días, y a la vez tan a la vuelta de la esquina. María Moreno hizo una serie de entrevistas al calor de los hechos y las publicó luego como libro que ahora se reedita: *La Comuna de Buenos Aires*. La Comuna, experiencia de gobierno popular, assembleístico, fundador, insurgencia derrotada, pero a la vez, impregnación y llamado al porvenir. Como la Comuna de París, como la comuna zapatista en la revolución mexicana, la nuestra sigue respirando bajo el pavimento o entre los anaqueles de nuestras bibliotecas y en las alegrías de nuestras insistentes conspiraciones.



Un OVNI en la noche de la nostalgia

Comentario a *Nada que esperar*.
Historia de una amistad política, de
Sebastián “el Ruso” Scolnik

DIEGO SZTULWARK (BLOG LOBO SUELTO)
11 DE DICIEMBRE DE 2021

00. Programa. Lo primero que hay que decir es ¡por fin! Por fin una escritura inesperada en el predecible contexto de las recordaciones del 2001. *Nada que esperar*, es, por su tono y por su tesis, un verdadero “objeto no identificado”. Como sucede con toda buena novela, no hay modo de resumirla por teléfono. ¡Es imperioso leerla! Y vale la pena hacerlo para enterarse del insólito programa de vida que Scolnik imagina para sus personajes: existan de modo tal que nunca queden definitivamente adheridos a roles, a modelos o a marcas. Hacer la vida de acuerdo a semejante máxima, que sería también un fin supremo, supone que nada hay más noble y ambicioso que despejar de su horizonte toda clase de finalismos. Puestos en situación, los personajes no preguntan si esto es posible, solo se entregan a las peripecias a las que se ven arrastrados, en una particular

forma de la fidelidad. No a una idea, tampoco a un amor: fidelidad a una regla de juego, a un plan de existencia, que obliga a crear un ardid y un disfraz para no claudicar ante los modos del reconocimiento. Porque el juego mismo se funda en una cierta percepción desconfiada de cada celebración sincera de un éxito o un triunfo, porque sospecha allí una inconfesable transacción envenenada: la satisfacción subjetiva como encubriendo una transacción, una pulsión adaptativa.

01. Nihilismo acorralado. Como dice la crítica literaria: es en el tono donde se juega la relación que el narrador tiene con lo que narra. En *Nada que esperar*, el nihilismo es acorralado en su propio medio por un tipo de actividad espiritual que, partiendo de la nada y nunca creyendo haber encontrado algo, se dispone a hacer desplazamientos para crear sentidos. La nada que somos no se resolverá aspirando a ser algo, sino descubriendo en ese vacío un llamado a llegar a ser lo que se es. Hace poco más de dos décadas, un grupo de jóvenes militantes montaron una campaña electoral paralela con la consigna: “vota lo que puedas, construí lo que quieras, no hay nada que esperar”. La fórmula, en tres tiempos, sintetizaba un vértigo anticipatorio del acelerado declive histórico que iba de una votación nacional (la elección de Fernando de la Rúa como presidente en 1999) a la insurrección de 2001. Si el primer tiempo –“vota lo que puedas”– expresaba un pragmatismo algo resignado, el segundo –“construí lo que quieras”– apuntaba a las prácticas colectivas que preparaban la insurrección, y el tercero –*nada que esperar*– era una lisa y llana convocatoria al ahora de la acción. En el caso de la novela de Scolnik, este tercer tiempo se desprende de toda coyuntura precisa y apunta a un tipo de “ahora” de la acción que se trama en la complicidad de una “amistad política”, sin la cual –o fuera de la cual– no es posible desplegar el programa que libere la acción del modelo, la política de la convención, la indignación del cliché, la enunciación del fraude.

02. La risa como método. Parece ser que, en uno de sus orígenes rastreables, la noción de los “humores” remite a la medicina antigua. Humores eran unos líquidos –los “humores negros”– que recorrían el cuerpo produciendo estados diversos en el ánimo y la salud. En algún momento, se hizo posible distinguir humores de tipo “nacional”. Habría entonces, por ejemplo, un humor griego (la ironía platónica), distinto de un humor llamado judío. Gilles Deleuze sostiene que, a diferencia de la risa irónica (“platónica”), que se mofa de los cuerpos siempre defectuosos en contraste con la perfección de la Idea,

la risa judía —que Deleuze atribuye a Spinoza—, toma por objeto a los cuerpos en tanto que son capaces de hacer cosas inhabituales, sorprendentes (rompiendo la subordinación al modelo celestial). No sabría calificar en términos de “naciones” el uso intensivo del humor que caracteriza a *Nada que esperar*, aunque el sarcasmo y el chascarrillo, que provocan la carcajada frecuente y por momentos perturbada, se acercan al polo judío del esquema deleuziano. Pero afirmar que se trata de un libro cómico —como pocos— es tan cierto como afirmar que en él se lidia con una tristeza profunda. Y, sin embargo, el humor y la amargura, lo cómico y lo nostálgico no son en Scolnik aspectos del todo distinguibles, polos de una ciclotimia que pudieran dar lugar al juego de lo profundo y lo aparente, la forma y el fondo. El modo en que coexisten las capas anímicas no obedece a la psicología de los personajes o del narrador, sino al extravagante programa que este último impone a los primeros. La variación de estados del alma son signos mayores o momentos de una verdad, y como tales deben ser concebidos. Como instrumentos a empuñar en la tarea de realizar una crítica feroz al momento en que algunx de los miembros de la manada abandona el juego de la amistad política, que es el de la determinación recíproca y abierta. La historia de la amistad política es, sobre todo, la de un modo de reír que se dirige a cada quien: a lxs otrxs, en tanto que se ofrecen como falsos modelos, y a los propios amigxs, en tanto que el colectivo debe ser de naturaleza marrana; siempre otra cosa por detrás de la apariencia. La risa divierte, pero también llama al orden. Hay una esencia coactiva de la risa: Henri Bergson supo pensarla en su faceta de sanción social. La risa que nos recuerda la pertenencia a la modesta jauría, que repone la regla de individuación, mantiene la reunión frente al presentimiento de la disolución en el premio individual. La risa que se burla, en voz baja, de toda aspiración inevitable y legítima a encontrar satisfacciones personales en el reconocimiento, al costo de liquidar el juego. Lo cómico-político es el sustrato de un tipo disparado de militancia.

03. Con los pies en la nada. La novela y sus personajes recorren con toda intensidad la segunda mitad larga de la década de los noventa, atraviesan 2001 y tienden a dispersarse entrado el kirchnerismo. Los escenarios privilegiados de sus aventuras son la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA (Marcelo T de Alvear 2230), los viajes y la ciudad de la convulsión. La presencia de las fechas y los procesos de tipo histórico, omnipresentes, tienden a borrararse en casi todo el texto. Son como un fondo que no se explica ni

se ofrece como contexto. Lo político como saber es sustituido por lo político como experiencia, haciendo de la aventura una instancia superior al ensayo instructivo. Así se suceden el menemismo, la Alianza, Duhalde, el kirchnerismo y hasta el macrismo. Están los gremios, los organismos de derechos humanos, las asambleas, los piqueteros, los escraches, los barrios. Están Cuba y los setentas. Están la crisis, la lucha y la normalización, los nombres de los grupos y sus siglas: Agrupación El Mate, La Cátedra Libre Che Guevara, el Periódico De mano en mano, el Colectivo Situaciones, Tinta Limón Ediciones; H.I.J.O.S, CTA, MTD de Solano, Comunidad Educativa Creciendo Juntos, MOCASE. Están los textos militantes y los literarios, de Mariátegui o Gramsci, de Walsh o Negri, desembocando en Salvador Benesdra. Hay decenas de personajes inspirados en recuerdos verdaderos, como el italiano Paolo Virno. Pero si *Nada que esperar* es un libro de crítica política, si recurre con efectividad al ensayo y a las lecturas, lo hace siempre con la lúcida conciencia de un proceder específicamente literario, que permite desandar las cronologías establecidas y proponer nuevas confrontaciones de sentido con un pasado que aún puede ser redescubierto. Y en este sentido, *Nada que esperar* es una *contra* narración que se enfrenta a otras, particularmente a las narrativas construidas desde el estado. Su aspecto más importante es, en mi opinión, el siguiente: que 2001, en tanto que punto de inflexión, no se agota en la descripción de una crisis. Si no resulta aceptable la versión posterior, según la cual la dinámica de la lucha de clases no alcanzó a ser política por ausencia de liderazgos y mediaciones representativas, tampoco lo es aquella más interior, según la cual 2001 contendría una teoría de la deserción. Es ante esta lucha de narraciones –la institucionalista y la anti institucionalista– que *Nada que esperar* relata la secuencia de la crisis-insurrección como disolución activa (“destituyente”) de toda consistencia sistémica. “Que se vayan todos” removía los residuos de la mediación política, pero lo hacía con los pies en la nada. Si expulsaba a “todos”, era para evitar malas compañías. Se trataba de una consigna que intensificaba la crisis y resistía desde una reacción enteramente democrática, desde lo asambleario-comunitario. El movimiento, más que de deserción, apuntaba –como los personajes de *Nada que esperar*– a crear algo de la nada. La *contra* narración de Scolnik apunta al 2001 como umbral: antes, la política era miseria concentrada, que destruía y desposeía a los sujetos de todo territorio económico y simbólico de existencia. Después, se transformó en una práctica afectada de hipocresía, en la medida en que no cesó de proponer lo social como

un conjunto de roles a ocupar, sin reparar en la condición precaria y prescindiendo de toda interrogación que esa normalidad impone como ejercicio crítico elemental. Previo a 2001 se trataba de hacer de la amistad política el laboratorio de una nueva sociabilidad, de elaborar sentidos ante el creciente movimiento de la nada. Luego de 2001, en cambio, se trató de impedir que la nada, disfrazada de norma, devore los resquicios de comicidad, ante el avance amenazante del desenfado neofascista, pero también de una solemnidad militante de consignas estatalizadas. ¿Se podrá objetar que la historia de esta amistad es al fin una versión poco política, en la medida que no hace centro en el conflicto y el enfrentamiento? ¿En qué ha quedado la clásica definición de la política como enemistad? *Nada que esperar* va por el lado de la historicidad como implícita conciencia de una guerra y de una dolorosa ineffectividad de las fuerzas populares. No deja de ser un examen sobre la pobreza del enfrentamiento profesionalizado, del enfrentamiento de aparatos, es decir de toda traducción mistificada de las luchas del pasado. Así funciona la presencia de Rozitchner: el grupo que trabaja en política no tiene chances de sustituir la inteligencia, la indignación o la radicalidad (o su ausencia) al nivel de las masas. Si algo parece reprochar *Nada que esperar* al setentismo de reducto es no profundizar en la distinción entre convocar a un pueblo nuevo y producir una escena de decorado, como toda manifestación de una voluntad de representación.

04. Paradojas. ¿Cabe la vida en un programa? ¿Se puede hacer depender la existencia de una tesis? En una escena de mis preferidas, un personaje llamado Santiago López Petit, filósofo catalán de visita en Buenos Aires, pregunta en voz baja al protagonista: “¿ustedes no corren el riesgo de hipostasiar lo colectivo?”. El personaje del narrador en primera persona se comporta como un atesorador que va recolectando con humor en su memoria esquirlas de este tipo. Logrando el efecto de presentar el programa a partir de un conjunto creciente de paradojas a las que inevitablemente se enfrentan sus personajes. La vida en estado de fuga no se sustenta sin una serie de transacciones consideradas menores, pero que suponen una actividad constante de evaluaciones y valoraciones, una práctica viva de justicia inmanente sin la que no hay red viva posible. Toda la novela puede ser leída como una pregunta sobre cómo distinguir, una y otra vez, una fidelidad de la ideología rígida o la pureza moral, que no serían sino otro tipo de falsificaciones. Lo que más me interesa del libro son esas paradojas, nutridas del carácter mutable o reversible

de los amores más rebeldes. Para pispear este fondo, Scolnik sitúa la “amistad política” como una actividad creativa/sustractiva sobre el suelo de la crisis/rebelión. Amistad que, si desde un comienzo se articuló en un más allá del activismo universitario, no tardará en derramar hacia las más castigadas barriadas populares y en multiplicar planos de atención: el interés inmediato por las experiencias subjetivas de la crisis tanto como el guevarismo de los años sesentas, la historia política argentina tanto como la filosofía francesa del acontecimiento, la obsesión con las heterogéneas formas de la organización militante de *Latinoamérica*, como el estudio paciente del autonomismo obrerista italiano. Cada una de estas historias, y de sus combinaciones posibles, suponen un cierto *bricolaje*, que selecciona y privilegia momentos de encuentro, en detrimento de retazos inservibles o a excluir. Lo que no hace sino renovar las paradojas. Porque la actividad que supone desligar los afectos de las identificaciones inmediatas para crear otras –hablamos de amistades, rivalidades, parejas, libros, cómplices, aliados– requiere sostener hábitos de descentramientos, de libre conectividad, membranas bien despiertas. En la idea que Scolnik se hace de la amistad política resuena un cierto eco de las “máquinas de guerra”.

05. Lo cómico-político. Sobre el final, el programa de la no adhesión a roles y modelos resulta sometido a un severo balance. La apariencia del fracaso se hace ostensible en la medida en que el narrador pasa a identificarse como un personaje despojado de cómplices. Desprovisto de una instancia colectiva en la que reunir las fuerzas a la altura del desafío autoimpuesto. Porque hasta ahí, lo colectivo actuaba como predisposición a la apertura, pre-comprensión que abría caminos, allí donde la tierra se derrumbaba. Imaginaba que era esa la fuente de su saber, y que sin él a nada se entrevería. De ahí la sensación de agotamiento (que una lectura aguda captará como momento vital que no debe ser eludido, más que como claudicación). Son los años de la retracción en la rutina laboral, padecida como reclusión perpetua, hasta la llegada del nuevo director de la institución en la que trabaja: la Biblioteca Nacional. Una presencia en medio del abatimiento. Nace una complicidad radicalmente diferente a la anterior que, aunque no la sustituya, logra sí modificar horizontes. Con lo que nuestro contrariado Bartleby se verá, de pronto, convertido en un editor profesional a cargo de un equipo con el que publicará unos 400 títulos. La llegada del macrismo plantea, una vez más, la cara oscura del universo, con sus ramificaciones en el cotidiano más próximo. El plan de vida se tensa al máximo.

La resistencia pasará ahora por la dedicación a constituir un afilado aparato de curiosidad, elevado a una investigación micro-institucional. Más que al militante o al editor, el estrechamiento del camino prepara al escritor. Su mirada —en la que podría reconocerse a un Christian Ferrer, pero también a un Jorge Asís— se posa en los detalles de la vida de las burocracias, incluida la sindical. Si Melville hacía del escribiente la fuente de la que emanaba la descomposición del lenguaje, por medio de la célebre fórmula “preferiría no hacerlo”, nuestro Bartleby es completamente receptivo. Sus numerosas conversaciones con González acaban por modificar su propio ingenio y un nuevo fraseo se esparce a lo largo del libro, arrastrando consigo una serie de saberes sobre las instituciones y sus máscaras. A estas alturas el personaje principal de la novela, que bien podría llamarse en la ficción Sebastián Scolnik, ya sabe perfectamente lo que le espera, pues advierte hasta qué punto cada estrechamiento del desfiladero supone una prueba cada vez más rigurosa en nombre de una libertad mayor. El lenguaje de su amigo, el director, acaba fructificando en las reflexiones de Scolnik. Lo vemos en un cierto modo de interrogar, que sale al paso en cada página, y que tiende a trastocar el orden de los valores que en apariencia tendrían las palabras (un modo, en última instancia, “cookeano” de pensar) y que en Scolnik da lugar a lo que podríamos llamar lo cómico-político. Se trata de una manera de socavar la posibilidad misma de un cierre, a partir del cual se podría decidir sobre el fracaso o el éxito de la fidelidad como programa. Como todo texto, más inteligente que perfecto, que busca pensar (y hacer pensar) antes que fascinar, el final permanece irresuelto, dejando la impresión de que próximas ediciones podrían sorprendernos con nuevas historias. En el extremo, podría ocurrir que *Nada que esperar* acabe por cuestionar la pretenciosa atribución del juicio que el presente se atribuye sobre pasado. Sería asombroso —y bellísimo— que este OVNI que circula con luz propia en la noche de la nostalgia, encarnase una inesperada rebelión del pasado contra el presente. Poniendo en discusión la tesis adaptativa según la cual la razón del tiempo consiste en su propia evolución —olvidando lo que el gran escritor griego Kavafis enseñaba en su poema “Itaka” sobre la superioridad del viaje respecto de la meta—, si algo vacila en contacto con las páginas de esta novela, es la pretensión misma de tener la razón.



El 2001: herencia maldita del país burgués (de posdictadura)

MARIANO PACHECO (INSTITUTO GENEROSA FRATTASI)
14 DE DICIEMBRE DE 2021

Las jornadas insurreccionales del 19 y 20 de diciembre de 2001 lograron condensar y proyectar un conjunto de experiencias de luchas populares previas que se venían desarrollando en la Argentina y fueron parte, a su vez, de un torrente de luchas desde abajo que recorrieron todo el continente.

Genealogías insurgentes

El ruido de las cacerolas del 19 de diciembre por la noche se sumó al fuego de los piquetes que desde hacía años se esparcían por toda la Argentina. De esa confluencia entre indignación de coyuntura y ciclo de luchas previo se deriva la rebelión que el día 20, en

la ciudad de Buenos Aires, tiene a las Madres de Plaza de Mayo y a los motoqueros entre sus referentes simbólicos más destacados, en unas jornadas cuyos protagonistas fueron los sin nombre, las miles y miles de vidas anónimas que ese día hicieron historia. En diciembre de 2001, entonces, se expresaron en las calles de nuestro país los métodos, reclamos y anhelos que se venían abriendo espacio en las luchas de los últimos años, desde la pueblada de Cutral C6 en 1996 en adelante (incluso antes, desde la Marcha Federal de 1995 o desde el Santiagazo de diciembre de 1993).

Por eso la novedad del 19 son las cacerolas que se escucharon en la ciudad de Buenos Aires, que parieron luego (durante el verano de 2002), las experiencias de las Asambleas Populares que agruparon a los sectores medios de las principales capitales del pa6s, pero la novedad del d6a 20 fue que se expresara en las calles de la Capital Federal aquello que desde hac6a a6os se ven6a expresando en las rutas de distintas provincias de la Argentina: la fuerza de la acci6n directa, de las barricadas de esas puebladas que parieron el Movimiento Piquetero.

El piquete logr6 en los a6os noventa condensar una enorme sabidur6a popular: concentr6 la fuerza de quienes parec6an no tenerla para golpear en puntos neur6lgicos del poder; capt6 la atenci6n de los medios masivos de comunicaci6n y, a trav6s de ellos, del funcionariado de turno y de importantes porciones de la sociedad –sensibilizada con una situaci6n econ6mica y social cada vez m6s problem6tica– que lejos de repudiar ese tipo de acci6n directa, se solidarizaba con sus protagonistas.

La respuesta del gobierno ante el conflicto creciente fue la asistencia social focalizada, y la de gran parte de la sociedad, de apoyo a la protesta y condena de la situaci6n a la que “el modelo” estaba empujando a grandes sectores de la poblaci6n.

La tri6da “cortes de ruta – asambleas – planes trabajar” inici6 un camino que ser6a recorrido a lo largo y ancho del pa6s por vastas franjas de la militancia y sectores populares de la Argentina. Sobre todo, por aquellos que ven6an realizando una reflexi6n acerca de los l6mites que la l6gica de los a6os anteriores ten6a en la construcci6n pol6tica.

Principalmente en el Gran Buenos Aires, los grupos que parieron el Movimiento piquetero lograron combinar un cierto archivo de militancias con rebeld6as de j6venes con

identidades difusas. Combinaron también reclamos de reivindicaciones urgentes con planteos políticos que buscaban salirse de los lugares comunes de las organizaciones más tradicionales, tanto del peronismo como de las izquierdas.

De allí que tampoco nos resulte apresurado afirmar que aquellos primeros piquetes y puebladas protagonizados por las poblaciones más alejadas del centro del país, fueron las que generaron las condiciones sociales que permitieron que el denominado Movimiento Piquetero emergiera, y se transformara en el actor socio-político más dinámico del período 2000-2003.

Todas esas experiencias, no solo las de Cutral C6 y Plaza Huincul en Neuquén, sino también las de Tartagal y Mosconi en Salta, las de Chaco y los Cabildos de Autoconvocados en Corrientes, permitieron ampliar la capacidad de movilización, aumentar la expansión territorial de la organización y sistematizar numerosos aprendizajes.

En este sentido no se puede dejar de reconocer el papel jugado por los pequeños núcleos de militantes sociales y políticos del Gran Buenos Aires (y en menor medida de otros sitios del país), que percibieron en aquel momento nuevas condiciones favorables para el desarrollo de la organización popular. Núcleos militantes que empezaron a mezclar tradiciones del pasado y a parir nuevos símbolos de lucha: la estrella federal y la de cinco puntas; Evita y el Che; los piquetes y el subcomandante Marcos.

En ese camino de la periferia al centro (de los cortes de rutas en el interior al corte de puentes y autopistas a las puertas de la capital del país) el movimiento piquetero jugó un rol de vanguardia en aquellos años. Y si decimos que jugó un rol de vanguardia es porque podemos detectar dos factores fundamentales: por un lado, que dinamizó procesos populares más amplios; por otro lado, en correlativo, que no estuvo solo en la pelea, de la que también fueron parte sectores del nuevo sindicalismo (sobre todo los docentes y estatales nucleados en la CTA, más otros inconformistas del sindicalismo tradicional, como Camioneros y su Movimiento de Trabajadores Argentinos); los nuevos actores de trabajadores (como los motoqueros, sobre todo en las jornadas del 20 de diciembre); las experiencias feministas y de la diversidad (Encuentros Nacionales de Mujeres desde 1985; la CHA, Comunidad Homosexual Argentina desde 1984); la persistencia de los organismos de Derechos Humanos (Madres y Abuelas, y su renovación generacional con

HIJOS, desde 1995); las experiencias de comunicación popular y de video-activismo (radios comunitarias; revistas y periódicos; fanzines; canales locales de TV; documentalismo militante); las luchas estudiantiles contra la Ley Federal y Superior de Educación; el activismo (murgas; muralistas; performances; teatro callejero, independiente, comunitario), entre otras expresiones.

Todos Tus Muertos

Ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo si este vence, y este enemigo no ha cesado de vencer.

La frase no es de 2001 ni de nadie que haya nacido o si quiera conocido la Argentina, sino del filósofo alemán Walter Benjamin quien, en sus Tesis sobre el concepto de historia, nos incita a pensar de otro modo la relación entre la actualidad y el pasado, entre la herencia y la invención.

El enemigo, podríamos pensar hoy, no solo vence cuando en las elecciones triunfan las derechas, sino incluso cuando son derrotadas a manos de un progresismo que niega o ningunea a quienes pusieron el cuerpo, gestando las condiciones de posibilidad de su aparición.

En ese sentido, cierto “ethos setentista” tuvo sus dificultades para leer los desplazamientos de la violencia militar hacia la violencia policial, así como el pasaje de organización de la fábrica al barrio, del sujeto obrero a otro más familiar popular, donde las mujeres y los jóvenes de sectores populares no solo “se sumaron” a las luchas populares, sino que las reconfiguraron por completo desde 1983 en adelante.

Por eso aquí quisiera destacar los nombres, fechas y circunstancias de una enorme cantidad de personas que fueron asesinadas incluso antes del 19 y 20 de diciembre, fechas en las que la represión policial se cobró la vida de más de treinta compatriotas.

Desde que Víctor Choque, salteño, obrero de la construcción, fue asesinado el 12 de abril de 1995 por la policía provincial en Ushuaia, en adelante, otra veintena de personas

fueron asesinadas en protestas sociales. Teresa Rodríguez, de 24 años, cayó bajo las balas policiales el 12 de abril de 1997, en Cutral-Có, provincia de Neuquén.

Ya sin el menemismo en el gobierno, incluso, las muertes se sucederían. Al asumir el nuevo gobierno de la Alianza, en diciembre de 1999, mientras se mantenía cortado el puente que une las provincias de Corrientes y Chaco, la Gendarmería remató a los jóvenes Mauro Ojeda, de 18 años y Francisco Escobar, de 25, en un mega-operativo de ocupación del territorio.

En mayo de 2000, los jóvenes Orlando Justiniano y Matías Gómez correrían igual suerte en Salta. El 10 de noviembre del mismo año fue asesinado Aníbal Verón, trabajador mecánico de 37 años, mientras participaba en un piquete apostado en la ruta 34, que une General Mosconi y Tartagal, pueblos salteños que entonces se hicieron legendarios por la intransigencia de sus habitantes.

El 17 de junio de 2001, también en Salta, mientras los argentinos festejaban el Día del Padre, eran asesinados los jóvenes Oscar Barrios y Carlos Santillán. Exactamente seis meses más tarde, el aburrido del presidente Fernando De La Rúa se entretuvo ordenando la represión que terminaría con su gobierno. Y con la vida de más de treinta personas. Los nombres del rosarino Claudio “Pocho” Leprati y el bonaerense Carlos “Petete” Almirón se encuentran en la lista de los hombres y mujeres caídos en las jornadas de diciembre de 2001.

Hasta que la dignidad se haga costumbre

La irrupción de las puebladas fue una bocanada de aire fresco para la militancia popular que no se rendía. El nuevo milenio presentaba una situación por demás adversa y puso sobre el tablero un inmenso desafío: enfrentarse, tanto a un enemigo poderoso que había logrado imponerse a escala global, como al estigma del fracaso (y no solo la derrota) de las políticas revolucionarias del siglo anterior.

Quizá lo más importante de las puebladas haya sido su aporte a las clases subalternas en términos de recuperación de la confianza en sus propias fuerzas, en la valoración de la lucha como forma de reconquistar los derechos conculcados por las políticas neoliberales

y también, en la posibilidad de recuperar la autoestima como pueblo (recuperar incluso la idea misma de pueblo, frente a la de “la gente”).

La primera mitad de la década del noventa fue una aplanadora para las ideas y las prácticas de emancipación en todo el mundo, dominado por la hegemonía del pensamiento único. De allí la dificultad para pensar-hacer otra política. La política, de hecho, comenzó a ser entendida, por amplias franjas de la población, como sinónimo de corrupción.

Por eso los piquetes, los piqueteros —como se empezó a decir por entonces para denominar a ese sujeto social de los “sin empleo”— lograron politizar el malestar. Porque como supo subrayar Carlos Olmedo en los años setenta, lo que genera conciencia no es la miseria, sino la comprensión de que esa miseria es injusta. Y no hay comprensión sin transformación de la situación, ya lo sabemos. De allí la importancia del piquete. Porque como sostuvo alguna vez Pablo Semán en una nota publicada en el diario *Página/12*, el piquete está hecho, justamente, de otra forma de memoria:

interioriza en las acciones, más allá de los ritos recordatorios, conclusiones históricas sobre tácticas, estrategias, luchas, derrotas y victorias. El piquete fue la forma que tuvieron y tienen amplios sectores sociales para articular el conflicto social a distancia de la guerra y de la inocuidad. Claro, el piquete no nace solo de la memoria sino de la capacidad de tomar nota del presente, asumiendo que en las tareas de hoy no todo ha sido dicho por los antiguos.¹

Recordamos, con la socióloga argentina Maristella Svampa,² que gran parte de las organizaciones populares surgidas entonces tuvieron como imperativo insoslayable la des-burocratización y democratización de las instancias de participación. Sobre todo en los jóvenes, nos recuerda, la “narrativa autonomista” se caracterizó y se nutrió de un “ethos militante” que subrayó esas características.

1 Semán, P. (2007). *Memorias*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-83018-2007-04-09.html>

2 Svampa, M. (2006). Modelos de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de la militancia. *Revista Pampa. Pensamiento/acción política*. Año 1, (1). Buenos Aires, Instituto de Estudios e Investigación, CTA.

No es un dato menor, si tenemos en cuenta las derivas autoritarias del socialismo soviético realmente existente (stalinismo) y su influencia en gran parte de las organizaciones partidarias de izquierda, así como cierta deriva militarista de las organizaciones armadas peronistas, amén de ciertos rasgos que funcionaron como ADN peronista, herencia de la formación militar de Perón (y no nos referimos aquí a la crítica liberal que ataca al peronismo y a las izquierdas por estos rasgos, sino a los elementos necesarios de autocritica que las experiencias populares deberemos hacer en el siglo XXI respecto del anterior).

La cuestión ética fue un elemento fundamental en el proceso de acumulación de fuerzas y de reversión de la derrota de los años setenta, porque entre otras cuestiones, esa derrota implicó una bancarrota moral: las nuevas generaciones militantes crecimos viendo cómo antiguos luchadores se dedicaban a hacer negocios personales con sus antiguos enemigos, o a pactar con los administradores de la pobreza, cuando no a ser parte activa de la gestión del Estado de Malestar.

En ese sentido, para no confundir política con moral, o recaer en una deriva moralista del análisis político, quisiera rescatar algo que trabaja Martín Heidegger en su “Carta sobre el humanismo”,³ cuando señala que la palabra ética deriva del griego *ethos*, que significa “estancia, lugar donde se mora”. La palabra, insiste, “ nombra el ámbito abierto donde mora el hombre”. Cita que se complementa con una sentencia que Heráclito dio en Grecia y se traduce así: “su carácter es para el hombre su demonio”. Heidegger sugiere una traducción alternativa, que dice así: “el hombre, en la medida en que es hombre, mora en la proximidad de dios”. Cita, para complementar su reflexión en torno al *ethos*, el siguiente relato de Aristóteles:

se cuenta un dicho que supuestamente le dijo Heráclito a unos forasteros que querían ir a verlo. Cuando ya estaban llegando a su casa, lo vieron calentándose junto a un horno. Se detuvieron sorprendidos, sobre todo porque él, al verlos dudar, les animó a entrar invitándoles con las siguientes palabras: “también aquí están presentes los dioses”.

3 Heidegger, M. (2001). Carta sobre el humanismo. En *Hitos*. Madrid: Alianza.

¿Qué podemos rescatar entonces de las palabras de Heidegger y, a través de él, de Aristóteles y Heráclito? Podemos rescatar la idea de que en lo ordinario hay lugar para que acontezca lo extraordinario. Como bien lo señala Heidegger, citando al propio Heráclito: “la estancia (ordinaria) es para el hombre el espacio abierto para la presentación del dios (de lo extra-ordinario)”. “La estancia” figura en el texto griego como el “ethos”.

Tomemos entonces esto de que en lo cotidiano es posible gestar otra idea y otra práctica de nosotros mismos, de nuestras relaciones con los demás; de que los valores dominantes no son los únicos que pueden estructurar nuestras existencias y que es posible, en el aquí y ahora de las luchas populares y sus subterráneos procesos de organización, ir forjando otra forma de entender el mundo y habitarlo. Así también, tomemos lo extra-ordinario, no como a un dios o como una utopía, sino como esos sitios, reales y actuales, en los que ya comienza a instituirse un horizonte de vida más ligado a los valores de justicia, libertad, igualdad y fraternidad por los que peleamos que al lucro que persigue la lógica ciega de la ganancia del capital. Cualquier horno situado en un espacio comunitario de los Movimientos Populares puede servir para fabricar el pan y los alimentos de cada día, pero también para calentarnos el alma, así como los bloques de cemento pueden ser útiles para edificar un hogar, pero también un espacio de reunión donde gestar comunidad. Los lugares de organización popular entonces no solo para resolver problemas inmediatos y urgentes, sino para la gestación de ámbitos donde se promueva la solidaridad y el compañerismo como valores preponderantes en los espacios que habitamos. Esa es una de las grandes enseñanzas del ciclo de luchas desde abajo que 2001 logró condensar en la Argentina insurrecta de diciembre. Para que la dignidad fuera no solo consigna, sino práctica política cotidiana. Una costumbre.



Narrar lo inaceptable y lo futuro

CAROLINA RAMALLO (UBA/UNAHUR)
16 DE DICIEMBRE DE 2021

Walter Benjamin dice que en la narración el justo podía encontrarse consigo mismo, yo creo que en la narración las y los que deseamos y perseguimos la justicia buscamos los modos de narrarnos. ¿Cómo narrar la crisis-de-2001? ¿de qué modo fue y es posible dar palabra a esos acontecimientos que sucedieron en ¿dos días? ¿cinco semanas? ¿un par de meses, un par de años? ¿una década? ¿toda nuestra vida?

La literatura, la narración, el discurso literario buscaron formas de dar palabra a esos acontecimientos, pero, fundamentalmente a lo que significaron como trauma social, como crisis colectiva, como umbral de la experiencia y como la apertura que nos permitió vivir otra vida, más cercana a la que deseamos y merecemos. Si entendemos la crisis como un umbral de inaceptabilidad, es decir, como un momento en el cual algo deja

de ser aceptable o tolerable, y, entonces, a partir de allí, el mundo, necesariamente, se transforma, la llamada “crisis de 2001” fue una transformación de aquello que colectivamente estábamos dispuestas y dispuestos a tolerar y fue la apertura y el acceso a nuevas formas de justicia.

Los cruces de umbrales, las crisis, las puestas en crisis de aquello que aceptábamos, tolerábamos y con lo que convivíamos son experiencias traumáticas y liberadoras, son saltos de dolor y crecimiento que se pegan porque nos pegan, y que después hay que elaborar. Para eso, la palabra literaria, en su complejidad, nos ayuda a explorar desde la creatividad nuestra capacidad humana y colectiva de repensarlo todo, nuestra capacidad de reinención, de experimentación de los modos –verbales, también– posibles de estar en el mundo y de hacer el mundo que deseamos habitar. La narración, por medio de la palabra literaria nos permite explorar las posibilidades humanas desde la verdad de la opacidad, desde la formulación de preguntas y el ensayo de respuestas.

Nos preguntamos ¿de qué modo la narrativa argentina pensó la crisis de 2001 y 2002 de la hegemonía neoliberal? ¿De qué forma la literatura urdió tramas que buscaron explicar eso que nos había pasado? Nos preguntamos por lo que nos había pasado, pero también nos permitió ver, pensar y repensar qué habíamos hecho con lo que nos había pasado. El discurso literario sustrayéndose de las exigencias metodológicas de la construcción de la verdad en las ciencias sociales y humanas hace posible ensayar otras respuestas que, sin dudas, ofrecen verdades, pero unas que se ligan a la incertidumbre, a la complejidad de la subjetividad, a la experiencia de repensarlo todo en el momento mismo de la crisis y justo después, en su salida hacia un otro orden social, una otra forma de vida más digna, más justa para todos y todas.

En algún momento, hace unos años, en la vida anterior a la pandemia (tendremos que escribir también, dentro de 20 años sobre esta crisis pandémica, ¿verdad?) hice una investigación y escribí una tesis sobre las formas de autorrepresentación de escritores y escritoras de narrativa en relación con la crisis de 2001 de la hegemonía neoliberal. Pensé estas autorrepresentaciones como formas en que la subjetividad se escribe de modo autorreflexivo y autocrítico, sin solidificarse, como configuraciones históricas de la identidad en tensión, contradicción o paradoja y de forma colectiva, concreta e histórica, porque

así es del único modo en que puedo y quiero pensar las identidades: como un nosotros caminando juntas.

Podemos explicar, como nos ha enseñado nuestra maestra Silvia Delfino, la crisis de la hegemonía neoliberal como un colapso económico y una crisis de legitimidad en la relación entre el Estado y la sociedad civil que puso en evidencia una multiplicidad de formas de desigualdad social que se enunciaron como intolerables para el sentido común, pero simultáneamente formularon expectativas de recomposición de la autoridad por parte del Estado. Y, en este sentido, la literatura participó en las luchas por la formación de una nueva hegemonía, una más justa, una que hiciera justicia a un futuro donde todas y todos pudiéramos vivir. La producción de hegemonía desde el punto de vista del canon literario es legible en la institucionalización de prácticas teóricas y críticas en las crisis de la democracia como formación de cultura y como crítica de esa cultura de la que forma parte. Este ha sido un papel jugado históricamente por la literatura y que no fue menor en el contexto de la crisis de 2001 cuando la literatura intenta entender de todos los modos posibles –y allí su riqueza, en su complejidad– la crisis histórica.

Los acontecimientos de 2001 y 2002 produjeron en quienes escriben una crisis de la subjetividad, entendida como un conjunto de relaciones entre grupos y sectores y sus condiciones materiales de existencia. La identidad, entonces, fue una de las arenas en que se disputaron los sentidos puestos en crisis: ¿cómo ser escritor/a en la crisis de 2001? ¿cómo serlo inmediatamente después? ¿qué puede hacer un/a escritor/a en la crisis de 2001? ¿qué puede la literatura? ¿qué pudo hacer la literatura con lo que se volvió inaceptable? ¿cuánto de ese mundo nuevo que empezamos a construir en la crisis se ensayó en la literatura? Leí muchos libros, y revistas, y cuentos, y novelas, y blogs, y también leí a los críticos y críticas, los escuché atentamente, y volví a leer literatura, me hice todas esas preguntas y me dispuse a escuchar el susurro de la palabra literaria respondiéndome: *así no, así ya no queremos ni podemos seguir viviendo y así, así, así sí podemos construir un futuro más digno, para todas y todos.*

Para leer en el discurso literario el modo en que la crisis ingresa, pero también qué hace la literatura con eso, cómo responde, cómo interviene desde su especificidad, cómo construye el mundo de la vida, vuelvo a un concepto del pensador ruso Mijail Bajtin

(una siempre vuelve a los primeros amores, a esos de Boquitas Pintadas, a los libros recomendados por los compañeros admirados en el bar de Pedro Goyena, a los subrayados que siguen funcionando para pensar como una buena transferencia en análisis). El cronotopo es, como el aura benjaminiana, (espero me disculpen la recurrencia a los citarios, a las colecciones de citas que me ayudan a pensar), una trama muy particular de tiempo y espacio, un modo de decir y leer el tiempo en el espacio. El cronotopo es el modo en que el mundo y la historia (en tanto unidades espaciotemporales) se formulan en la obra literaria por medio de la construcción de tramas y personajes, pero también es el modo en que la literatura y la cultura dialogan con el mundo, ya que se relacionan con este en sus condiciones de producción, circulación y consumo. Es poder leer el tiempo y sus marcas (que no son solo de pasado, de paso del tiempo, sino también de promesa de futuro, de vivencia de presente –siempre en fuga, siempre yéndose–, de revisitación de lo pretérito) en el espacio: en la ciudad, en los cuerpos, en el lenguaje.

Leí y releí muchas representaciones de la crisis en sus tiempos y sus espacios, muchas autorrepresentaciones de escritores y escritoras preguntándose cómo serlo en relación con la crisis de 2001. Pensé que para la representación de la crisis de 2001 como trauma social la narrativa argentina ensayó un específico cronotopo, un modo de representar la experiencia de estar cruzando el umbral de la inaceptabilidad, la experiencia de la ruptura y la búsqueda de un nuevo mundo, más precisamente, la puesta en marcha de las condiciones de posibilidad de ese futuro deseado.

Este cronotopo de la crisis tiene algunas características comunes en los distintos textos leídos: su definición temporal es la de ser un momento fuera del tiempo, en el sentido de estado de excepción y ruptura temporal, pero también en el sentido de corte radical histórico. Una ruptura, un quiebre desde la quiebra, un límite más fuerte que el paso del '99 al 2000, el fin del siglo XX argentino. Un *ya no más*. Un tiempo (¿ese verano? ¿también el otoño y el comienzo del invierno siguiente? ¿junio de 2002 fue también nuestro junio de 1848?) fuera del tiempo en que nada era posible, un tiempo en que todo podía pasar, donde pasaron cosas inéditas. *Time off*. Un tiempo acelerado, como el de cualquier revolución moderna, pero detenido, como el de cualquier duelo (y sí que hubo que duelar en ese tiempo).

La definición espacial de la crisis de 2001 en la literatura es la del mismo lugar de la vida anterior, es decir, los acontecimientos suceden en el mismo espacio de la vida cotidiana establecida con anterioridad a esos sucesos nuevos. Las casas, las calles, los bares, la universidad y los trabajos, los locales de las agrupaciones y de los movimientos sociales, el escritorio de los escritores y las editoriales y las redacciones. La escenografía de nuestra vida de siempre, la misma plaza a donde marchamos siempre, el Chino a donde vamos a comprar alguna cosita a la vuelta del trabajo, el banco donde nos depositan el sueldo y el living de casa desde donde vimos todo. Hasta que salimos a la calle. Y volvimos a entrar a casa.

Este cronotopo de la crisis como trauma social tiene funciones compositivas como el caos y la oportunidad (¡lugar común de la definición de crisis!), la apertura a todo lo posible (promesa y agorafobia, entusiasmo y pánico, excitación y vitalidad y dudas), la violencia (mucho violencia), la irresistibilidad (en el sentido de la imposibilidad de sustraerse al movimiento, no hay afuera de la crisis), el advenimiento de lo nuevo, es decir, la ruptura y la inauguración: lo anterior haciéndose viejo e inaceptable y allí mismo lo nuevo haciéndose futuro posible. Es el cronotopo de la representación de la crisis del pasado y del presente y del movimiento al futuro, porque las contradicciones sociales empujan al tiempo hacia el porvenir, desde lo inaceptable hacia la vida en que todas y todos podamos vivir.

En el umbral de la crisis de 2001 al menos dos cosas se volvieron intolerables: la naturalización de la exclusión y la impunidad de los crímenes de lesa humanidad de la última dictadura cívico militar. En la literatura argentina hacia el final de la primera década del siglo XXI aparecieron en un breve lapso de tiempo alrededor de diez libros escritos por hijos e hijas de militantes políticos de la década de 1970. La mayoría de ellos perseguidos, asesinados o detenidos desaparecidos. Leímos escritores que dialogan con sus padres sobrevivientes, escritoras que construyen su identidad a través de la asunción y luego superación de la posición de víctima y textos que muestran cómo y cuánto el discurso de la literatura puede funcionar como una interpelación a la acción. Fueron y son una tracción a la reparación, la construcción de un futuro de memoria, verdad y justicia.

Leímos años sin amor y mendigos amorosos, cosas de negros, curanderos y vírgenes villeras organizándose y vimos con asombro y entusiasmo cómo se producía una denuncia crítica del vínculo entre prejuicio, discriminación, represión y violación de derechos humanos focalizando en la desigualdad de clase y las diferencias por edad, etnia, identidad de género y orientación sexual. Se gestaban las condiciones allí para la Ley de matrimonio igualitario y la Ley de género autopercibido; se dejaban atrás formas de representación de la otredad que siguieran el doble juego de visibilización de los sujetos e invisibilización de sus condiciones de existencias, que producían y reproducían la naturalización estetizante de las jerarquías y desigualdades sociales.

Leímos autorrepresentaciones de escritores y escritoras no solo en novelas o cuentos, sino también en múltiples experiencias de escritura (¡los géneros sí que son una ficción académica!) con muy distintos tratamientos de la otredad en relación con la pertenencia de clase de quien escribe y la profesionalización. Recorrimos el interior del país para terminar diciendo que solo queremos que nos quieran como transas que tocan cumbia o como artesanos de las palabras y los objetos maravillosos. Dejamos atrás las etiquetas de los estantes de las librerías o los casilleros de los formularios, para ver cómo la escritura literaria o la crónica narrativa permite una exploración de la otredad compleja, donde el itinerario es de ida hacia lo otro, pero con una estadía detenida y autorreflexiva que produce profundas transformaciones en la subjetividad de quien se sienta a escribir la crisis.

En la literatura se reelaboró, tensionó y discutió la representación de lo nacional ya que tras la crisis de la hegemonía neoliberal, con su posterior rearticulación del orden social, la definición de qué es el país, la nación o la patria fue central para la cultura argentina. Lo hemos visto en las representaciones de migrantes latinoamericanos que visibilizan no solo marcas de diferencias sino también las condiciones materiales de existencia de quien escribe entre Quilmes y República Dominicana; hemos visto autorrepresentaciones “antinacionales” como modo de representación de la demolición de toda identidad colectiva conciliatoria o explicativa de la crisis en escritores que preferían irse al interior o a Pinamar pero, también, cuando el gaucho se nos apareció como un guacho que ranchea y canta cumbia recorrimos el modo en que la literatura desde el más específico uso literario del lenguaje y de los movimientos hacia el interior del medio (hacia el canon,

pero también en diálogo con la crítica, los editores, los circuitos de circulación) ensaya su respuesta a la pregunta por qué o quién define “lo nacional”.

Allí radica la potencia ética de la literatura: la escritura es un acto responsable y participativo, colectivo, histórico, político y el lenguaje no solo es un modo de describir el mundo, sino fundamentalmente un modo de actuar en él, por eso la producción literaria trabaja con la realidad del lenguaje como acción desde la pluralidad de lenguajes sociales y de discursos ideológicos donde cada voz tiene su cronotopía (tiempo-lugar) y su ideología disputando las formas de hacer de este el mundo que deseamos habitar.

Las nuevas formas de la literatura en el umbral del siglo XXI fueron el medio, el lugar y el modo en que el discurso literario rediscutió sus posibilidades de acción ante ese mundo de la vida que simultáneamente se deshacía y reconfiguraba, en ese momento en que todo fue puesto en cuestión y nuevas cuestiones pudieron ser pensadas y realizadas. La edición artesanal y la publicación digital fueron respuestas a la pregunta sobre cómo era posible escribir en el contexto post crisis, pero las experiencias autogestivas emergentes tras la crisis oscilaron entre un polo emprendedorista más típicamente neoliberal (del orden de ser “empresario de uno mismo”) y un polo cooperativo donde fueron posibles proyectos grupales de solidaridad y socialización. La diferencia la marcó, como siempre, la organización colectiva que puso en acto nuevas formas de relación entre los sujetos y los objetos y entre los sujetos. Las y los escritora/es que propusieron una nueva sociabilización literaria en relación con sus condiciones materiales de existencia –sea la edición y publicación mediante proyectos colectivos de intervención cultural, sea el activismo en los juicios por memoria, verdad y justicia u otras formas de acción política– pudieron hacer algo distinto de la descolectivización propia de la hegemonía neoliberal inmediatamente anterior –pero también resistente y persistente– a la crisis de 2001.

Si algo hemos aprendido en este recorrido es que la literatura, en su más íntima especificidad, por su potencia semántica produce una complejización de la representación e interpela a explorar, siempre, otras formas de dar cuenta, hacer inteligible y, por lo tanto, construir y transformar, el mundo de la vida y, por eso, ofrece renovadamente la posibilidad de que las palabras sean más que eso, de que vuelvan a tener sentido cuando lo perdieron, de que se hagan cuerpo, de que se hagan acción. La palabra hecha activismo

CAROLINA RAMALLO

del pensamiento crítico ofrece una posibilidad de transformación muy potente, la de la epifanía del cambio colectivo. La palabra literaria y crítica es eso que puede empujar al sentido común hasta desarmarlo, hasta hacer ver inaceptable lo que ya no puede seguir siendo, hasta dejarnos pensar y hacernos decir lo otro, lo nuevo, para hacerle justicia a lo que está por venir y seguir construyendo un país donde vale la pena vivir, aunque todavía falte tanto.



Pensar en democracia: afectos y conocimiento pos 2001

ROQUE FARRÁN (CONICET/UNC)
17 DE DICIEMBRE DE 2021

Al leer algunos de los artículos del dossier sobre el 2001, siento que coincido en buena parte con la valoración del legado que retoman lxs autorxs (en particular López, Rinesi, Sztulwark, Pacheco): la potencia desplegada por la manifestación popular y la composición profundamente heterogénea que dio lugar a su eclosión imprevista, en medio del hastío generalizado por las formas de gobierno neoliberales. También reconozco que diversas hebras sensibles se tramaron allí y, más acá de las dicotomías típicas en que suele incurrir el lenguaje ideológico (reformismo vs revolución, instituciones vs movimientos, etc.), no fueron trabajadas de manera adecuada a posteriori (el marco categorial con el que nos pensábamos recibió igualmente el impacto y la conmoción del acontecimiento,

como dice Rinesi citando a De Certeau¹). El concepto de acontecimiento, sin dudas, ha sido clave para entender la precaria constitución de un sujeto político que nunca está asegurado del todo, cuya composición remite además a lo indiscernible de una verdad que se indaga en situaciones concretas. Hubo formas novedosas de articulación que recombinaban o reconfiguraban viejos saberes militantes, como también hubo un desfondamiento radical del Estado que llevó a que este se reformulara en buena parte de sus instituciones y su orientación de base. Cuánto habrá habido de cada cosa no es asunto de simples sumas o restas, ni de hacer listados de medidas a favor o en contra, sino de decisiones que hacen al sujeto en cuestión y nos ubican en la potencia que podemos vislumbrar en el presente, en su intensidad y delimitación real. Con esto quiero decir que el pensamiento de la situación nos implica y afecta singularmente.

Aquí es donde tomo algo de distancia de las anteriores elaboraciones y deseo subrayar, con todas las letras, que se constituyó un *Estado reparador* orientado hacia políticas redistributivas de gran calado y anudado a las políticas de Memoria, Verdad y Justicia, con decisión y coraje. Resalto además que, luego del gobierno neoliberal que nos trató de destruir por todos los medios posibles, según su tendencia habitual (nada democrática), y de una pandemia atroz que azotó y azota todo el planeta, seguimos contando con un *Estado cuidador* cuya orientación principal no defeciona ante los principales problemas que abrió la crisis. Son todas cuestiones que vengo trabajando desde hace tiempo, porque tienen que ver con esa conmoción del marco categorial que hemos vivido: el sujeto, el estado, el método, la ideología, la racionalidad política y la ética a la luz del presente. En sintonía con esta breve rememoración del acontecimiento del 2001 quisiera resaltar ahora la dimensión afectiva y el modo de conocimiento que exigen vivir en democracia.

La principal batalla se da hoy en el campo de la subjetividad y los afectos. Por eso festejo la alegría y la potencia manifestada por las militancias y la ciudadanía en el día de la democracia y los derechos humanos. Escuchar a los militantes, sobre todo, brindar su apoyo al gobierno y a la unidad del campo popular, me parece que es una muestra de inteligencia práctica indispensable para estos tiempos aciagos. Saludar el entusiasmo

1 Rinesi, E. (16 de diciembre de 2021). Crisis del 2001 en Argentina: los sentidos de una conmoción *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/389719-crisis-del-2001-en-argentina-los-sentidos-de-una-conmocion>

genuino y no caer en viejos clichés de la crítica encumbrada. Pero también tenemos que pensar con conceptos lo que nos sucede y cómo nos afecta, estar a la altura de nuestro tiempo y no dejarnos arrastrar por pasiones que no contribuyen a aumentar la potencia común desde cada singularidad.

Spinoza, el gran pensador de nuestra modernidad radical que no oponía razones y afectos, mente y cuerpo, individuo y colectivo, puede orientarnos al respecto. Para él había tres afectos básicos: deseo, tristeza, alegría, por cuya combinación se obtenían todos los demás. El *deseo* es la irreductible perseverancia en el ser; la *alegría* el afecto que experimentamos cuando aumenta nuestra potencia de obrar; la *tristeza* cuando disminuye o se ve obstaculizada. Distinguía también entre los afectos por los que padecemos: *pasiones*, y los afectos por los que obramos: *acciones*. La clave está en la causa y su conocimiento: podemos ser causa adecuada de lo que nos afecta, entonces actuamos; o podemos ser causa inadecuada, entonces padecemos. Como somos seres complejos, esto se va logrando de a poco, por partes, con idas y vueltas (actuamos y padecemos); nunca de manera definitiva. No obstante, como nos recuerda Spinoza, antes de tener un conocimiento adecuado de nuestros afectos, podemos ejercitarnos en la imaginación de principios rectores que ordenen las afecciones; por ejemplo, recordar cotidianamente que debemos responder al odio con amor y generosidad, no por una cuestión de deber moral, sino de efectividad práctica. Nuestras mejores militancias lo saben: el amor no es simple consigna, sino práctica efectiva.

Para Lacan, otro gran pensador de nuestro tiempo, tenemos una certeza ineluctable: la angustia. Pero hay un modo de quitarle a la angustia su certeza: el acto. El acto, para ser justo, tiene que poner en juego la verdadera potencia de obrar y eso implica conocer su causa. Todos sabemos de las infinitas variaciones que atañen a cada cuerpo humano, su mente y complejión afectiva: “Hombres [y mujeres] distintos pueden ser afectados de distinta manera por un solo y mismo objeto, y un solo y mismo hombre [o mujer] puede, en tiempos distintos, ser afectado de distintas maneras por un solo y mismo objeto” (Spinoza). Lo mismo sucede con cualquier acontecimiento: las disputas narrativas en torno a 2001 responden a razones afectivas de fondo, ligadas a trazados y marcas diferenciales que, aun así, pueden entenderse en su conjunto como nociones comunes. Desde esta comprensión materialista de la diversidad humana, no solo caen los univer-

sales abstractos sobre lo que debería ser y hacer el hombre o la mujer, según sus intereses objetivos y/o autoevidentes; también se pone en cuestión cómo podemos conocer y plantear modos efectivos de afectar nuestras relaciones sociales, nuestro ser-en-común. La democracia no es un universal abstracto, sostenemos entre varios, sino el conjunto de prácticas que nos constituyen en actos cotidianos.

Esto es así, al menos, si deseamos componernos mejores y no abandonarnos a la auto-destrucción que propone el neoliberalismo autoritario. Lo que, por otra parte, no debería ser descartado como opción efectiva (la pulsión mortífera que cultiva muy bien el neoliberalismo nos atraviesa a todos). No es cuestión de hablar de afectos y pasiones en general, sino de entender las dinámicas afectivas –lo que aumenta o disminuye la potencia de obrar– cuerpo a cuerpo, situación por situación, dispositivo a dispositivo; porque las marcas históricas son también absolutamente singulares. De ahí que poco sirva a los modos de organización política deseables hablar en general de populismo, comunismo, republicanismo, autonomismo, estatismo, capitalismo, etc. La tarea de pensar caso por caso, lo universal genérico que nos constituye, no se resuelve con precisiones lingüísticas o mejores contextualizaciones históricas; sino con el pensamiento que hace cuerpo en ejercicios concretos de subjetivación, donde los otros puedan sentirse convocados a aumentar su potencia de obrar, cualesquiera sean sus prácticas. Aquí las idealizaciones personales y las jerarquías de saber nos juegan en contra. Qué es lo que puede o habrá podido hacer cada quien, en diversas inscripciones organizacionales o institucionales, gracias a un acontecimiento que abrió el abanico de nuevos posibles, no puede ser tipificado ni reificado.

Contra la derecha que avanza, a puros golpes de efecto mediáticos, lo mejor que podemos hacer no es ponernos a explicar aquello que la gente debería saber de la historia. Tampoco imitar las tácticas de *twitterización* del pensamiento reaccionario con contenidos de signo inverso. Tenemos que pensar en términos afectivos concretos cada punto e instancia del espacio social, cada relación y cada modo: *allí donde no es posible mentir y cada quien sabe con el cuerpo lo que produce uno u otro*. El afecto que no engaña no es solo la angustia, como decía Lacan, sino el que en verdad aumenta nuestra potencia de obrar junto a otros. Eso, por supuesto, no se digitaliza ni simula: el pensamiento material no puede viralizarse. No porque solo sea accesible a algunos pocos. Al contrario, es como el

aire que respiramos: se encuentra por doquier a disposición de cualquiera. Sino porque el modo de exhalación es único, absolutamente singular, incluso si es el último suspiro. Por eso hay que llegar a ese modo de exhalación/pensamiento lo más pronto posible. Nunca se sabe si no es, en efecto, el último. La pandemia nos ha advertido al respecto.

En democracia no siempre pensamos. O, al menos, no siempre alcanzamos la máxima potencia del pensar en acto. Y eso es lo que genera odio. Lo que termina siendo, en definitiva, el odio a la democracia. Pensar en democracia exige entender mínimamente cómo nos constituimos en tanto seres afectivos que tenemos la potencia de conocer y conocernos. Siguiendo a Spinoza, debemos considerar tres géneros de conocimiento: imaginación, razón, intuición (esto también permite ordenar las lecturas e interpretaciones post 2001). La *imaginación* nos informa acerca de lo que afecta nuestro cuerpo directamente, no de las causas y razones de ello. Así, atribuimos alegrías y tristezas a cosas oídas al pasar, asociaciones contingentes, o fijaciones de ideas repetidas. Es necesaria la imaginación, como primer género de conocimiento, a la vez irreductible e insuficiente. Pero necesitamos conocer también las relaciones en las variaciones afectivas, cómo una cosa afecta a otra diferencialmente, hace que se componga o descomponga; de ahí las *nociones comunes* o la *razón* que sitúan el segundo género de conocimiento. Este género es indispensable para no quedar pegoteados a lo pasional y su lógica impresionista, ciclótica, de alegrías y tristezas inexplicables, atribuidas al azar o a la fijeza. Aunque tampoco bastan las nociones comunes que explican unas cosas a través de otras y no cada cosa, cada modo singular, según su esencia. Aquí es donde opera el tercer género de conocimiento o *intuición*, cuyo afecto templado es la beatitud. Cuanto más conocemos las cosas singulares, más conocemos la Naturaleza y más nos conocemos a nosotros mismos. Así, más podemos poner en su lugar las pasiones: activamos los afectos y constituimos un nudo virtuoso. Puede que al principio suceda de manera fugaz e intermitente, pero mientras más nos ejercitamos en este modo de conocer, lo transmitimos y compartimos, más prescindimos de las ambivalencias pulsionales, las fijaciones identitarias y las especializaciones o jerarquías de saber.

Cada vez que se produce un acontecimiento político de la magnitud del 2001 o del 2015 (Ni Una Menos), como dice María Pía López, algo de esa potencia que nos iguala se actualiza; pero todo movimiento que cuestiona determinadas relaciones de poder

es impuro e indiscernible por definición, porque se trama a partir de ellas. Se abre un tiempo nuevo en que diversas temporalidades y recursos se entrecruzan. No hay purismo alguno aquí: tenemos que aprender a leer los cruces en manifestaciones absolutamente heterogéneas. Cualquiera puede saber si se conecta con su deseo, su esencia singular, y se dispone a componer con otros la potencia común que nos constituye. La igualdad de las inteligencias es ontológica, su verificación es siempre política. La democracia es el único modo de gobierno que trata con lo absolutamente cualquiera, sin castas ni privilegios, pero necesita llegar al despliegue de la máxima potencia de ser y pensar: situar las singularidades. Sin pensamiento de lo singular no hay democracia real, sino meros procedimientos formales o ficciones antojadizas que se contentan con utopías reaccionarias y/o nostálgicas.

Por último. Pienso como muchos que el sujeto político por venir será múltiple y variado, como muestran los acontecimientos señalados, no ligado solo a una clase o identidad colectiva. Sujeto que responderá a diversos llamados, luchas y procedimientos. Sujeto que desplegará su potencia colectiva a través de las distintas manifestaciones artísticas, amorosas, científicas y políticas. Porque un sujeto necesita cuerpo y materiales concretos para tramarse, no solamente consignas y banderas. Ante todo, pienso que ese sujeto múltiple y variado encontrará los modos de anudarse al seguir la lógica afectiva que suspende las identidades rígidas y se orienta por lo que aumenta la potencia de obrar, no por el cálculo y la ganancia. Aun si el daño, el trauma o las diversas pulsiones destructivas lo atraviesan, solo la orientación decidida por el deseo, los afectos alegres y el conocimiento adecuado de lo que le afecta podrán contrarrestarlas. También pienso a ese sujeto múltiple y variado habilitando instancias de reflexión ética y prácticas de cuidado de sí donde cada decisión debe contemplar el modo en que se hacen las cosas, no solamente los resultados. Es parte de ese cuidado integral la construcción de conceptos ligados a cuerpos y afectos que nos permitan pensar las singularidades en común. Solo así, quizá, algo de la emancipación que prometen los acontecimientos en democracia sea posible.



“A toda opresión se opone una rebeldía”: 20 años de luchas feministas

MARÍA ALICIA GUTIÉRREZ (FSOC/UBA) Y VIVIANA NORMAN (IIGG/UBA)
18 DE DICIEMBRE DE 2021

Las imágenes de lo que fue el estallido del 2001 se arremolinan desordenadamente en la memoria. Especialmente aquella noche del 19/20 donde la irrupción masiva en las calles hizo detonar el sistema económico, político, social y cultural. “Que se vayan todos” resonó fuertemente y marcó la impronta de la crítica descarnada al sistema político (y la responsabilidad en la crisis) así como el “corralito” y el agolpamiento frente a los bancos mostró el límite de un modelo económico de expoliación. Puso en cuestión no solo a la elite política desprestigiada e incapaz, sino que se atrevió a impugnar la legitimidad de los partidos tradicionales y de un sistema de representatividad devenido profundamente limitado y excluyente. Asimismo, abrió paso a las renovadas formas de la política que tuvo su epicentro ya no en las instituciones del sistema, puertas adentro y para pocos,

sino en el despliegue de una política callejera que cobijó las múltiples experiencias del despojo.

Las feministas comprendimos entonces la productividad de ese movimiento que se nos presentaba diferente de la vieja política instrumental destinada a la toma del poder. Por el contrario, sentimos ese impulso colectivo como modo de autoafirmación, la misma que emprendimos contra el régimen heteropatriarcal desde nuestra génesis militante. Como explicaba entonces Holloway, “no se trata de ganar posiciones de poder, sino en desarrollar la potencia de la lucha”.¹ De eso, sabemos y desde hace tiempo cuando el debate sobre la construcción del poder atravesó a la segunda ola y a los feminismos interseccionales: la discriminación y la opresión hacían sinergia en una matriz estructural de clase, género, raza, generación entre otras.

Genealogías feministas del estallido

La sociedad reaccionó, mostró su fuerza y se fue articulando de maneras diversas frente al acontecimiento que irrumpió, quebró la trama urbana y simbólica y después nada fue igual, aunque a veinte años algunos aconteceres nos hagan pensar lo contrario. Se implementaron metodologías que pusieron en tensión lo legal, lo ilegal, lo legítimo, lo ilegítimo: desobediencia civil activa.²

La protesta plebeya no surgió de un puro espontaneísmo, si bien los cacerolazos marcaron una impronta novedosa. Los 90 del siglo XX no fueron una década silenciosa: la implementación del modelo neoliberal a ultranza, con índices escalofriantes de desempleo y pobreza, achicamiento de los Estados con recortes a las políticas públicas como contrapartida a los altos costos de endeudamiento, no pasaron sin resistencias y nuevas articulaciones políticas. Los feminismos no estuvieron ajenos a ese proceso y gestaron formas de resistencia y acción conjuntamente con los grupos LGTTBIQ+ y al compás de vaivenes internacionales. La mayor expresión de la protesta social fueron los pique-

1 Holloway, J. (2003). Prólogo. En R. Zibechi, *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Buenos Aires. Letra Libre-Nordan.

2 Gutiérrez, M. A. (2013). *15M. Si no nos dejan soñar no les dejaremos dormir*. Buenos Aires: La Parte Maldita.

teros y otras formas organizativas que le hacían frente al desguace social, político y económico. Allí las mujeres y feministas expresaron sus sentires y reclamos: la reproducción social de la vida, los cuidados y la violencia estaban en el centro de las conversaciones, al igual que en los Encuentros Nacionales de Mujeres.

Así el 2001 se nos aparece como un “nudo” –parafraseando a Julieta Kirkwood en relación a los saberes y acciones feministas–³; donde se articulan y confluyen distintas demandas, organizaciones y acciones en una mirada interseccional que permitió discutir básicamente la lógica y la construcción del poder; la autonomía y la relación con el Estado y el régimen político y la dignidad de la vida. Ese “nudo” que reflejó una situación dramática para el país y para muchos de sus ciudadanes, también lo pensamos como una instancia productiva. Nos permitió articular otros modos de encontrarnos, organizarnos y construir políticamente, tomando el pasado como experiencia y registrando el futuro como un tiempo de reconstrucción/construcción.

Durante aquellas jornadas, estábamos convencidos que se trataba de la crisis del feroz modelo de acumulación impuesto por la dictadura militar 76-83 mediante el terrorismo de Estado y que los sucesivos gobiernos en democracia perpetuaron hasta profundizar sin apenas lograr mitigar las desigualdades sociales. Pero, además, creíamos que iba a ser posible otra sociedad y en esas mismas jornadas la comenzábamos a construir. Las mujeres dieron batalla al calor de las ollas que revolvían en los comedores comunitarios que se fueron multiplicando como consecuencia de la propia existencia. Fueron quienes, en los barrios, politizaron lo doméstico cuando tuvieron que afrontar la tarea de la reproducción de la vida. Con ellas la vida cotidiana toda se politizó también, cuando tomaron a sus hijes de la mano y salieron a la ruta, a cortarla y a avivar el fuego de las gomas.

Esas mujeres asumieron las tareas femeninas asignadas requeridas para la autogestión como demandaba la urgencia. Conjuntamente pusieron en cuestión la opresión patriarcal en las relaciones con sus pares varones. Fueron quienes mostraron con acierto que la autonomía, la horizontalidad y la construcción del poder popular no eran posibles ni aceptables sin ellas. Que esos principios, que en sus movimientos sociales pugnaban por regir la futura organización política y el cambio social, debían implementarse y plasmar-

3 Kirkwood, J. (1984). *Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago de Chile: FLACSO.

se también en las relaciones domésticas, en las parejas, en las tareas del trabajo barrial y en los piquetes.

El movimiento de mujeres y feminista venían poniendo en cuestionamiento la dicotomía privado/público. La consigna “lo personal es político” permitió, desde la lucha de los organismos de derechos humanos, evidenciar que las condiciones de desigualdad y opresión eran lógicas profundamente naturalizadas. Desmontar esa construcción cultural significó formas nuevas y creativas de imaginar, articular y organizar.

La toma de las calles y el espacio público

El estallido desplazó los cuerpos al ámbito público donde nos fuimos encontrando en la enorme heterogeneidad de experiencias que, como en los feminismos, debió convivir con el conflicto latente que supone la diversidad. Ese espacio reconfiguró no solo los cuerpos y los encuentros sino también el significado de cada lugar. Asimismo, entre las barricadas y las corridas, supimos de gases, balas de goma y muchas de plomo. Mientras pasaban las horas, los cuerpos tendidos en el asfalto mostraron los rostros humanos de la tragedia. Ante ello, los cuerpos vivos en una alianza de las afecciones y las pasiones generaron un modo de crear la política *in situ*. La insistencia de la comunidad afectiva creada en el espacio público produjo la potencia de la política. Ahí se instituyó la política con esa presencia, con ese estar y se redefinió la potencia en la acción colectiva, en el cuerpo a cuerpo.⁴

La necesidad de transformación sonó en un grito colectivo mientras las cacerolas marcaban el ritmo del hartazgo. Los medios y poderes hegemónicos, etiquetaron como espontánea a esta rebelión popular como si ello significara la carencia de potencia política, lo mismo que sucedió con el feminismo durante décadas. La política de los partidos, del parlamento y los votos requerían una profunda transformación y eran *los de abajo* quienes empujaban para dar vuelta el orden de cosas y por fin lograr “trabajo, dignidad y

⁴ Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.

cambio social”. Lo viejo quedaba sepultado debajo de las cenizas de fogatas. Y lo nuevo, profundo desafío, se tramaba día y noche en las asambleas populares y en los piquetes.

Las calles, las plazas, en la ciudad o en los barrios, agitaron la política de lo común que hoy permite trazar un hilo, anudar experiencias y descubrir continuidades. Nada se pierde, todo se transforma o reaparece con formas de otras luchas porque, en definitiva, aquello es aun hoy lo que anhelamos: los reclamos por el reparto de la riqueza, la toma de decisiones colectivas y la revolución en nuestra relación con los otros y con nosotros mismos⁵ y resonó en el cántico “piquetes y cacerolas la lucha es una sola”.

Las asambleas como herramienta para la construcción política no fueron un invento del 2001. Tampoco podemos decir que fue un fenómeno que se dio en todo el país. Lo cierto es que estas prácticas de participación ciudadana actuaron como mediadoras reales de la acción política que funcionan conforme a los propios intereses de sus participantes, son controladas por sus miembros y no responden a instituciones tradicionales como pueden ser los partidos políticos.⁶ Del mismo modo la experiencia de las fábricas y espacios diversos recuperados. No podemos soslayar que las mujeres –también les jóvenes–; tuvieron obstinada y activa participación desde el inicio de los movimientos de desocupados, en su desarrollo y la construcción de prácticas e identidades políticas de estos movimientos sociales.⁷

De igual modo, en las asambleas barriales, la apropiación por parte de las mujeres del espacio público o de edificios abandonados fue también un escenario propicio para recuperar las luchas feministas sobre la politización del propio cuerpo, que no solo se deslizaba por las calles y asambleas, sino que se enfrentaron a las fuerzas de seguridad que avanzaron e intentaron desarticular. Instalaron el debate por el aborto legal junto con la soberanía y autonomía de sus decisiones en una verdadera praxis que se reeditó en las jornadas del 2018 y 2020. Las piqueteras dieron vitalidad a un feminismo popular y, como las asambleístas, contaron con la memoria histórica acumulada, los recorridos

5 Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Buenos Aires. Tinta Limón.

6 Ouviaña, H. (2003). *Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”: la experiencia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20110128033732/ouvina.pdf>

7 Andújar, A. (2005). *Mujeres piqueteras: la repolitización de los espacios de resistencia en la Argentina (1996-2001)*. Buenos Aires. CLACSO.

de las Madres de Plaza de Mayo, que dejaron su casa e irrumpieron en las plazas para denunciar la desaparición forzada de sus hijos, constituyendo así un movimiento de DDHH que nos enorgullece. También de las mujeres que forjaron los ENM, donde ejercitaron la democratización de la palabra, la horizontalidad y la deliberación para alcanzar los consensos. Y todas aquellas activistas que rompieron con el orden impuesto del mismo modo que se intentaba hacer en las jornadas de diciembre.

20 años después: ¿qué fue de la potencia insurgente?

El estallido da idea de un instante, ruido, explosión. ¿Qué alcances tuvo esa onda expansiva? Esos días se argumentó sobre el poder y el contrapoder. Recuperando a Negri,⁸ podríamos decir que la redirección que sufrieron las luchas populares a partir de 2003, marcaron el límite para la construcción del contrapoder tal como fue soñado en las jornadas de diciembre de 2001. Esos días intensos, pero también los que siguieron, marcaron la resistencia a lo viejo, y la insurrección fue la más contundente escenificación de las formas que pretendió alcanzar la lucha política. Sin embargo, pocos años después, siguiendo a Negri, no fue posible profundizar una potencia constituyente de un nuevo poder.

Pudimos protagonizar una revuelta plebeya que puso en evidencia el quiebre de la hegemonía del modelo de acumulación del capital y la ineptitud de la clase dominante para prolongar su disciplinamiento social. Pero más que nada, la desobediencia y su potencia organizativa, vista 20 años después, permite comprender cuánto de la vocación rebelde e insumisa la impulsó y cuánto de esa capacidad colectiva fortaleció a los feminismos locales en los últimos años. Esa potencia del movimiento feminista se expresó de manera contundente en los Paros Internacionales de Mujeres desde 2017, en el Grito Global de 2017, en los debates sobre el aborto 2018/2020 y la construcción de la Marea Verde y en el surgimiento de NUM en 2015. Todos estos eventos marcaron un derrotero de una lucha internacional que no se detiene y que está cuestionando el sistema capitalista, racista, colonial y heteropatriarcal de raíz. La situación inédita, dolorosa y compleja de

8 Negri, T. (2002). *Contrapoder*. En T. Negri et. al., *Contrapoder. Una introducción*. Buenos Aires. Ediciones de Mano en mano.

la pandemia, en el contexto de una crisis económica con epicentro en la deuda, puso en claro el lugar de los movimientos feministas y LGTTBIQ+ en la sustentabilidad. Por eso “la deuda es con nosotras” que siempre garantizamos la reproducción de la fuerza de trabajo y pusimos la enorme cuota de plusvalía en el trabajo reproductivo no remunerado.

La novedad de tal amalgama, de lo común ante todo como indignación, presagiaba una nueva subjetividad radical. Tejer lo común, retomando la noción de Federici, hoy refleja una nueva mirada del cambio social, que supone romper con la idea estatista de revolución y quebrar el mandato neoliberal que reordena la vida en la lógica del mercado. Desmonta la dicotomía público / privado que, muchos años antes, las feministas habían visibilizado bajo la consigna “lo personal es político”, desnaturalizando así la opresión.

En esta lógica se inscribe una de las luchas centrales de los feminismos: la reproducción de la vida y los cuidados, una manera creativa de repensarlos en vinculación con otras formas de las relaciones sociales. Esto supone desafiar la lógica del capital y una nueva conceptualización de la política que pone como centralidad el cuerpo en el proceso integral de la reproducción de la vida. De allí la necesidad de la reinención para afrontar los dilemas del neoliberalismo y su avanzada conservadora, con multiplicidad de saberes y prácticas que desarticulen las contradicciones que ellos mismos generan.

Veinte años después, nuestras luchas feministas han resignificado la política, han obligado a poner la mira en el colectivo feminista y de disidencias sexuales, y expresa las múltiples intersecciones de las demandas. Inscribe una nueva gramática de las luchas, con la emergencia masiva de grupos sociales como les jóvenes e instituye un espacio de cruce intergeneracional e intercultural.

Por eso creemos no equivocarnos al pensar que ese impulso político anti capitalista, anti imperialista, decolonial de aquellas jornadas históricas, lo resignificamos en nuestros feminismos, lo que nos impulsa a trascender las meras efemérides y recuperar ese recuerdo para recrear la potencia insurgente que nos movilizó entonces.



2001, pero 28 de diciembre: “Fuera la Corte Suprema”¹

MAURO BENENTE (UNPAZ/UBA)
21 DE DICIEMBRE DE 2021

Para quienes en ese entonces transitábamos una adolescencia marcada por lecturas desordenadas de Marx y Trotsky, y biografías del “Che” Guevara, mientras de fondo escuchábamos *Se viene el estallido* y *El revélde*, 2001 es un significante que representa una cadena de significados tan dramática como potente. Incluso, a la luz de esas lecturas y esas escuchas, fue más potente que dramática. Potencia que con el tiempo fue disminuyendo, y dramatismo que con ese mismo tiempo se recuerda de modo cada vez más doloroso.

De forma inevitable ese significante se lee desde una actualidad que en parte es heredera de ese 2001, pero también lo redefine. Y en esa redefinición, por ejemplo, hoy leemos

¹ Agradezco a Santiago Ferrando Kozicki por las sugerencias y aportes.

las noticias de un modo distinto a cómo lo hacíamos en 2001. Revisamos de modo diferente las noticias actuales, y también las de entonces. Las leemos, para decirlo con precisión, con desconfianza.

Una noticia que me interesa destacar salió publicada en el diario Clarín el 6 de febrero de 2002. Hacía referencia a la práctica del montañismo, pero no estaba en la sección de deportes ni de turismo, sino en la de política. Si bien la innovación en el montañismo apunta a reducir el tamaño y peso de las vestimentas y equipajes, la noticia señalaba un ascenso que desafiaba esta lógica. Se narraba una bandera que había flameado en la cumbre del cerro El plata, a 6.000 metros de altura, un pico ubicado en las cercanías de Puente del Inca que suele emplearse a modo de aclimatamiento antes de ascender al techo de América. La bandera tenía inscripta esta leyenda: *Fuera la Corte Suprema*. El título de la nota era *Siguen las protestas, desde Tribunales al Aconcagua*.²

El contraste entre el título y el desarrollo de la noticia genera cierta desconfianza, porque no queda claro si la bandera flameó en El plata o en el Aconcagua. Pero por alguna razón no desconfío de la bandera flameando en la cordillera de los Andes. ¿Cuál es esa razón? El significativo 2001, y el inédito ciclo de protestas que se inició el 28 de diciembre de aquel año frente al edificio de la Corte Suprema, frente al “Palacio”, porque así le siguen llamando incluso post 2001.

Del sindicato a la organización social, de la huelga al piquete

Diciembre de 2001, en la Plaza de Mayo pero también en Plaza Lavalle –ubicada frente al “Palacio” –, tuvo una dimensión de ruptura y acontecimiento que marca una potente discontinuidad, un antes y un después. Sin embargo, ese antes estuvo caracterizado por transformaciones en la conflictividad social. El tránsito de la década de 1990 reconfiguró las acciones colectivas de protestas y redefinió los grupos que las protagonizaban. Mientras en 1989 las protestas protagonizadas por sindicatos representaban el 75% del total, en 1998 solo alcanzaban el 26%. Y mientras, en 1989 las protestas protagonizadas por organizaciones de la sociedad civil apenas superaban el 10%, en 1998 representaban

el 51%. Además, en 1999 el 46,2% de las protestas fue protagonizado por personas no sindicalizadas.

En sintonía con esta transformación de las organizaciones, se redefinieron los repertorios de protesta. Mientras en 1992 se realizaba un corte de ruta por cada siete paros, en 2001 se produjeron el doble de cortes de ruta que de paros.³ Al mismo tiempo diciembre sumó una novedad al repertorio: los cacerolazos, protagonizados fundamentalmente por clases medias desorganizadas que venían acumulando descontentos y estallaron contra el corralito financiero decretado el 1 de diciembre de 2001 y la pesificación de los depósitos decretada el 6 de febrero de 2002.

2001 marca un antes y un después, pero ese antes estaba corroído por políticas neoliberales que venían trastocando el mapa de la conflictividad social.

El camino al 28 de diciembre

El mes diciembre de 2001 suele estar acompañado por las fechas 19 y 20. Es más, si aludimos a 19 y 20 de diciembre no hace falta aclarar que se trata del año 2001.

El miércoles 19 de diciembre estuvo marcado por cortes de ruta y saqueos en distintas provincias. Al caer la noche se sumaron concentraciones en varias ciudades. Sobre estos focos, a partir de la declaración de estado de sitio decretada por el Poder Ejecutivo, en desobediencia y réplica a la medida, con la partitura del "qué boludo, qué boludo, al estado de sitio se lo meten en el culo", las protestas se multiplicaron. Se produjeron cacerolazos en distintas capitales provinciales, y en las primeras horas del jueves 20 una multitud en la Plaza de los dos Congresos y la Plaza de Mayo festejó la renuncia del Ministro de Economía Domingo Cavallo.

El jueves 20 de diciembre las protestas no menguaron y la respuesta estatal fue la represión. En la Capital la Policía Federal reprimió en horas de la madrugada disparando balas de goma y arrojando gases lacrimógenos a las personas que se manifestaban en Plaza

3 Grupo de estudios sobre protesta social y acción colectiva (2006). Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003. *Documentos de Trabajo del Instituto Gino Germani*, (48), p. 46.

de Mayo. En horas de la mañana, cerca de las 9:30 reprimió nuevamente en Plaza de Mayo, y minutos después de las 11.30 la Policía montada atacó a quienes protestaban en los alrededores de la Pirámide de Mayo. Como todos los jueves alrededor de la Pirámide se encontraban las Madres de Plaza de Mayo, y ni siquiera sus pañuelos detuvieron el afán represivo. Pasadas las horas, las balas y los gases se extendieron hasta las cercanías del obelisco. Unos minutos antes de las 20 un nuevo sonido irrumpió en la Plaza de Mayo. Esta vez no eran escopetas porque la plaza se encontraba vacía –o más bien vaciada por la represión–. Se trataba del helicóptero presidencial trasladando a Fernando De la Rúa, que había firmado su renuncia.

El viernes, 14 gobernadores y legisladores y legisladoras del Partido Justicialista trabajaban en un documento para presentar en la Asamblea Legislativa, convocando a elecciones generales para el 3 de marzo de 2002 con el sistema electoral de lemas y nombrando Presidente hasta esa fecha a Adolfo Rodríguez Saá. El sábado 22 comenzó a sesionar la Asamblea Legislativa y el domingo por la madrugada, con el voto de 169 legisladoras y legisladores, nombró a Rodríguez Saá como Presidente por 90 días, tras lo cual se celebrarían elecciones.

Si bien la renuncia de De la Rúa y la agenda de reuniones de Rodríguez Saá con organizaciones de derechos humanos, de desocupadas y desocupados, y con sindicatos, menguaron la conflictividad, las protestas no desaparecieron. Es así que, en la Ciudad de Buenos Aires, el 27 de diciembre se realizó una conmemoración por los muertos y las muertas en la represión del 19 y 20 de diciembre, en la que participaron la agrupación Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS), Madres de Plaza de Mayo–Línea Fundadora, Abuelas de Plaza de Mayo, la Unión de Empleados de la Justicia de la Nación (UEJN), la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI), partidos de izquierda y grupos de motoqueros. Allí se leía una pancarta que, como un prelude de lo que ocurriría al día siguiente, decía: *“echamos a Cavallo, echamos a De la Rúa. Ahora es el turno de la Corte Suprema de Justicia”*⁴

⁴ Schuster, F. (2002). La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001. *Informe de coyuntura* (3), Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Durante buena parte de la década de 1990 el adjetivo Suprema era sustituido por menemista: Corte menemista. En abril de 1990 el Congreso aprobó una ampliación de la Corte de cinco a nueve miembros, lo que motivó la renuncia de dos jueces: José Severo Caballero y Jorge Antonio Baqué. Hacia diciembre de 2001 tres de los jueces de la Corte habían sido nombrados durante la presidencia de Alfonsín –Enrique Petracchi, Carlos Santiago Fayt y Augusto César Belluscio– y los seis restantes durante la presidencia de Menem –Eduardo Moliné O’Connor, Julio Nazareno, Antonio Boggiano, Guillermo Alberto Fernando López, Gustavo Alberto Bossert y Adolfo Vázquez–. El adjetivo menemista caracteriza no solamente al origen de los nombramientos, sino fundamentalmente el acompañamiento jurisprudencial que la Corte, y en especial la denominada mayoría automática, hizo de las políticas desplegadas durante el gobierno de Menem.

El turno de la Corte Suprema de Justicia

El viernes 28 de diciembre del 2001 suele recordarse por el cacerolazo nocturno que forzó la renuncia del entonces jefe de asesores de la Jefatura de Gabinete, Carlos Grosso. Pero ese mismo viernes guarda otros dos episodios, menos recordados. Por un lado, en el último día hábil previo al largo receso de enero, la Corte Suprema analizó –aunque no en profundidad– un caso sobre el llamado “corralito financiero” y descartó su inconstitucionalidad.⁵ Por otro lado, se inició en Plaza Lavalle un ciclo de protestas exigiendo la renuncia de los jueces de la Corte. En un trabajo del Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva se lee que “por primera vez en la historia argentina, la Corte Suprema de Justicia de la Nación estuvo en el centro de las demandas de la protesta social”.⁶

En esta primera manifestación, convocada por la Asociación de Abogados Laboralistas (AAL), alrededor de las 13 horas al menos unas 500 personas se agruparon en las escalinatas del “Palacio” para exigir la renuncia de los integrantes del máximo tribunal.

5 Se trata del caso “Kiper”. La causa, que tramitaba en el Juzgado Contencioso Administrativo Federal N° 6 de la Capital Federal, tenía la carátula “Kiper, Claudio Marcelo y otros c. Estado Nacional (Poder Ejecutivo Nacional) –Decreto 1570/01 s/ medida cautelar autónoma” y llegó a la Corte Suprema con la carátula “Banco de la Ciudad de Buenos Aires s/solicita se declare estado de emergencia económica”, Fallos 324:4520.

6 Schuster, F. (2002). La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001. *Informe de coyuntura* (3), Instituto de Investigaciones Gino Germani, p. 43.

Pancartas y banderas con inscripciones como “fuera la Corte corrupta” o “Argentinos: ya echamos a Cavallo y a De la Rúa, ahora le toca a la Corte corrupta y alcahueta de Menem” decoraron aquel reclamo.⁷ El diario *Clarín* del domingo 30 de diciembre de 2001 relata que el “nuevo capítulo de protestas [...] se inició el viernes con una inédita manifestación en Tribunales contra una Corte Suprema acusada de parcialidad y de sostener fallos políticos”.⁸ En este sentido, una de las manifestantes explicaba que “esta Corte no ha defendido a la gente, solo ha favorecido a Menem, pedimos Justicia para todos”.⁹ “Justicia para todos” será el nombre que adoptaría la asamblea y la pequeña organización que motorizó el ciclo de protestas en Plaza Lavalle que se extendió por varios meses.

Durante muchos jueves la AAL siguió convocando a estos cacerolazos, pero a las 17, ya que las 13 era un horario que era cómodo solo para las abogadas y abogados. El punto de reunión pasó de las escalinatas del Palacio a la Plaza Lavalle, porque la convocatoria logró desbordar ampliamente los escalones y veredas del tribunal, y alcanzó las cinco mil personas algunos de los jueves de enero y febrero.

Antes de aquella manifestación del 28 de diciembre, en noviembre, en una solicitada titulada *Juicio político a la Corte Suprema de Justicia de la Nación*, la AAL responsabilizaba a la Corte de convalidar la destrucción del derecho del trabajo que se había desarrollado en los gobiernos de Menem y De la Rúa, y convocaban a conformar una “Junta Promotora del Juicio Político a la Corte Suprema de Justicia de la Nación”.¹⁰ Poco a poco, y durante el transcurso de los primeros meses del año 2002, a la Junta se sumaron la Asociación de Abogados de Buenos Aires, la Asociación de Abogados Previsionalistas, la Asociación Americana de Juristas, la Asociación Latinoamericana de Abogados Laboralistas, la Federación Judicial Argentina, la Central de Trabajadores Argentinos y las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. Finalmente, a mediados de enero la Plaza Lavalle fue lugar de reclamo de deudoras y deudores hipotecarios no pesificados

7 S/a (29/12/2001). Cacerolazo frente a los tribunales, Diario *La Nación*; s/a (29/12/2001). La cacerola también resonó en Tribunales, Diario *Página/12*. En *La Nación* se habla de 500 manifestantes, mientras que en *Página/12* de más de 1000.

8 Braslavsky, G. (30/12/2001). El poder de las cacerolas y el contraste de la agresión. Diario *Clarín*.

9 Citado en s/a (29/12/2001). La cacerola también resonó en Tribunales, Diario *Página/12*.

10 Asociación de Abogados Laboralistas, *Juicio político a la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Se inició la conformación de la Junta Promotora*.

—cuyo repertorio eran los llaverazos—, y de personas damnificadas por el corralito y la pesificación de los depósitos decretada a principios de febrero de 2002. Los reclamos de personas deudoras y ahorristas no necesariamente eran por la renuncia de los jueces, sino más bien para obtener sentencias que atendieran a sus demandas.

Si bien el ciclo de protestas frente a la Corte tuvo una dinámica relativamente autónoma, la exigencia de renuncia de los magistrados no fue patrimonio de este ciclo. De hecho, en aquella manifestación nocturna del 28 de diciembre junto con los carteles en los que se leía “Basta de corrupción” o “Nadie votó a Menem, Grosso, Manzano, Daer y Moyano”, una de las pancartas exigía “¡Qué se vaya la Corte Suprema!”.¹¹ Las noches de los viernes de enero, febrero y marzo, la Plaza de Mayo y otras plazas del país fueron sitio de manifestaciones y uno de los reclamos que sistemáticamente se hacía presente era la renuncia de los jueces de la corte. Solo a modo de ejemplo, el pedido de renuncia de los jueces se escuchaba en las Asambleas Interbarriales que se desarrollaron en enero en Parque Centenario,¹² y en las manifestaciones del domingo 24 de marzo en repudio al golpe cívico militar de 1976. Para aquel 24 de marzo la convocatoria decía “fuera la Corte corrupta. Juicio y castigo”, y en uno de los discursos se oyó: “durante el gobierno de De la Rúa, al igual que en el de Menem, fue explícita la corrupción en el Senado y en el Ejecutivo, en la Corte Suprema y demás estamentos de la Justicia.”¹³

La presidencia de Eduardo Duhalde y el juicio político a la Corte

En un contexto de protestas generalizadas y ante la falta de apoyo del Partido Justicialista, la noche del 30 de diciembre de 2001 Rodríguez Saá presentó su renuncia. Quien lo seguía en la línea sucesoria era el entonces Presidente del Senado Ramón Puerta pero ante su negativa, Eduardo Camaño, Presidente de la Cámara de Diputados, se hizo cargo de la Presidencia de la Nación. El 1 de enero de 2002 el Senador Eduardo Duhalde

11 Bruschtein, L. (30/12/2001). Yo duermo con la cacerola bajo la almohada. Diario *Página12*.

12 Vales, L. (21/1/2002). Del cacerolazo a la interbarrial. Diario *Página12*. Ver también Gentile, L. (21/1/2002). Asamblea barrial contra el corralito. Diario *Clarín*; s/a (28/1/2002). Vecinos con los piqueteros. Diario *Página12*; s/a (28/1/2002). Asamblea en Centenario. Diario *Clarín*.

13 En la convocatoria y en el acto del 24 de marzo de 2001 la Corte no había sido mencionada, algo que sí sucederá en el 2003, un año después de los episodios que aquí relato.

fue elegido por la Asamblea Legislativa para ocupar la Presidencia de la Nación, con 262 votos a favor, 21 en contra y 18 abstenciones. Ese mismo día se encendieron rumores sobre el inicio de un proceso de juicio político a la Corte, renuncias consensuadas de algunos de los jueces, reducción del número de magistrados, entre otras alternativas.

¿Cuál fue la respuesta de la Corte? Si bien el 28 de diciembre, el último día hábil judicial, la Corte había descartado la inconstitucionalidad del corralito, el jueves 31 de enero *Clarín* anunciaba que el tribunal estaba preparando un fallo sobre el corralito, y así fue.¹⁴ Luego del mes de receso, el 1 de febrero de 2002, primer día judicial, en el caso “Smith” la Corte revirtió su propia jurisprudencia y declaró la inconstitucionalidad del corralito. ¿A qué se debió el zigzag? Al posible comienzo del proceso de juicio político. Los jueces se sintieron amenazados y respondieron cambiando abruptamente su jurisprudencia para poner en crisis al gobierno. ¿Esto es una lectura delirante de aquel adolescente de lecturas perturbadoras? No. Es la versión que aporta el entonces cortesano Augustos César Belluscio. En una entrevista concedida a Adrián Ventura, el juez recordó que

el tribunal adoptó una posición crítica a Duhalde. En el breve plazo que va desde el último día de 2001, en que la Corte obliga al juez Claudio Kiper a devolver el dinero que había retirado del corralito, y el primer día hábil de 2002, en febrero, la Corte cambió abruptamente de criterio y se manifestó en contra de la pesificación. Hizo una especie de campaña para derribar al presidente Duhalde.

Luego agregó que

fue un criterio compartido por los jueces menemistas. El primer día hábil de febrero, a las 8.45, la mayoría trajo el proyecto de sentencia ya redactado. Yo no lo quise firmar. Y, apenas unas horas después, la mayoría dictó la sentencia [...] Para evitar que dispusiese el juicio político a la Corte, decían, había que anticiparse e invalidar el corralito.

Finalmente, Belluscio contó que “la mayoría de la Corte quería derribar a Duhalde. Esos magistrados hicieron lo posible para lograr la dolarización y generar un caos económico. Incluso, un ministro sostenía que el juicio político que podían iniciarle duraría seis meses, suficiente tiempo para hacer daño a Duhalde”.¹⁵

En febrero la comisión de Juicio Político presidida por el diputado Sergio Acevedo aceleró su actividad, y el 16 de mayo de 2002 se firmaron los dictámenes acusatorios contra los nueve jueces. En todos los casos la acusación fue por la causal de mal desempeño y posible comisión de delito en el ejercicio de las funciones. Los dictámenes de mayoría fueron firmados por 17 diputados¹⁶ y se presentaron cuatro dictámenes de minoría rechazando el juicio político.¹⁷ El Presidente de la Corte, Julio Nazareno reunió 44 cargos en su contra. El Vicepresidente Eduardo Moliné O'Connor, 40 Guillermo López, 36. Antonio Boggiano, 35. Adolfo Vázquez, 29. Carlos Fayt, 23. Augusto Belluscio, 22. Enrique Petracchi, 12. Y Gustavo Bossert, 9. El asunto se votó en el recinto de la Cámara de Diputados en la madrugada del viernes 11 de octubre del 2002, luego de un extenso debate que se había iniciado el miércoles 9. Al momento de la votación había 235 diputados en sus bancas. Para alcanzar los dos tercios de los miembros presentes y efectivizar la acusación se necesitaban 157 votos, pero en ningún caso se los alcanzó: Nazareno obtuvo 143 votos a favor de la acusación, Vázquez 140, Moliné O'Connor 139, López 132, Boggiano 131, Belluscio 112, Fayt 86, Petracchi 74 y Bossert 63.¹⁸ Los cinco primeros son los que integraban la mayoría automática que respaldaron jurisprudencialmente las políticas menemistas, o al menos los primeros cuatro integraban la minoría automática que a menudo –aunque no siempre– también contaba con el voto de Boggiano. Sea como fuere, estos primeros cinco dejaron el tribunal entre 2003 y 2004 con Néstor Kirchner en la Presidencia de la Nación.

15 s/a (20/8/2005). Belluscio se va con críticas a Menem y a Kirchner. Diario *La Nación*.

16 Las y los firmantes fueron Acevedo, Garre, Geijo, Falu, Cambareri, Carrió, Damiáni, Di Cola, González, Hernández, Iparraquirre, Johnson, Méndez De Ferreira, Milesi, Minguez, Nieto Brizuela y Polino.

17 Los dictámenes de minoría fueron presentados por Oviedo, Toma, Tanoni y Baladron.

18 Ver Versiones taquigráficas de la 30a. Reunión - 15a. Sesión Ordinaria (09/10/2002) y de la 31a. Reunión - 16a. Sesión Ordinaria (10/10/2002). Recuperadas de <http://www1.hcdn.gov.ar/sesionesxml/reunion.asp?p=120&r=30> y <http://www1.hcdn.gov.ar/sesionesxml/reunion.asp?p=120&r=31>

“Efectivamente, que se vayan”

En un hermoso ensayo sobre el 2001 Horacio González planteaba que el “que se vayan todos” era una consigna dilemática puesto que era un enunciado sin objeto preciso. Sin embargo, “cuando se lo dice frente a la Corte de Justicia, allí parece adquirir su objeto: los miembros de la Corte, efectivamente, que se vayan.”¹⁹ En las manifestaciones en Plaza Lavalle, aunque no solo en Plaza Lavalle, “que se vayan todos” adquiría precisión: que se vayan los nueve jueces de la Corte. Sin embargo, aunque el reclamo tenía absoluta nitidez, el dilatado proceso de renunciadas y destituciones se inició cuando el ciclo de protestas había menguado y finalizado.

El 25 de octubre de 2002 renunció Bossert, uno de los jueces menos criticados, y con menos cargos en el frustrado proceso de acusación que se había desarrollado en la Cámara de Diputados. El 25 de mayo de 2003 asumió la Presidencia de la Nación Néstor Carlos Kirchner, y a solo 10 días, cuando todavía tenía la cicatriz en la frente, en la noche del 2 de junio mediante cadena nacional hacía públicas las presiones que recibió de la Corte Suprema. Fue en ese contexto en el que el 27 de junio de 2003 renunció Nazareno, el 22 de octubre de 2003 renunció López; el 4 de diciembre de 2003 Moliné O’Connor fue destituido por juicio político, el primero de septiembre de 2004 renunció Vázquez; y el 28 de septiembre de 2004 Boggiano fue destituido por juicio político.

Sin 2001 no hubiera existido Néstor Kirchner ni lo que luego fue el kirchnerismo. Sin 2001, sin Néstor y sin lo que luego fue el kirchnerismo no se hubiera reiniciado el ciclo de juicios políticos a los jueces de la Corte. Fue con el 2001 y kirchnerismo que efectivamente se fueron. Ese “efectivamente, que se vayan” muestra la potencia del ciclo de protestas de 2001 y del período kirchnerista, pero también sus limitaciones. ¿Por qué sus limitaciones? Porque más allá de estas renunciadas y juicios políticos, es difícil identificar transformaciones poderosas en el sistema de administración de justicia. Porque más allá de algún intento fallido, no se ha democratizado el funcionamiento del Poder Judicial. ¿Por qué? Porque en 2001 no se reclamó más que las renunciadas. Porque en ningún momento se puso en discusión la estructura de funcionamiento del Poder Judicial. Porque

19 González, H. (2002). Problemas y desafíos. En Colectivo Situaciones, 19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social* (pp. 50-51). Buenos Aires: Ediciones de la mano.

el kirchnerismo no pudo o no quiso avanzar más que en el proceso de juicios políticos y destituciones. La Alianza Cambiemos, que en algún sentido también es heredera del 2001, tampoco avanzó en la democratización del Poder Judicial. Pero nadie lo esperaba.

Al inicio, afirmé que diciembre de 2001 tiene una dimensión de ruptura, de discontinuidad, de marcar un antes y un después. Respecto del funcionamiento del Poder Judicial esa afirmación debe transformarse, al menos, en un interrogante.



El sentido de lo político

A 20 años del 2001¹

CAMILA CUELLO (UNGS/CONICET)
22 DE DICIEMBRE DE 2021

*Pero en la página escrita, un paisaje no es un paisaje
sino la textura de las palabras con que se lo nombra,
el universo que esas palabras crean.*
Los llanos, Federico Falco

Las *manifestaciones* del 19 y 20 de diciembre de 2001 irrumpieron en la trama de relaciones políticas, económicas, sociales y culturales preexistentes y evidenciaron no solo el fin de un ciclo, sino también el comienzo —o la redefinición— de nuevas formas de

¹ Este texto forma parte de los Documentos de Coyuntura del área de Política de la Universidad Nacional de General Sarmiento. La serie de Documentos puede consultarse en <https://www.ungs.edu.ar/new/documentos-de-coyuntura-del-area-de-politica>

aparición de la política². Estos sucesos marcaron un quiebre y dieron lugar a una serie de preguntas urgentes que aún hoy, veinte años después, siguen siendo relevantes para pensar la política argentina: ¿Qué finaliza y qué comienza en diciembre de 2001? ¿Cómo pensar las transformaciones de la política que las manifestaciones del 19 y 20 pusieron en marcha? ¿Cuáles son las *huellas* de esta ruptura?

Sobre los acontecimientos del 19 y 20 (o el 19 y 20 como acontecimiento)

En medio de una profunda inestabilidad social signada por el vertiginoso aumento de los saqueos, el 19 de diciembre De la Rúa leyó por cadena nacional un breve discurso en el que declaró el estado de sitio, vigente por treinta días a lo largo de todo el territorio nacional. Mientras se emitía este mensaje, en la mayoría de los barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires comenzó a escucharse un *cacerolazo* en abierto cuestionamiento a este discurso y a la medida anunciada.

A pesar de la expresa prohibición del decreto presidencial, miles de manifestantes se reunieron en las calles y esquinas más importantes de la ciudad para luego dirigirse hacia el centro político: Plaza de Mayo y la Plaza del Congreso. Ante esta situación, el Poder Ejecutivo ordenó la represión de los manifestantes que continuó a lo largo de toda la jornada del 20 de diciembre, transformando la ciudad en un campo de batalla. Tras la acuciante presión, el entonces ministro de Economía Domingo Cavallo y todo el gabinete presidencial presentaron la renuncia, mientras que De la Rúa buscaba llegar a un acuerdo con el Partido Justicialista para descomprimir la delicada situación institucional. Finalmente, ante la negativa de la oposición, el presidente presenta su dimisión

2 En Cuello, C. (2021). *¿Qué se vayan todos! El sentido político de las manifestaciones del 19 y 20 de Diciembre de 2001* realizamos un análisis de las manifestaciones decembrinas que buscó identificar el *sentido político* de dichos acontecimientos a la luz de las conceptualizaciones arendtianas. Allí, en línea con ello, recuperamos la noción de *manifestación* propuesta por Etienne Tassin que recoge las dos dimensiones de la comprensión arendtiana de lo político: el actuar colectivo por un lado y la visibilidad característica del espacio público, por otro. Así, consideramos caracterizar los sucesos del 19 y 20 de diciembre en términos de manifestación y no de estallido social o de protesta social, con el objetivo de recuperar el componente fundamentalmente político que ambas jornadas pusieron de manifiesto.

frente al parlamento y huye en helicóptero desde los techos de la Casa Rosada el 20 de diciembre cerca de las ocho de la noche.

Del vasto conjunto de imágenes que rememoran el 2001, esta quizá sea la más significativa puesto que da cuenta no solo del precario orden político institucional en el que se encontraba el país, sino también del extraordinario poder contenido en *la calle*. Así, pensar sobre el 19 y 20 requiere dar cuenta al mismo tiempo, tanto de la novedad que albergan los *cacerolazos* y la ocupación de los espacios públicos al son del *Que se vayan todos, que no quede ni uno solo*, como de los procesos que preceden a ambas jornadas pero que no pueden explicarlas causalmente.

De este modo, el 19 y 20 como acontecimiento es el estallido de una crisis que conecta lo fragmentado: el devenir del largo *ciclo de protestas* que se inició con los piquetes a mediados de la década de los noventa en Salta y Neuquén; la reacción de los ahorristas frente a la imposición del *corralito* a principios del mes de diciembre y el vertiginoso aumento de los saqueos a lo largo de todo el territorio nacional. Estas múltiples dimensiones de la crisis se expresaron a través de reclamos por reivindicaciones fundamentalmente sociales, ligadas a las condiciones de vida de los actores involucrados. Sin embargo, la declaración del Estado de Sitio transformó radicalmente el tono las protestas, que ya no se articularon bajo la forma de reclamos defensivos de determinados sectores sociales sino que adquirieron un sentido marcadamente político materializado en la disputa por la libertad contenida en la acción y el discurso desplegados a la luz de lo público.

Así, la aparición *inesperada* de miles de manifestantes incomodó profundamente al gobierno (y al sistema político en su conjunto) que inició una verdadera batalla por *desalojar* ambas plazas a través del despliegue de una brutal represión.³ El avance de las fuerzas de seguridad ante el continuo regreso de los manifestantes evidencia la importancia radical que adquiere su presencia *en* el espacio. La disputa es por este, entendido como espacio físico pero también como dinámica, como marco que contiene la libertad de acción y de discurso, es por ello que las manifestaciones decembrinas deben ser pensadas no solo como la reacción a determinado orden político, sino también como la aparición

³ Esta represión finalizó con la muerte de más de 30 personas, centenares de heridos y 4500 detenidos.

de una nueva forma de la política materializada en la institución de actores, comunidades y espacios que no existían antes.

Recuperando los aportes que Arendt elabora en torno a su noción de política, es posible sostener que estas acciones están acompañadas por un discurso que las hacen inteligibles. En este marco, las palabras expresadas en el 19 y 20 toman la forma de consignas –a primera vista desconectadas entre sí– que trazan un horizonte de sentido más allá de la mera literalidad. En efecto, pensar el discurso de ambas jornadas exige no solo considerar la consigna *¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!* sino también vincular su enunciación con otras que sonaron simultáneamente⁴ sin embargo, esta es quizá la más resonante y su interpretación es aún hoy, objeto de debate.

En este sentido, creemos que la potencia del QSVT no estriba en su literalidad, sino en la afirmación de una comunidad de actores que erige con ella un nuevo espacio público en el que la libertad es posible. De este modo, las manifestaciones decembrinas no constituyeron solo la reacción a un determinado orden institucional –ya sea en contra de los partidos políticos, la clase política o los sindicatos– sino que expresaron la aparición de nuevas formas de la política, pusieron en escena el poder contenido en la aparición de los actores a la luz de lo público que sortean y cuestionan los canales tradicionales de la representación para dar lugar a nuevas experiencias de participación democrática.

Ahora bien, el interrogante que surge hoy, a 20 años de aquellos acontecimientos es *¿Qué quedó de todo aquel fulgor?*

Cuando pase el temblor...

Los convulsionados meses que sucedieron a las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001 estuvieron signados por la proliferación de diversas formas de auto-organización popular. Los Movimientos Sociales que existían con anterioridad a las jornadas decembrinas pasaron a ubicarse en el centro del mapa político acompañados por otros creados al calor de los acontecimientos. Así, a principios del 2002, la enunciación de la

⁴ Porque junto a ella, se escuchó *No al Estado de Sitio; A dónde está, que no se ve, esa gloriosa CGT; Sin radicales, sin peronistas vamos a vivir mejor.*

consigna *piquetes y cacerolas, la lucha es una sola*, daba cuenta de una posible articulación de las demandas que se oyeron aquellos días provenientes tanto de los Movimientos de Trabajadores de Desocupados como de las asambleas barriales.

Estas formas, en cierto modo, novedosas de participación política adquirieron distintas configuraciones a partir de lo que fue denominado el *fin de los tiempos extraordinarios* con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003. Ahora bien, frente al “retorno” de las instituciones tradicionales de la política representativa la pregunta acerca de los devenires del 2001 fue paulatinamente subsumida bajo la comprensión del *kirchnerismo* en tanto movimiento *heredero* de las jornadas decembrinas que impulsó “desde arriba” la rearticulación de los lazos políticos y sociales perdidos. En este contexto, tomar el QSVT en su literalidad implica rápidamente sancionar su fracaso porque en efecto, *no se fueron todos*; de hecho, muchos de los políticos cuestionados en aquellas manifestaciones, compartieron el espacio con aquellos actores que, apenas unos años antes, los enfrentaban.

De este modo, reflexionar sobre el *sentido político* del 2001 a 20 años de su irrupción requiere suspender el diagnóstico del fracaso como punto de partida para su análisis, para reconocer allí la cristalización de ciertas formas de aparición de la política que aún mantienen un eco en nuestro presente.

Ensayando alguna línea de reflexión al respecto, podemos pensar en las *huellas del 2001* como la expansión de múltiples iniciativas populares, creativas y autogestivas que aún perviven. Estas huellas –que recorren como un magma subterráneo a la política argentina– son el recuerdo de la acción de un pueblo que enfrentó el Estado de Sitio y al mismo tiempo cuestionó las formas “tradicionales” de la política. Memoria que anida tanto en el pueblo como en la dirigencia política.

No obstante, resulta trascendental prestar atención no solo al surgimiento y la proliferación de organizaciones autonomistas que proponen otro modo de actuación política sino también, e inclusive más aún, en la reaparición y consolidación de una derecha que utiliza cada vez más los modos de acción propios del campo popular. Creemos que una lectura atenta de los devenires del 2001 debe tanto morigerar el tono celebratorio que nos ubicaba en la antesala de la revolución, como reconocer que el avance de las derechas

CAMILA CUELLO

conservadoras y neoliberales de los últimos años también puede ser un efecto derivado de aquel acontecimiento.

De este modo, el 2001 como punto de inflexión en la historia de nuestra democracia aún se encuentra abierto y debe ser objeto de reflexión, toda vez que busquemos echar luz sobre nuestro presente.



De vuelta a la revuelta

Reflexiones urgentes a 20 años

GERMÁN J. PÉREZ (UNMDP)
23 DE DICIEMBRE DE 2021

El abismo de la representación, la morfología endemoniada de una sociedad fracturada con su saga de vulnerabilidades múltiples, la inanidad de las instituciones frente a la potencia destituyente de la movilización, el motor de la indignación llegando al límite de feroces revoluciones de cinismo, el resplandor de la experimentación democrática en el filo de la desafección política; cualquiera de estos predicados podrían describir la condensación de procesos, luchas, entusiasmos y desdichas que hemos capturado en esa frase nominal que recorre como un espectro a la política argentina desde hace 20 años: “la crisis de 2001”.

Y hubo crisis si por ella se entiende la disolución de lazos sociales elementales que configurarían la integración social en una sociedad capitalista: el dinero, la propiedad y la autoridad

política. Pseudomonedas, corralito(s) y cinco presidentes en una semana, ¡flor de quilombo! La lengua popular y política supieron nombrar esa gran dislocación con esa noción incandescente del habla barrial y orillera; el bolonqui es desorden e incertidumbre, pero también celebración e ironía. Quilombo es la metáfora de las dos caras del acontecimiento: la desintegración de un orden tramado en la hegemonía del modelo neoliberal de capitalización financiera y mercantilización de los bienes públicos, por un lado, y la rebelión popular estridente y jubilosa que lo empujó a su vertiginosa descomposición, por el otro. Lo conversaron Perón y Cooke en tinta limón cuando concibieron a la resistencia peronista como una operación de “quilombificación” de la dictadura: dispersar y multiplicar los focos de resistencia en los niveles moleculares, impedir la salida electoral, vaciar las instituciones de la república marchita de la desperonización. Quilombificar como horizonte persistente de la política argentina, de las resistencias argentinas.

El bello libro de Camila Cuello que Eduardo Rinesi reseña en este dossier, se hace la indispensable pregunta por la politicidad de la insurrección y responde con la retórica arendtiana de la política como natalidad y pluralidad, como eso que sucede entre nosotros cuando la gravedad de la hora nos convoca a volver a conversar como semejantes, como tripulantes de una historia de padecimientos y entusiasmos comunes. Mucho de reencuentro y de reparación hubo en aquellas plazas repletas. Toda amistad es política.

Nuestra conjetura acerca de las condiciones de posibilidad de ese diálogo recuperado se detiene en una de las hebras fundamentales en la trama de la revuelta: la desobediencia civil frente a la imposición del estado de sitio. Contra las interpretaciones que han tendido a estigmatizar a los sectores medios como mariscales de la avaricia que solo se sumaron a la protesta contra el orden neoliberal cuando vieron afectados sus peculios —seguramente fogoneadas por la controvertida figura del “ahorrista”—; cabe recordar y subrayar que lo que detonó la movilización del 19 no fue el corralito, que ya llevaba más de dos semanas de ordenadas y pacientes colas en los bancos, sino la instauración del estado de sitio por parte de un presidente incapaz de otra medida que no fuera la represión. En un doble movimiento, incierto y fatal, esa decisión reactivó la memoria del terrorismo de estado y reveló el cerco hobbesiano sobre el que se había constituido la legitimidad política desde la transición: el orden y la autoridad políticas se recortaron sobre la amenaza del retorno del autoritarismo y la calamidad de la hiperinflación. Ahora

bien, el ciclo de luchas iniciado por los sectores populares más de un lustro antes y los escombros en los que se encontraba el imaginario de la economía popular de mercado del menemismo, sumado al fracaso precoz de la promesa de la convertibilidad honesta y con rostro humano de la Alianza, coadyuvaron a una transformación del miedo en entusiasmo, de la cocina y el living en calle y plaza con la cacerola como símbolo ilustre de esa transición.

La disponibilidad de los sectores medios fue posible, además, por la existencia de un repertorio contencioso previamente acuñado en sucesivas luchas desde el interior al centro del poder por los movimientos de desocupados y las organizaciones sindicales que supieron interpretar las transformaciones regresivas del mundo del trabajo: territorio como unidad de acción política, acción directa –cortes y tomas–, organización asamblearia y horizontal para la toma de decisiones y democracia por consenso. Sin perjuicio de las élites dirigentes internas que supieron generar y los marcos ideológicos, sobre todo las diversas variables del autonomismo, que impactaron en sectores medios privados de otro discurso que no sea el de la individuación empresarial.

Sin embargo, el quilombo deja un vacío, la multitud no hace sujeto y la verdadera grieta, no la de la polarización política sino la de la fractura social, muestra su rostro deforme. Piquete y cacerola la grieta es una sola: desafiliación, descolectivización, individuación. Una relación salarial flexible y desprotegida en una constelación de informalidades, por un lado, y una destrucción de los bienes públicos –salud, educación, previsión– que mutila el imaginario de la movilidad social ascendente, por el otro. Sumado todo esto a las ya agraviantes formas de extractivismo y destrucción del medio ambiente por la voracidad de un capital que quería cobrar como suele hacerlo; como sea... Excluidos y astillados, metáforas sociológicas de la descomposición a un tiempo de la sociedad salarial y la gran clase media argentina. Aquel diciembre retorna también como nudo de ese trauma.

La multitud, pletórica de paradojas, señala el dilema de la institución pero cultiva una política de la deserción, como bien apunta una contribución anterior en este compilado. Confluye jubilosa al centro del poder para mostrar su vacío, no espera ninguna palabra ni ningún cuerpo, no mira el balcón, se mira; no espera nada más que señalar esa nada, hacerla insoportablemente presente. Podemos decir al límite que la multitud abre el es-

pacio, la dislocación indispensable para la emergencia de un sujeto pero se resiste a nombrarlo, lo que significaría transgredir su profesión de fe inmanentista. En este intervalo radica una de las verdaderas preguntas teóricas que nos lega la insurrección; digo teóricas en el sentido de imaginación conceptual e intuición política: ¿en qué medida la multitud con su radical inmanencia al acontecimiento o, incluso, las formas de reapropiación de lo público en clave de pluralidad y natalidad pueden prohiar, configurar, parir un sujeto político capaz de disputar el sentido del bloque histórico?

El final de la pregunta, que no es retórica en el sentido de banal, connota nuestra posición: la rebelión popular de diciembre de 2001, que condensa ese ciclo que va de 1997 a 2005, por poner dos mojones vinculados al surgimiento mítico del movimiento piquetero, el primero, y la consolidación como partido de poder del Frente para la Victoria venciendo abrumadoramente al duhaldismo en elecciones intermedias, nada menos que en boletas lideradas por Chiche y Cristina, el segundo; ese ciclo con su cúspide puede ser leído como lo que Gramsci y Germani llamaron una “crisis orgánica”. Esto es, no una crisis de los representantes o de las instituciones de la representación sino de lo representable –el pueblo, la clase, la nación– que impacta en un profundo desajuste entre la sociedad civil y las instituciones del régimen político. Restaurar una idea y un proyecto de nación popular y democrática implica la conformación de eso que llamamos, con habitual superficialidad, un sujeto político.

Desde una perspectiva sociopolítica como la que venimos siguiendo las principales dimensiones de ese actor fundamental son tres: a– la organización para diversificar y especializar su funcionamiento contribuyendo a generar cuadros burocráticos / administrativos y políticos electorales, además de reducir los costos de transacción, favorecer el reclutamiento y optimizar las relaciones con otras organizaciones; b– desarrollar una ideología en sus dos sentidos de dispositivo interpelativo y aparato narrativo capaz de trazar los antagonismos y las alianzas que permitan fortalecer al colectivo y, por último, pero no menos importante, c– desarrollar liderazgos y formas de representación que operen como productores de las tramas equivalenciales que mantengan la consistencia del sujeto hacia adentro y transmitan su palabra hacia afuera. Ni la organización, ni la ideología ni la representación forman parte del vocabulario y las prácticas políticas que estimula el pensamiento de los autonomismos y los republicanismos pluralistas, que,

sin embargo, o quizá por eso mismo, dominaron el ágora incandescente de aquel año extraordinario que fue el 2002. Ese punto ciego de la institución política es otro legado sordo de la politicidad de 2001.

La cuestión con la que deseamos concluir estas reflexiones es la pregunta por las huellas de aquel diciembre en esta, nuestra, actualidad desangelada; analizar las filigranas de ese sujeto anunciado en el esplendor de la revuelta a 20 años vista. Se ha considerado que tanto el kirchnerismo como el macrismo son espacios, fuerzas, frentes, coaliciones –la palabra partido ha desaparecido sintomáticamente de nuestro vocabulario político desde 2001– que fraguaron interpretaciones de la revuelta capaces de reconstruir la autoridad política y el funcionamiento estatal; es en este sentido que se lee a menudo que son “hijos” del 2001. Produjeron marcos interpretativos que permitieron relacionar su intervención política con el acontecimiento y las tradiciones políticas argentinas, por lo menos desde el primer peronismo hasta nuestros días. Así el desarrollismo y el neoliberalismo contribuyeron a conformar la identidad del cuadrante no peronista, mientras la regulación estatal de la economía en función del fortalecimiento del mercado interno, la recuperación de las demandas de los organismos de derechos humanos y una retórica de recuperación de la potencia plebeya del peronismo histórico conformaron el nervio principal de la identidad kirchnerista.

En ese marco de creciente polarización, ambas familias políticas lograron recuperar la legitimidad electoral y sortear con solvente estabilidad los vaivenes políticos del consenso posneoliberal de la primera década del siglo a la reacción (neo)conservadora de la segunda, sin sobresaltos institucionales como padecieron muchos países de la región, en algunos casos con escenas de inusitada violencia política. Sin embargo, el trauma que reveló la revuelta sigue atormentando a la política argentina sin que ese sujeto anunciado y deseado se haya consolidado para enfrentarlo. Entre las huellas nos interesa destacar tres.

En primer lugar, el significado profundo de la revuelta refractó en los años posteriores en la forma de lo que podríamos llamar una individuación de la participación política. Los partidos y movimientos fueron perdiendo capacidad de formar cuadros políticos y la relación con la política acentuó los rasgos situacionales y performativos de aquellas protestas decembrinas. Más que en una organización se participa en un espacio cultural

o en una protesta que asume las características de un espectáculo público mediatizado. Hizo su entrada la figura del vecino, pero también la del militante juvenil que alterna el barrio con la universidad y la marcha, modulando de manera individual esos espacios de participación. La proximidad ganó estatuto de legitimidad a ambos lados de la grieta y los movimientos y activismos políticos varios se convirtieron en la cantera predilecta de la política profesional. A la inversa, como sucedía en muchas asambleas barriales y populares en 2002, la pertenencia a una organización política, sea partidaria o socioterritorial, significa en muchos casos una sospecha de ausencia de un pensamiento propio y una heteronomía alienante.

El segundo rasgo de estas décadas intensas que nos interesa discutir en relación con su huella es la cuestión del Estado. En este sentido es interesante destacar el valor ambiguo del mantra de la protesta: “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”, significaba una destitución de la clase dirigente, pero, podemos conjeturar, un reclamo por la reparación de las instituciones garantes de los bienes públicos. Si bien la retórica autonomista y la de vastos sectores medios tuvo una clara veta antiestatal, la dimensión del derecho y de los bienes públicos es imposible de garantizar sin repensar esa institución exhausta que es el estado nación.

En este sentido, Roque Farrán escribe en un artículo previo sobre el “estado reparador”, me permito discrepar con el diagnóstico que anida en esa denominación, creo, más precisamente, que han sido años de construcción de lo que podemos llamar un estado compensatorio. Del Jefes y Jefas a la UTEP, pasando por la AUH y Argentina Trabaja, la organización popular ha logrado el desarrollo de una batería de políticas fundamentales para la reducción de la pobreza y el acceso a bienes básicos, pero en ese mismo proceso la desigualdad y la concentración económica no han parado de aumentar, con algunos momentos de reversión que no alteran el diagnóstico, como lo demuestran palmariamente los trabajos de Gabriel Kessler. La estructura tributaria argentina sigue siendo obscenamente regresiva, el comercio exterior un festival de evasiones y la infraestructura destinada a los más vulnerables no se ha desarrollado lo suficiente para reparar el problema de la pobreza más allá del ingreso.

En ese mismo proceso, claramente agravado en el tramo Cambiemos, las políticas de reconstrucción de los bienes públicos fueron en muchos casos segmentadas y administrativamente erráticas, dadas las deficiencias de las capacidades de un estado devastado por las políticas neoliberales que las “burocracias plebeyas” no lograron revertir. Pasados 20 años el precariado argentino lucha por una legislación que reconozca sus derechos como trabajadores y trabajadoras de la economía popular, cuyo principal avance se dio con la sanción de la Ley de Emergencia Social al inicio del gobierno de Cambiemos.

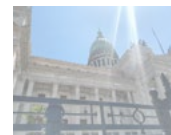
Tercera y última huella que nos interesa señalar: la capacidad de bloqueo de la movilización colectiva. El período que va de diciembre de 2001 a las elecciones de abril de 2003 tuvo la característica de combinar una doble carencia: una clase política sin legitimidad para ofrecer una salida electoral que tuvo que recurrir a una élite periférica, simbolizada en la figura del pingüino, por un lado, y un movimiento social en plena potencia callejera capaz de bloquear con la movilización cualquier decisión institucional, pero sin capacidad de articular una propuesta para afrontar el frente electoral que se avecinaba, por el otro. La astucia de Néstor Kirchner consistió, justamente, en advertir esta brecha y gobernar sus primeros años de extrema debilidad de origen articulando la legitimidad institucional con el dinamismo social y callejero de las organizaciones populares.

Esa capacidad de bloqueo de la política institucional por parte de la acción colectiva es un rasgo que nace en 2001 y llega hasta nuestros días; los ejemplos también se reparten a ambos lados de la argentina polarizada. En 4X4 o en micros escolares desvencijados toda política pública se expone al examen de la calle. El kirchnerismo lo sufrió con la 125 que logró concitar el rechazo de una movilización social compuesta por un arco que iba de la Sociedad Rural a diferentes expresiones del trotskismo; el gobierno de Cambiemos fue presa de la potencia destituyente cuando intentó iniciar su segundo ciclo de reformas en 2017 luego de haber ganado cómodamente las elecciones legislativas de ese año y teniendo el control de los principales niveles de gobierno. Las “cuatro toneladas de piedras” fueron el comienzo del fin de su gobierno según declaró un abatido Mauricio Macri. Más recientemente, una movilización en una pequeña comarca de la Provincia de Santa Fe irritó la indignación de los “productores” y sus reproductores mediáticos cuando el gobierno del Frente de Todos, de manera tibia y confusa, convengamos, intentó recupe-

rar una tradicional cerealera que había estafado a los mismos productores que la defendían. Todo esto sin perjuicio del paroxismo irracional de las marchas “anticuarentena”.

Si la polarización política fue, es, una forma de dar respuesta a la fractura social que dejó expuesta aquella insurrección, la bipolaridad de la política argentina entre la delegación y la destitución también reconoce esa genealogía. No parece que el consenso pluralista sea el camino para recuperar un modelo de desarrollo que reduzca la obscena desigualdad y las vulnerabilidades que acechan a los más postergados. El actual capitalismo abstracto, transnacional y concentrado seguirá desarrollando formas siniestras de la explotación humana si no somos capaces de construir una hegemonía popular diversa que lo enfrente; pero ahí volvemos al problema del sujeto y ya no nos queda espacio...

La verdad que no sé si 20 años son muchos o pocos, para la política digo, biográficamente son una enormidad; tampoco si la huella del acontecimiento aún y en qué medida informa nuestros modos de hacer y comprender la política. Mientras miro las nuevas olas yo ya soy parte del mar.



El 2001 en el cambio social

JULIÁN REBÓN (IIGG/FSOC/UBA-CONICET)
24 DE DICIEMBRE DE 2021

El siglo XXI, en términos sociohistóricos,¹ comenzó en Argentina con la denominada crisis del 2001. 20 años después, nuestra cultura decimal que tiende a jerarquizar en décadas la medición del tiempo nos convoca a visitar dicha crisis. En las siguientes páginas nos interesa abordar este momento de nuestra historia desde una perspectiva que vincule el conflicto y el cambio social. ¿Qué representó el 2001 y que lugar ocupó la acción colectiva en él? ¿Cómo impactó en nuestras formas de protesta y movilización? Esbozamos respuestas a estos interrogantes prescindiendo del detalle de los hechos, procurando focalizarnos en sus lógicas estructurantes, así como sus resultantes en términos de cambio social.

1 Hobsbawm, E. (1997). *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Grijalbo.

El 2001

Como nos recuerda nuestra memoria colectiva en la denominación popular, el “2001” fue una crisis. La “crisis de 2001” inicia con nitidez en dicho año y tiende a desarrollar principios de recomposición económica a partir de mediados de 2002 y políticos desde 2003.

Como toda crisis, representó un proceso de perturbación o ruptura del equilibrio social de forma súbita y caotizante. Su particularidad fue que esta alteración comprendió al conjunto del sistema político, económico y social y lo hizo de modo muy intenso, como ninguna de la Argentina contemporánea. Al dislocar relaciones estructurantes de prácticamente el conjunto de ámbitos de la vida social representó una *crisis general*.² Las relaciones sociales esperadas y rutinarias encontraron dificultad para ser practicadas. El contrato social –pocas veces como en este caso la metáfora contractualista funciona– “no se realizó”. Esta ruptura del contrato se registra a distintos niveles y escalas, como el no pago de deudas, la no devolución de ahorros, la vulneración de relaciones salariales, las quiebras, la falta de respuesta a las expectativas de la ciudadanía por parte de los gobernantes y a la par, la desobediencia de los ciudadanos.

Resumamos el proceso. A comienzos de 2001 eran notorios los signos de agotamiento del modelo de acumulación estructurado sobre las reformas neoliberales de los noventa. Destacaban el creciente peso en la economía de la deuda externa y del déficit fiscal, la falta de competitividad de la producción local y el inusitado aumento del desempleo y la pobreza. Ante esta situación la estrategia del gobierno de F. De la Rúa fue el ajuste, que lejos de los resultados esperados condujo a mayores dificultades económicas y sociales.

El mecanismo constitutivo de la crisis no puede reducirse a lo económico; en el marco de procesos de mercantilización, la dislocación social³ suscitada por la alteración de las condiciones de vida de múltiples actores de la estructura social ocasionó acciones de resistencia. Estas provendrán tanto desde las calles, con la revigorización de actores de la protesta presentes en los años precedentes, y la activación e incluso emergencia de otros, como de la competencia electoral donde el gobierno perderá las elecciones de medio término en el marco de una presencia inusitada del “voto bronca” –no voto, voto blanco

2 Morin, E. (1979). Para una crisiología. En R. Starn et al., *El concepto de crisis*. Buenos Aires: Megalópolis.

3 Polanyi, K. (2001). *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.

e impugnado—. La dinámica del año será la del agravamiento de la crisis social, la expansión de la crisis económica y, finalmente, el desarrollo de una aguda crisis política.⁴ Esta situación devino en la generalización de las protestas y saqueos en diciembre de 2001. Como es habitual en las situaciones de crisis, un intento por recuperar el control social precipita una mayor pérdida del manejo de la situación. La declaración de estado de sitio el día 19 de diciembre devino en una amplia revuelta ciudadana en la Ciudad de Buenos Aires, expresada en masivos cacerolazos y movilizaciones, que construyó el marco para el fin del gobierno. Luego de una breve sucesión de gobiernos provisionales, desde la política institucional vía acuerdo se designó a E. Duhalde, miembro del principal partido de la oposición, como presidente provisional. Este desarrolló una agenda de recomposición del orden que incluyó medidas heterodoxas, como la expansión de la política social y el otorgamiento de reconocimientos selectivos a los actores de la protesta. Estos no alcanzaron a aquellos sectores que prolongaron su movilización; para quienes la respuesta fue crecientemente la confrontación. Expresión acabada de eso fue el asesinato de dos militantes resultado de la represión a una protesta piquetera en el puente Pueyrredón en junio de 2002. La ola de indignación desatada llevó a un cambio de estrategia, convocándose a elecciones como salida ante la crisis de legitimidad. Tras su realización se consagró presidente N. Kirchner en 2003.

El marco de la crisis es el del desarrollo de un ciclo de *revuelta*. Movilizaciones, cortes, huelgas, cacerolazos, ataques, enfrentamientos, saqueos, escraches, entre otras formas de lucha, configuran el repertorio de acción. La revuelta se compone de acciones que pueden ser claramente definidas como protestas —acciones colectivas en las cuales se formulan demandas públicas hacia las autoridades— junto a otras en las que no son formuladas demandas, como ocurre con ciertos ataques y saqueos. Existió violencia colectiva de “abajo”, pero sobre todo fue la violencia represiva de las fuerzas de seguridad la ampliamente dominante, como lo prueba que entre los 38 muertos no existió ningún miembro de estas fuerzas. En un contexto marcado por la debilidad de las legitimidades de la política institucional prima el principio de la acción directa en la expresión del malestar. En muchos casos, se apela a acciones proscriptas o extrainstitucionales como los ataques

4 Pucciarelli, A. y Castellani, A. (2014). *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.

o cortes de vía. En otros, al uso de formatos prescritos o tolerados institucionalmente como las movilizaciones, pero que se instrumentalizan aun cuando las desautoricen las condiciones de estado de sitio. Se trata de un ciclo de revuelta, en tanto la acción colectiva se generaliza, desborda en sus formas los canales de procesamiento de la conflictividad e incluso las organizaciones de la sociedad civil preexistentes. En sus momentos de mayor intensidad, como en 19 y 20 de diciembre, constituye un estallido de indignación. El término *estallido* nos permite indicar el carácter súbito, explosivo, fluido, pleno de autonomizaciones que desestructuran momentáneamente el ordenamiento social.

El carácter relativamente espontáneo o con baja coordinación organizativa de buena parte de las acciones, donde participan organizaciones pero no las conducen, y la población se moviliza sin líderes, conforma otro de sus atributos. Son procesos que están caracterizados por la autonomía y la pluralidad de los participantes. En los momentos de mayor masividad, no asumen una organicidad de masas. Más bien, representan una multitud de individuos y grupos diversos articulados por la oposición al destinatario común de la acción. Los procesos de organización que generan como saldo están marcados por una tendencia a no dejarse representar. En sintonía con otras resistencias al neoliberalismo, están signadas por la horizontalidad, autoorganización y la democracia directa.⁵ Entre estos encontramos asambleas que procuraban prolongar la indignación ciudadana en términos de cambio social y político,⁶ ahorristas afectados por el “corralito” que atacaban los bancos y conjuntos de trabajadores que desobedeciendo al desempleo asumieron colectivamente el mando de empresas en crisis. También fue una etapa en la que el movimiento piquetero surgido a fines de los noventa se consolidó y ganó en su capacidad de movilización. En un contexto marcado por la politización y la estructuración de solidaridades, estas organizaciones encontraron más recepción pública a su protesta plebeya, en especial por parte de los sectores medios activados. El período estuvo signado por la *autonomización*, por la crisis de las heteronomías preexistentes y la desobediencia anticipada a la autoridad en distintos grupos sociales. Fue el tiempo de la democracia directa en las calles, de los debates acerca del cambio social, de la

5 Burawoy, M. (2015). A new sociology for new social movements. *Rhythmos*. Recuperado de <http://rhuthmos.eu/spip.php?article1486>

6 Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo*. Buenos Aires: Edhasa.

crítica al Estado y de la creencia en la potencia de la sociedad civil. Fue la etapa de la experimentación en la búsqueda de formas alternativas de producción de condiciones de vida, como emprendimientos productivos autogestionados, huertas comunitarias y clubes de trueque. Fueron los tiempos de experimentar en el campo de la cultura, de los acontecimientos estético-políticos en el espacio público, de la formación de bachilleratos populares y centros culturales.⁷

La revuelta da lugar a la expansión de la politización y la universalización de lo particular, aglutinando grupos diversos de agraviados provenientes de múltiples posiciones de la estructura social. En este marco se superponen dos procesos. Por una parte, la crítica al funcionamiento de la política institucional, representada como autonomizada de la ciudadanía y corrompida. Por la otra, el rechazo a las dislocaciones sociales configuradas por la creciente mercantilización de la vida. En tal sentido, al menos en parte, representa una revuelta en y contra el neoliberalismo. Las protestas están atravesadas por las modificaciones en la estructura social y los procesos de individuación de las reformas neoliberales y enfrentan parte de las consecuencias sociales de dicha forma de organización social, aunque sin que necesariamente haya una ideología nítida o un pliego de demandas que unifique al conjunto. Las reivindicaciones corporativas preexistentes conforman una cadena de equivalencia negativa que las articula frente al Estado y la política institucional, son las fuentes percibidas como estructurantes del malestar.

Con todo, esta politización, en los momentos de mayor agregación espontánea en las calles, adquiere un carácter muy primario que solo se unifica en el hacer ruido y en la bandera argentina como símbolos de la protesta ciudadana, y en una consigna que con nitidez expresó el reclamo destituyente hacia las personificaciones de la política institucional: “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. La articulación más negativa –contra– que positiva –a favor– permite convivir diferentes significados e intereses entre los movilizados. Sin embargo, estas experiencias de unificación rápidamente son cruzadas por experiencias de fragmentación incluso en los actores que se desarrollan organizativamente como piqueteros, asambleas o empresas recuperadas. Los movilizados no lograron configurar una dualidad de poder que dispute la direccionalidad del país. Con

⁷ Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo*. Buenos Aires: Edhasa.

el paso del tiempo, se fueron desgajando, dividiendo y, en ocasiones, desactivando, con distintas temporalidades. La revuelta representó una demanda de cambio ante la dislocación reinante, pero la prolongación de la situación traerá también en diversos sectores de la población el deseo de la recuperación del orden ante la incertidumbre del caos social.

Durante la crisis el gobierno quedó replegado sobre el aparato del Estado, sobre su dimensión monopólica, y fue enfrentado en las calles por sectores de la sociedad civil que reclamaron para sí la representación de la comunidad. A diferencia de otras oleadas de movilización y politización de los años posteriores, –el conflicto del campo en 2008– no hay polarización en las calles. La desobediencia ciudadana en el espacio público se articula en su conjunto en oposición al gobierno, careciendo este de capacidad de convocatoria de masas. La revuelta tiene como estructura de oportunidad la incapacidad de un gobierno débil para lidiar con una aguda crisis económica y social. Nace del malestar y la creciente privación relativa y absoluta de una sociedad civil con rica experiencia y capacidad de movilización. Diversas medidas para enfrentar la crisis lejos de aplacarla, la potenciaron. La protesta no es solo la expresión de la crisis, sino también un mecanismo de su estructuración. Al impugnar el ordenamiento político y económico, limitó la viabilidad de las políticas a desplegar y construyó el escenario que precipita la caída de gobiernos, aun cuando otras formas de la política –y otros actores– fueron determinantes en dichos procesos y en sus desenlaces. Las jornadas del 19 y 20, por su impacto político representaron un *acontecimiento* histórico. Este hito de rebelión colectiva terminó de condensar y potenciar procesos previos, y quedó grabado a fuego en nuestra memoria colectiva, produciendo efectos aún dos décadas después de su desarrollo. Más allá de sus límites, la revuelta configuró un momento de apertura histórica favorable a un cambio de época.

En el cambio social

La revuelta representó una nítida forma de política salvaje, de multitud autonomizada en tiempos de crisis y malestar social. En cierto modo, con sus particularidades, fue un anticipo histórico de las revueltas indignadas que desde 2008 recorren el mundo y en los últimos años diversos países de América latina. Su contenido a nivel macro fue más des-

tituyente que instituyente: expresó capacidad de veto más que de construcción de una direccionalidad política del país. Su poder instituyente se focalizó en diferentes espacios a nivel meso y micro –experiencias autogestivas, por ejemplo– en los cuales se desarrolló un rico proceso de autonomización. Como señalamos, los movilizados no lograron articular una dualidad de poder y la rica experimentación social en los espacios públicos no alcanzó a trascender y encontrar una forma orgánica. No obstante, impactaron significativamente en la etapa posterior, en la medida que los resultantes del tiempo de la crisis interactuaron con otros procesos desarrollados a posteriori.

El cierre definitivo de la crisis de 2001 se da con el desarrollo del ciclo político de gobierno conformado por los mandatos presidenciales de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). El kirchnerismo surgió como una respuesta de parte de la política institucional a la crisis y la apertura al cambio social que está significó. El ciclo estará signado, en su conjunto, por una impronta crítica con la herencia neoliberal. Su origen devino de la demanda generalizada y con múltiples componentes de reconstrucción del orden postcrisis. En respuesta, retomó selectivamente los reclamos de las luchas sociales del período previo, planteando una agenda reformista con distintas intensidades y temporalidades según los campos. Nada habilita a sostener que el proceso reformista fue consecuencia directa de la crisis, pues la fragmentación electoral de las elecciones presidenciales de 2003 muestra que otras estrategias de reconstrucción del orden desde la derecha del sistema político tenían lugar para desarrollarse.⁸ Dicho de otro modo, la impugnación de los tiempos de la revuelta, solo indirecta y parcialmente logró materializarse en la agenda pública, y lo hizo a través de una fuerza social que se constituye desde el gobierno del Estado y cuyo origen no se encuentra en los movilizados de aquellos momentos.⁹

8 Recordemos que C. Menem, autor de las reformas de los noventa, se ubicó en el primer lugar en la primera vuelta electoral con el 24% de los votos y luego renunció ante su segura derrota en una segunda vuelta. Kirchner, segundo con el 22%, asumió ante esta dimisión. El tercer candidato más votado fue R. López Murphy (16%) fugaz ministro de economía de Fernando de la Rúa que debió renunciar ante la falta de consenso político al fuerte ajuste que propuso.

9 Rebón, J. (2018). La política en las calles. Aproximaciones desde la Argentina reciente. *Revista de Ciencias Sociales* (32), 15-42. Montevideo: UDELAR.

Por otra parte, los acontecimientos de los tiempos de crisis dejaron profundas huellas en la acción colectiva de la Argentina en la porción del siglo XXI que hemos transitado.

Los actores de la protesta de entonces no tienen una prolongación directa al momento actual. Algunos protagonistas como las asambleas han desaparecido aunque sellando su experiencia diversas biografías militantes. Otros, que se vinculan a la reproducción social de sus integrantes continúan pero con cambios en sus formas organizativas (empresas recuperadas) o incluso en su denominación, como las organizaciones piqueteras recreadas en organizaciones sociales, de la economía popular, etc. Probablemente, uno de los efectos más relevantes es que la generalización de la protesta y de la acción directa durante la crisis amplió el repertorio de confrontación de diferentes grupos sociales. Al incorporar sectores y reactivar otros, socializaron en la experiencia de la acción colectiva y en formatos diversos de la misma. La crisis nos legó una significativa predisposición a la acción directa y a la desobediencia a la autoridad, la habilitación a que la indignación pueda ser traducida en protesta más allá de sus formas.¹⁰ Estas sedimentaciones culturales de 2001, se activaron y recrearon *a posteriori* dando espacio *a la* configuración de heterogéneas culturas de lucha, por ejemplo, los procesos de movilización antipopulistas / antikirchneristas. La protesta y, en parte, sus formatos, lejos de ser monopolio de algún grupo social, se transversaliza y diversifica profundizando tendencias previas. 2001 alteró también el balance entre formas de lucha prescriptas, toleradas y proscriptas por el Estado al incrementar el espacio de tolerancia. Desde entonces estas fronteras están en movimiento según el tipo de gobierno, en negociación con cada actor, y recurrentemente en discusión en la opinión pública.

La protesta de la Argentina reciente se caracteriza por ser masiva, generalizada y heterogénea en sus componentes pero también por su alto impacto político. Post 2001, se consolidó a esta política de las calles como mecanismo de expresión de demandas al sistema institucional, como un componente que complementa, desborda y, en ocasiones, se contrapone a la democracia institucional disputándole el principio de la “soberanía” popular. En particular, se fortalece su carácter negativo. Su impacto en términos políti-

10 Rebón, J. (2018). La política en las calles. Aproximaciones desde la Argentina reciente. *Revista de Ciencias Sociales* (32), 15-42. Montevideo: UDELAR; Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo*. Buenos Aires: Edhasa.

cos –más allá de lo estrictamente corporativo– es más negativo que positivo, siendo su principal rol el veto fáctico de acciones de gobierno o, en caso extremo, de este mismo. Ante la debilidad del sistema de partidos en la Argentina postcrisis, en particular de la oposición política durante buena parte de lo que va del mismo, la protesta se configura como forma privilegiada de oposición social en diversos momentos. Este carácter conduce reiteradamente a que los ciclos masivos de protesta se nutran en su composición de las posiciones en la estructura social que tienden a no formar parte de la base de la alianza de gobierno, como por ejemplo los cacerolazos de 2012 contra el gobierno de Cristina Fernández o las movilizaciones contra la reforma previsional de Macri en 2017. En 2001, el carácter destituyente adquirió tal intensidad precisamente porque una parte sustancial de la base social del gobierno se movilizó en su contra. En el período más reciente, las movilizaciones contra las medidas sanitarias del gobierno en el marco de la pandemia del COVID-19, aunque con menor masividad, pueden leerse en dicha clave. La protesta social es un mecanismo más a través del cual se expresa la polarización del país desde 2008. Por otra parte, la predisposición a la protesta en la población hace que la misma se convierta en un relevante horizonte de restricción de la política pública. La protesta como horizonte incide significativamente en decisiones de gobierno en campos tan diversos como la política económica, social o represiva. El 2001 dejó latente en la memoria colectiva, de la sociedad civil y de las personificaciones del Estado, que el humo de la política de las calles siempre puede volver. La acción colectiva está así anclada como horizonte de amenaza destituyente, negatividad productiva y polisémica de nuestra historia más reciente.



La palmera. Herencia e invención

SEBASTIÁN RUSSO (UBA/UNPAZ/UMSA)
25 DE DICIEMBRE DE 2021

Ahí ella. Expectante. Espectadora. En los bordes de la plaza. Una ubicación ideal. ¿Es la hija de la que se quemó en el 2001? ¿Es ella misma? ¿Le quedarán recuerdos, zonas quemadas? ¿Recuerdan los árboles, las palmeras? Yo recuerdo. Recuerdo que llegué a verla. Incendiada. Y la fotografié. Era un símbolo. La palmera quemada era todo un símbolo. De que no iba más. De que algo no iba más. Un atrevimiento. Quemar la palmera de la plaza de Mayo. Como quemar la bandera. A quién se le ocurre. Cómo no. Lo único a hacer. Quemar la palmera / bandera. Principio y fin de todo.

Verla ardiendo fue haber visto todo. Tengo la sensación que luego de eso emprendí la retirada. Qué más ver. Qué más hacer. No hay revuelta sin incendio. No hay revolución sin quema de bandera. Si algo pasó de la noche a la mañana, de esa noche a esa mañana,

fue la pérdida del temor. De un temor. El que derrumba e incendia a los otros temores. El miedo a tomar las riendas. De quemar las banderas. Y que te pisen, que te pisen, que te pisen.

Derrocar un gobierno en la calle. Tal potencia heredada es extraña. Grandilocuente. Falsa. Mentirosa. Pero lo hicimos. Eso creímos hacer. Eso creímos poder hacer. Bancando en las calles. Desobedeciendo un estado de sitio. Quedándonos más de la cuenta. Volver al otro día. Bancarla y listo, parecía: una renuncia a medianoche, un helicóptero para el chupete. Una celebración descarnada. Pura carne desnudada.

Resistir es vencer, tal el nombre de una película de Jorge Cedrón que entrevista a Mario Firmenich. Nada más lejos del 2001 que Firmenich en el 78. Cuando la vi ni sabía que estaba vivo. En esa película su arrogancia es todo: hicimos todo bien pero los avatares, viste. No hay revolución sin arrogancia. Pero menos aún sin pueblo. Persistir es vencer. Quedarse donde y cuanto un cuerpo se vuelva arma, batallón, mas no suicida aunque estuviéramos bastante perdidos; cual patrulla más sin afán instrumental. Andar, seguir, avanzar. Estar allí. Como tenerte acá. Llegar hasta el aire.

Éramos la generación de la que nada se esperaba. Incluso que nada esperaba. Y en esa todos. O casi. La celebrada certeza de la incerteza era retórica sacra y mundana de las –por caso– ácratas movidas arty políticas con ansias de oficina y vista a Patio Bullrich. Que se vayan todos. Decíamos, todos, porque no se era parte de nada. O casi. Hay prepotencia también cuando no hay experiencia. La falta de experiencia callejera de muchos permitió la arrogancia de enfrentar balas. Ahí yo. Disparaban y sacaba fotos. La prepotencia es también propiedad de(l) futuro, Arlt lo dijo. Prepotencia de trabajo. Heredar es una tarea, así como revelar, rebelarse. Ver más, verlo todo, de golpe. Una tarea. La tarea. La única. La mejor. Los métodos había que aprenderlos. Lejanos, cerca. Los piqueteros. Los docentes. La carpa blanca. Cutral C6 y Puente Pueyrred6n. Zanon y Brukman. Todo junto. Antes, despu6s. Lo mejor. Lo 6nico. Corte de ruta y asamblea. No sabíamos nada. O todo en (pre)potencia.

Fuimos los 13/20 los que tambi6n hicieron el/su 19/20. La 13 20 fue una revista de mi tiempo. Dicho as6, mi tiempo ya pas6. Hoy ser6 vicario del tiempo de otros que dir6n, a su tiempo, en mi tiempo tal. La 13 20 era canchera. Proto progresista, post psico bolche.

Con la falsa ingenuidad e indolencia noventera. Los noventa, época maldecida, romantizada, malherida, fueron caldo y cultivo de una generación, de una era que retorna, que revuelve. Los 13 20, sujetos que para entonces, mi tiempo, adolecían de revueltas, tuvieron su/el 19 20. El 19 20 es también una revuelta de los 13 20. Fulgores revolucionarios de porteños mal criados. Morrison moría a la edad en la que yo nacía en una noche sin fin y un mediodía de caballos, balas y gases.

19 y 20. Dos días que condensan un antes y un después. Corralito y asamblea. Dos espacialidades que en su expansión reiluminaron ese devenir. Esa noche, esa mañana, paredón, subidón y después. Del encierre de ahorres al ágora a plaza abierta. Del adentro al afuera. Corralito y asamblea. El menemismo nos fabuló viajeros infinitos. El corral era nuestro destino. El que quiere celeste ve una vaca y llora. Las vacas gordas de nuestras billeteras convertibles eran de otros, no del otro, sino ajenas. Las penas devinieron piedras. Y no iba a ser siempre una gomera.

El kirchnerismo se dice desmovilizó. Mentira. Aunque verdad en la potencia transformadora del salir a la calle y comerse el mundo. De la resistencia rebelde a la resistencia sistémica. Del grado cero de la política (somos nosotros) a redescubrir la palabra patria, todos, (es) el otro. El 19/20 nos parió. Parió al kirchnerismo. Ese estrambótico proceso que nos hizo estatistas. Y aplaudidores, funcionarios (a veces) funcionales para mal, para bien nos convertimos. El funcionariado, de mal/buen funcionamiento, fue una réplica inesperada y un desafío para el acratismo que se forjó o que encontró en el 19/20 su cenit. Inventar instituciones, institucionalidades. Había que hacerlo. No todos lo hicieron. Horacio González sí, lo venía haciendo, nunca dejó de hacerlo: un faro, una palmera encendida.

Del 19 al 20 algo nació. De la noche a la mañana, como quien dice. Se dice también que hay un momento en la vida de alguien en que todo puede transformarse, hay un momento en la vida de todos en el que ese todos es lo que se va, es lo que se viene. Que se vayan, cantamos, quienes, todos, nosotros. Noche alucinada en la que yo por caso me separé (de alguien, de algo) El chupete habló, salimos a la calle, en un Caballito con centros culturales anarco punks. Otro tiempo. Otra ciudad. Pero ella no quiso llegar a la plaza. La palabra grieta no la utilizábamos. Pero fue lo que sentí. Y ya no dudé, me

envalentoné y seguí caminando. La palmera ardiente expresaba el ardor naciente y el fulgor me tomó, me alumbró (me hizo ver, me parió –porque hoy nació, decían los Manal– bueno algo así) y vi a las Madres y dejé el café con leche y agarré la cámara, saludé a la vieja y me hice el Robert Cappa. Dime a quien emulas y algo te diré. Mi tiempo 13 20 llegaba a su fin.

La palmera incendiada es la plata quemada y la plaza ardiente. Captura y liberación. Captura de dinero y liberación de cuerpos, de su modo de organización. Algo nuevo emergió en el arrastre de formas ensoñadas. De tal radicalidad, de tal improvisación e inventarlo todo: un habla, una comunidad, sus criterios de orden, desconfiarlo todo. Ninguna palabra estaba asegurada, lejos de eso el refugio era un campo travieso, un campo a atravesar, la puesta en crisis del sentido de las cosas, de la cosa pública como tal. Demasiado expuestos, no faltó para la cooptación y captura y disolución de pasiones enflorecidas. Cinco presidentes y nos quedamos con Duhalde. Arrogantes creímos que no importaba. La fuerza está en las bases.

El 19 y 20 es una imagen. Como la huelga general. Es una secuencia numérica devenida una cifra, una clave, una contraseña. Allí anida no solo una época. Sino una llamada atemporal a la revuelta. En su rememoración, en su fuerza signica. Incluso en su derrota, en su devenir (cómo no) otra cosa. Es el cristal mítico donde refugiarnos. Es el fulgor clarividente de una noche de verano. Que siempre amaga por volver. Diciembre eterno. Un tesoro de fuerza indómita, utópica, super poderosa.

Y esa palmera sigue ahí. La veo veinte años después en una plaza colmada que recibe a sus emanaciones políticas incluso vecinas. Lula, Mugica, Cristina, Alberto –también él–. 38 años de democracia y casi la mitad de su refundación en acto. Los periodistas se engolan con su verba continuista. Pero no. No fueron ininterrumpidas estas casi cuatro décadas. Tuvieron su vacío constitutivo. Donde los significantes se enloquecieron buscando sus nuevas parejas. Solo un refresh, como en informática, dirán los que se quedaron con gusto a poco y nada. Una refundación, los que encontramos allí el fundamento de un nosotros que no se cuece sin los otros, incluso sin lo otro. El problema sigue siendo la palabra todos. Quien enuncia. Sin afuera, sin adentro. Dilución política. Que se vayan. Es con todxs. Las vaquitas siempre otras. Por lo que la palabra (política)

es / fue / será el nos-otros. Ya se dijo en el 2001: “somos nosotros”, aunque opacada por el QSVT. Y también la Butler, en su definición performativa del popolo: aquellxs que enuncian, juntxs, y persistentemente (no como los caceroleros de ayer y hoy): “nosotrxs, el pueblo”. Nos-otros. Nosotrxs (como / junto a) otrxs. En tiempo / espacio, situado y desquiciado, siempre otro, el mismo.

La desilusión y sorpresa que generó la primera vuelta en Chile, de una constitución mapuche al crecimiento de una derecha xenófoba y radical, que aunque haya sido vencida en el balotaje tuvo un porcentaje altísimo e inédito de votos, parecería que se funda en la falta de una zona linderera, fangosa, donde el barro sublevado encuentre soportes. Los de una arquitectura que hecha para conminar de repente sea tomada por asalto y se la haga pervivir, se la infiltre y transforme, se la haga convivir en relación tensa y mutante con los tibios de ayer y hoy. Y por casa cómo andamos.

Herencia e invención. Ni la una ni la otra. Si hay casta que no se note. O que vote lo que necesitamos y diga lo que nunca creyó decir. Herencia e invención. No como falsa dicotomía de absolutos: continuidad o ruptura. Sino como montaje. Terceridad Juan Domingo Godard. El 19/20 deja el resabio sabio del lidiar dificultoso con lo que puede retrotraerlo todo, al tiempo que refundarlo, incluso en un mínimo movimiento. Néstor Kirchner fue la cifra institucional vitalista post 2001 de una experiencia política que lidió con las faltas y los restos, desde un llano escarpado, a un intento de sublimación plebeya. Cómo asumir hoy un legado –recargado– que tiene tanto de insumisión (de in asumible) como de potencial dilución en los resortes amoldados y receptivos de toda nueva irrupción. Cómo asumir la invención cada vez de lo heredado. Elegantemente somos, debemos ser ese barro. Que moldea, crea y estructura, mientras tanto. Herencia e invención. Las bengalas se pierden en la multiplicación de lucecitas y pantallas. Y no va a haber siempre una palmera.



temporalidades.

MARÍA POZZIO (UNLP/UNAJ-CONICET)
26 DE DICIEMBRE DE 2021

veinte años no es nada, dice el tango y hobsbawm que el siglo XX corto terminó en 1989; marx en el 18 brumario lo de la historia como tragedia y su repetición como farsa, patricio rey que el futuro ya llegó y enrique dussel que debemos descolonizarnos las periodizaciones, pues nunca hubo en esta parte del mundo una edad de bronce, por ejemplo. pienso, hago un licuado de pensamientos: en 2001 se terminaron nuestros aciagos años noventa, la década sin moda, jipismo heredado o versace de las revistas, esa época en que nos tocó ser jóvenes y que terminó con un estallido. estallido. porque pareció que de repente... pero no. ¿no se llama psicosomatizar cuando algo que nos está comiendo por dentro por fin aflora y el drama que enferma se hace visible para los otrxs? eso que es a la vez un alivio, algo que por fin salió, como cuando supura una herida, qué feo

pero qué necesario. ¿será otra cosa y las palabras, bien escaso, se apoltronan en estallido porque fueron dos días en la vida eso que nos parió?

mills: imaginación sociológica, entender cómo se anudan biografía e historia. nacida en plena dictadura, los desaparecidos eran los papás de tus amigos de la escuela, a los que iba a buscar una señora más grande que tu mamá. las historias de beatriz, de ethel, de guillermo, los amigos de tus viejos, esconder los libros, el relato de la casa de los teruggi como leyenda urbana. pero empezamos la primaria con alfonsín, cantando al sol como la cigarra, víctor heredia y malvinas en el cajón donde andino guardaba la sonrisa. la noticia rebelde, una señora que luego supimos imitaba a xuxa y los apagones, aldo rico pero la gente en la calle. la década perdida de la infancia donde las hamacas hacían ruido en las plazas con sol, algodón de azúcar, pibas y pibes distintos jugando con el mismo guardapolvo, la ilusión de tiempos mejores que vendrían y un final con cara conocida en un billete de diez mil australes.

cuando aún se decía que te hacías señorita y que la virginidad se entregaba por amor, andrea del boca era siempre celeste o perla negra, gustavo bermúdez andaba de saco por el living de su mansión, nada que ver con axel rose pero todo se teje en la trama de una, el boleto podía ser capicúa y para sacar el carnet secundario tenía que ir a que me sellaran un cartón cerca del cementerio de la plata. en los tempranos noventa íbamos a la matiné pero existían las razzias y walter bulacio. la noche de los lápices y las vacaciones en brasil, amira yoma, valeria mazza y las chicas de pancho dotto, mientras los jubilados no solo hacían llorar a cavallo, vos también te dabas cuenta que algo no andaba porque cuando tu papá te contaba de su infancia, no había chicos que tocaban el timbre pidiendo como empezaba a pasar. mucho. en río de janeiro la gente dormía en la calle, igual que en las pelis de NY, pero acá todavía no. todavía pasa rápido y vino tartagal, teresa rodríguez y los HIJOS que venían a presentarse al colegio y eran esos mismos chicos que ya sabías pero ahora habías leído el nuncamás. vino la LES y los trenes, que andaban feo, se llenaron de banderas y marchamos todos aunque nos dejaron pedaleando en el vacío de la unidad estudiantil afuera del congreso. el gorila musulmán y los huesos de cavallo, cachete con cachete, pechito con pechito, dólar licuadora, reloj, motito, videocasetera y ajuste. desempleo, no culpes a la noche, no culpes a la playa, poco a poco la cosa se pudría y el mono relojero y cabezas.

un trabajo de la facu en barrio obrero. o un artículo para una revista en mi afán de periodista que un profe de historia me coartó: arrabal del barrio obrero de berisso, un señor me cuenta de su pasado en el frigorífico y su presente de hambre. saber depostar la carne, el trabajo dignifica y ahora. hasta los perros flacos. llegar a la noche con mate cocido. roperos. trueque. trabajo no hay.

con el 1 a 1 y mi primer trabajo me fui a europa, vi los restos del muro de berlin, que caigan los muros pero no los sueños. se acabó el año 2000 y el otro milenio asomaba sin historia aunque no. aunque sí. aún. qué.

crash-bum-ban. no fue Y2K y la amenaza del colapso informático. fue el nuestro. primer gran crisis país para mí. 200: explicación sociológica, explicación política, explicación macroeconómica, astrológica, zodiacal. fatalismo: tenía que pasar. biográfica: cómo nos pasó. A la salida de la juventud, en medio de los planes de la vida: reciberte, hacerte autónoma, juntarte o lo que quieras. pero qué difícil. ana, cintia, mariano se fueron o se habían ido. ruta bacalao, milagro español o donde te lleve el pasaporte y la sangre heredada. mi nono tano nunca lo hubiera imaginado: ver napoli e dopo morire pero todo vuelve y los caminos de las hormigas invierten el sentido. eterno retorno: de europa, a europa, por culpa de europa, desarrollo esquivo, nunca poder. qué tentador el primer mundo pero nos criaron para no esquivar la historia. irse era como abandonar el barco. se hundía.

dos días en la vida.

el alquiler de la casa con patio salía 340 pesos y teníamos una perra que bautizamos uma en una época muy tarantino y kill bill. nos tomábamos vacaciones de a puchitos: unos días en diciembre, otros pocos en febrero. chacho renunciado, clima raro pero como siempre. a pasar el día en colonia uruguay y te desayunás que tu peso-dólar no cotiza igual al otro lado del río y como queremos mucho a los uruguayos, nos preocupamos. eso fue el 17 de diciembre. el 18 no lo recuerdo. con la misma bici que crucé en el buquebús, crucé la ciudad el 19 a la noche y estábamos todos, fogata, ronda o no me acuerdo, en 7 y 50. los de siempre –marchas– y los de ahora. todos. con rabia. sabíamos que en cada

plaza. que se vayan todos. cavallo el primero pero todos. qué audacia la colectiva. noche larga. de madrugada, la radio prendida, sin dolina, se narraban los saqueos, el miedo de la gente. “dicen que” y parecía que la jungla al otro lado de la general paz iba a invadir no sé qué territorio sagrado. pero la radio se desdecía y la gente salía a acompañar. piquete y cacerola. un chinito devastado salía en la tapa del diario. comprábamos el diario para fijar las imágenes de ese año que ya, desde el 11-9, superaban las expectativas de cualquier secuaz de chiche gelblung. otra vez todos a la calle, al sindicato, a los lugares abiertos, las teles prendidas. el asombro, la indignación. los caballos. represión. los gases. represión. plaza tomada. casa tomada. la maldita federal. rosario. bajen las armas que acá solo hay pibes comiendo. estado de sitio. perezoso. idiota. autoritario por defecto. se acabó. si los peronistas, si los radicales. que se vayan todos. acá desobedecemos señores por hartazgo. por unidad. porque las calles. y las piedras. y un pibito, que hoy debe ser mayor de edad, tocaba una lata con un palito en el cordón de calle 7. así socializamos a los pibes. nada de dinosaurios violetas, acá se aprende a protestar.

y puerta, rodríguez saáa y toda la runfla. los pesos, los dólares, la gobernabilidad, riesgo país y el cansancio de tanta intensidad. y la bronca siempre. maxi, darío. ¿por qué los muertos siempre nos duelen a nosotros? la historia te pasa a buscar y no te pregunta si tenés ganas. el tema después es bajarte del bondi y acomodarte el pelo. ¿cómo se sigue la vida ahora que sabés que lo que tenías no lo tenés, que el banco se puede quedar con tu plata, que el que votaste se queda con tus ilusiones, que planificar sobre certezas solo es para ciudadanos primermundistas? alcira argumedo y sus paralelismos: mientras kant caminaba tranquilo por heidelberg rumbo a la biblioteca, josé gabriel condorcanqui, y mariano moreno y miguel hidalgo. la pluma interpreta a los saltos del bondi de la vida. los anhelos de la unidad. el deseo de normalidad. un trabajo. futuro. hijes.

con un auto comprado con pesos devaluados y un tanque de gnc que nos pagó el seguro después de que nos lo robaran, fuimos el 25 de mayo de 2003 al congreso. yo no lo había votado pero ese día te juraba que sí. estaba fidel. estaba Chávez. y nosotros y muchos otros. hacía frío –como ya no hace los 25– y escribí, para la revista de cajade que era un tipo consecuente y una vida botón de muestra de esos tiempos complicados. escribí una crónica y la titulé ciclotímicos: después de todo, ahí de nuevo, la esperanza. chiquita, mediocre, enorme, ambiciosa. normalidad. responsabilidad. compromiso. his-

toria. política. néstor. cristina. sus hijos. convicciones. palabras oídas por altoparlantes. aplaudíamos porque necesitábamos aplaudir y nos habíamos cansado del ruido de la protesta –solo por un rato– domesticada protesta, como el talento de un músico que se vuelve técnica, sabiduría, arte del bueno. socialización política. así fue. y nos fuimos haciendo k.

identidad.

el aguante era un programa de la tele sobre las hinchadas de futbol. nadie puede explicar ese sentimiento. solo las banderas. las imágenes. es amor. es pasión. es un sentimiento. los hinchas son poco originales, la originalidad no existe. parecido al aguante. podías ser simpatizante, hincha rabioso, fan. pero esa década que nos acomodó la existencia y nos enseñó un modo de la patria que sentíamos pero nunca habíamos visto, nos definió. más-menos. como quieras. como cuando se mata simbólicamente a los padres: te diferenciás, te parecés, pero son la referencia. ineludible. te dictaban un guion que te llegaba al corazón. formábamos parte. algunos de los que se habían ido, volvieron. los que ya no creían, creyeron. normalidad. verdad. justicia. trabajo. industria. soberanía. hermosa palabra. hegemonía también, aunque la denosten. tuve un herpes zóster una vez. no podés creer cuánto duele, cuánto jode, cómo ahí mismo te crece algo tan doloroso. mierda. crisis del campo. así. te llenan de humo, te roban los colores. así, como pasar de los veinte a los treinta. crecés y aunque no se te note, maduraste. tuve mis hijos y me fui becada a doctorarme. se murió néstor y lo escuché de boca de victor hugo morales, por internet. nuestro duelo fue a la distancia. mis compañeres mexicanas no entendían por qué se llora así si muere un líder político. a poco. cristina fue para allá y escribí en una cartulina: yo nací con videla, mis hijos con los K. estamos cambiando la historia. fuerza cristina. eso. fukuyama optimista a la inversa. y sin embargo. la intensidad argentina. la puja distributiva. la voracidad de los poderosos. el gorilismo sentimiento de odio clasista pobres gorilas parientes hermosos de nuestra especie soberbia. antes del especismo ya pensaba que hay que cambiarles el mote. los animales son hermosos y no odian, ni te hipotecan el futuro ni te endeudan hasta la madre que los parió y el nieto que soñás tener.

20 años.

cuando era chica calculaba cuántos años iba a tener en el 2000. en 1996, a 20 años del golpe y la dictadura, sentía que todo aquello había sido hacía mucho, tan blanco y negro y borroso como las fotos de mis padres jóvenes, pantalones oxford y camisas psicodélicas. en 2001, como una persona que sale de una depresión, pensábamos en el corto plazo. que vamos a hacer la semana que viene. en 2010 calculábamos de a cien: éramos bicentenario, triunfalistas como el hincha bobo ante las cámaras. en 2015 la meta era volver. ahora en 2021 la memoria me entristece. me hubiera gustado un 20 aniversario del estallido que nos parió sin deuda. sin las pibitas nacidas en 2012 y 2013 a las que les doy apoyo escolar y reciben bolsones de comida y su escuela se cae a pedazos y viven en una choza de madera y chapa y solo pueden soñar con ser policías. gelman se preguntaba ¿el niño pordiosero del tren pide no más que una moneda? y pienso en kiara y sus zapatillas rotas y su mamá rota también, cartoneando y en la mishiadura que empuja. en los jóvenes que de nuevo sueñan con rajar aunque hoy no haya milagro español y el mundo se haya vuelto un lugar más rudo. los hinchas ya no son del lobo o de chaca, sino del barsa y del real y la soberanía, hermosa palabra, se juega en unas ligas difíciles pero necesarias. maría la paz, tres pasos pa trás. veinte años son muchas vidas. y las que se fueron. como pocho lepratti y esos nombres que las listas nos recuerdan. y las pibas. tantas. y luciano arruga. santiago maldonado. y todos los demás. redistribución vía ingreso solito no funciona. la historia es puja siempre y la política también. y se sigue jugando en las calles. pero ojo: lo aprendieron los celestes que creen que hay dos vidas y no decisiones y cuerpos soberanos. y lo aprendieron los libertarios que aman elegir en qué salsa ser guisados diría galeano, qué qué hubiera dicho de todo esto más que lo de siempre: las calles dicen, las paredes hablan. las voces. los cantos. amor e igualdad. al gran pueblo argentino. ni esclavos ni hambrientos. bella ciao. quién sabe alicia este país...porque el idioma de la infancia y tus antiguas rebeldías.

como maria elena, mafalda y todas las y los ancestros que pueblan nuestro panteón plebeyo. odisea popular. cantata de la historia. igual que hace veinte años. porque me duele si me quedo. pero me muero si me voy.



La democracia y la cuestión intelectual

Los desafíos del presente a la luz del 2001

SABRINA MORÁN (UNPAZ/UBA-CONICET)
27 DE DICIEMBRE DE 2021

¿Qué hacías el 19 y 20 de diciembre de 2001? Esta pregunta recurrente aparece en muchísimas de nuestras conversaciones, como una especie de puntapié biográfico, en estos tiempos en que no podemos hacer otra cosa que recordar, pensar, discutir, tratar, una vez más, de elaborar el 2001 como acontecimiento político. “19 y 20” se nos presentan como un mismo instante, un solo día, un único hecho. Y es que fueron, de algún modo, una misma hora de la historia argentina. La del parteaguas, la de la odisea, la de la comuna; la del saqueo, la de la asamblea y la del *Que se vayan todos*. ¿Qué hacíamos, en esa hora? Recuerdo que yo llamaba por teléfono a mi papá, que entonces vivía en Buenos Aires, y le pedía que saliera a la calle a ver lo que estaba pasando, y que volviera rápido a llamarme de nuevo para contármelo. Creo recordar haberle preguntado si había cacero-

leado. María Pía López y Eduardo Rinesi cuentan que la noche del 19 se presentaba la reedición de *Isidro Velázquez. Las formas prerrevolucionarias de la violencia*,¹ de Roberto Carri, en la librería Gandhi. Cuentan también que luego comieron pizza en calle Corrientes, mientras se anunciaba por televisión el estado de sitio y ellos conversaban sobre lo que ocurría, pero también sobre el libro y la vida misma. Es que elaborar el 2001 como acontecimiento político implica recordar lo que ocurrió y qué hacíamos entonces, pero también de qué manera dichos acontecimientos resuenan en lo que hacemos y decimos hoy, individual y colectivamente, como ciudadanos, y como nación. De qué manera el 2001 resuena en la democracia que supimos (re)construir.

En el vigésimo aniversario de este acontecimiento político, son muchos otros los libros que aparecen y nos ofrecen una nueva oportunidad de reflexionar, no solo sobre lo que ocurrió en esos días, sino también, y fundamentalmente, acerca de nuestro presente a la luz de aquellos eventos y sus posibles explicaciones. A los necesarios y ya comentados *¡Que se vayan todos! El sentido político de las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001*² de Camila Cuello, *Nada que esperar*³ de Sebastián Scolnik y *2001 odisea en el conurbano*⁴ de Mariano Pacheco, se suma *Si el hombre va hacia el agua*⁵ de Eduardo Rinesi, precioso libro que reúne sus escritos políticos de los últimos veinte años. Allí Rinesi despliega reflexiones que, motorizadas por distintos eventos de la coyuntura política y su persistente preocupación por la disputa por los lenguajes políticos, nos invitan a mirar al 2001 en retrospectiva, y al presente a la luz de los acontecimientos del 2001. Sin dejar de lado su no menos persistente crítica a la estrechez de miras de las ciencias sociales academicistas, Rinesi nos insta a colocarnos otras lentes y cuestionar la extendida idea de que el 2001 fue literalmente un estallido, algo que apareció de pronto y nos tomó a todos por sorpresa.

En los primeros textos del libro, escritos al calor del inicio de la experiencia kirchnerista en 2003, Rinesi destaca que a la hora de tratar de explicar el 2001 las ciencias sociales se

1 Carri, R. (2001). *Isidro Velázquez. Las formas prerrevolucionarias de la violencia*. Buenos Aires: Colihue.

2 Cuello, C. (2021). *¡Que se vayan todos! El sentido político de las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001*. Los Polvorines: UNGS.

3 Scolnik, S. (2021). *Nada que esperar*. Buenos Aires: Tinta Limón.

4 Pacheco, M. (2021). *2001 odisea en el conurbano*. Buenos Aires: Indómita Luz.

5 Rinesi, E. (2021). *Si el hombre va hacia el agua. Escritos políticos 2001-2021*. Buenos Aires: Ubu Ediciones.

mostraron sorprendidas: las protestas aparecían como una jornada insurreccional producto de una crisis repentina, o bien constituían la condensación de un conjunto de movimientos “anti Estado”, contrario a las instituciones representativas, hasta anticapitalista y revolucionario. En los términos de Camila Cuello –retomados por Rinesi en uno de los textos de este dossier–⁶ manifestaciones de carácter político o de carácter antipolítico.

Ni una cosa ni la otra, nos dice Rinesi. En aquel entonces, las ciencias sociales argentinas debieran haber estado mirando principalmente en dos direcciones: en primer lugar, observar que se trataba de la culminación de un ciclo de protestas y luchas de sectores medios y populares que se venían desarrollando a lo largo de toda la década del noventa en Argentina; en segundo lugar, poner atención a la machacona retórica “antipolítica” de los medios de comunicación masiva, e identificar a los actores políticos y empresariales de la derecha como sus principales instigadores. Así, diciembre de 2001 aparecería como el punto cúlmine, la convergencia de “este conjunto de factores tan diversos”,⁷ y de ningún modo como un acontecimiento antipolítico o contestatario respecto del Estado. En efecto, señala Rinesi, hace falta echar un vistazo retrospectivo muy rápido para ver que, apenas se acomodó un poco la cosa, los reclamos y demandas que se condensaron en las manifestaciones y asambleas del 2001 fueron, *alegremente*, encausadas institucionalmente y representadas por liderazgos imponentes como el de Néstor Kirchner. Como el libro de Cuello, los escritos políticos de Rinesi subrayan –siguiendo a Maquiavelo– el carácter político e instituyente del conflicto en el espacio público y, en el mismo sentido, el carácter republicano de dicho conflicto, en la medida en que este implica una puesta en sentido del espacio público como espacio común, como cosa pública. De algún modo, o de muchos, el 2001 puede ser comprendido como la rehabilitación de una dimensión eminentemente democrática de nuestra democracia liberal *a la Occidente*, que se encontraba adormecida bajo el triunfo de la pura representación política: la participación ciudadana.

Cabe preguntarnos, entonces, leyendo a Rinesi ¿Qué ocurre con el activismo y la participación ciudadana que tanto entusiasmaron a los cientistas sociales en el 2001, como lo habían hecho en 1983? ¿Es posible otra genealogía del 2001 que, sin dejar de lado su

6 Ver Rinesi, E. (2021). La manifestación como cosa pública. *Revista Bordes*. Recuperado de <http://revistabordes.unpaz.edu.ar/la-manifestacion-como-cosa-publica/>

7 Rinesi, E. (2021). *Si el hombre va hacia el agua. Escritos políticos 2001-2021*. Buenos Aires: Ubu Ediciones, p. 33.

definición como acontecimiento político, lo inscriba en el derrotero de los gobiernos post dictatoriales? Siguiendo la línea de interpretación de su maestro Oscar Landi, Rinesi señala que aquello que se condensó en el 19 y 20 de diciembre se hallaba en ciernes nada más ni nada menos que desde la Semana Santa de 1987. El día que Alfonsín afirmó que la casa estaba en orden y mandó a la ciudadanía que colmaba las calles a volver a sus casas y disfrutar con sus familias. Así, el ciclo de identificación, confianza y participación ciudadana que se había abierto cuando el candidato presidencial del radicalismo denunciara un supuesto pacto militar-sindical durante su campaña, se cerraba con el establecimiento efectivo de un pacto entre el gobierno democrático y las fuerzas armadas, el primero de varios pactos establecidos de espaldas al pueblo. Fue a partir de ese momento que la participación ciudadana perdió ostensiblemente peso respecto de su par conceptual en el marco de toda democracia liberal: la representación política. Y es precisamente ese hiato el que ilumina no solo los sucesos de 2001, sino también las características de nuestra democracia y su presente.

Necesaria y al mismo tiempo tradicionalmente no democrática, la representación política supone cierta pasividad por parte de la ciudadanía que, como reza nuestra Constitución Nacional, “no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes”. En efecto, la representación política es parte del corazón de la tradición política liberal: las mayorías delegan el gobierno en unos pocos y a cambio reciben la garantía de un conjunto de derechos y libertades.⁸ Este principio de la tradición liberal choca con la tradición democrática, que pone el acento en la participación ciudadana, esto es, en la construcción de un lazo horizontal. En la práctica, advierte Rinesi, hay siempre una negociación entre ambas. Por eso, aunque la tensión entre liberalismo y democracia es intrínseca a nuestro ordenamiento político, Rinesi nos invita a lo largo de todo el libro a rehabilitar y profundizar la dimensión participativa, democrática y republicana, de nuestra democracia liberal. Entre las múltiples y complejas razones que sustentan esta apuesta teórica y política, destaca una de potente actualidad: si la ciudadanía no está al tanto de las razones por las cuales se sigue determinado rumbo político o se toman ciertas decisiones, no es posible demandarle que las defienda, se comprometa con ellas, o siquiera que las respete. El vínculo representativo democrático implica delegación, pero también diálogo entre representantes y representados, entre líderes y ciudadanos.

El bonapartismo que ha caracterizado a los liderazgos de grandes presidentes argentinos como Alfonsín o CFK, nos dice Rinesi, es al mismo tiempo fundamental para nuestro país y perjudicial para esta propuesta de profundización democrática: los líderes se constituyen como tales por estar “un paso adelante” y ser guías de grandes proyectos y movimientos históricos, pero por esa precisa razón, muchas veces terminan hipostasiando la representación. Es que el jacobinismo, nos dice Rinesi, es la forma extrema del artificio político de la representación, en que el representante acaba por reemplazar al representado. Pero si somos honestos con nosotros mismos, ¿no le pedimos a todos los dirigentes políticos algo de jacobinismo? Acaso lo que necesitamos es algo en el medio: un/a líder que esté un paso adelante, pero que profundice el lazo representativo argumentando, explicando al pueblo lo que hace, convenciéndolo de cuál es el camino y discutiendo con esa sociedad (aunque haya partes de ella que no quieran involucrarse) los pormenores del rumbo escogido. Solo así podremos evitar nuevas crisis de representatividad, masivas desafecciones políticas, giros abruptos del voto hacia nuevas derechas y, yendo un poco más allá, la falta de compromiso con la realidad del otro.

Es que es solo la comprensión de que nadie se salva solo, de que el ejercicio de nuestros derechos es posible solo colectivamente, el camino que nos puede conducir a salir de ciertos atolladeros, entre los que se encuentra la discusión en torno a la libertad. Aunque este debate se ha actualizado en el contexto pandémico, Rinesi nos recuerda que la libertad, junto a la democracia, se constituyó en el horizonte de sentido de la transición democrática. Recuperar y reivindicar las libertades civiles vilipendiadas por la dictadura fue la prioridad de la época; en ese sentido, la concepción preponderante de la libertad era negativa, libertad de ser, hacer y decir a salvo de la intervención del Estado. Menos presentes estuvieron en dicho contexto otras concepciones de la libertad no menos importantes: la positiva, o democrática, que implica la participación en la discusión pública en torno a los problemas comunes y su resolución; y la republicana, según la cual un individuo solo puede ser libre en la medida en que el Estado en el que vive, su comunidad, sea también libre. Son las concepciones positiva y republicana de la libertad las que, justamente, haría falta volver a poner sobre la mesa para subrayar que nuestra libertad es con otros, que somos libres si nuestro país es soberano y nuestros compatriotas gozan de los mismos derechos —y obligaciones— que nosotros.

Poner de relieve estas concepciones no individualistas de la libertad es parte de la apuesta por una democracia más participativa y republicana, a las que nos acercamos bastante, fundamentalmente, durante el kirchnerismo. Sin embargo, señala Rinesi, la primacía del liberalismo que signa a la democracia no solo en Argentina, sino en todo Occidente, dificulta este camino.⁹ Se recurre a la movilización de las masas cuando es necesario, y se la acalla y busca silenciar cuando no. Y en este abandono de la participación ciudadana, e incluso de la propia preocupación por la participación ciudadana, yace una de las principales amenazas a nuestras democracias contemporáneas. Rinesi lo dice claramente: sin esa participación, no solo los derechos que hemos conquistado, sino las propias instituciones de la democracia liberal se encuentran en peligro.¹⁰

Los escritos políticos de Rinesi, reunidos en *El hombre va hacia el agua*, nos brindan una lectura sobre el 2001 que desafía muchos lugares comunes de nuestros propios diagnósticos y los infinitos relatos biográficos. También un diagnóstico sobre nuestra democracia que nos invita apasionadamente a volcarnos al estudio de las tradiciones y los lenguajes políticos. Pero, además, nos da una tarea: comprometernos en la disputa por esos lenguajes políticos, correr los límites de nuestra democracia multiplicando las voces y ampliar la participación en el debate sobre lo común, sobre nuestra cosa pública.

Históricamente, los y las intelectuales han jugado un papel fundamental en estos debates. La reflexión en torno a los problemas del presente los ocupa desde el origen mismo de nuestra conformación política-estatal. Ellos y ellas han participado del delineamiento tanto de proyectos políticos para nuestro país como de la producción y reproducción de los sentidos que hacen a la inteligibilidad de nuestra existencia en común. Como coyuntura crítica, el 2001 suscitó la organización de distintos colectivos de intelectuales como Manifiesto Argentino, Movimiento Argentina Resiste (MAR) y Argentina Arde que, fusionando el activismo de figuras del amplio espectro de la cultura y la ciencia, procuraron

9 “Es posible afirmar que la pregunta que a lo largo del último par de siglos ha organizado los debates dentro de la tradición dominante de la filosofía política liberal-democrática es la pregunta sobre el modo de hacer más democrático el liberalismo democrático, de corregir los excesos o las distorsiones de la representación política a través de la expansión de una esfera pública de debates, de conversaciones, de argumentación, de participación popular ‘deliberativa y activa’”. Rinesi, E. (2021). *Si el hombre va hacia el agua. Escritos políticos 2001-2021*. Buenos Aires: Ubu Ediciones, p. 89.

10 Rinesi, E. (2021). *Si el hombre va hacia el agua. Escritos políticos 2001-2021*. Buenos Aires: Ubu Ediciones, p. 99.

dar el debate en torno a la salida de la crisis. Por otra parte, fue a partir de la crisis y en los años sucesivos que se consolidó el modelo de intelectual que Maristella Svampa denominó “anfibia”:¹¹ investigadores e investigadoras de las ciencias sociales que se vincularon con movimientos sociales desde una perspectiva al mismo tiempo científica y militante.¹² Durante los años del kirchnerismo, Carta Abierta, Plataforma 12 y Club Político Argentino constituyeron agrupamientos de intelectuales que se trenzaron en la lucha por los lenguajes políticos, de un extremo al otro del espectro ideológico. Es que, como señalara Horacio González, hay ciertos problemas de la política que requieren de un tratamiento intelectual:

si en algún momento se siente que se tocan puntos esenciales de lo “demasiadamente humano”, estamos también ante un ejercicio propio de la condición intelectual. De este modo, no se trata de que hay intelectuales –aisladamente los hay– sino de que todo problema histórico político consistente reclama un tratamiento que no puede dejar de pasar por la cuestión intelectual.¹³

En el último de sus escritos políticos, escrito en homenaje al querido Horacio, Rinesi afirma:

¿Y si la tarea intelectual no fuera la de andar llevando lámparas, a través del puente del compromiso militante, del mundo de las ideas al mundo de las luchas, sino la de empeñarse en sostener una actitud de lucha en el seno de la discusión de ideas al mismo tiempo que no abandona el espíritu de la crítica en la asamblea y en la plaza?.¹⁴

11 Svampa, M. (2007). ¿Hacia un nuevo modelo de intelectual? *Revista Ñ*. Recuperado de: <http://www.maristellasvampa.net>

12 El Colectivo Situaciones reunía a un grupo de investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA que plantea la original figura del militante investigador.

13 González, H. (2015). La cuestión intelectual. *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-275530-2015-06-23.html>

14 Rinesi, E. (2021). *Si el hombre va hacia el agua. Escritos políticos 2001-2021*. Buenos Aires: Ubu Ediciones, p. 423.

SABRINA MORÁN

A veinte años del 2001, la tarea de dar la disputa por los lenguajes políticos y profundizar la democracia se revela tan actual como entonces. El llamado de Rinesi reafirma el legado de González: nos convoca a volcarnos al debate en torno a lo común y volvernos, todos y todas, intelectuales militantes, militantes intelectuales, ciudadanos intelectuales, ciudadanos republicanos.



El Medio justifica el fin político: la experiencia *Indymedia*

MARILINA WINIK (UBA/HEKHT/CRIA)
27 DE DICIEMBRE DE 2021

Escribir sobre mi paso por Indymedia, es sobreponer un Yo en un “nosotros” que, aunque parezca inverosímil ya nos llamábamos “nosotrxs”.

Quienes participamos de esa experiencia, vivimos contextos comunicacionales extraordinarios (momentos que luego nos enteramos que eran “vanguardistas” ya que se encontraban en la convergencia de lo local-global al compás de la Internet y las Nuevas Tecnologías Infocomunicacionales).

Si se quiere, Indymedia funcionó como un engranaje comunicacional entre una red global que cimentó un modo de informar sucesos mundiales en interacción con la ciudad de Buenos Aires.

Vale entonces reflexionar acerca de las potencias, problemas y desafíos en los modos de experimentación *mediactivista* e interrogarse sobre los aportes, en el post 2001, que el colectivo Indymedia ofreció a esa “nueva realidad”, que no era una “nueva normalidad”.

Localidad

Diciembre de 2001 fue un escenario convulsionado de amasijo social, económico, político que, a pesar de las múltiples interpretaciones de los acontecimientos producidos, me permito caracterizar a aquella época como un momento en que las personas nos vimos en una tremenda soledad por el abandono de los líderes nacionales, lo que se denominó “crisis de representación”.

Tras un largo proceso de deterioro, se desencadena específicamente el 19 y 20 de diciembre de 2001 una revuelta social como nunca antes lo había experimentado. En esa desolación nació la inquietud de participar en un espacio de comunicación para intervenir de manera orgánica e interpretar los hechos de aquella realidad de manera colectiva. Así es que sorprendentemente localicé a Indymedia Argentina. El contacto fue inmediato. Fui convocada a un encuentro en momentos de formación incipiente de aquel medio-activista. Para la mayoría, era nuestra primera reunión. La sensación de pertenencia fue inmediata, casi como un encastre de piezas de rompecabezas. El dispositivo mediactivista se puso en marcha de inmediato: cubríamos marchas, piquetes y asambleas desde una perspectiva no convencional. Corríamos tras las represiones policiales-institucionales, éramos un medio que aguantaba el tiempo necesario tras los apremios ilegales que llevaron a muchxs compañerxs a las comisarías, visibilizábamos lo que ningún medio hegemónico se atrevía a mostrar como las tomas de tierras desde dentro de los propios protagonistas o las ollas populares y sus asambleas. Todo evento que implicase una manifestación de reivindicación de injusticias sociales, Indymedia transmitía del lado más acuciante, la gente desposeída, desesperada, desocupada, hambrienta...

¿Cuál era la práctica *inhabitual* que hacía que el Medio sea un fin político? Por empezar, Indymedia era uno de los primeros medios, sino el primero, en ser 100% digital. Esto que hoy está naturalizado, en aquel momento fue una innovación de avanzada. Era una cons-

trucción integralmente digital, es decir, su soporte no precisaba de la impresión en papel. Esta aparición era en cierto modo, tan chocante, insólita como revolucionaria. El nuevo siglo aportó otras lógicas, con usos tácticos de los medios digitales que venían de un incipiente desarrollo en los países centrales, e Indymedia en Argentina fue quizás la primera experiencia consolidada en trabajar de esa manera formando parte de esa red global.

El mediactivismo planteó nuevas maneras de construcción de la comunicación en los espacios políticos. Los usos de tecnologías abiertas, de plataformas cooperativas, del espacio público común fueron innovadoras. El colectivo de Indymedia generó su propia táctica para legitimarse en los distintos movimientos sociales. Algo que ni los medios masivos ni la izquierda tradicional habían hecho. Indymedia fue la concreción de una táctica de constituirse un medio *de* la acción política y no un instrumento *para* la acción política.

Con esa premisa, el colectivo Indymedia fue una herramienta muy poderosa que tuvo la potencia de ser y de dar la voz narrativa a una innumerable cantidad de colectivos, comunicadorxs, artistas, feministas, militantes sociales, pueblos originarios, medioambientalistas, que encontraron maneras singulares de participación, además de un lugar común de conversación, discusión y construcción de subjetividad militante. Pero, además, y así como en cada localidad, Indymedia era centro de convergencia de diversidades políticas que accionaron en conjunto.

Las prácticas políticas mediactivistas involucraron, no solo al periodismo tradicional, sino que dio lugar a pensar y actuar la comunicación desde otras lógicas artísticas y creativas. Fue por eso que la composición del colectivo era transdisciplinar ya que involucraba a periodistas como a una amplia gama de artistas, fotógrafxs, cineastas, pero también sociólogos, antropólogos, politólogos, militantes sociales, que pudieron aportar otras miradas a la tarea *contrainformativa*. De esta manera, el colectivo participó, creó y se involucró en distintas actividades que estaban por fuera de todo encuadre periodístico.

Por mencionar un ejemplo contundente, el área de “video” de Indymedia fue invitada a participar en el festival de cine de Toulouse, en Francia en 2003, con una muestra propia donde se exhibió el material producido “en contexto”. El documental “Compañero cineasta piquetero” ha sido un producto peculiar: con tan solo una cámara, un joven sin

ningún conocimiento ni formación audiovisual logró expresar y narrar su historia de vida y su conversión en “piquetero” en una localidad específica (Lanús). “Para muestra basta un botón”. Ese documental fue el testimonio en primera persona de miles y miles de pibes y pibas padeciendo los avatares de una realidad sociopolítica insoportable. Tras un novedoso medio comunicacional como lo era la lente de una simple cámara se plasmó una experiencia única e inigualable que recorrió, no obstante, el mundo entero. Se estaba iniciando un momento fundacional para un medioactivismo hasta entonces desconocido.

Globalidad

La creación de los *Independent Media Centers* (por sus siglas IMC, Centros de Medios Independientes) se produjo en el contexto de la organización de la contracumbre de la Cumbre de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Fue en ese marco que se libraron las batallas de colectivos antiglobales en Seattle (1999) ya que, para interferir en la realización de la cumbre, diversas redes de activistas organizadas a través de la web, tuvieron el objetivo de crear acciones directas para imposibilitarla. Desde cortes de calles, manifestaciones, huelgas, grupos pacifistas hasta las columnas de los *black blocks* fueron algunas de las acciones directas llevadas a cabo en esos días, no sin represión y agitación callejera en la ciudad del *grunge*.

Hay acontecimientos que dejan marcas en el pensamiento y en los cuerpos de ciertas generaciones. La subjetividad “activista antiglobal” es una de esas trazas que permitió crear nuevos imaginarios. Devenires autónomos y radicales caracterizaron una manera de *hacer movimiento* entorno a idearios vinculados con el deconstruir las jerarquías, crear autónomamente sin Estado y sin mercado, además de romper ideológicamente con un régimen político neoliberal.

En ese contexto, la red de medios alternativos creados para contrarrestar lo que hoy se conoce como *fake news* producidas sistemáticamente por los medios masivos de comunicación en el marco de la Cumbre, aportó mucho material para demostrar que aquella era un fiasco, una estafa para los pueblos.

Indymedia, ante ciertos eventos se convirtió en un “Centro de medios” temporalmente constituido ya que podía visibilizar otros tipos de noticias desde un sentido mediactivista. Y a partir de aquel acontecimiento se formó una red de redes de comunicación independiente. De esta manera, la red de comunicación pasó de ser un proyecto temporal a convertirse en una red global de comunicación digital que construyó colectivos de contrainformación alrededor de todo el mundo.

Con respecto a la organización colectiva, cada sede local se manejaba con independencia de las demás, no había una “bajada de línea centralizada” que determine los pasos a seguir de manera vertical. Sin embargo, las webs de todas las sedes de Indymedia estaban reunidas en un portal general, y eran alojadas en un servidor de Estados Unidos.

Pero en términos de sentido, Indymedia hizo un aporte clave en el contexto de la descentralización del saber, que hoy día nos parece insignificante ya que existen las redes sociales, pero que en su momento fue fundamental: la implementación de la lógica 2.0 antes de la existencia del concepto. La posibilidad de interactividad –subir notas, fotos, audios y comentar abiertamente– que tenían quienes participaban, era única en su temática en un contexto web donde la lógica predominante no la contemplaba.

Hace veinte años, la conexión a la Internet era telefónica, no se habían diseminado aun ni siquiera tecnologías tipo *blog*. Un momento de la Internet ciberpunk, donde la navegación era fortuita y anárquica, donde las páginas se hacían artesanalmente, donde los buscadores no colectaban *big data*, pero sobre todo sin el uso de redes sociales ni plataformas.

Tanto en Seattle (OMC, 1999), en Davos (2001) como luego en Génova (G8, 2001) que tuvo como corolario la muerte atroz y alevosa del activista antiglobalización Carlo Giuliani, los medios independientes construyeron nuevas formas de expresión colectiva y participación comunitaria. El siglo XXI llegó, haciendo un uso táctico de los medios, apelando al compromiso colectivo y desmercantilizado. Para ello, se crearon formas de circulación y producción de la información que utilizaron nuevos espacios, tecnologías y estrategias de colaboración totalmente disruptivas y que se manifestaron como victorias para el movimiento antiglobal. En el caso de Seattle, la cumbre efectivamente fue interrumpida gracias a la potencia activista, en común-unidad. Eso que produjo la temporalidad de ser una

confluencia espacial y específica para un acontecimiento, armó las bases para que brotara una red de colectivos locales que se apropiaron de la idea propagando nodos por Estados Unidos y Europa primero; y luego surcaron los océanos para llegar a América del Sur.

Indymedia Argentina

Sin logueo o suscripciones previas, la web de Indymedia Argentina era visitada por todo el abanico activista (y por los Servicios también), ya que todxs podían participar en tiempo real, además de comentar artículos y noticias. Lo que actualmente es algo “habitual”, hace veinte años era una innovación de corte “democrática”. La construcción colectiva funcionaba como un centro de noticias sin ser una agencia. La misma lógica propuesta por la web era la de promover a través de un gran foro la horizontalización para que las diversas voces tuvieran cobijo. Aquello que era omitido / sesgado / ideologizado por los grandes medios de comunicación, en Indymedia se visibilizaba a partir de los relatos de cada participante de manera abierta, libre y “empoderada” (algo que en ese momento era de vanguardia, hoy una moda).

Como proponía el *banner* central, Indymedia construyó colectivamente una herramienta política / poética que dio lugar a que “cada persona fuera un/a corresponsal”, parafraseando a Rodolfo Walsh.

Fueron épocas de generosa y prolífica espontaneidad coyuntural, donde la web funcionaba como un acto antropofágico de una de las herramientas del imperialismo.

No obstante, el espacio editorial era lo que producía el colectivo, estaba alejado de las agendas mediáticas. Sin embargo, en ocasiones, las mismas fueron citadas y hasta replicadas en los grandes medios. La diferencia central era el tipo de organización y funcionamiento: voluntario, militante y mediactivista. Nadie cobraba plata por estar dentro del colectivo.

No todo era publicable. El colectivo editorialista de Indymedia cumplía la función de proteger, borrar del *scroll* aquellos comentarios sexistas, racistas, insultos, acciones evidentes de los servicios de inteligencia, agravios personales y todo tipo de situaciones consideradas violentas por “la política textual”. Además, editorializaba y producía coberturas vinculadas

a los movimientos sociales en auge. Pero también en el *offline* organizaba muestras de videoactivismo, fotos, talleres de periodismo en los barrios, charlas, intercambios, etc.

En el contexto de crisis total, de desidia total, de incertidumbre total, Indymedia fue un pequeño refugio en una montaña virtual y militante donde convivían movimientos muy disímiles albergados en los albores del recambio digital. Los movimientos que entonces carecían de herramientas disponibles o “recursos humanos” para generar espacios, comisiones y proyectos de prensa, utilizaban el sitio. En ese sentido, por su mera existencia, Indymedia ayudó a dinamizar lógicas autónomas. Con el correr de los meses, comenzaron a formarse comisiones de prensa y a publicar contenidos desde su particular óptica ideológica. Eso facilitaba en el mediano plazo, el efecto de desvanecimiento del colectivo, ya que a medida que pasaba el tiempo –y con el advenimiento de otros sistemas de publicación como los *blogs*–, cada movimiento fue creando sus propios medios. Sin embargo, en ese breve lapso, gran parte del “campo de lucha popular y de izquierda” lavó platos, cocinó guiso, durmió en cucheretas y cantó los grandes éxitos mancomunados en el fogón virtual.

El Medio es un fin político: el lado B de la información

En el inicio del artículo me preguntaba por las potencias, problemas y desafíos en los modos de experimentación mediactivista y los aportes que hizo el colectivo Indymedia en Argentina.

El cambio de siglo llegó con nuevos desafíos respecto a los medios de comunicación y el rol que tuvieron las tecnologías digitales, siendo parte del campo de las batallas políticas. Los movimientos antiglobalización construyeron un espacio anticapitalista en red que tuvo como novedad que su conexión se desarrollara a través de Internet. En ese sentido, Indymedia fue una bisagra epocal que potenció el mediactivismo encarnado en los movimientos de contrainformación y que fueron una trinchera para las organizaciones sociales, entendiendo a la comunicación no como una mercancía, sino como un derecho humano.

Pero claro, la Internet no es la misma que la que utilizamos en la actualidad: usábamos el *messenger*, y los foros, el email, entre otras herramientas hoy vetustas. No todxs teníamos

Internet en las casas, entonces se trabajaba en distintos “cyber-cafés” que normalmente estaban abiertos toda la noche.

Y aquello se hizo masivo... sacamos fotos y las publicamos en tiempo real en cualquier circunstancia, escribimos posteos, opinamos, comentamos en la red de otra persona, transmitimos en vivo. Sin embargo, la comunicación digital descentralizada de la cultura hegemónica tuvo a Indymedia como uno de los hitos vanguardistas más relevantes en los inicios de este “modo de vida infocomunicacional”. Fue una de las primeras redes de comunicación que ayudó a difundir el lado B de la cultura digital, pero también experimentó y motorizó maneras de intercambio lejos de los egos e individualismos tan característicos de las participaciones virtuales de nuestra actual cotidianidad.

Fin de ciclo: la fragmentación de lo común

No recuerdo exactamente cuáles fueron los motivos reales por los cuales dejé de participar de Indymedia, y aunque creí que ese momento nunca llegaría, el ciclo se cerró. En el medio se habían desarrollado muchísimos colectivos temáticos y territoriales, la red argentina estaba fortalecida y hasta algunos colectivos continúan en acción. Los movimientos sociales habían logrado tener sus comisiones de prensa, y así la prensa independiente obtuvo protagonismo. Pero el colectivo fue desvaneciéndose para avanzar en otras búsquedas... la “pacificación” de la política y de lo político también hizo que no sea necesario estar permanentemente en las calles. Sin embargo, las experiencias que fundaron las prácticas de comunicación asamblearias y horizontales nunca terminaron. La experiencia nos aportó a toda la generación que participamos, una cantidad de recursos simbólicos, contactos con muchas instituciones, ideas de todo tipo, proyectos que luego se fueron desarrollando en el tiempo...

Quizás, esa época vivida no puede representar ni recrear las experiencias de aquel colectivo, pero de lo que podemos estar segurxs es que ha dejado una huella indeleble que palpita dentro de las nuevas maneras de hacer, abriendo nuevos sentidos. Hacer mundo, hacer con otrxs, hacer estallidos, siempre.



La república reencontrada

GABRIELA RODRÍGUEZ RIAL (UBA/IIGG-CONICET)
28 DE DICIEMBRE DE 2021

Nosotros, los de entonces...

Hace veinte años, en diciembre de 2001, entre cacerolas, asambleas y represión, nunca tuve tan encima mío a la policía montada como la noche del treinta de ese mes que vivimos en peligro, nadie hablaba de república. La democracia era la palabra clave de nuestro vocabulario político. Las miradas politológicas institucionalistas manifestaban preocupación frente a la crisis de representación, cuyo síntoma más evidente era el crecimiento del voto en blanco en las elecciones legislativas de octubre de 2001. Quienes abogaban por una democracia participativa, veían en el asambleísmo, la posibilidad de trastocar los límites de un régimen político formal, aunque no muy cortés, que mostraba claras insuficiencias para responder a las demandas de una ciudadanía que excluía de la

toma de las decisiones. Los movimientos sociales eran la novedad de la recién terminada década de los noventa y, muy tímidamente, alguien se atrevía a mencionar la palabra Estado. Pero la república no estaba. Se había ido de los léxicos políticos argentinos cotidianos cuando se terminó el ensueño alfonsinista que pretendía recuperarla.

Casi al mismo tiempo, en España, José Luis Rodríguez Zapatero, pretendía reformar el Partido Obrero Español y desplazar al Partido Popular de la presidencia del gobierno con un discurso inspirado en la filosofía política neo-republicana. Philip Pettit, un filósofo irlandés, acababa de publicar su libro *Republicanism. Una teoría de la libertad y el gobierno* que era la nueva biblia del republicanismo. En esas poco más de trescientas páginas se definía a la libertad republicana como *no dominación* y se la transformaba en una tercera vía superadora de la libertad negativa liberal-moderna y la libertad positiva participativa-antigua. Pero, además de reconstruirse una génesis de la historia del pensamiento político que tenía a la república como concepto fundamental, se proponían “recetas” para mejorar el desempeño de las democracias representativas contemporáneas, muy similares a las que había sugerido Guillermo O’Donnell cuando en 1994 inventó el concepto de “accountability horizontal”. Lo que decía Pettit no era precisamente original, estaba inspirado en los aportes de la historia intelectual, tanto de la escuela de Cambridge (Quentin Skinner) como de Saint Louis (P.G.A. Pocock), que hicieron del republicanismo una tradición política igualmente moderna como el liberalismo. Desde la historia del pensamiento político, la historia política o la filosofía, el neo-republicanismo se presentaba como algo más que una perspectiva analítica o metodológica para abordar conceptos o instituciones. El neo-republicanismo venía a salvar a la política contemporánea de su apatía liberal. Así lo planteaban también otros exponentes de esta corriente como Maurizio Viroli, Claude Nicolet o Jean-Fabien Spitz. Sin embargo, el libro de Pettit estaba escrito en un lenguaje más fácilmente digerible para la dirigencia política, especialmente europea, que los trabajos más sólidos analítica e históricamente de Quentin Skinner. Por eso, todavía hoy, cuando se hace referencia al neo-republicanismo y a la libertad republicana, es raro no escuchar el nombre del filósofo político irlandés.

Mientras Eduardo Duhalde se hacía cargo de la presidencia de la Argentina, las esperanzas verdes de la clase media argentina se pesificaban asimétricamente, la situación social

se contenía con planes, y la represión a la protesta continuaba, se publicó en México *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, coordinado por José Antonio Aguilar Rivera y Rafael Rojas. Esta compilación es un ejemplo de cómo el cambio de paradigma en la historia del pensamiento político, que permitió estudiar a las revoluciones atlánticas desde una perspectiva diferente al liberalismo whig, llegó a América Latina. Poco años antes, había sido escrita *La tradición republicana* de Natalio Botana, que sin renunciar a la clásica historia de las ideas a favor de las renovadas tendencias metodológicas de la historia intelectual, demuestra que lo que hay detrás de las coincidencias y conflictos entre Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento son dos formas diferentes de entender el republicanismo.

En ese momento, cuando la crisis del 2001 se conjuraba en un orden de transición hacia no se sabía dónde, la autora de estas líneas, aunque había leído algo del libro de Botana, no conocía absolutamente nada del campo de estudios políticos republicano, en el cual una década más tarde trabajaría. Sus preocupaciones teóricas, asociadas a sus responsabilidades como auxiliar docente de Ciencia Política y a su deseo de entender la relación entre excepción y soberanía la llevaban a leer a Carl Schmitt y a Tomás Hobbes. Su vida personal estaba ocupada en el trabajo en una agencia municipal dedicada a la planificación estratégica participativa y en formar una joven familia. Pero como los senderos no solamente se bifurcan, sino que también se entrecruzan, entre sus lecturas sobre Schmitt se coló *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas* de Marcos Novaro. Este libro, centrado en las interpretaciones italianas del pensamiento schmittiano comenzaba con un epígrafe de Raymond Aron cuyo sentido maquiaveliano pude entender muchos años después: las repúblicas temen tanto a los grandes líderes, que terminan recurriendo a salvadores.

Y entonces llegó el presidente que sí fue, y la república y el liderazgo parecieron encarnarse en un príncipe inesperado, que sin saberlo, regaló a la generación de los años 70 la posibilidad de reivindicarse de la desmemoria y el desencanto con la política democrática, y a sus hijos, que nacieron entre mediados de esos años 70 y fines de los años 80, la posibilidad de encontrarse y hasta enamorarse de la política.

Un republicanismo venido del sur

Aunque en la segunda década del siglo XXI haya tesis, artículos y capítulos de libros que refieran al republicanismo kirchnerista e incluso califiquen al estilo político discursivo del ex presidente argentino de republicanismo moral,¹ cuando Néstor Kirchner dio su discurso de asunción el eje del debate político no pasaba por la república. Los temas de época eran la reconstrucción de la presidencia, el rol del Estado, el crecimiento económico asociado a la justicia social y la memoria, la verdad y la justicia. Sin embargo, si hoy miramos a ese nuestro pasado reciente con ojos de futuro, una de las más hermosas frases de *Sobre la revolución* de Hannah Arendt, había indicios republicanos en las palabras y los hechos de este primer gobierno kirchnerista. Por un lado, el recién asumido presidente entendía que la prosperidad de la comunidad era el fundamento de una ciudadanía plena, y hablaba de las convicciones, versión moderna de la virtud cívica, como algo a lo que no iba a renunciar. Por el otro, el lema de su acción de su gobierno fue la expresión: “ni palos ni planes”. Para Néstor Kirchner la respuesta gubernamental frente a la protesta social, que de a poco se había transformado en sindical, no debía ser ni la represión ni la contención sino la ampliación de derechos. Y estos viejos y nuevos derechos no estaban solamente orientados a integrar socialmente a los condenados de nuestra tierra por la desocupación persistente desde los años 90, la precarización laboral o la falta de infraestructura mínima para sobrevivir. El “derecho a tener derechos” se vio reflejado en la generalización de la negociación colectiva como espacio para dirimir el conflicto laboral y en el reconocimiento de la educación y de la ciencia no solo como motores del tan mentado desarrollo productivo sino también como pilares de la civilidad. Se trató de un *republicanismo de las políticas*, aunque nadie lo haya bautizado con ese nombre.

Tal vez sin saberlo ni quererlo, Néstor Kirchner tuvo un *connatus* spinocista. La multitud activada por la crisis de 2001 podía encontrarse en un Estado de Derecho que ya no era una sociedad política hostil, sino que hacía posible una vida autónoma, honrada y feliz bajo el gobierno de la ley. Se trata de una esperanzadoramente bella

1 Baste mencionar como ejemplo las tesis doctorales y publicaciones de Sabrina Morán y Florencia Rísolo, miembros de una generación que estaba terminando la escuela primaria en el gobierno de Néstor Kirchner y que se benefició de las políticas de financiamiento a la formación de posgrado que se iniciaron en esa presidencia.

definición de república que es bueno recordar cuando esta forma política es reivindicada, en la teoría y en la política, por quienes justifican la exclusión, la conservación, persecución y el miedo a todo aquello que desafía las convenciones establecidas.

Mientras el campo académico de la ciencia política que había alabado al presidente que supo reforzar la autoridad presidencial, empezaba a criticarlo por sus tendencias delegativas, la historia de la república metía la cola. La historiografía argentina tenía un crecimiento sin precedentes, historiadores e historiadoras proponían y diseñaban contenidos de canales culturales y educativos, y los manuales de enseñanza media se renovaban. Y en ese marco, los procesos de emancipación política del siglo XIX latinoamericano eran comprendidos como parte de las revoluciones atlánticas. Todavía no estaba en discusión la cuestión de los usos políticos de la historia, como sí lo estaría una década después, en el contexto del festejo del bicentenario de la revolución de Mayo, en la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, y el no festejo del bicentenario de la Independencia durante la presidencia de Mauricio Macri. Pero mientras la historiografía narraba la saga de nuestra república, las ciencias sociales empezaban a preguntarse cuál era el vínculo entre los conceptos con los que interpretaban los procesos sociopolíticos y las prácticas cotidianas que estos legitimaban. Y en ese contexto palabras desterradas o marginadas del léxico de la Argentina post-dictatorial empezaban a colarse en el debate público sin pedir permiso. Y entre ellas volvían el populismo, el gobierno popular, lo nacional popular, y más tímidamente, la república.

Cuando la primera presidencia kirchnerista llegaba a su fin, la república dejaba de ser memoria de una inconclusa promesa alfonsinista incumplida, pero tampoco logró transformarse en esa prenda de paz, conciliación, moralidad y felicidad compartida, que Néstor Kirchner proclamaba bajo la fórmula de un país normal. Y, entonces, cuando la república, icónicamente representada por la joven Marianne,² fue presidida por una mujer, recomenzó la batalla ideológica por apropiarse de su sentido.

2 La imagen de la joven Marianne, con su gorro frigio, la bandera y el hombro descubierto, no remite ni a la revolución francesa de 1789 ni a la de 1848 que dio lugar a la segunda república francesa sino a la de 1830.

El ajedrez republicano entre los peones y la dama

Con las presidencias de Cristina Fernández de Kirchner empieza a jugarse una partida del ajedrez republicano que no se vio interrumpida por la llegada de Mauricio Macri a la presidencia en 2015, ni por el triunfo del Frente de Todos en 2019. En este tablero se dispusieron viejos y nuevos actores y se activaron viejos y nuevos significados. La república fue un tema de la política antes de que el análisis político se ocupara de ella. La formación del partido *Propuesta Republicana* en 2005, que nació como una fuerza vecinalista que agrupaba a quienes habían acompañado a Mauricio Macri en su intento fallido de llegar a la Jefatura de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2003, y los discursos de Elisa Carrió y Cristina Fernández en la campaña de 2007 son solo dos ejemplos ilustrativos.

A partir de 2008, tras el conflicto del gobierno con las patronales agrarias, y sobre todo 2010, en el Bicentenario de la Revolución de Mayo, la república y el republicanism empezaron a ser temas de debate intelectual y académico. Se produjeron libros interesantes que dieron cuenta de la pluralidad de tradiciones que conforman al republicanism como corriente de la historia del pensamiento político, algunos centrados en la historia argentina decimonónica, como los de Susana Villavicencio, Hilda Sabato, o Marcela Ternavasio, y otros en discusiones políticas y filosóficas más contemporáneas como los de Andrés Rosler, Macarena Marey o Eduardo Rinesi, por solo mencionar a poquísimas figuras representativas de este debate. Sin embargo, se impuso la idea tanto en el campo de la política como entre quienes se dedican a estudiarla que estábamos frente a una reedición de la antinomia entre república y populism que se instaló en los años posteriores al centenario de la revolución de Mayo. Aunque no se usara todavía el vocablo populism, es frente al inminente triunfo de la Unión Cívica Radical, tras la reforma electoral conocida como Ley Sáenz Peña, que la república pasa a ser interpretada por los políticos e intelectuales conservadores como la salvaguarda frente a una democracia, cada vez más caótica, plebeya, vulgar, incontrolable. Así pues, aunque por sus palabras y por sus políticas Cristina Fernández de Kirchner mostraba claras afinidades con el republicanism, incluso con las versiones más liberales de este último. De hecho, varias políticas de ampliación de derechos que se llevaron a cabo durante los gobiernos de CFK como el matrimonio igualitario, la asignación universal por hijo, el registro de las

trabajadoras de casas particulares, por solo mencionar tres de ellas, representan modos claramente republicanos de producir ciudadanía. No olvidemos que para Pettit en una comunidad política republicana podemos mirar a los otros a los ojos sin sentirnos dominados, en todos los ámbitos de la interacción social. A pesar de esta afinidad afectiva con la libertad republicana, el kirchnerismo pasó a ser para propios y ajenos un neopopulismo, personalista, decisionista, conflictivo, disruptivo para la institucionalidad, aunque estos distintos adjetivos calificativos serían evaluados como contradictorios por uno de los teóricos políticos referentes del decisionismo: Carl Schmitt. Y casi más por descarte que por virtud, aunque uno de los principios aglutinadores de la coalición *Cambiamos* fue, en el plano retórico, la lucha contra la supuesta corrupción kirchnerista, quien se oponía al polo nacional y popular de la política argentina pasaba a ser parte del espacio político republicano.

Y por más esfuerzos interpretativos que se han hecho por mostrar las tensiones y contradicciones en los usos de la república y el republicanismo como fundamentos legitimadores de prácticas, identidades, discursos y políticas, el maniqueísmo parece haber ganado la batalla. Y no solo la república al no poder ser popular se volvió en conservadora, sino que la vuelta del kirchnerismo y sus aliados al gobierno, no logró todavía ni siquiera reparar en la sociedad las heridas infringidas por los años del macrismo en el gobierno, en la economía, en las instituciones y en la vida política en general.

Para la libertad

Con la pandemia de COVID-19 la libertad volvió a estar en boca de todos, pero no se trata de una libertad que se podría calificar de republicana. Esta última significa la no dominación, es decir el rechazo a la interferencia de otros (encarnados tanto en poderes públicos como individuos) en mi accionar en tanto y en cuanto se trate de una interferencia arbitraria, que atenta contra mi autonomía. Pero la libertad republicana, que no necesariamente está vinculada con una concepción sustantiva del bien común, es social y política. En tal sentido, es imposible sentirme personalmente libre, segura, autónoma, si no vivo en una comunidad que también lo es. Pero las identidades políticas no siempre consultan al diccionario de la historia del pensamiento político a la hora de articularse.

Y, entonces, luego de años de plantear que no hay un republicanismo, sino varios, y que la república no es por definición antipopular, nos encontramos que en el campo político argentino, pero no solamente aquí, ser republicano pasó a ser sinónimo no ya de liberal sino de libertario. ¿Hemos perdido nuevamente la lucha ideológica por el sentido de la república? ¿Vale la pena revertir la derrota? ¿Hemos retornado al horizonte de expectativas del 2001 cuando la anti-política clamaba para que se vayan todos los que terminaron volviendo un par de años después?

Como dice el filósofo cordobés Sebastián Torres reinterpretando hermosamente a Cicerón, vivimos en un mundo que no nos pertenece. Toda comunidad es no contemporánea, porque conviven en ella distintas generaciones. Esta pluralidad nos hace experimentar algo mucho más radical que el anacronismo: compartimos el mundo y hacemos política con personas que tienen una experiencia del tiempo, pasado, presente y futuro, muy distinta de la nuestra. Como el Escipión octogenario que protagoniza *De Senectute*, aunque todavía no sea tan vieja, no puedo vivir e interpretar la política sin que la crisis de 2001 sea una referencia tan vital como teórica. Y mi modo de relacionarme con ese tiempo no es el mismo que el de mis mayores que también la vivieron luego de haber sobrevivido como adultos y adultas al terrorismo de Estado, ni el de quienes eran infantes, cuando Fernando de la Rúa abandonó la presidencia de la república en helicóptero. Y ¿qué pensarán del 2001 nuestros hijos, nacidos a partir del 2003, que no lo experimentaron vitalmente pero que lo tienen arraigado en la memoria emotiva y política? Tal vez lo vean verdaderamente con ojos de futuro, y no con los ojos cansados y derrotados de quienes soñamos con una república popular donde no fuésemos dominados y despertamos con republicanos libertarios que confunden la libertad con el deseo egoísta de hacer lo que se les da la gana sin nunca mirar a los demás a los ojos buscando en ellos el reflejo de la igualdad.



Fue un quilombo

MARIANA CANÉ PASTORUTTI (UNSAM-CONICET)

28 DE DICIEMBRE DE 2021

El politólogo Germán Pérez acudió a la expresión lunfarda *quilombo* –común en el período como descripción de aquello que resultaba difícil de comprender– para subrayar la desarticulación de vínculos sociales que condensó todo eso que hoy reunimos bajo la etiqueta de “la crisis del 2001”: desarticulación de relaciones sociales como el dinero (de la mano de las cuasi-monedas), la propiedad (a raíz de la confiscación de ahorros y plazos fijos) y la autoridad política (con el cuestionamiento al estado de sitio y el posterior desfile de dirigentes políticos por el sillón de Rivadavia). Cualquier ciudadano o ciudadana que haya habitado el suelo argentino en diciembre de 2001 seguramente encuentre en la palabra *quilombo* una descripción bastante precisa del aire que se respiraba a comienzos de aquel verano: el de la experiencia en carne viva de la dislocación y la fractura de

la sociedad en sus lazos más elementales. Y difícilmente un *quilombo* de tal magnitud pueda ser simplificado a partir de una contraposición entre unas narrativas definidas como “verdaderas” y otras calificadas de “falsas”. Un ejercicio con tal objetivo no solo sería imposible sino, además, profundamente injusto con sus protagonistas, con los y las asesinados a manos de las fuerzas de seguridad que reprimieron la protesta social, con quienes no podían poner un plato de comida en su mesa porque no tenían trabajo, con quienes vieron sus salarios y jubilaciones recortados en un 13%, con aquellos que perdieron sus ahorros de toda una vida, en fin, con aquellos y aquellas que no tenían ni “mejores instituciones”, ni “más calidad democrática”, ni mucho menos mejor “calidad de vida”.¹ Por el contrario, la conmemoración de los –apenas– veinte años de una de las crisis políticas, sociales y económicas de mayor envergadura en la historia de nuestro país debería, más bien, invitarnos a revisitar el periodo con una mirada crítica que dé cuenta de la multiplicidad de procesos que aun hoy habitan eso que recordamos como “la crisis del 2001”. Y esto supone marcar tanto el protagonismo de “la gente” y las novedosas formas de acción colectiva y de protesta social que allí surgieron, como también subrayar el papel jugado por y las responsabilidades de “los políticos”, no solo por las decisiones que adoptaron, sino también por el rol que tuvieron en el proceso de pérdida de legitimidad de su propia palabra.

Las jornadas del 19 y el 20 de diciembre fueron más el nudo que el desenlace de una trama que había empezado a tomar forma bastante antes del verano del 2001 y que no terminó con la renuncia de Fernando De la Rúa. Y en esa trama jugaron un rol clave las elecciones del 14 de octubre de 2001. Hoy recordados como los del “voto bronca”, aquellos comicios legislativos tuvieron dos características sobresalientes: 1) el altísimo porcentaje de votos blancos y anulados, y 2) la coincidencia de gran parte de las y los candidatos a senadores/as y diputados/as respecto a que la mejor salida a la crisis era el cambio de “modelo”. Desde el autonomista Luis Zamora (candidato a diputado nacional por la Ciudad de Buenos Aires) hasta los aliancistas Rodolfo Terragno y Raúl Alfonsín (candidatos a senador por la Ciudad y por la provincia de Buenos Aires, respectivamente) y pasando por el peronista y excandidato a presidente en 1999, Eduardo Duhalde (luego

1 Como se puede leer en el texto reciente de Hernán Lombardi titulado *Fue un golpe*. Recuperado de <https://seul.ar/fue-un-golpe-2001/>

senador por la provincia de Buenos Aires), gran parte del arco político que formó parte de la disputa electoral identificó en “el modelo” vigente la raíz de la crisis. Esto marcaba, entonces, un punto de coincidencia (quizás el único) en una parte de la dirigencia política que veía en las políticas aplicadas por el gobierno de la Alianza una continuidad con las del menemismo neoliberal, en contraposición a las cuales se habían escrito los lineamientos de la fundacional Carta a los Argentinos, allá por 1998. Esa parte del arco político que excluía, principalmente, a los funcionarios del poder ejecutivo nacional y al expresidente peronista Carlos Menem, fue la que encaró –no sin dificultades y con un fuerte protagonismo de Raúl Alfonsín y Eduardo Duhalde– la salida institucional posterior al 20 de diciembre. Por el otro, marcaba también un punto de concurrencia en la ciudadanía porque, como señaló Juan Carlos Torre en su ya clásico artículo “Los huérfanos de la política de partidos”,² los votos blancos y nulos impactaron mucho más en la Alianza y en los candidatos provenientes del radicalismo, que en el caudal de apoyos al peronismo. De este modo, ya por los votos negativos (voto bronca), ya por los positivos (dirigidos en mayor medida a los y las candidatas peronistas), “el modelo” y sus representantes encontraban cada vez menos apoyo ciudadano. Estas coincidencias –que anudaron en las jornadas del 19 y el 20– trazaron algunas de las demandas a las que el gobierno de Fernando De la Rúa no supo, no quiso o no pudo encontrar respuesta.

Asimismo, concebir a las decisiones del gobierno de la Alianza como fundadas sobre el “deseo de los argentinos” de sostener la convertibilidad³ adolece, cuanto menos, de dos puntos oscuros. Por un lado, no reconoce capacidad productiva para la política (entendida como conjunto complejo y discordante de actores, discursos, instituciones), porque la piensa como mero reflejo de los “estados de ánimo” de “la sociedad” (a la cual, además, se entiende como una unidad monolítica que piensa, desea y actúa en forma unánime). De ese modo, no solo se pierde el carácter conflictivo tanto de “la política” como de “la sociedad”, sino que, además, se diluye la responsabilidad política de las decisiones tomadas por los actores. Pero, y por el otro lado, también pierde de vista las condiciones en las que nació el tipo de cambio convertible a principios de los noventa.

2 Torre, J. C. (2003). Los huérfanos de la política de partidos Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico*, 42(168), 647-665.

3 Como se expresa en el texto ya mencionado de Lombardi.

La convertibilidad no importaba tanto en sí misma, sino como garantía de la estabilidad. 1 peso = 1 dólar no era simplemente el equivalente de Miami y las toallas baratas en Uruguayana (y no olvidemos que no todos y todas se fueron a Uruguayana, y mucho menos a Miami, en los noventa); era, ante todo, la ecuación que encarnaba la estabilidad después de los procesos hiperinflacionarios de 1989 y 1990. La acelerada destrucción de puestos de trabajo (ya desde mediados de los noventa), los “impuestazos” de 1999 y 2001, la reducción de salarios públicos y jubilaciones, el casi 40% de personas bajo la línea de pobreza y el 13,6% debajo de la de indigencia (en octubre de 2001), así como la confiscación de depósitos bancarios –por nombrar solo algunos elementos– dejaron en evidencia que la tan deseada estabilidad distaba de ser una realidad para porciones cada vez más numerosas de la población. Y ello porque por “estabilidad” no debe entenderse necesariamente ausencia de conflicto, sino también –y, quizás, sobre todo– estabilidad laboral, salarial, del nivel de vida.

“La crisis del 2001” fue un complejo haz de procesos que confluyeron fugazmente en las jornadas del 19 y 20, pero que las excedieron por mucho y que tuvieron, en ciertos momentos, tendencias contrapuestas. Explicar las causas y los efectos de esa maraña de procesos por el accionar de actores individuales aislados (que habrían hecho las veces de demiurgos, pero de unos medio rengos, que destituyeron presidentes a voluntad pero no pudieron sostenerse en la cúspide del poder ejecutivo por el lapso por el que fueron designados) o por la capacidad de colectivos monolíticos (que gozaban de una unidad tan sólida que duró apenas unos meses) es simplificar en exceso algo que tanto hoy como hace veinte años se resiste a ser encasillado con tal liviandad. Lo que aquel punto de confluencia puso en el centro de la escena pública fue que todo se había *enquilombado*: las calles, las rutas, los despachos de los funcionarios, las cuentas bancarias, los utensilios de cocina y, sobre todo, el tiempo. El espacio público era un *quilombo* porque allí estallaron las demandas de los y las que no eran tomados en cuenta, tanto de los/as desocupados/as y las familias que fueron excluidas (de la seguridad social, del mercado de trabajo, de cualquier tipo de derecho), como de aquellos/as que no tenían esos papelitos que sirven para ser intercambiados por un kilo de pan en el almacén de barrio o por un pasaje a Punta del Este. Pero también el tiempo público era un *quilombo*: lo que hasta ese momento había sido concebido, presentado y defendido por los discursos (de

los) políticos como la única forma de vida comunitaria posible (la convertibilidad, las privatizaciones, los “ajustes”, la reducción “del gasto público”, el desempleo y la pobreza, el enfrentamiento entre “la gente” y “los políticos”) era puesto en duda. Desde hacía (quizás más de) diez años el tiempo de la comunidad, ese que regía la vida colectiva, era definido como único, inevitable, inexorable: “*hay que recortar*”, “*no nos queda otra que endeudarnos*”, “*el ajuste es el único camino posible*”. Frente a eso, el *quilombo* –gracias a “la gente” y a pesar de ella, gracias a “los políticos” y a pesar de ellos– puso en primer plano que otro modo de hacer las cosas era posible.



Vaffanculo

ROCCO CARBONE (UNGS-CONICET)
29 DE DICIEMBRE DE 2021

2001: año del *vaffanculo*. *Vaffanculo* nacido en el corazón de las revueltas populares italianas y argentinas que expresaron con crudeza, cada una a su manera, las contradicciones del neoliberalismo, con sus paisajes de desigualdad, naufragios y violencia estructural de la mayor crueldad.

Desde el 19 hasta el 22 de julio el movimentismo “no global” (así fue llamado), diversos movimientos sociales europeos, partidos, organizaciones de izquierda, católicas, ambientalistas, centros sociales y culturales, sindicatos nos juntamos en Génova para cultivar el terreno de la imaginación de otro mundo necesario (inevitable) y de una situación popular abigarrada. Confluimos para experimentar modos alternativos de la vida colectiva. La palabra balbuceada permanentemente era “altermundista”. En ella pulsaban los debates

sobre energía, agricultura, agua, ambiente, clima, tierra, armas, medicamentos, bienes comunes, migraciones contra el racismo, diversidades, creencias y religiosidades, finanzas y economía, trabajo, derecho a la vivienda. Esa gran movilización popular pretendía discutir los principios sobre los cuales se fundaba la convivencia humana, las jerarquías de poder, la pirámide social. En la protesta y en la conversación pulsaba el corazón del instituir: “Hasta que lo imposible sea inevitable” era acaso la consigna principal de impugnación a la reunión del G8, el encuentro de los ocho países dizque industrializados. Ahí estaban los representantes de las diez grandes naciones, esas que bajan línea a los centros de poder que determinan reglas globales cuya traducción para los pueblos se verifica en situaciones de crueldad bajo el manto de todo tipo de desigualdades. El imperialismo de pocos es el colonialismo de muchos. Los gobiernos de Berlusconi Silvio habían hecho costumbre de la represión. Era su manera de interlocución con las resistencias populares en una Italia arrojada a un clima cultural y político del odio y de la intolerancia hacia quienes practicábamos la impugnación, fuéramos militantes, estudiantes, feministas, migrantes (“clandestinx”) o trabajadores precarizadxs. Pero en Génova la escena tomó el tinte del naufragio y mostró la cara oscura del universo a raíz protestas más o menos encendidas, el saqueo de algunos supermercados.

La fuerza represiva mató a Carlo Giuliani. Un coracero lo asesinó: Mario Placanica. Carlo descendió de una barricada comunera y *estaba tratando de golpear* un jeep en el que se encontraban tres carabinieri. Empuñaba un arma para infundir terror: el matafuego. Placanica le disparó y el jeep lo pisoteó dos veces. Carlo aún respiraba. Tenía 23 años, había tenido vínculos con Amnesty International, era padre adoptivo de un nene en situación de calle, militaba en Rifondazione Comunista y era voluntario en una asociación nacional de lucha contra el HIV. Los medios de comunicación hegemónicos –todos: pues Berlusconi era dueño de Fininvest, que entonces tenía tres canales de telebasura, y era, al mismo tiempo, primer ministro, como tal, manejaba las políticas comunicacionales de la RAI también– volvieron a matar a Carlo luego del asesinato. Represión en la calle y represión en los medios sin nada de medio y todo de parte. Poco después se activaría la represión judicial. Un militante popular se transformó entonces en drogadicto, violento, punk, hijo de padres disfuncionales. Nada que no se sepa de la reacción y los instrumentos que pone en movimiento. Berlusconi, además de ministros mafiosos, con-

taba con el sostén del “fascismo democrático” (Gianfranco Fini, entonces vicepresidente del Consejo de Ministros) y, se sabe, el fascismo, que no reclama aditivos, es un sistema de reacción integral. La imagen de Carlo, un cuerpo flaco –como esos que conservamos en la retina y que en diciembre de 2001 estaban en Plaza de Mayo–, captado por la cámara inquieta de Eligio Paoni, se convirtió en el símbolo de una generación de jóvenes altermundistas (uno de los tantos modos de decir revolucionarixs). Cámara destruida y una mano fracturada, ésa fue la respuesta de la represión para con el fotorreportero. Un cura –debe haber integrado alguna forma de la teología de la liberación– que trató de bendecir el cadáver de Carlo, también recibió un par de patadas. Ahí también estaban sintetizadas las formas de la vida neoliberal.

En una gran dramática de la literatura argentina –el *Dorrego* de Viñas, en la que dos payadores, uno unitario y otro federal, enumeran una larga serie de fusilados, todas víctimas de la historia política nacional, desde Vicente Peñaloza, montonero riojano, 1863, hasta Felipe Vallese, metalúrgico porteño, 1963– se hubiera podido incluir a Carlo. Payada.

— Rolón: Carlo Giuliani, comunista, Génova, 2001.

— Correa: ¡Presente!

¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Hay destinos que se cruzan en los ríos profundos de la historia. La historia popular de Italia es un quiasmo de la Argentina. No sé cómo decirlo bien, pero hay una Italia en la Argentina y una Argentina en el corazón de Italia. En la bella y un poco escondida Piazza Argentina de Roma, entre el Coliseo y el Vaticano, uno spiazzo de color arenoso, que en el centro tiene un antiguo pozo con vestigios del imperio, se pueden encontrar los mejores libros sobre las mafias italianas. A Carlo lo asesinaron en via Tolemaide, en el barrio Foce, muy cerca de una estación de tren, Brignole. Y en tren, en ese verano italiano afoso (que quiere decir *tórrido*, pero con otra vibración en la lengua que es en el clima), sentados en los pasillos de vagones de segunda clase, habíamos llegado cataratas de pibes desgrednads también desde los recovecos del profundo Sur. En las calles de Génova, un puñado de instantes anteriores a la represión se respiraban los signos de la fiesta popular, con

sus carcajadas, la amistad política, sus lenguas confusas y pletóricas de energía. Manu Chao encabezaba una columna de artistas con unos instrumentos de viento estridentes y festivos y la multitud anudaba los hilos de su impugnación a un orden que demostró las declinaciones de su crueldad y la fuerza de la catástrofe que conmueve a la humanidad con la pandemia en curso. Estuvieron Pablo Iglesias aún sin Podemos y también Syriza ante litteram. Quiero decir: en la impugnación y en el debate xeneixe estaban prefiguradas experiencias posteriores y, si me apuran, el presentimiento de la catástrofe pandémica. Se entrecruzaban los idiomas de la rebeldía juvenil, se escuchaban lenguas incomprensibles y otras más familiares, como el castellano –en lo popular siempre pulsa el internacionalismo–, lengua que habíamos aprendido en los pasillos de facultades en las que teníamos de profesores a “exilados” –así decía esta palabra Horacio González, supongo que porque el *exilo* es una experiencia vital que concentra una dosis grande de incomodidades y por eso hay que pronunciarla así– de la última dictadura argentina. Esxs profesores, queridxs, sin que nuestra relación con ellxs estuviera exenta de crispaciones, habían estado en Pasado y Presente y Montoneros. Para el viaje nos habían prestado una copia desvencijada del diario del Che Guevara en Bolivia, un folleto anillado de Marighella, un escrito de Marx sobre Bolívar y un libro de un anarquista cuyo apellido pronunciábamos con i latina, y del cual desconocíamos la cara. A este especialmente lo leímos en el nocturno de Paola a Génova escuchando un cassette con canciones de protesta latinoamericanas. Nos había descubierto a Severino, otro italiano, otros masacrado, por la primera dictadura argentina, que en el Colón había arrojado volantes desde el gallinero al grito de “Viva Matteotti”, primera víctima del fascismo italiano. Después de la revuelta y la represión, la imagen de Carlo empezó a viajar menos como símbolo del ultraje que de la memoria y aterrizó en el fondo de pantalla de la computadora de Bruno, un joven anarco de Treviso que protestó contra otro G8, en Heiligendamm (Alemania). El viejo anarco que había escrito sobre Severino escribió en *Página/12* sobre Bruno en 2008. Lo hizo de modo bello y descarnado, como sucede cuando el dolor se incrusta debajo la piel.

Lo vieron a Bruno, en el momento en que avanzaban más de 800 policías y soldados contra la protesta juvenil, él, Bruno, en ese momento les salió al encuentro y sin ninguna defensa les gritó a los uniformados –pleno de humor y desprecio– esa palabra italiana que lo dice todo: vaffanculo.

Bruno era nieto de Bayer.

Vaffanculo en Génova: al neoliberalismo, a la Organización Mundial del Comercio, al FMI que con sus planes de ajuste estructural condicionaba (el pasado es apenas una forma retórica) las políticas económicas de países soberanos y hachaba la salud pública, la escuela pública, el trabajo. *Vaffanculo* a los coraceros que irrumpieron en la escuela Diaz-Pertini –destinada por la municipalidad de Génova para dormitorio de militantes y periodistas extranjerxs– para un allanamiento y evacuaron el edificio a los golpes, de noche, mientras dormíamos y no oponíamos resistencia. A ningunx de los arrestadxs se nos comunicó ni el arresto ni el supuesto delito del que se nos acusaría, aunque luego, muchxs atendidxs en algún hospital, nos enteramos a través de los diarios que la acusación consistía en *associazione a delinquere finalizzata alla devastazione e al saccheggio, resistenza aggravata e porto d'armi*. El libro de Bayer sobre Severino quedó secuestrado: arma terrorista similar al matafuego de Carlo. La escuela Diaz-Pertini fue fotografiada por Gianfranco Botta y de su cámara salieron imágenes de pisos, paredes, objetos varios –ahí deben haber quedado Marighella, el Che Guevara y el cassette– manchados de sangre. Son imágenes del miedo. *Vaffanculo* resurgió en Bolzaneto, el cuartel emblema de violencias físicas y psicológicas. Prohibieron incluso las comunicaciones con el exterior para que no se pudiera informar el estado de las detenciones. *Desaparecido* no fue una palabra infrecuente en esos días. Esquirlas de recuerdos traducidos: “No bajas los brazos” (van varias horas y calambres), “no te muevas, quédate de pie, bailá”, “médico las pelotas, acá no hay baño”, “ladrá, perra”, “¿querés que te coja, puta comunista?”, “ya te arranqué el pircing de la nariz, ¿querés que te arranque también el que tenés en la concha?”, “acá somos todos fachos”, “¿vos viniste de África?”. Mucho tiempo después –¿denderas? Sí, en 2015– la Corte Europea de Derechos Humanos declaró que en 2001 fue violada en Italia la Convención de Naciones Unidas contra la tortura, en especial el artículo que refiere a la prohibición de torturar y aplicar tratamientos degradantes para el ser humano.

— Rolón: Che, acordate que ningún cana estuvo en cana, ni un día.

— Correa: (Carraspeo).

Tiempo después, lxs militantes fueros liberadxs por *insussistenza delle accuse* y entonces de nuevo los andenes, volvieron los trenes, la segunda clase hacia todas direcciones. La que nos tocó a nosotrxs iba hacia uno de los tantos recovecos del Sur. Nos esperaban el verano y el mar. Sería difícil decir que éramos lxs mismos. Ni las mochilas nos habían quedado y la lectura de Severino parecía haberse producido un siglo atrás. Del bullicio de la ida, nada o poco. Ni el cassette habíamos podido salvar. La violencia del capitalismo –y sus condimentos neoliberales, fascistas y mafiosos– es consabida.

Hay una distancia leve (guiño del ojo) entre la lectura y el debate encendido en la Facultad y Bolzaneto (otra esquirra de recuerdo traducido).

Pasó el verano mediterráneo, las polémicas sobre Génova seguían en los medios según el binarismo de la culpa, de si la militancia, de si el gobierno, llegó el otoño y la paleta multicromática de las hojas camufló los árboles, la vuelta a la Facultad. Carlos nos había prestado el libro de Bayer. No se lo habíamos podido devolver. Él, tan celoso de su biblioteca argentina que había trasladado de Córdoba a Arcavàcata. ¿Cómo carajo habrá hecho el viejo? (pregunta frecuente de la estudiantina). Al libro de Bayer no se refirió nunca.

— Che, llamó Carlos. Nos invita a almorzar.

—¿De nuevo?

Elegía lugares bellos, con olores intensos que salían de la cocina, con mesas de cara al Tirreno, pedía vinos con precisión cirujana. De Génova no preguntó nada. El resultado estaba a la vista: nosotrxs. Contó algunas cosas argentinas antes de “exilarse”. Nos acompañó prudente, atento, presente, el viejo profesor. Y como aún quedaban algunas cosas del PCI en Italia, en RAI 3 –un canal del ex partido– empezaron a circular con vértigo las imágenes de la Plaza de Mayo.

— Che, Carlos, ¿nos explicás qué carajo está pasando en la Argentina?

Vaffanculo. Las imágenes de la Plaza de Mayo se adhirieron a la experiencia de via Tolemaide, del barrio Foce, de la escuela Diaz-Pertini y de Bolzaneto. *Vaffanculo.* El julio italiano había devenido en el diciembre argentino.

— Che, boludo, son incluso los mismos días, viste.

Vaffanculo. Los nexos clásicos entre Italia y Argentina también volvieron a anudarse, trastocados sin embargo. La inmigración clásica cambió de signo. Ramos Mejía habría podido escribir *Las multitudes italianas*. La generación de lxs abuelxs se dio vuelta y tuvo una refracción en la generación de lxs nietxs. Las calles de los recovecos del Sur se llenaron de trabajadores precarizadx tipo Rappi sin Rappi. Un castellano envidiable acompañado de un italiano precario y al revés. Ellxs en nosotrxs y vuelta carnero. La bronca, *vaffanculo*, sospecho suponiendo acertar, era compartida. *Vaffanculo.* Acaso, con matices. *Vaffanculo.*

Es un punto de inflexión. Hay una cosa sacrificial ahí, es la implosión de los 90, la impugación de ese ciclo de lo inadmisibile, prácticas colectivas que preparan la insurrección. Es el estallido. Ustedes en Génova están ahora en Buenos Aires. Y *paradójicamente* (entonación cavernosa) es la consolidación del neoliberalismo.

Vaffanculo.



Revuelta

Una mirada en suspenso

NATALIA TACCETTA (UBA/CONICET/SEGAP-UNAJ)
Y DANIELA LOSIGGIO (UBA/CONICET/SEGAP-UNAJ)
29 DE DICIEMBRE DE 2021

Espacio público y tiempo en suspenso

¿Cuál es el sentido político del levantamiento de diciembre de 2001? Esta es una pregunta de actualidad, no solo por el ejercicio memorial que supone todo aniversario, sino también a la luz de un presente que atraviesa, en Argentina, la segunda crisis social y económica más importante de este siglo.

Si la auténtica democracia es ajena a la violencia, el 2001 se desdibuja en euforia popular. Si, por el contrario, el sentido político de la crisis se evalúa –solamente– por sus efectos posteriores en materia de derechos, se pierden de vista tanto el fenómeno de la emergencia de un nuevo espacio público como el momento de visibilización del drama social.

Dos significantes clave aparecen para pensar la estructura política del estallido: la constitución de un espacio público novedoso y la temporalidad excepcional de la revuelta. El 2001 constituye un tiempo pasado signado por la multiplicidad de posibilidades, una apertura en el tiempo histórico que podría ser propiciada por la interrupción y el levantamiento; interrupción de un estado de cosas; levantamiento de sus significados. Es la temporalidad de la suspensión la que le da un sentido político al 2001.

El 2001 y sus legados

El 2001 empezó el 1º de diciembre con el Decreto N° 1570 por el que, el entonces presidente, Fernando de la Rúa, daba inicio al conocido “corralito” que Domingo Cavallo, ministro de Economía, había creado para frenar la fuga de dólares del sistema bancario. Lxs ahorristas argentinxs podían sacar hasta 250 pesos (o dólares) por semana y no tardaron en instalarse el malestar y la efervescencia social que crecieron hasta el estallido de los días 19, 20 y 21, cuando –entre el estado de sitio y la revuelta popular– se produjo la renuncia del presidente. Lo que vino después se puede pensar de muchos modos, pero lleva dos marcas indelebles: la incertidumbre y la violencia. Una Argentina luctuosa debía reflexionar sobre el pasado e inventar un futuro. Se producía lo que Ignacio Lewkowicz dio en llamar “desfondamiento” del Estado que se tradujo, naturalmente, en crisis institucional, pero también en modos de la subjetividad que nacieron a la luz de la tristeza y la violencia. Así, se pone en escena la crisis más profunda de la contemporaneidad argentina, que se puede resumir en dos imágenes contrapuestas. Entre ellas se cifra la visibilidad de los primeros años de la década y el recuerdo que aún cala profundo. La escena crítica incluía saqueos a supermercados, faena de animales en plena ruta, familias enteras revolviendo la basura.

Sin embargo, producto también de la crisis surgieron nuevos modos de participación política y social como las asambleas barriales y los piquetes. El descontento popular permitió también problematizar otras formas de autoritarismo que habían sido indultadas, “desde arriba”, las de los setenta. Una expresión de esa memoria colectiva que unía el presente y el pasado son los mapas de los escraches del Grupo de Arte Callejero (GAC)



Foto: Enrique García Medina



Foto: AP / Walter Astrada

y la película *Memoria del saqueo* (2004), de Pino Solanas. De esta época datan también nuevas formas de la organización económica que incorporan dinámicas contrahegemónicas –la solidaridad, la horizontalidad–: los clubes del trueque, las cooperativas, las fábricas recuperadas; en una palabra, el auge de la economía social. El 2001 también supuso un momento fortuito de aceptación de las diferencias sociales, raciales y sexo-generacionales, especialmente en las calles. Así relataba Lohana Berkins la participación de las travestis en el clamor popular:

Fue una sorpresa advertir que por una vez las exageradas siliconas, los pudorosos genitales, las indecorosas pinturas y corpiños se desvanecían tras la protesta social, se ocultaban en ella. Curiosamente, o no tan curiosamente, cuando no nos miraban fue cuando mejor miradas nos sentimos.¹

En esto también se distinguió el 2001 respecto de los estigmatizantes setentas, según lo narrado recientemente por Alejandro Modarelli.²

Diciembre de 2001 fue la puesta en evidencia de la descomposición de una cierta política como soporte y referente de lo colectivo a partir de lo cual quedó al descubierto no solo lo político como espacio de articulación de los diversos factores que colisionaron, sino las contradicciones de un modelo socio-económico, los manejos de ciertas instancias de poder y los intereses de sectores sociales determinados. En *Pensar sin Estado*, Lewkowicz asegura que se asistía en los alrededores del 2001 a una “era de la fluidez” donde, en la referencia a lo colectivo, se ven entremezcladas las ideas de nación, pueblo, comunidad y clase, sin que sea fácil establecer fronteras definidas ni niveles de cohesión reconocibles. Este Estado “desfondado” pone en crisis los lenguajes políticos –pues ya no son identificables sus garantías– e implica, además, la dificultad para apropiarse de un

1 Berkins, L. (2003). Un itinerario político del travestismo. En Maffía, D. *Sexualidades migrantes. Género y transgénero* (pp. 127-137). Buenos Aires: Feminaria.

2 Modarelli, A. (17/12/2021). Postales de la disidencia lgtbi en el estallido de 2001. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/389508-postales-de-la-disidencia-lgtbi-en-el-estallido-de-2001>

relato del pasado, una narrativa sobre el presente y una base común para planear alguna forma de futuro en el que involucrarse.³

El 2001 puede ser pensado como un recorte posible para problematizar el concepto de “revuelta” en toda su plurivocidad. Es posible entenderlo como una conmoción en los modos de pensar el vínculo con la historia y los horizontes potenciales. Se la puede asumir como una cesura profunda, cuya herencia hay que seguir indagando y cuya fuerza se avizora, por ejemplo, en el Chile actual y sobrevive en cada lucha contra el neoliberalismo.

Revueltas

En un breve texto llamado “Revuelta”, Judith Butler sostiene que, antes de tomar las armas para levantarse, los pueblos han soportado la opresión por “demasiado tiempo”. El levantamiento llega cuando la indignación es demasiado grande y cuando se ha negado la vida con “dignidad y libertad” por un tiempo excesivo. Butler asegura que no hay acto singular que, por provocador que sea, por indignación que involucre, genere un levantamiento; que nunca es cosa de un sujeto en soledad. Lxs que se levantan lo hacen mancomunadxs, sostiene. La indignación que motiva el levantamiento puede ser individual, pero halla su reconocimiento en la circunstancia compartida y en lo que Butler denomina “un primer momento de reunión”, aunque –claro– no alcance solo con eso. La reflexión de Butler parte de la presencia del cuerpo en el espacio público y lo que se juega en esa ocupación. La constitución de un espacio público que contesta las formas opresivas, estables, permanentes, de una buena parte de la política, es por supuesto colectiva y disruptiva.⁴

Butler ofrece así una primera vía para pensar el sentido político del levantamiento popular: más allá de las consignas con derivas antidemocráticas que –en ocasiones– se vuelven su signo (el lema “que se vayan todxs” del 2001-2002 debe contarse entre ellas) e incluso

3 Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.

4 Butler, J. (2017). Revuelta. En Didi-Huberman, G. *Insurrecciones* (pp. 21-32). Barcelona: Museo Nacional de Catalunya / Jeu de Paume.

teniendo en cuenta la violencia institucional que responde demasiado frecuentemente a la revuelta. Y es que no solo la indignación y el hartazgo, sino también el fracaso, forman parte de su definición. La dimensión de ese fracaso, por supuesto, supone –en el extremo– la muerte y también –en otro vértice menos trágico pero desalentador– que el curso de las cosas vuelva a su cauce.

Justo aquí es donde quisiéramos detenernos, en una reflexión sobre la temporalidad de la revuelta. ¿Existe forma de que las cosas vuelvan a su cauce tras un levantamiento de la magnitud del de 2001? ¿Cuál es la relación entre levantamiento y tiempo histórico? Marie-José Mondzain, precisamente, reconoce ese ámbito como campo de juego donde se configura una discontinuidad radical y un desafío, el del riesgo y el abismo de lo transicional. Y sostiene una idea que puede resultar muy polémica a los ojos de cierta teoría política nacional: que lo que define el funcionamiento de la democracia es la tensión entre la insurrección y la paz.⁵

La *stasis* es configuración y destrucción al mismo tiempo, sostiene unido y separa el levantamiento insurreccional del orden. Esta relación entre orden y revuelta (evidente para toda Latinoamérica) es quizás lo que permite diferenciar –sin dejar de otorgarle peso– la revuelta de la revolución. El italiano Furio Jesi lo plantea así: la revolución insta un orden nuevo, con nuevas instituciones; la revuelta conlleva un hecho colectivo que suspende el tiempo histórico en el que se produce el auténtico momento político: se trata de un intervalo entre el levantamiento –y sus gestos– y la reacción normalizadora.

La revuelta, entonces, propone cierta detención, en tanto cristalización de un presente que abre un tiempo que no existía. El tiempo de la revuelta no es el de la revolución. Aunque en ambas circunstancias se deseara lo mismo –dicho sucintamente, tomar el poder–, la revuelta implica una experiencia del tiempo dentro de un “horizonte estratégico”, pero que realmente no implica una búsqueda de largo alcance. La revuelta suspende el tiempo histórico e “instituye un tiempo en el cual todo lo hecho tiene valor

5 Mondzain, M.J. (2017). A “Los que están sobre la mar”. En Didi-Huberman, G. *Insurrecciones* (pp. 41-54). Barcelona: Museo Nacional de Catalunya / Jeu de Paume.

en sí mismo”.⁶ Esta es la segunda vía –que estamos proponiendo aquí– para comprender su politicidad.

Ahora bien, ¿cómo pensar esa suspensión del tiempo histórico? ¿Cuál es la figura más adecuada para ello? ¿Interrupción? ¿Nuevo comienzo? ¿Estallido?

Un autor canónico como Walter Benjamin utiliza la categoría de suspensión como un modo de concebir el tiempo, como una forma de cesura, una detención ineludible para la aparición de la historia. Es en la compleja noción de imagen dialéctica donde están el *ahora*, el tiempo pasado y –en la medida en que continuamente se detiene, se mueve y supervive– también está el futuro y la dimensión del deseo que le es propia. Desde esta perspectiva, habría que pensar la revuelta en términos de una interrupción, que es también la detención de una conceptualización sobre la historia y sus actores.

En Benjamin, hay una crítica de la representación del tiempo como homogéneo y vacío que debe ser reemplazada por otra que encierre la crítica de esta representación del movimiento histórico. En efecto, esto constituye la base de su crítica a la representación del progreso. La tesis XIII de *Sobre el concepto de historia*, precisamente, sostiene que la perspectiva del progreso indefinido consolidó la perpetración de una opresión social salvaje que se ponía al servicio de un supuesto bien futuro. Es a la luz de estas consideraciones que Benjamin exige volver a pensar la representación del tiempo, a fin de que esta exprese también su interrupción, la fisura que es posible abrir en un camino sostenido de opresión.

Con mucha lucidez, Theodor Adorno comparó la concepción del tiempo de la tesis XIV –en la que la interrupción es el tiempo-ahora (*Jetztzeit*)– con el *kairós* (de Paul Tillich) como opuesto al *chronos*, el tiempo formal. El *kairós* es un tiempo histórico en el que cada instante implica una oportunidad de apertura única. Según John E. Smith, la expresión “un tiempo para” es una traducción del término *kairós*, un tiempo oportuno para hacer algo, un “tiempo adecuado”.⁷ El *chronos*, por el contrario, alude al sistema y

6 Jesi, F. (2014). *Spartakus. Simbología de la revuelta*. [Trad. María Teresa D’Meza]. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora. p. 63.

7 Smith, J. E. (enero, 1969). Time, Times, and the “Right Time”; “Chronos” and “Kairos”. *The Monist*, 53(1), 1-13.

la medida, a la cantidad de duración, la longitud de la periodicidad. *Kairós*, entonces, refiere a un carácter cualitativo del tiempo y enfatiza el aspecto de significación; la idea de que hay constelaciones de acontecimientos llenos de posibilidades que se dan en esa posición temporal concreta y no en otros tiempos y bajo otras circunstancias. *Kairós* significa un tiempo de tensión y conflicto, un tiempo de crisis que implica que el curso de los acontecimientos plantea un problema que reclama una solución, pero esta crisis trae consigo un tiempo de oportunidad. Aparece, entonces, como una interrupción de la continuidad y la homogeneidad del tiempo cronológico para que advenga la fisura. Pensando en la crítica benjaminiana al progreso, se trata de que sea posible la interrupción de la lógica de la dominación y, con ello, la catástrofe, la revolución. La experiencia del tiempo como *kairós* es, precisamente, la condición de posibilidad para cualquier actividad auténticamente revolucionaria.

Del argentinazo a saltar los molinetes

Con lo dicho hasta aquí sobre la revuelta y la interrupción del curso histórico, la situación contemporánea exige pensar, precisamente, ese intervalo que aparece como polaridad entre reflexión y acción. En efecto, tenemos mucho para decir sobre nuestra situación actual. El final de la década pasada y el principio de la esta estuvo signado, en América Latina, por la revuelta. En Argentina, a comienzos de 2018, el feminismo ocupó las calles exigiendo la legalización del derecho a la interrupción voluntaria del embarazo; en octubre de 2019, lxs chilenxs se manifestaron masivamente contra una larga serie de medidas económicas regresivas que coronaron con la decisión del gobierno neoliberal de Sebastián Piñera de aumentar el transporte público. Similares motivos movilizaron al pueblo guatemalteco en 2020, tras la aprobación en el Congreso de un presupuesto sumamente antipopular para el año entrante. En 2021, trabajadores, campesinxs y estudiantes colombianxs se levantaron contra la escalada de violencia social e institucional de la que es presa ese país hace sesenta años. En todos los casos, las revueltas supusieron la visibilización de historias de vulneración de la vida y, a excepción de la Argentina, los gobiernos intentaron acallarlas mediante el uso de la fuerza, asesinando a lxs manifestantes y utilizando viejas y nuevas técnicas de disciplinamiento social.

Las revueltas pusieron así en suspenso las narrativas históricas sobre la pujanza económica, institucional o en torno a los derechos de las minorías, mostrando así un disenso sobre lo que se pretendía consensuado y normal. El reclamo por el “derecho a tener derechos” de aquellxs a quienes simplemente se dejaba morir tuvo lugar mediante la ocupación del espacio público, transformando las plazas y las calles en escenarios de aparición política.

Resulta sugerente notar que estas revueltas no son simples estallidos de violencia, sino que, como proponía Aby Warburg ya en 1926, van acompañadas de reflexiones profundas, de intervalos de pensamiento, sobre la necesidad de transformaciones específicas del orden social: destacan así las consideraciones sobre la noción de vida en el feminismo argentino, sobre una constitución indigenista y feminista en el caso chileno o sobre la noción de paz en el caso colombiano.

Protestar contra la desigualdad nunca será patrimonio de una sola nación. La hegemonía neoliberal instaure injusticias sociales que vuelven complicado hasta medir los resultados de las revueltas. Sin embargo, ha sido la pandemia por el COVID-19 la que ha impedido más evidentemente medir los éxitos y los fracasos, pues se lentificaron y virtualizaron sus impulsos más vitales y, tal vez lo más importante, se paralizó –por momentos de modo total– su ocupación de la calle. En el caso chileno, la revuelta comenzada en octubre de 2019, que desencadenó en la convocatoria a una Asamblea Constituyente para revocar la constitución de Pinochet, parece haber quedado en suspenso. De los cientos de miles de cuerpos jóvenes en la Plaza Dignidad que embistieron contra la conformidad de la transición solo quedó el pulso desacelerado de intervenciones intelectuales y la sensación de tiempo suspendido propia del aislamiento. Nelly Richard lo explicita con toda claridad cuando dice que, al llegar la pandemia, se interrumpieron los ritmos agitados de un presente chileno de movilización colectiva, que decantó en la suspensión “del futuro en un tiempo estacionario, diluido, confuso” y “también su vaciamiento del espacio público, su cuarentena y la vigilancia policial en la calle”.⁸

⁸ Richard, N. (2021). De la revuelta a la nueva constitución en Chile. Entrevista de Javier Trímboli. Proyecto Ballena. Recuperada de <https://proyectoballena.ckk.gob.ar/nelly-richard-de-la-revuelta-a-la-nueva-constitucion-de-chile/>

Ni siquiera la pandemia logró poner entre paréntesis este proceso, y el suspenso, la pausa antes del movimiento, ratificó la discusión sobre el tipo de imaginario democrático que habrá de sostenerse en Latinoamérica. Las calles de la revuelta se llenaron de cuerpos y en particular de una consigna: “Chile despertó”. Despertar es también esa pausa antes de levantarse, del mismo modo que la suspensión de la pandemia puede ser la toma de aire antes de la nueva constitución o la elección de una política que promete recambio.

Levantar la vista y sostener la mirada parece haber sido la mayor desobediencia del pueblo chileno en octubre de 2019. No solo quería levantar la vista, sino instalar un nuevo régimen de visión para enfrentar la injusticia. Por eso el ejército disparó a los ojos sin decencia. Porque ahí donde queda la mirada permanece un cuerpo que se rebela. Parafraseando ahora, a Butler podría decirse que todos los ojos merecen ser llorados, porque con ellos se ha estado viendo el sufrimiento, el hartazgo y el desafío que supone pasar del *pathos* al *ethos* de permanecer al lado de otros.

Empezamos con el “argentinazo” y terminamos con Chile despertando del fascismo y dando esperanza a Latinoamérica con cuatro ideas claves con las que iniciamos estas páginas: a la incertidumbre y la violencia le responden el espacio público que legitima y la temporalidad suspendida de la revuelta que abre la posibilidad histórica.

Recordemos: Jesi asegura que la revuelta está acompañada de lo que llama la epifanía de los símbolos, que hace que la dimensión individual que resguarda el tiempo histórico se expanda para volverse espacio simbólico colectivo, “refugio del tiempo histórico en el que el colectivo encuentra seguridad”.⁹ Volvamos entonces sobre las imágenes del principio: en la primera, una suerte de *Pathosformel* de la revuelta, el joven tira piedras contra los represores; en la segunda, la policía montada se acerca siniestra a todo galope. Entre ambas imágenes, el intervalo que separa la interrupción de la dominación y la opresión; la delgada línea que divide la revuelta popular del orden conservador. Entre ambas, entonces, la suspensión que confirma lo político.

9 Jesi, F. (2014). *Spartakus. Simbología de la revuelta*. [Trad. María Teresa D’Meza]. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, p. 53.



Significante 2001

ALEJANDRO KAUFMAN (UBA/UNQ)
29 DE DICIEMBRE DE 2021

2001 es significativo de una marca decisiva sobre el colectivo social en todas sus dimensiones y heterogeneidades. En modo alguno podría tener adjudicado un sentido unívoco. Lo diverso que surge de múltiples intervenciones a veinte años no hace más que constatar la plurivocidad que designa el número, sugerente además porque suma un dígito al milenio, o define al milenio mismo, según cómo se compute. Fue *nuestro* milenio. Marcó el fin del atributo autopercebido por el talante neoliberal: lo inexorable de sus propósitos acumuladores de riqueza en pocas manos bajo el amparo de alegadas leyes macroeconómicas. Si algo define la politicidad de lo que llamamos 2001 es haberse politizado aquello que se imponía como norma en cuanto ley y política son antagonistas. La política insta la ley, y la ley clausura a la política. La apelación a la ley, tanto si es como juridicidad o como científicidad,

es apelación a lo no-político de la vida en común, a aquello que *ahora* debe ser así y no de otra manera. Lo discrepante político acerca de la ley, ya sea jurídica o científica, es que no hay ley que no pueda ser puesta en discusión política. Momentos decisivos de ese drama son cuando las multitudes devienen acontecimiento y derraman su potencia en las calles. Ese 2001 que en 2021 concebimos efeméride ¿cuánto duró? ¿Diez, quince años? Antes y después de las fechas conmemoradas del 19 y el 21.

2001 sentenció el fin de la inmunidad política que pretendió tener lo que llamamos neoliberalismo (la palabra vuelve siempre y siempre incomoda por su insuficiencia, por no ceder a la dificultad concomitante de decir capitalismo más algún adjetivo). Inmunidad política que quedó suspendida entonces porque la crisis reveló que lo que se manifestaba como ley, como inexorable, no lo era, y fue así que decretar el estado de excepción, el estado de sitio, culmen de la politicidad, como sabemos, produjo el efecto contrario al pretendido. Fue como si el propio rey revelara su desnudez. Lo inexorable se demostró contingente, el estado de excepción pura decisión, y la insurrección su par antagónico trágico necesario.

2001 es signifiante de un entusiasmo, pero no todos los entusiasmos entusiasman. Entusiasman el Cordobazo, o la Niunamenos, o el 17 de octubre, siempre como si ahora sucedieran cada vez de nuevo y entonces las efemérides contuvieran su potencia destituyente fundadora de justos derechos demandados. No es ajeno a la dificultad que el signifiante 2001 nos opone, el hecho de que a veinte años intuyamos paralelismos debidos a los actuales sinsabores, y no a que en estos días el horizonte se nos augure venturoso y liberador. Es la actual desdicha aquello que nos hace vibrar con las memorias a dos décadas de distancia, con el riesgo de que una conmemoración tentada por la épica nos resulte ahora opaca en vez de reveladora.

2001 manifestó el conflicto inherente a la vida social que los noventa habían sepultado bajo sus admoniciones y facticias performances economicistas. La profusión atosigante, abrumadora, nauseabunda de discursos economicistas llegó a su fin, aun cuando contó con la astucia necesaria para desplazar sus culpas a otras instancias. En el *que se vayan todos* prevaleció un repudio a la politicidad misma que renacía con el gesto insurreccional y resistente. Resbalamos en estos suelos magmáticos en que la potencia destituyente se revela plural, proteica. Por eso no es en el género polémico tal vez adonde prospere la lucidez crítica,

sino en alguna suerte de mosaico cartográfico que nos permita habitar las contradicciones. Viene esbozándose tal propósito en el presente dossier y en muchas otras intervenciones del diciembre que termina.

2001 confundió damnificados y oprimidos, pretendió una lucha en común que no pudo ser tal en el modo en que se formuló. No son desdeñables las alianzas interseccionales, o de clases, o entre colectivos sociales heterogéneos. No solo no son desdeñables, son deseables y necesarias. Y claro que hay contradicciones y diferencias que en ciertas circunstancias se pueden allanar. Bajo la sombra de ese modelo clásico se dijo *piquete y cacerola, la lucha es una sola*. El aserto pudo ser plausible contra el estado de sitio y lo fue, de hecho. El problema es que ya entonces, antes del advenimiento de las redes sociales, cuando la TV estructuraba un lazo social narrativo concomitante o hasta adelantado a la ocurrencia, sucesos y narraciones se estructuraban como entrevero. La historia moderna de la lengua es la saga de la aceleración narrativa como correlato de la destrucción de la experiencia. La experiencia se destituye primero, porque las viejas palabras no dan cuenta de lo que sucede, eventos desastrosos, vicarios, desligados de la inteligibilidad corpórea de la que nos da testimonio la historia cultural. Y además se destituye porque no se instituye sin determinación de lo que designamos como redes. Cada gesto, signo, tacto o mirada flotan en un océano de signos recíprocos e instantáneos. Lo nuevo no es la gramática ni la semántica, o no solo, sino las velocidades en que tienen lugar incontables interacciones en detrimento y a costas de la agencia subjetiva y por lo tanto *política*.

2001 adelantó las lógicas de las redes sociales cuando la TV de 24 horas ya operaba como Big Brother, no porque las pantallas nos miraran literalmente sino porque el sistema operaba en respuesta y adelantándose a los sucesos. Trayectos urbanos, situaciones y pantallas de TV armaban una trama interesada, interesada en la destitución de la política, favorecida por la demolición de la sede gubernamental, porque todo sucede de modo que ya puede la llamada política desaparecer sin que los capitales concentrados se vean afectados. Eso está sucediendo y no deja de ocurrir, y no tenemos disposición conceptual ni afectiva para lidiar con ello. Arrojar piedras en las calles contra la represión, con todo lo heroico y solidario que se pueda considerar, hace rato que ha sido asimilado a las lógicas narrativas del capital. Cuando las masas en las calles nos entusiasman, no les entusiasman a ellos. Y cuando ellos exhiben tanto su escopofilia nos inquietan con la advertencia de lo redituable que les

resulta. En contraste, podríamos recordar también hoy cómo la inmensa movilización que impidió la reforma laboral en el macrismo no les resultó iconográficamente redituable...

2001 podría ser una advertencia para que no nos distraigamos con autocomplacencias desprovistas de críticas y nos consolemos con el propio arrullo alentador. El régimen de visibilización existente en teoría se puede poner al servicio de las causas populares siempre que no se deje articular de manera incauta con los propósitos opresores, exhibidores de una humillación y estigmatización implícitas que funcionan como premisas. El odio no comienza como vómito flamígero: cuando se llega a naturalizar es demasiado tarde. El odio comienza como descripciones pedagógicas, escolares. Mucho antes de las represiones y desprecios, las narraciones hegemónicas mostraban la indumentaria piquetera en infografías, como en las ilustraciones escolares que describen del mismo modo a un gladiador romano que a una esclava de la época, como una combinación de indumentaria y “equipamiento”, un “kit”. No hay emancipación en la actualidad sin crítica radical de las imágenes. Sin semejante tarea incisiva cultural es como girar en círculos.

2001 confundió daños reparables con opresiones irreparables en tanto *piquete* comía en las calles por las noches los residuos de lo que *cacerola* había lastrado durante el día. Y esto ocurrió demasiado tiempo, y contó con demasiada naturalización y complacencia culposa. No obstan los inmensos esfuerzos solidarios de multitudes que prodigaron cuidados. Claro que eso sucedió de manera superlativa, pletórica de creación, deseo emancipatorio y catadura épica, desde luego. Reconocimiento de lo logrado no es complacencia frente a lo faltante ni advertencia sobre lo faltante es denegación de reconocimiento de lo logrado. No hay crítica político social que se complazca con lo logrado cuando subsisten condiciones abyectas como las de esos tiempos, no solo por su naturaleza inherente sino porque la década o década y media del “2001 largo” terminó de naturalizar eso que llamamos pobreza e indigencia como parte de un paisaje urbano desgraciado que cambió a nuestro país, lo empujó hacia un abismo del que no hemos logrado salir, salvo en el lapso virtuoso 2003-2015, y frente al cual se ha consolidado un frente político, electoral y de sentido común que sustituyó a los golpes de estado por vías presuntamente democráticas para imponer iguales propósitos. Buena parte de lo logrado en el lapso virtuoso lo hemos perdido y desesperamos por recuperarlo.

2001 consolidó modalidades biopolíticas. El daño resultante de lógicas gestionarias que producen consecuencias nocivas colaterales forma parte de lo calculado, de la propia gestión. Se instala de modo contractual. Lo que se debate entre neoliberalismo y democracia popular es quién y cómo se tramitan los contratos, pero sobre todo sobre qué fondo de derechos adquiridos se sustentan. En otras palabras, qué límites impone el estado de derecho a la explotación y a la acumulación de riqueza. Por eso, un propósito prioritario de esos gobiernos, antes militares, ahora democráticos, es suprimir el sindicalismo, los derechos laborales, los fueros laborales del poder judicial. Lo mismo con el control a favor de la acumulación de renta respecto de otros daños civiles por accidentes de tránsito, eventos conflictivos en el orden medicalizador, discrepancias en la convivencia urbana, sistemas actuariales... El repertorio es tan extenso como la vida moderna, e incluye el aparato bancario y financiero que colapsó en 2001, y frente al cual se demandaron derechos de propiedad, de modo inequívocamente legítimo. No es lo que está en discusión: si hay daños, como sucedió con la salida de la convertibilidad, esos daños suceden a provisiones contractuales susceptibles de demandas reconocibles.

2001 naturalizó la abyección de multitudes. Consolidó el uso de expresiones como indigencia y pobreza vaciadas de cuerpos y vidas concretas, tramitadas como nociones estadísticas que en la actualidad no se consideran éticas ni para el recuento de insectos en un hábitat cualquiera. Se entra y se sale de la indigencia y de la pobreza como de un caldo de ácido sulfúrico sin ninguna sensibilidad ni empatía hacia las corporeidades implicadas. El menemismo había seducido a las clases medias (significante *clases medias*: supone un conglomerado hermenéutico aspiracional, además de un conjunto de datos mensurables) a costa de la exclusión de millones. El colapso socio económico acelerado por el gobierno de la Alianza y la concurrencia masiva contra el estado de sitio hizo demasiado fácil suponer una confluencia interseccional careciente de sustento por su autoconciencia denegatoria, no porque no fuera plausible.

2001 comprende una escena configurada por el significante *piquete*. Como sabemos, el piquete procede de las huelgas obreras, como práctica destinada a impedir el comportamiento esquirolo. El piquete no se dirige contra la patronal. Contra la patronal solo se ejerce la huelga, se detiene la producción. No hay otra acción práctica, *en general*, dirigida hacia la patronal. La eficacia y consistencia de la huelga requiere disuadir, impedir, obstaculizar

la concurrencia esquirol rompehuelgas y ello enfrenta a huelguistas con sus pares de clase. Piquete significa confrontación ante pares. La multitud subyugada a la desocupación en un contexto capitalista neoliberal implica expropiar a los trabajadores la única herramienta decisiva que les permite defender derechos, que es la huelga. Una multitud desocupada, sin sostenimiento de la subsistencia, librada a su suerte, es una multitud cancelada, borrada del mapa, sometida a una condición del todo inconcebible e incompatible con cualquier forma de vida social, ya no democrática, sino cualquiera en un mundo urbano interdependiente como el actual. La adopción de la palabra piquete por la multitud desocupada contiene una dimensión confrontativa con pares que han dejado de serlo, con esquirols urbanos con empleo que transitan la urbe, mientras la multitud cancelada es empujada a un limbo imposible. Interrumpir el flujo urbano mayoritariamente de las clases medias fue y es considerado el único recurso, el último recurso posible compatible con formas no violentas de protesta. El discurso de odio promovido contra tales condiciones de supervivencia, no solo se mantuvo de modo creciente durante años, sino que últimamente se sinceró bajo la forma de plataformas y propagandas electorales y cifró la recolección de votos en esa falacia que remite al impedimento a “ir a trabajar” por culpa de quienes no tienen trabajo. Si hubiera que optar por una sola razón suficiente para explicar el odio irreductible hacia Milagro Sala y la Tupac Amaru en su localía, no sería desencaminado referirlo al rechazo furibundo contra el método piquetero de los “cortes”. Alrededor del significante piquete se ha organizado de modo prevaeciente el abismo social y cultural que nos agobia, y que promete grandes dificultades, presentes y futuras, a las causas de la justicia social en nuestro país.

No desechemos rápida y fácilmente el carácter sintomático y denegatorio que tuvo la consigna “piquete y cacerola...” en la época de la abyección generalizada, experimentada en las calles todos los días, y de la cual resulta tan inquietante recordar cómo cada madrugada, en Capital Federal, el Gobierno de la Ciudad borraba todas las huellas y restos de las improvisadas comidas ingeridas sobre veredas y aceras masivamente, para que a la mañana siguiente los trayectos escolares, por ejemplo, no se vieran perturbados en su camino a las escuelas. Preguntémonos qué imágenes, qué recuerdos tienen las personas adultas que entonces estaban en edad escolar y que presumiblemente no asistían a las escenas crepusculares de cada día, durante meses. Preguntémonos que consecuencias traumáticas ha tenido para nuestra sociedad esa experiencia colectiva. Preguntémonos.



EPÍLOGO

Para seguir narrando

BÁRBARA I. OHANIAN (IIGG/UBA/UNPAZ)
Y DIEGO CONNO (UNPAZ/UBA/UNAJ)
30 DE DICIEMBRE DE 2021

Recordar, evocar, conmemorar son formas de narrarnos desde el presente para, con cierta ventura, lograr comprender lo que ha sido y lo que es. Nuestra actualidad. Los generosos textos que aparecieron en este dossier ensayan singularmente esta tarea que va de la teoría política a la crítica literaria, de la sociología política al ensayo social, de la historia a la literatura. Y sin embargo nos preguntamos: ¿estamos pecando de un espasmo conmemorativo? ¿Hemos sucumbido a la nostalgia? Quizás, para algunxs, escribir con cierta nostalgia y un poco de celebración sincera sea un destello de resistencia ante una pulsión adaptativa.

2001 está lleno de historias, múltiples, dispersas, abigarradas. Pequeños retazos de vida que componen una biografía que también es colectiva porque está marcada por un mis-

mo acontecimiento. Un acontecimiento que de una manera u otra nos atravesó. Y nos cambió. Hay un antes y un después de 2001. ¿Acaso algo de la evocación del sentimiento oceánico de la experiencia militante de los tiempos extraordinarios puede aun funcionar como reliquia o talismán que resista a la resignación y al nihilismo contemporáneo, y relanzarnos a volver a pensar un futuro otro, un horizonte compartido y común? Creemos que algo de eso puede ser así. Por eso nuestro deseo es que estos textos que han dejado de ser nuestros se entremezclen con otros, que estas voces que son cuerpos se crucen con otras, que estas palabras que quisiéramos justas sean memoria de quienes ya no están y de quienes están por venir.



Narrar la asamblea

Una historia de los “tiempos extraordinarios”

BÁRBARA I. OHANIAN (IIGG/UBA/UNPAZ)
30 DE DICIEMBRE DE 2021

Un miércoles de mayo de 2002 bajé del tercer piso en el que, con unos veinte años, vivía junto a mis padres en la esquina de Corrientes y Estado de Israel para cruzar esa avenida que tanto como cambiaba de nombre, cambiaría mi vida. La esquina de Corrientes y Ángel Gallardo tendría a partir de entonces otro significado para mí.

Ya desde diciembre de 2001 unos cientos de personas ensayaban asambleas multitudinarias. Para mayo del siguiente año el número estable que se reunía los miércoles a las 20hs no llegaba a la centena pero demostraba haber ganado en firmeza y tesón para sostener un funcionamiento estable y la interrupción del tránsito en Aníbal Troilo, cortadita simpática del barrio de Almagro, que por ese entonces estaba decorada por las recurrentes chapas que cubrían las paredes y puertas de los bancos, en este caso del banco francés.

No era la primera vez que acercaba mis narices por ahí, había pispeado de qué se trataba todo eso en los cálidos días de diciembre, cuando parecía imposible quedarse adentro. Sin embargo, no terminaba de encontrar de qué manera quedarme en eso, que tampoco entendía bien qué era... Cuando fue el implacable “¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!” mi pregunta era ¿y después qué? Había terminado mi primer año de la carrera de Sociología y había estado leyendo unos fascículos de la biblioteca marxista-leninista que había comprado en promoción de tres por ya no recuerdo cuántos pocos pesos durante mis exploraciones por las librerías de la calle Corrientes.

Cuando en la comisión de Metodología de la Investigación I nos mandaron a hacer entrevistas a las Asambleas que habían surgido en el 2001, tuve esa sensación ambivalente de querer acercarme pero a la vez tener el temor que se siente cuando se presienten los grandes cambios. Lo pospuse hasta que no tuve más excusas y me acerqué. Elegí a los más jóvenes para hacer mis preguntas y me recibieron muy cálidamente. Ya estaban acostumbrados a ser bicho de investigación para ese entonces, y buscaban también que los que íbamos detrás de la lupa nos animáramos un poco más y nos contagiáramos de esas inquietudes que seguían inundando las calles de los barrios.

Volví al miércoles siguiente. Estaban organizando una olla popular. Habían decidido que no podían seguir debatiendo sin más, cuando bien cerquita y en la misma vereda no paraban de pasar familias enteras empujando carros y juntando cartones. Cada uno se anotaba con un ingrediente que iba a garantizar y los compañeros que ya tenían más práctica y vínculos con otras asambleas u organizaciones se habían encargado de la “infraestructura” para la actividad: unos tablonces con caballetes que prestaban los compañeros del Partido Obrero, una olla enorme del Partido Comunista, y un brasero que no era, pero perfectamente podría haber sido de la biblioteca Anarquista del barrio.

También estaban organizando una compra comunitaria. Una vez por semana se recibía verdura en el galpón de Franklin 26 y rotativamente se colaboraba para separarla y armar paquetes para quienes habían encargado. Cuando ese miércoles en que decidí volver Pablo, el marido de Amalia, me preguntó si quería y que eran diez pesos el bolsón, se ve que puse alguna cara cuando andaba dudando si darle esta plata a un extraño porque me miró a los ojos y con calidez me dijo: “Y... vas a tener que confiar en mí”. Creo que en

ese instante, confiando en él, confié en todos. Y claro, no por la plata, sino por lo que me ofrecía esa mirada y esa invitación a apostar en algo nuevo. Eso que después aprendía a decir y nombrar como “construcción colectiva”.

A esa construcción colectiva fui sumando de a poco... todavía un poco temerosa, porque había voces fuertes y experimentadas. Debates calientes entre posiciones que yo apenas empezaba a distinguir. Pero también seguían las miradas abiertas y las charlas con los más jóvenes en edad y en experiencia en esto de militar. Había comisiones a las que sumarse, pegatinas con la opinión de la asamblea, cacerolazos o marchas que acompañar. Para junio de ese año, yo andaba enganchada con la asamblea pero todavía no era mi prioridad y el 26 cuando llegué de una reunión familiar, sin haber visto ni el noticiero, encontré un mensaje en el contestador en el que Lucas me decía que era importante ir a la movilización de ese día y que la asamblea se reunía para ir todos juntos. Lucas era un flaco pelilargo con el que había pegado onda. Guitarrista y docente de música en una escuela de la provincia de Buenos Aires, decidió que tenía que hacer algo cuando el gobierno le bajó los sueldos a los docentes –y en algunos casos ni siquiera los depositó– y vio a sus compañeras sin recursos para sostener a sus familias. Él no paraba la olla de un hogar pero entendió en seguida que algo estaba muy mal y que no se podía quedar en el molde.

Con las semanas me empezaba a dar cuenta de que siempre demostraba interés por que siguiera participando y me invitaba a tomar las cervezas que se armaban después de las actividades. No pasó mucho hasta que, entre idas y vueltas, largas charlas nocturnas, marchas y escraches a milicos, nos pusiéramos a salir. Para ese entonces, las actividades de la asamblea habían crecido en mística y proyectos. La olla se había establecido cada quince días y las reflexiones sobre la práctica nos iban haciendo replantear cosas tales como quién cocinaba, para quién, de qué manera no caer en una práctica meramente asistencialista. Así fue que decidimos que cocinábamos todos juntos en la calle, que se sumaba el que quería, que la idea era compartir una comida y que el cucharón estaba ahí para que cada uno se sirviera su plato. Teníamos unos platos rojos de plástico hermosos que nos había donado el padre ferretero de un amigo de Lucas. Llámennme fetichista pero hasta hoy tengo uno que guardo de recuerdo. Eran épocas de grandes pequeñas donaciones, contribuciones que nadie tenía miedo de hacer. Una botella de aceite, un

poco de pan, unas facturas del día para el postre... y además quienes pasaban por tan concurrida esquina dejaban algún billete o moneda en la alcancía que zarandeaba alguno de la asamblea. Es que habíamos decidido que de pequeñas contribuciones se hacía la olla. Habíamos elaborado un volante que repartíamos y pegábamos como gigantografía artesanal (impresa en hojas canson de colores del estudio jurídico en el que yo trabajaba) en el cual se leía grande “¿Quiénes y por qué hacemos la olla?” Ahí explicábamos que éramos autónomos, que no queríamos tener nada que ver con el Estado, ni la Iglesia ni los partidos. Había compañeros que militaban en partidos de izquierda y otros que llamábamos subrepticamente cegepistas o cegepianos (por los CGP, Centros de Gestión y Participación, la presencia más local del gobierno de la ciudad en los barrios), pero cuando se iba a algún lado a participar en nombre de la asamblea, había que sostener el mandato que se había discutido y votado en la asamblea. Me costó entender la diferencia entre votación y consenso. Pero me parecía bastante bien la dinámica de funcionamiento que se había logrado ya desde los comienzos –en los que yo no estaba– para frenar los “aparateos” de los partidos y poder construir una organización propia. Primero se pasaban los anuncios, después los informes de comisión, luego se proponían los temas y se votaban para ver por cuáles empezábamos. La coordinación de las reuniones era rotativa y con el tiempo se fue incorporando la función de alguien que tomaba nota y hacía un informe. El coordinador tomaba la lista de oradores e iba controlando el tiempo para que pudiéramos hablar todos. Con todos estos cuidados y esta lógica de funcionamiento, me fui animando a participar, dar mis opiniones y claro, cuanto más me comprometía con el espacio y con el colectivo, más segura me sentía para participar. De a poco algo se fue volviendo más claro, el compromiso que se tomaba en la asamblea para hacer algo, había que sostenerlo con el cuerpo. La palabra que se daba a los compañeros no se dejaba en banda. Sobre todo porque es casi indescriptible la sensación que se tiene cuando de tanto tejer esa trama, uno sabe que puede descansar en el compañero, que esa confianza que tuve en Pablo aquella vez ahora colmaba con creces esa apuesta.

Para febrero de 2003 organizamos un tremendo carnaval en la calle. Cortamos todo Corrientes, sin permisos ni nada, como siempre; y festejamos el espacio público. Habíamos convocado como a cinco o seis murgas y nos habíamos disfrazado. Los vecinos se prendieron con todo, hicimos choripanes y tortas que por supuesto se acabaron tem-

prano. Allí me enamoré de Cachengue y Sudor, murga de arpillera, de la triple frontera de Caballito, Villa Crespo y Paternal que saltando el ¡Qué se vayan todos! con todos los que andábamos en la calle me atraparon por unos cuantos años en los que además de asambleísta, fui murguera: *“Mas nosotros, somos los guardianes de la esperanza, que crece y avanza, del sueño libertario, del amor, la utopía, que no han podido asesinar en más de 500 años de historia genocida”* Así decía el final de la glosa de los 500 años. Cómo no sumarme a esta banda de energía revolucionaria y festiva que me hacía llorar de la emoción y completaba mi identidad militante. Por los barrios del siguiente carnaval me calcé mi traje de arpillera y dejé mi garganta cada vez que sumé mi voz a otras voces para repetir esos versos. No éramos murga oficial, Cachengue no compite con otras murgas ni cree en reglamentos para vivir el carnaval.

La asamblea con la murga era otro de los hilos que se iba tejiendo por el barrio y por espacios con los que se compartían ideas, modos de construcción, actividades y proyectos. Al principio era la interbarrial de Parque Centenario, después había reuniones con otras asambleas más cercanas como la de Scalabrini Ortiz y Corrientes, la de Medrano, Castro Barro y Rivadavia, Parque Rivadavia, Juan B. Justo y Corrientes, la Gastón Riva que estaba en el Centro Cultural La Sala... pero también otras organizaciones como la radio La Tribu, la biblioteca José Ingenieros, donde realizamos varias actividades, el MTD Aníbal Verón que luego fue Frente Popular Darío Santillán y junto con quienes estuvimos en el Campamento de Jóvenes en Mendoza así como muchas vigiliadas en el Puente Pueyrredón entre otro puñado de actividades que compartimos.

Claro que mientras el tiempo pasaba, nos iban atravesando muchas discusiones. Algunas de orden más interno, como si tomar un espacio o seguir en la calle o cuál era nuestra definición o identidad... Luego de tantear el panorama y hacer algunas averiguaciones, decidimos que era mejor colaborar a sostener las tomas que ya estaban en marcha y que a veces se hacían cuesta arriba, y reafirmar que no íbamos a dejar la calle. Durante siete años la asamblea se reunió todos los miércoles en la calle (después no nos dio el número y pasamos a la vereda), salvo cuando llovía y alguna noche que la temperatura se acercaba a los cero. Ahí nos íbamos a la librería de Juan a una cuadra de la esquina, que era nuestro reducto, para mí soñado. Una librería de barrio, con mucho material de izquierda y libertario a la que teníamos libre acceso. Grandes charlas hemos tenido

en el entresuelo de la librería... Fue ahí y no en las aulas de Marcelo T, donde aprendí y me formé en discusiones sobre cuál era el Sujeto de cambio, si era posible pensar un sujeto colectivo, si estábamos por la revolución o por el cambio social. Ahí también buscábamos la yerba Titraijú y los productos de Burbuja Latina, que fueron el devenir de la compra colectiva inicial —porque nunca perdimos el *espíritu de la asamblea* (si nos habremos reído de esa frase después de horas de intentar elucubrar qué éramos) de intentar resolver colectivamente la mayor cantidad posible de espacios de nuestra vida. Tanto fue así que nos decidimos a hacer un proyecto productivo. Hicimos unas pruebas piloto entre todos, cocinando conservas de tomate (hay que reconocer que más de una vez sufrimos altos desviacionismos durante las asambleas debatiendo sobre el precio del tomate) y luego un grupo de cinco compañeros lo tomamos a cargo y empezamos a hacer Dulces y Conservas De la Esquina. Cocinábamos en el Centro Cultural La Sala y estuvimos unos cuantos meses produciendo. Meses en los que la auto-explotación era bastante pero que intentábamos comprobar si era posible sostener la vida por ese medio y sin ayuda del Estado. Finalmente, y luego de unos cuantos debates, decidimos aceptar un subsidio que era una plata como para una compra inicial e infraestructura, pero decidimos no anotarnos en el plan que daba un “sueldo” por mes. Un tiempo después, vimos que no era posible sostener la vida solo con eso y tuvimos que ir buscando otros trabajos. Dos compañeras continuaron el proyecto un tiempo más.

En la asamblea éramos muy serios en lo que hacía al compromiso y a los debates. Se respetaba la palabra del compañero y cumplía con las citas y actividades acordadas. Pero también teníamos un agite tremendo en las marchas. Edu, médico cardiólogo que había sabido militar en algún partido de izquierda, hacía unos dibujos espectaculares a lo Carpani y había armado una bandera y dos estandartes con los que íbamos a las marchas. Es que entre tantos debates que nos dimos, una de las conclusiones a las que llegamos fue que uno de nuestros objetivos o para-qué era dar difusión y apoyo a todas las luchas que apoyábamos, porque estábamos en una esquina con mucho tránsito de gente y porque queríamos estar, poner el cuerpo donde nos pareciera que hiciera falta. Brukman, la mutual Sentimiento, el Bauen, la Legislatura, los 24 de marzo, los 26 de junio, los 20 de diciembre, los escraches: armábamos cantitos, saltábamos, contagiábamos... También nos comimos unos cuantos gases y los más nuevos aprendimos medidas de seguridad

básicas para las marchas. Teníamos un teléfono de base y si había bardo había que confirmar que estábamos bien ahí. Además de punto de encuentro, llevar ropa oscura, calzado cómodo y limón si ya se sabía que se podía pudrir. En esos debates también definimos que la asamblea era autoportante, que nos llamábamos como funcionábamos y que sostener un método asambleario era parte de prefigurar el modo de vida y las relaciones que queríamos para el futuro.

La asamblea como tal, dejó de existir en el año 2007. Pero no sin antes autotransformarse. Tanto como la asamblea, la olla popular era la actividad más continua que hacíamos y nos parecía que dejar ese espacio ganado con tantos años de presencia en la calle no era la forma en que queríamos terminar esta experiencia, aun cuando sabíamos que así como estábamos no podíamos seguir.

En 18 de septiembre de 2006 secuestraron y desaparecieron a Jorge Julio López por segunda vez. López era un testigo clave en el juicio contra Etchecolatz en La Plata en una causa que además sería la primera en tener la caracterización de los crímenes de la dictadura como sucedidos en el marco de un genocidio. El golpe a todos los movimientos de resistencia fue inmenso. Una sensación de impotencia y desazón nos atravesaba. Por supuesto hicimos lo que sabíamos hacer. Nos juntamos en la esquina y empezamos a pensar. De esa desesperación surgió la necesidad de juntarnos con más organizaciones compañeras y no dejar que se invisibilizara con el paso del tiempo la impunidad de este nuevo crimen.

A partir de allí comenzamos a juntarnos con grupos afines tales como organizaciones de educación popular, colectivos universitarios, casas culturales cercanas, grupos de acción artística, colectivos de agitación y pensamiento autónomo, etc. Organizamos encuentros en el espacio de radio La Tribu, siempre con sus puertas más que abiertas, y de allí surgieron intervenciones callejeras para ponernos en acción sobre todo por el tema de López pero luego continuamos fortaleciendo ese espacio de coordinación para otras temáticas. Fue entonces hacia este colectivo de colectivos que decidimos trasladar nuestra inquietud como asamblea. Nuestro planteo era que lo que nos sucedía era semejante a lo que sucedía en los espacios tomados que ya no podían sostener los locales. No nos daban las fuerzas o la motivación para continuar con aquella experiencia, pero tampoco

queríamos dejar que se esfumara lo acumulado. Fue así que surgió la idea de transformar la asamblea en una actividad mensual que tendría la estructura de la olla popular y se potenciarían las actividades lúdicas y artísticas para enmarcar una temática elegida mes a mes, la cual irían organizando esas instancias de encuentro en el espacio público. De este modo, surgió un nuevo colectivo en el que permanecieron algunos de los miembros de la asamblea y se sumaron otros de este entramado más amplio que devenía ahora en una nueva forma de presencia en la esquina. Desde entonces la Olla Popular de Ángel Gallardo y Corrientes se conformó como una deriva de las asambleas de 2001 y continuó con la experiencia en el barrio por muchos años más... Pero esa ya es otra historia para contar.



Yo también he llegado tarde

DIEGO CONNO (UNPAZ/UBA/UNAJ)
30 DE DICIEMBRE DE 2021

*Al abrir la puerta de la gerencia, encristalada de vidrios japoneses, Erdosain
quiso retroceder, comprendió que estaba perdido, pero ya era tarde.*
Roberto Arlt

“No es necesario preguntarse qué es lo que queda de la revolución. De la revolución nada queda. Porque la revolución, siempre, es lo que queda” escribió hace ya varios años Horacio González. 2001 no fue una revolución. Tampoco fue un año peronista. Ni la pobreza, ni el desempleo, ni la violencia social o represiva de aquel año forman parte de mi ideal del peronismo. Ni siquiera la pueblada del 19 y 20 de diciembre lo fue, leída

más como la emergencia de una multitud ambivalente que bajo las formas más clásicas de resurgimiento del pueblo peronista. En algún punto tampoco los años 90 lo fueron.

En los 90 recuerdo que en mi casa no se hablaba de política. Cuando se lo hacía era de manera superficial, simpaticona o burlona, muchas veces para referirse a las avivadas del “turco”. Como si hubiese allí cierta conciencia de que nos estaban cagando la vida pero que frente a ello no había nada que hacer. O peor: que como no había nada que hacer solo quedaba divertirnos. “Al ritmo de la noche”.

Hoy no llamaría a eso política.

Mi memoria política de cuando era niño data más bien de los años 80. Aunque tampoco esos fueron años peronistas. El día que Alfonsín ganó las elecciones estábamos en casa de unos amigos de mis viejos siguiendo de cerca el recuento de votos. Recuerdo esa noche como una escena de anunciada tristeza, de melancolía por lo que no pudo ser; pero eso no impidió que igual fuéramos todos a la plaza a festejar, con una alegría prestada, que en la Argentina habíamos recuperado una buena porción de libertad.

Ese mismo año inicié la primaria y aunque eso no fuera *strictu sensu* un acto político, haber sido parte de la primera generación que estudió en democracia se parece bastante a eso. Quizás un poco por eso entendí por qué unos años después nos volvimos de la costa para ir a la plaza de mayo cuando ocurrió el levantamiento militar de “semana santa”. La democracia alfonsinista era muy perfectible pero constituía un punto de no retorno.

Hacia fines de esa década, tendría 10, 11 o 12 años, me llevaron al club Obras Sanitarias a un acto peronista. Acaso el primero. Era el intento de “renovación” que luego fracasó. Me acuerdo que había mucha gente, que la mayoría era gente grande, y que me acompañaron a saludar a Cafiero. Recuerdo con felicidad ese acto. Al terminar cantamos la marcha peronista que yo a esa altura ya sabía de memoria.

No recuerdo sin embargo haber cantado la marcha en los 90. Hace unos días encontré un casete en el que la estábamos cantando junto a mi hermana. Tendríamos entre 3 y 5 años, eran los 80. Es raro escuchar la propia voz, les debe pasar a todos, más aún cuando han pasado tantos años. La escuchamos con mis hijos mientras la intentábamos cantar encima. Desde luego la parte que cantábamos con más ahínco, agitando los brazos, fue

la última estrofa sobre la resistencia en los 90, agregada en estos años. Agradezco no haber tirado ese casete junto con tantas otras cosas de las que nos vamos desprendiendo a lo largo de nuestra vida. Hoy es un recuerdo muy valioso para mí porque hace años que no veo a mi hermana. Pienso que la vida podría ser como una larga y misma canción a la que las generaciones que vienen le van agregando estrofas.

Cada época tiene sus marcas o sus imágenes. Pequeñas cicatrices que como tatuajes van tallando de nuevo el propio cuerpo y su relación con los demás. Los 90 fueron años ficticios. El 1 a 1. Los shoppings por todos lados. Los viajes a Cancún o Miami. Los colegios privados. La universidad privada. Los barrios privados. Las cañitas y Puerto Madero. Los autos importados. Todo era importado. La fiesta menemista que desde luego no alcanzó a todos. Porque había un lado oscuro. Invisible. Esto fue también lo que se quebró en el 2001. Una falsa ilusión. No por excesiva sino por banal y por ser para unos pocos. Aún estamos pagando los costos de esa fraudulenta deuda.

A mí no me tocó nada de todo eso: con mi familia nos íbamos de vacaciones siempre al mismo lugar, un departamento que mis abuelos tenían en la costa; la escuela a la que me tocó ir era uno de esos típicos colegios religiosos subvencionados bastante mediocres; casi nunca íbamos a comer afuera y cuando lo hacíamos siempre miraba los precios en el menú y pedía lo más barato para no poner en aprietos a mis viejos. En esa época mis viejos tenían un Renault 12 que un poco me avergonzaba y por eso cuando me dejaban en la puerta del colegio trataba de bajarme antes o de que nadie me viera. Ojo, no me quejo de todo esto. Al contrario, hoy puedo ver que había allí un gesto de tibia resistencia.

Alguna vez conversé con mi viejo sobre esa etapa de nuestras vidas. ¿Cómo un militante de los años setenta que peleaba por el regreso de Perón y por una patria justa, libre y soberana se había podido aburguesar tanto? Por momentos pienso que los 90 fueron para mis viejos, como para muchos de su generación, un estado de anestesia. Por momentos pienso más bien que fue todo lo que pudieron hacer. Incluso ahora pienso que su separación a mediados de los 90 fue su forma de enfrentarse a la época. Una forma de supervivencia ante las miserias del presente. Elías Canetti escribió que “el momento de sobrevivir es el momento del poder”. Yo creo que es también un momento de resistencia. Y eso me reconcilia un poco con ellos.

Mi viejo no llegó a ser montonero pero militó en la JP. Nunca agarró las armas, tenía una posición más bien crítica, pero comprendía la situación en la que se vivía, que podía incluir –y de hecho incluyó– el dramático pasaje a la violencia de algunos compañeros y compañeras. Tenía una unidad básica cerca de su casa, por Palermo viejo, cerca de donde ahora vivo yo. A veces cuando camino por el barrio pienso lo difícil que habría sido vivir en esa época. Entre las cosas que me contó recuerdo dos con bastante nitidez. Una es cuando iban a alguna villa los fines de semana a hacer alfabetización o a repartir comida. Algo que hoy resulta habitual entre la militancia. No me lo imagino a mi viejo haciendo esto, pero le creo. La otra es un poco más excéntrica, cuando pasaban de manera clandestina en la facultad de arquitectura las cintas con las películas de Pino Solanas entrevistando a Perón. Siempre había alguien que se quedaba en la puerta haciendo de campana. Eso me parece un acto de máxima solidaridad, de comunidad absoluta.

De todas las historias de esa época había una medio tabú, como la que suele haber en todas las familias, de la que nunca se hablaba. Una novia de juventud de mi tío –el hermano de mi viejo– que militaba en una organización guerrillera, se murió armando una bomba que le explotó encima. Luego de eso la familia de mi viejo se tuvo que ir a vivir unos meses a Mar del Plata. Ahora pienso que quizás hayan estado en la casa que yo conocí y en la que veraneamos hasta el 83.

En verdad la militancia de mi viejo comenzó de muy joven en el ERP. Mi abuelo, su padre, había acompañado a Perón en un viaje a Chile como parte de la comitiva. Mi abuelo tuvo una vida de policía que yo no conocí o lo hice solo por relatos. Cuando yo nací él ya hacía rato que se dedicaba de tiempo completo a coleccionar monedas.

Sus monedas favoritas eran unas del Imperio Romano acuñadas en Alejandría que tendrían unos 2000 años. Aún conservo algunas junto a un par de monedas chinas de las dinastías Ch'ing, Ming y Sung que cada año saco de un cajón y tengo que limpiar porque se llenan de moho.

Mi viejo se fue haciendo peronista con Perón en el exilio. Imagino que esto le debe haber pasado a muchos de su generación. Es algo bastante evidente que buena parte de la

militancia peronista, que en los años 70 tenían alrededor de 20 años, crecieron en una Argentina sin Perón.

Supongo que a quienes nacimos en los 70 nos sucede un poco lo mismo. O peor: crecimos en un mundo sin Perón. Alguien podría decir que algo parecido ocurre con el 19 y 20 de diciembre de 2001 para quienes tienen cerca de veinte años hoy. Nadie puede ser testigo de su propia ausencia. Pero tampoco nadie es testigo absoluto de una época. Por eso es irreductible el testimonio.

Yo cumpla en unos pocos días 45 años y sin embargo tampoco estuve el 19 y 20 de diciembre en la plaza. ¿Por qué? La verdad que no lo sé. Supongo que fue efecto de mis anestesiados años 90. La noche del 19 bajamos a la vereda con quien hoy es la madre de mis hijos, caminamos unas pocas cuadras entre la gente y sus cacerolas y luego volvimos al departamento. Al otro día fuimos a trabajar con cierta normalidad. Empezamos a reaccionar sobre lo que estaba sucediendo algunos días después. Es una de esas culpas que uno lleva consigo y que generan en ocasiones un fuerte deseo a contrario que reclama redención. Algo similar me pasa con la lectura. Cuando era chico no leía tanto. Más bien leía muy poco. Cuando se lo cuento a mis hijos no me creen. Se los cuento y me lo recuerdo a mí mismo cada vez que les digo a ellos que tienen que leer más. Quizás por eso hace varios años que leo casi un libro por día. También por esa especie de falta culposa desde que asumió Néstor Kirchner en mayo de 2003 no he dejado de estar presente en cada acto, en cada marcha, en cada plaza. Mi 2001 llegó en el 2003. El despertar de un sueño equivocado.

A comienzos de 2001, cuando aún nadie podía anticipar con toda claridad lo que iba a suceder (dicen que algo de eso se corresponde con la idea de acontecimiento), abandoné la carrera de economía y comencé a estudiar ciencias políticas. Por aquella época trabajaba en un banco en el barrio de Recoleta. Seguramente fui uno de esos miles de empleados que les dijeron a los clientes que se acercaron en los meses previos a diciembre “que se queden tranquilos”, “que nada iba a pasar”, “que su plata estaba bien guardada”. Creo que realmente así lo creía, o creía que era importante que la gente así lo creyera, para que no fueran todos juntos a sacar la plata del banco y que no se vaya todo al carajo. Pero la historia pocas veces se realiza como queremos.

Al final todo se fue al carajo y encima la gente no pudo sacar su plata. Unos meses después renuncié y me dediqué solo a estudiar.

Cada vez que hablo con mis hijos de todo esto ellos recuerdan con mucho asombro y un poco de gracia que hayan pasado cinco presidentes en una semana. El más grande se acuerda sus nombres de memoria y los dice de corrido y en orden sucesivo: de la Rúa, Puerta, Rodríguez Saá, Camaño, Duhalde. Como si fuera la delantera de un equipo de fútbol de los años 50 o 60.

Las charlas con mi viejo siempre son de política o de fútbol. Lo que en nuestro caso significa de peronismo o de Racing, que para mí siempre van juntos. Paradojas de la vida y de la historia: 2001 fue un año racinguista. El día que Racing dio la vuelta lloré abrazado a un amigo en la cancha de Vélez, probablemente por algo más que un campeonato de fútbol. Como se sabe el llanto tiene algo de liberador.

Con mi viejo también hablamos a veces de cine, en particular del cine clásico de Hollywood o de neorrealismo italiano: Rossellini, De Sica, Visconti. Por momentos me quejo sin decirlo, porque me gustaría conversar sobre otra cosa. En realidad, me gustaría hablar de mí, y que me escuche, pero con el tiempo aprendí a aceptar un poco más las cosas como son. Ahora entiendo la capacidad de mi hijo de relatar una serie de presidentes como si fueran la delantera de un equipo de fútbol. Eso lo aprendió de mí y yo de mi viejo: Corbatta, Pizzuti, Mansilla, Sosa y Belén.

Yo quiero ser mejor padre con mis hijos de lo que fueron mis padres conmigo. No creo haber descubierto nada nuevo. Es probable que a todos nos pase un poco lo mismo. Los imagino a mis hijos sentir algo parecido en unos 20 o 30 años. Reconozco una herencia aquí, lo que no es poco.

De pronto pienso que quienes vivieron los años 70 son una generación quebrada. Probablemente en esto haya un sentimiento personal. Muchas veces sentí que las inestabilidades emocionales de mis padres se debían a esos años. A la derrota de toda una generación por no haber podido hacer la revolución. Quizás por eso mi viejo insiste en seguir viviendo en los 70.

Tal vez quiénes vivimos los años 90 con más adecuación que resistencia estemos también un poco rotos. No sé cuál sería una adolescencia ideal, ninguna es perfecta, pero creo que después de 2001 fueron posibles generaciones menos dañadas. También porque lo que hace a una generación está menos en su adecuación con el tiempo presente que en la insistencia de una memoria viva que no cesa, de una experiencia o una añoranza compartida que resta. Lo que queda. Aun cuando hayamos llegado tarde.

O quizás justamente por eso.



Gestación por sustitución, la necesidad de una regulación

ENTREVISTA A MARISA HERRERA
POR ANTONELLA VITELLI (UNR) Y PILAR MARTÍNEZ (UNR)
4 DE ENERO DE 2022

La figura jurídica de gestación por sustitución se conoce como una forma de reproducción asistida por medio de la cual una persona, denominada gestante, acuerda con otra o con una pareja, denominada comitente, gestar un embrión con el objetivo de que la persona nacida tenga vínculos jurídicos de filiación con este o estos últimos.

Las normas vigentes no han logrado reconocer y legislar las diversas formas de vivir en familia de las sociedades contemporáneas. En este sentido, la regulación del instituto de gestación por sustitución (GS) representa uno de los principales debates en el Derecho de las Familias y la bioética, que se hace evidente en la ausencia de una legislación. Este vacío legal no impidió que numerosos casos de gestación por sustitución hayan sido sometidos a decisiones de la justicia nacional, antes y después de la vigencia del Código

Civil y Comercial (CCyC), que si bien resulta innovador en materia de Técnicas de Reproducción Humana Asistida (TRHA), aún no ha incorporado regulación alguna con respecto a dicho instituto.

Marisa Herrera participó en la redacción del Código Civil y Comercial y es autora – junto con Natalia de la Torre– del proyecto presentado en la Cámara de Diputados en el año 2020 por la diputada Gabriela Estévez, el cual busca incorporar al CCyC la gestación por sustitución como TRHA, en la misma línea que lo proponía el entonces Anteproyecto de reforma del CCyC, lo que hace sea una de las voces más autorizadas en el derecho argentino en relación a esta figura tan controvertida. Herrera es abogada especializada en temas de familia, infancia y adolescencia e investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). También es profesora de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV). Autora de una gran cantidad de obras, entre ellas el *Manual de Derecho de las Familias*.

Esta entrevista tuvo lugar el 19 de agosto del 2021 con el fin de abordar los principales debates en torno a la figura de la gestación por sustitución. Asimismo, en el transcurso de la misma se indaga sobre los motivos que impidieron que esta figura sea regulada en el CCyC y los casos en que la jurisprudencia se ha pronunciado a favor de la realización de la práctica, a la vez que abre la pregunta por la regulación del instituto de gestación por sustitución en el escenario actual.

Antonella Vitelli (AV): ¿Creés que las condiciones actuales para el tratamiento legislativo de la figura de la gestación por sustitución son diferentes a cuando se trató el Anteproyecto de reforma y unificación del Código Civil y Comercial?

Marisa Herrera (MH): Absolutamente. Con el Código tocamos lugares muy sensibles y ya veníamos en esa lógica desde el matrimonio igualitario, no obstante, la sociedad no lo aceptó con facilidad. Había una resistencia y es ahí donde cae el debate del Código. Yo recuerdo ir a dar clases a Salta u otros lugares y cuando tocaba el tema de GS la gente se paraba y se iba, era una temática muy difícil de poder abrir, al menos el debate.

No es que una se pregunta si está a favor o en contra, o si “lo haría o no lo haría”, sino que hay que ser conscientes de que existe una realidad cada vez más compleja, hay cada vez más casos de GS y se debe dar una respuesta. La ley es una respuesta estatal. El Estado tiene la obligación de darle respuesta a la gente y la ley es el lugar desde donde hacerlo. Siempre es mejor regular, proteger y controlar porque la falta de regulación termina siempre perjudicando a las personas más vulnerables. Reglas claras te permiten dar previsibilidad, seguridad jurídica.

Por ejemplo, hoy los tres casos que tenemos en la Corte Suprema de Justicia de la Nación sobre gestación por sustitución comprometen a dos hombres, por lo cual no es casualidad, hay una discriminación enorme. ¿Cómo evitar que ello suceda? Regulando y brindando pautas claras no discriminatorias, es decir, en clave de igualdad.

En uno de esos casos que se encuentran en la Corte, los niños carecen de filiación desde hace 5 años. Por suerte se trata de niños que tienen un buen pasar, por lo tanto, cuentan con cobertura médica, concurren a escuela privada que conocen la situación y acompañan y cuyos padres no se separaron, pero ¿en el caso de que se separen? Ello sería un perjuicio para todos, en especial para los niños porque los chicos no tendrían filiación con uno de los progenitores, con la consecuencia negativa que se deriva de ello. ¿Qué va a decir la CSJN después de 5 años?, ¿que vuelvan con la gestante? No. Entonces, ¿por qué no resuelve? Interrogante abierto. En ese caso, los niños tienen filiación con la gestante por aplicación del principio general “madre cierta es” y con uno de los miembros de la pareja, que es quien aportó el material genético, pero respecto del otro miembro de la pareja –que también cuida y convive con los chicos– no tiene filiación. Es sumamente difícil explicar que sos padre igual por gestación, porque si bien hay una voluntad procreacional conjunta por parte de ambos hombres de la pareja, jurídicamente hablando, uno es padre y el otro no. En otras palabras, se trata de un vínculo socialmente sólido y jurídicamente ausente o silenciado. O si se muere, puede hacer un testamento y dejarle la tutela, pero solo uno será principal o tendrá vínculo filial con los niños y el otro será absolutamente silenciado, por ende, no lo hereda. La CSJN se digna a tardar 5 años en sacar una sentencia. Hay una gran falta de humanidad y sentido común. Además, vos no podés ir a la Corte con un tema tan complejo como son todos aquellos que comprometen relaciones de familia y que se trate por la fecha en que entró. Considero que un tema

de adopción o filiación tiene que estar primero; porque las personas no pueden tener vedado su derecho a la identidad, no es todo lo mismo en clave de Derechos Humanos.

AV: Vimos que se utilizan distintos términos para referirse a la gestación por sustitución, ¿qué terminología te parece más adecuada?

MH: Considero que no debemos hablar de maternidad subrogada, porque lo que subrogas no es la maternidad que encierra vínculos y funciones que nada tienen que ver con la biología, ya que si vos gestás para dos hombres no estás subrogando la maternidad, porque van a ser dos hombres, no va a haber una madre sino una copaternidad. Por eso está mal decir maternidad subrogada. Tampoco parece adecuado hablar de vientre subrogado, porque pareciera que la gestante solamente subroga el vientre y en realidad existe ahí una gestación, estás poniendo el cuerpo con todo lo que ello significa en términos psico-sociales, no es solamente el vientre.

Hay que tener muy en cuenta a la gestante. Si ella tiene hijas o hijos propios –siendo este un requisito en los proyectos de ley que elaboramos para poder gestar–, y está embarazada y lleva a su hijo o hija al colegio ¿la maestra qué va a creer? Posiblemente crean que va a tener un hermanito o hermanita, cuando no es así. Entonces va a tener que trabajar con la maestra del colegio, con la de inglés y con todas aquellas personas que se vinculen con su hijo/a para explicarle que la mujer está gestando un/a hijo/a para otra persona y que su hijo/a no va a tener un hermanito/a. La gestante tiene que enfrentar todas esas situaciones, por lo cual, la gestación comprende mucho más que subrogar el vientre. Es una complejidad extra. Incluso, también hay que considerar las licencias que se toma la gestante, sin dudas hay toda una connotación en el campo laboral que hace que el proceso de gestación por sustitución sea más complejo; sucede que se sale de la lógica tradicional, como así también la licencia a el o los futuros progenitores. Por eso la GS es una TRHA, pero de tipo extraordinaria porque es muy distinta a la ordinaria. En la ordinaria pongo yo mi cuerpo, lo vuelvo a intentar, sufro yo, pago yo el costo de exposición. Pero en la extraordinaria se pone el cuerpo de otra persona para mi propio proyecto parental, con todo lo que eso significa: cuerpo, entorno y psiquis. Por eso tam-

bién se pone un límite, ¿cuántas veces se puede gestar para otro? Y... como máximo dos, porque ahí está la verdadera protección, no hacer de esto un comercio.

Tiene que existir un límite, un control del Estado también para indagar sobre la voluntad de la gestante porque su salud se encuentra expuesta. No puede existir una libertad al 100%, esto de “yo gesto las veces que quiero, cuando quiero, como quiero y para quien quiero”, porque esto conlleva un riesgo y el Estado debe estar presente por ser el garante último de los derechos humanos de las personas.

Pilar Martínez (PM): ¿La regulación vendría a poner ese límite frente a este vacío legal?

MH: Al no existir una regulación que ponga un límite, la gestación por sustitución queda librada a la oferta y la demanda. Por eso el Estado tiene que ser responsable, porque sabe que esto pasa, y cada vez más. De hecho, algunos fallos dictados en esta materia disponen en el “Resuelvo” oficiar al Congreso de la Nación para que sepa que hay un vacío legislativo al respecto; que tome nota que aquí debe decir algo el Poder Legislativo. Entonces, en un punto, ya existe ahí una obligación estatal, ese vacío lo ocupa el Poder Judicial, pero sin reglas claras, porque, por ejemplo, depende si me toca el juzgado 1º o 2º. Esa es una abierta discrecionalidad, por eso perdemos todos y todas con la falta de una ley clara al respecto. Hoy la gente no tiene previsibilidad, los niños y niñas que nacen de gestación por sustitución no saben si van a tener que ir a la CSJN y estar 7 años sin filiación; por eso, si se hace igual ¿quién gana ante la falta de ley?

AV: ¿Te parece que tiene que existir un vínculo entre la persona gestante y los comitentes?

MH: Considero que no es lo mejor que el Estado reclute mujeres y, por otro lado, ¿por qué la mujer que me toque va a tener empatía conmigo? Por ahí yo no tengo afinidad con ella, con la primera de un listado de un registro que se organice en el algún organismo público

Entonces, la gestación por sustitución es una figura compleja y para eso también hay que generar las condiciones para que exista un piso mínimo de empatía, confianza, de

saber qué hace la gestante, sin que ello sea un control, sino una relación. Es más, si ella quiere abortar puede abortar dentro de las 14 semanas, es plenamente libre con todos los Derechos Humanos que tiene cualquier persona.

Para evitar todo eso es que creemos que lo adecuado es que la gestante sea alguien del círculo de afecto de quienes quieren ser progenitores: la hermana, la amiga de una hermana, la mejor amiga, etc. La idea es que los comitentes generen el vínculo, que sean quienes busquen a la gestante y, en el caso de que no se encuentre a nadie, se verán otras alternativas, pero pedirle al Estado que te reclute mujeres para que gesten es algo muy frío y mercantilista, es horrible para el proceso y para lo que uno quiere generar con esta figura.

PM: En relación a lo anterior, existe una distinción entre quienes creen que tendría que haber una compensación económica y quienes creen que debería ser totalmente altruista o sin ánimos de lucro.

MH: En los últimos proyectos que presentamos se plantean que la gestación por sustitución debe ser sin ánimo de lucro, pero con compensación económica. Son dos temas distintos: el lucro tiene que ver con pagar una vivienda, 50 mil dólares, etc., eso sería una compraventa, eso sería, por ejemplo, lo que sucede en Ucrania. Pero nosotros dijimos “no”. Ahora, lo que nos parece injusto para la mujer es el “altruismo”, porque ella va a tener que ir al médico, hacer chequeos, etc. La mujer embarazada no es igual a una que no lo está; y si tiene hijos/as propios/as alguien los/as va a tener que ir a buscar al colegio, ella no podrá hacerse cargo del mismo modo que si no estuviese embarazada, etc. Es decir, hay gastos y cambios en la dinámica familiar producto de una cuestión real: estás embarazada. No es igual a si no estuvieras, hay una vulnerabilidad ínsita en el embarazo. Por lo que esto debe ser compensado, si la gestante llevaba a sus hijos/as al colegio y ahora los/as tiene que llevar y traer un micro, eso es un gasto. ¿Cómo calcular ese gasto? Por ejemplo, yo soy investigadora del CONICET, gano “x”, se puede tener ese monto como piso para calcular una compensación y que se duplique por la cantidad de meses que estoy embarazada. Es decir, hay que pensar en algunos valores que compensen según la vida que cada una tiene. Pero esto de “te lo dejo al lucro que cada uno quiera”,

me parece que tampoco. No es “altruismo puro”, porque eso ya sería ficticio, aparte sería injusto para la mujer, el embarazo implica algo para ella que debe ser tenido en cuenta. Por eso entendemos que la compensación es la forma equilibrada de admitir que hay gastos económicos, producto de una vulnerabilidad que implica el embarazo que debe ser atendida y contenida.

AV: Consideramos que la sanción de la ley por el aborto legal, seguro y gratuito constituye un precedente –si se quiere– no solo en la ampliación de derechos, sino porque también demuestra que el escenario de hace unos años atrás es distinto al actual, y que tal vez estén las condiciones dadas para que la figura de la gestación por sustitución sea más aceptada. A pesar de eso, ¿cuáles son las razones que obstaculizan que sea regulado?

MH: Yo creo que estamos más cerca que antes, eso seguro. Yo volvería a dar el mismo debate, no me arrepiento de ningún debate que dí, incluso los que perdí. Porque yo creo que ese “perder” hizo que hoy estemos acá, construyendo y debatiendo sin hipocresía. Si en ese momento no nos hubiésemos atrevido a dar el debate, no sé si hoy estaríamos en este lugar. De hecho, muchísimas sentencias toman el anteproyecto de reforma del Código Civil y Comercial como una guía, lo toman como antecedente, aun cuando no es ley. Hemos logrado con el debate dado durante el Anteproyecto poner ciertos límites. Además, debe recordarse que durante el debate del Anteproyecto estaba en auge la figura de Bergoglio, que después se convirtió en Papa. Ahora bien, a pesar de ello, se logró un camino de ampliación de derechos que implicó focalizar en una perspectiva laica de la ley. Eso fue acompañado por un movimiento feminista cada vez más fuerte. Porque, en definitiva, las feministas somos laicas, en general tenemos una formación laica. Porque el feminismo tiene una mirada crítica del patriarcado, y el patriarcado siempre fue sostenido por la Iglesia. Si vemos la mirada que se tiene desde la Iglesia sobre el rol de la mujer indigna, un lugar de cuidado, de “entrega por el otro”, de sumisión y de opresión. Esto también acontece desde otras religiones como la evangelista, que en general tienen ciertos tintes homofóbicos, además de profundizar también el rol de la mujer en la casa y a cargo de sus hijos/as. Todo lo que desde el feminismo se coloca en crisis. Es más, creo que estamos más cerca de que ese feminismo también entienda la necesidad de habilitar el debate, porque hay cada vez más

casos y el vacío legal no ayuda, sino por el contrario, perjudica a las propias mujeres. Además, nos permite profundizar sobre el concepto de autonomía. Si vos regulás un proceso judicial previo, ahí te vas a dar cuenta si la gestante sabe lo que es gestar para otros/as. En cambio, si no se da ese espacio, la gestante lo va a hacer igual, sin ninguna información. Por lo que, en clave de autonomía, un proyecto de ley que regule un proceso judicial previo, sirve para el fortalecimiento, para su empoderamiento, para que conozca bien qué implica y que sepa que se puede arrepentir; es decir, que el consentimiento sea lo más informado posible. Un montón de cosas, que si no lo regulás, la gestante puede no saberlo.

AV: Entonces lo ideal es que la autorización judicial sea previa y no como es ahora, ajustada a la discrecionalidad del juzgado que te toque.

MH: Exacto, el proyecto regula que la autorización judicial sea previa, en tanto cumplas con ciertos requisitos: tener un hijo/a previo/a, hacer informes psicológicos que te permiten saber lo que es gestar para otros/as, que conoces a los comitentes, etc. Al día de hoy tenemos 71 sentencias que comprometen 64 casos de gestación, porque algunas sentencias fueron a Cámara, por lo que involucran dos sentencias y no una sola. Pero la gran mayoría se terminó en primera instancia autorizándose la gestación. Estos 64 casos publicados en revistas son los que una conoce, pero seguramente existan más que se desconocen. De esos 64 casos, el 35% son casos altruistas genuinos, las gestantes son primas, hermanas, cuñadas, es decir, parientes. El otro 37% son personas que fácilmente se puede acreditar que son amigas, porque tienen fotos cuando eran chiquitas, fotos de cuando iban a la primaria, videos, etc., es decir, cuentan con información fácilmente comprobable. El 28% restante es sospechoso, por lo que a ese porcentaje lo tengo que abordar, y ¿cómo lo abordo? Lo abordo si lo judicializo previamente. Por ejemplo, yo vivo en Buenos Aires, conozco a una madre de Oberá, Misiones... es raro. No es que me voy haciendo amigas por la vida, por lo tanto, estos casos deben ser analizados con mayor profundidad en un proceso judicial propio. En ese caso, no es que lo vas a denegar, pero tenés que tener un doble crisol, para ver si la gestante lo hace por un tema de necesidad económica o, por ejemplo, tiene 7 hijos, y si asume ser gestante, sería su octavo embarazo. Es decir, no hace falta ser Einstein para darse cuenta que es sospechoso. Más

allá de eso, la gente no elige gestantes muy pobres, porque en general tienen problemas de desnutrición, y es quien va a gestar a tu hijo o hija. Por lo que las personas más vulnerables tampoco son las que gestan. Son gente joven. Por ejemplo, hubo un caso que llegó de daños y perjuicios a la justicia civil de Capital Federal, donde se trataba de una mujer que tenía un hijo con discapacidad, y lo que ella quiso hacer es ser donante de óvulo –que también te pagan– y tener unos pesos para hacer la rehabilitación de su hijo con discapacidad. A la mujer la sobreestimularon, pero ella había dicho que venía de otro centro de fertilidad. Al sobre estimularla mucho, le sacaron los óvulos, y no les importó hacer el seguimiento de cómo estaba, lo que produjo que tenga un inconveniente, por el cual perdió el útero. Es por eso que ella reclama daños y perjuicios. Justamente, para evitar estos abusos debe contarse con una ley que regule un proceso judicial previo a los fines de poder analizar y abordar la complejidad que encierra esta temática.

PM: Por lo que, en esos casos, la ideología de los jueces y las juezas con respecto a la figura quedaría por fuera.

MH: Claro. Por ejemplo, van dos hombres con la hermana de uno de ellos, y no se pueden negar si cumplís con los requisitos que establece la ley. Puede que no te guste porque sos homofóbico/a, pero tenés que cumplir con la ley. ¿Qué argumento que no sea discriminatorio podés utilizar si quienes solicitan la autorización cumplen con todos los requisitos legales?

AV: Hoy por hoy, al no existir una regulación, quienes se oponen, ¿qué justificación utilizan?

MH: Se da muchísimo en los casos de que sean dos hombres. De hecho, no es casualidad que los únicos casos que están en la Corte Suprema de Justicia comprometan a dos hombres. No es casualidad, es discriminación.

PM: Justamente, acá en Rosario entrevistamos a una abogada que representó a una pareja compuesta por dos hombres, a quienes en marzo de este año se les autorizó a realizar

una gestación por sustitución, y lo que la jueza hizo fue declarar la inconstitucionalidad del artículo 562 del CCyC.

MH: De hecho, de los 71 fallos, hay 57 sancionados post CCyC. De este total en 25 oportunidades se hizo lugar a la inconstitucionalidad del artículo 562. Porque dicho artículo es precisamente para los casos de TRHA ordinarias, donde quien gesta es la que presta la voluntad procreacional, y en la gestación está dissociado quien gesta de quien presta la voluntad procreacional. Ese artículo como está –que es el de determinación de filiación en las THRA– está mal. O sea, está bien porque en el Anteproyecto habíamos regulado la gestación por sustitución específicamente, era en un artículo propio, pero al sacar ese artículo te quedó el general para todo. Y el general para todo no te cierra para la gestación. Porque en esta figura la particularidad que hay es que quien gesta no tiene la voluntad procreacional. En cambio, ese artículo está regulado para quienes quieren gestar (mujeres solas o parejas heterosexuales o de dos mujeres), que pueden ir a una donante de óvulos.

AV: ¿Y en el caso de una mujer sola?

MH: El único caso que tuvimos fue en Córdoba, en el 2018 aproximadamente. El fallo es desopilante porque el juez decía que su padre era ginecólogo, y que él iba al consultorio y escuchaba lo que sufrían las mujeres que no podían tener hijos/as. Tenía cero argumentos jurídicos, todo era lo que él pensaba y su historia. En ese caso, se trataba de una mujer que, si mal no recuerdo, no tenía útero y además como tenía 46 años ni tenía óvulos propios. Por lo cual, había óvulos donados, también semen donado y la gestante era una amiga de ella, cuya relación estaba comprobada. Es el único caso de la jurisprudencia donde ella no aportaba nada. Pura voluntad procreacional. Ella no da sus óvulos, no gesta, semen y óvulo donado. Y el juez hizo lugar al pedido.

PM: En esos casos de mujeres solas, debe comprobarse que existe algún tipo de impedimento para gestar, como no tener útero.

MH: Esa es nuestra postura, porque quienes son comitentes están comprometiendo el cuerpo de otra persona en su proyecto parental. No al estilo Sarah Jessica Parker, que no quiso que sus caderas se ensanchen y por eso no quiso gestar...eso acá no. Si vas a poner en riesgo la vida y la salud de una persona, mínimamente que sea porque la comitente no pueda, y no por razones sociales o para no pasar por un embarazo por miedo, etc., sino que elija como todo el mundo elige, tenga hijos/as cuando realmente pueda, como todos y todas decidimos. Por eso creo que hay que poner un límite.

AV: ¿Qué derechos y/o principios ves cercenados frente a este vacío legal?

MH: Primero, el acceso a formar una familia, porque la GS es una posibilidad más de acceder a formar una familia, y en especial para los hombres, ya sea solos o en pareja. Considerando que en nuestro país se regula el matrimonio igualitario, eso no es un tema menor. Porque al habilitar y al reconocer el acceso a la familia cualquiera sea la orientación sexual, es claro que la GS es un modo de dar respuesta a ello. También lo que tiene que ver con el derecho a la identidad, al desarrollo personal, e incluso también en pos de los niños y las niñas, ya que, si no regulas la GS, ellos y ellas ven vedada la posibilidad de fijar la filiación con quienes tienen la voluntad procreacional. Porque se trata de niños y niñas que nacen en familias que los/as buscaron, que los/as quieren. Y también la libertad de la gestante y de los comitentes, que ambas tienen que coincidir.

PM: ¿Considerás que hay un desconocimiento de la sociedad acerca de esta figura?

MH: La gente no sabe. Se empezó a instalar un poco más con la novela “Pequeña Victoria”, y se empezaron a contar historias de personas o parejas que habían querido hacerlo. Por ejemplo, Marley va a hacer un *reality* contando la historia de su hijo Mirko, que nació en EE.UU. a través de esta técnica, y creo que va a tener repercusión. Pero creo que la gente aún no lo dimensiona porque, por lo general, tienen hijos/as y el problema de la infertilidad no es algo que los atraviese, porque por ahí los tuvieron fácil. Por ejemplo, se dio durante la pandemia que 9 familias argentinas habían iniciado los trámites en Ucrania y quedaron varados en Argentina porque no había aviones, y eso generó alguna especie de

impacto en los medios, de estar esperándolos... esas cosas más bien “románticas”. Lo que sucede es que instalar un tema mediáticamente no es tan sencillo, porque además la gente está muy preocupada por otros temas, entonces no sé si son temas que les atraviesa mucho, por eso no saben bien qué es. Pero sucede que les contás y luego les interesa. Por ejemplo, cuando yo hablo de esto en clase, mis alumnos y alumnas se enganchan, pero porque yo los llevé al tema, pero, por lo general, no son temas que prendan por iniciativa propia.

PM: De hecho, mientras investigábamos sobre el tema, advertimos que son pocos los autores y las autoras que hablan sobre el mismo desde la perspectiva de género y de Derechos Humanos.

MH: Lo que pasa es que hay que tener en cuenta el contexto. Esta mirada desde el feminismo y de los DD.HH. que se instala en el Derecho de las Familias, es más o menos reciente. Formo parte de la camada que trató de instalarlo, y creo que con mucho esfuerzo y mucha lucha lo hemos logrado. Si vos vas a los libros clásicos, no hay nada de todo esto. Es algo que hemos construido aproximadamente desde el 2006 en adelante, que empezamos a repensar el Derecho a la luz de los DD.HH. Al respecto, me parece importante destacar que Néstor y Cristina colocaron como columna vertebral la idea de Memoria, Verdad y Justicia, es decir, los DD.HH. en el centro de la agenda pública, como bandera, y como mirada central para repensar todo el Derecho, incluido la rama de Familias. Todo lo vinculado con la autonomía progresiva de niños, niñas y adolescentes, el abogado del niño, pasar de la noción de patria potestad (pater familia) a la de responsabilidad parental, entre tantas, todas estas figuras claramente democratizadoras. Por eso no hay muchos autores/as que partan como nosotras de este lugar de fuerte deconstrucción; aún nos sigue costando conquistar espacios de debate a pesar de ser la voz legislativa oficial. Porque lo que sucede también es que en las universidades nacionales los titulares son personas grandes y vienen con una mirada legalista y conservadora del Derecho. Es cierto que varios de ellos hoy tienen que hablar de estos temas, porque no se quieren quedar afuera del tren, pero no tienen una formación profunda en DD.HH. Por eso es la gente joven la que nos va siguiendo, la que se acerca a esa mirada y a esa bibliografía. De hecho, hoy tampoco se habla de política, se cree que es otra cosa, y

se olvidan de que lo personal es político. Pensar el derecho en clave territorial, hacerle bien a la gente con sus problemáticas concretas, no en abstracto. Por eso propongo un feminismo popular. Esto es más o menos nuevo en el ámbito jurídico. Por eso yo tengo esperanza en la gente joven, porque también los atravesó los 12 años de Néstor y Cristina y, sobre todo, el movimiento feminista. Los pañuelos verdes han sido muy importantes, esto de poder salir del clóset, de la clandestinidad con temáticas centrales para la democracia. Todas esas camadas de nuevos alumnos y alumnas, que en breve serán abogados y abogadas, tienen una formación distinta. Yo creo que ahí está la clave, ya que ellos y ellas van a ser los jueces y las juezas del día de mañana. Estoy convencida de que esta transformación va a ser a largo plazo.

AV: Por otro lado, ¿crees que la GS está implícitamente regulada?

MH: Sinceramente me encantaría decir eso, pero con el sistema jurídico que tenemos con la lógica de que “la madre cierta siempre es”, no está implícitamente regulada. Por ejemplo, hay casos de triple filiación, pero se aceptan declarando la inconstitucionalidad del art. 558, que dice que ninguna persona puede tener más de dos vínculos filiales. Por lo que tampoco está implícitamente regulado. De hecho, me parece peligroso decir que está implícitamente regulado, porque, así como lo tuerzo para el bien, lo puedo torcer para el mal. Me gusta dar un debate que sea prolijo. Esto está mal como está hoy regulado, porque la realidad es que le sacaron el artículo donde estaba regulado, no está en el CCyC. Pero es cierto que tampoco lo prohibimos. Porque yo hice los fundamentos cuando se sacó el artículo del proyecto y expresamente no se lo prohibió; expresamos que se trata de una figura nueva, que en el Derecho comparado recién se estaba empezando a tratar, que amerita un debate más profundo y particularizado, etc., pero no se lo prohibió. Porque ya en ese momento había casos que estaban en trámite.

PM: ¿Crees que lo que se da entre la gestante y los comitentes es un contrato?

MH: No, porque estamos en el marco de la filiación y no tenemos una mirada contractualista de la filiación. Es como cuando se dice que el matrimonio es un contrato; y no,

no lo es. Es una institución. Otra cosa es el valor que tienen lo que las partes pactaron durante el proceso de autorización, lo que constituye una prueba, por ejemplo, cómo se conocieron, o cómo ellos pactan la compensación. Son ideas que pueden plasmarse y eso no está prohibido, pero no es que lo homologo como a un contrato, sino que es un proceso judicial previo donde el juez o la jueza va a tener que analizar todas las pruebas, con independencia de que haya algo escrito o no.

AV: ¿Cuáles son las discrepancias que se dan dentro del mismo movimiento feminista en relación a este tema?

MH: El miedo es la explotación, que se gesta para otros y otras. Pero lo que pasa es que si mostrás que el 72% de los casos que se dieron en la Argentina se trata de personas que tienen un vínculo afectivo enorme, ya ahí se te cae esa postura. No es lo mismo que yo viva en Buenos Aires y le pida a una mujer de Misiones que geste a mi hijo o hija, a que lo haga mi hermana o mi mejor amiga. Ahí la autonomía, el afecto, el dolor por el que vive la otra hace que la cuestión no se vincule con la idea de explotación. He tenido casos donde me han contado sus experiencias, el dolor que genera haber perdido tres embarazos... Por ejemplo, hubo un caso de una madre cuya hija había nacido con síndrome de Rokitansky, es decir, que nació sin útero, y los médicos decían que había una composición genética de la madre que le había trasladado a su hija. Por lo que la madre tenía una culpa enorme entendiendo que su hija era estéril por ella. Por lo que para esa madre era reparador que ella pudiera gestar para su hija. Era como una forma de devolverle a su hija lo que le había quitado. La chica tenía 22 años, la madre 44. La mente humana es tan compleja, y ella siente que la reparación viene por ese lado. ¿Quién soy yo para decirte sí o no? Si está todo blanqueado, si es la madre, es su hija. ¿Dónde ponemos la vara y quiénes somos nosotros/as para poner la vara en ese lugar y no más arriba o más abajo? Mientras cada uno/a conozca las piezas y quiera jugarlas, ¿quién soy yo, jueza, para decirte sí o no? Si no tuve la misma historia de vida que ella, si pude tener hijos/as fácilmente, no puedo decir que sí o no, sin más. Por eso se requiere un proceso judicial previo. La humanidad que se tiene, el compromiso que se tiene, cómo se escucha, eso es muy importante, y más aún en este tipo de procesos.

PM: En el caso de Marley, ¿por qué acudió a otro país y cómo se reconoció su filiación?

MH: Porque en EE.UU. hay una empresa que te maneja todo, y la filiación se reconoció porque en nuestro Derecho Internacional Privado lo que está bien en el extranjero, se reconoce acá, se reconoció lo que se había autorizado allá.

AV: De ahí surge que solo quienes tienen la posibilidad económica puedan acceder a esta técnica sin inconvenientes.

MH: Claramente, le salió aproximadamente entre 150 y 200 mil dólares. Es una historia que se da en el marco de una empresa que selecciona a la gestante... es otra cosa. No es lo que pretendemos acá. De hecho, de las 15 mil personas que había entrevistado esa empresa, solo pudieron rescatar 100 gestantes, por lo tanto, el estudio que se le hace a las gestantes es sumamente profundo.

PM: Esto de tener una hija o un hijo previo, ¿es para evitar el lazo afectivo con el primogénito?

MH: El requisito que proponemos que exige tener una hija o hijo previo es para que el consentimiento sea lo más informado posible, porque así la gestante ya pasó por un embarazo propio. La única forma de evitar el lazo afectivo, es que la gestante no ponga su propio óvulo. Porque los casos de arrepentimiento que hemos tenido en el Derecho comparado se dieron cuando la gestante también aportaba el óvulo. En cambio, si vos sos una gestante pura, que no aporta óvulos, te baja la posibilidad, porque lo sentís ajeno, no tiene nada tuyo. Cada embarazo es un mundo, esto de sentirte mal al principio, es decir, si tuviste un hijo o hija ya sabés a lo que te vas a enfrentar, si vas a poder sobre-llevarlo, etc. Es para tener más información.